tiempo maldito

asimov

audio

tiempo

acuerdo

A.T.E.

PLANETAS HABITADOS POR EXTRAÑAS RAZAS

VIAJES A TRAVES DEL TIEMPO PARA ASESINAR

CEREBROS POSITRONICOS EN ANTIGUOS COCHES UTILIZADOS COMO ESCLAVOS

MUNDOS DE PESADILLA DOMINADOS POR EXTRAÑOS PODERES

SERES DESAPARECIDOS PERTENECIENTES A EXTRAÑAS SOCIEDADES

MAS ALLA DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO

ASIMOV, BRADBURY, STURGEON, BLOCH, SIMAK, y otros grandes maestros del género en esta antología.

OLIVE MILA
ESTUDIO DISEÑO GRAFICO

Una granja de coches viejos, retirados de la circulación, pero con espléndidas pensiones de retiro y un cerebro: son coches positrónicos pero también son joyas muy buscadas porque son excelentes esclavos en un mundo como solo concibe Asimov.

Una patrulla especializada en la colonización de nuevos mundos llega a un planeta habitado por una raza de salvajes pacíficos. Un mundo casi ideal para la raza humana, solo que los nativos tienen una diferente idea de lo que es la civilización.

Un extraño mundo de pesadilla dominado por poderes ocultos en medio de una civilización cuyos logros técnicos se enfrentan con una concepción mágica de la vida. Un mundo fascinante y planetario.

Ray Bradbury nos habla del viaje a través del tiempo en un relato donde la tensión y la angustia se dan la mano con la tragedia de los mundos separados por el tiempo, que se encuentran en una guerra a muerte.

TIEMPO MALDITO

ASIMOV

A.T.E.

Título original: Time untamed
Traductor: Pere Rubiralta

© BP Singer Features Inc.
por A.T.E., 1977
Ronda Gral. Mitre, 90 - Barcelona-6 - Tel. 247 91 33
ISBN: 84-7442-018-0
Dep. Legal: B. 38.983-1977
Impreso en España
R.I.G.S.A.
Estruch, 5 - Barcelona-2

SALLY

por Isaac Asimov

Sally venía por la pendiente de la carretera del lago. Agité la mano para saludarla y la llamé por su nombre. Siempre me ha gustado Sally. Desde luego que me gustan todas, pero es que Sally es, sin género de dudas, la más linda del grupo.

Se apresuró un poco más cuando la saludé. Pero muy dignamente, tiene mucho estilo. Solamente un poco más aprisa, lo justo para demostrar que también estaba muy contenta de verme.

Me giré hacia el hombre que estaba a mi lado.

—Es Sally —le dije.

No dijo nada; sólo meneó la cabeza y sonrió.

Lo había traído Mrs. Hester. «Éste es Mr. Gellhorn, Jake —me había dicho—. Recuerde que le mandó una carta solicitando una entrevista.»

Era un modo de hablar. Tengo mil cosas que hacer en la Granja y si en algo no puedo perder el tiempo es en atender a la correspondencia. Precisamente para eso tengo a Mrs. Hester conmigo. Vive muy cerca, es eficiente para ocuparse de los asuntos de trámite sin tener que importunarme y, lo que es más importante, quiere a Sally y a las otras. Lo que no puede decirse de todo el mundo.

—Mucho gusto en conocerle, Mr. Gellhorn —le dije.

—Raymond J. Gellhorn —se presentó y al mismo tiempo me alargó una mano que apreté y devolví.

Era un tipo grandote, media cabeza más alto que yo y bas-

tante más grueso. Yo le doblaba la edad, él andaría en sus treinta y pico. Tenía el pelo negro, peinado hacia atrás, muy estirado y brillante con una raya en el medio. Llevaba un delgado bigote, muy bien recortado. Sus macizas quijadas, bajo las orejas, daban la impresión de que estaba afectado por un leve ataque de paperas. En video habría estado en su papel interpretando el de villano; deduje en consecuencia que era una buena persona. Lo que equivale a decir que el video no suele equivocarse siempre.

—Mi nombre es Jacob Folkers —dije presentándome—. ¿En qué podría servirle?

Sonrió. Era una sonrisa amplia, grande, cuajada de blancos dientes.

—Me gustaría que me contara algo acerca de su Granja, si no fuera demasiada molestia.

Noté que Sally se me acercaba por detrás y le alargué la mano. Se rozó contra ella y sentí el contacto cálido del duro y brillante esmaltado de su guardabarros.

—Bonito automatóvil —comentó Gellhorn.

¡Vaya lamentable comentario! Se trataba, nada menos, de un descapotable 2045, con motor positrónico *Hennis-Carleton* y carrocería de *Armat*. Nunca había visto, absolutamente nunca, ningún modelo con una línea más limpia y fina. Ya hacía cinco años que era mi favorita y había instalado en ella los mejores accesorios que se me habían ocurrido. En todos esos cinco años nunca un ser humano se sentó detrás de su volante.

¡Ni una sola vez!

—Sally —le dije dándole un golpecito cariñoso—, saluda a Mr. Gellhorn.

El ronrón de los cilindros aumentó un poco de volumen. Escuché atentamente por si oía algún golpeteo. Últimamente lo había notado en casi todos los coches y a pesar de haber cambiado de gasolina no había encontrado la solución. Sin embargo, ahora, el zumbido de Sally era tan uniforme como su pintura.

—¿Da nombre a todos sus coches?

Lo dijo divertido y a Mrs. Hester no le gusta la gente que cree que se burla de la Granja.

—Claro que sí —respondió secamente—. Los coches tienen personalidad, ¿verdad, Jake? Todos los sedanes son machos y todos los descapotables son hembras.

—¿Y los aloja en garajes separados, señora? —preguntó Gellhorn sonriendo nuevamente.

Mrs. Hester le dirigió una mirada furibunda.

—Quisiera preguntarle, Mr. Folkers, si podríamos charlar un rato a solas.

—Depende —contesté—. ¿Es usted periodista?

—No. No, señor. Soy agente vendedor. Nada de lo que tratemos es para ser publicado. Puedo asegurarle que soy el primer interesado en el más estricto secreto.

—En ese caso seguiremos un trecho por esa carretera hasta encontrar un banco donde sentarnos.

Empezamos a caminar. Mrs. Hester se fue. Sally seguía pegada a nosotros.

—¿No le importa que Sally nos acompañe? —pregunté.

—En absoluto. Supongo que no repetirá lo que digamos. ¿O puede hacerlo? —se rió de su chanza y dio la vuelta para acariciar a Sally.

Ésta dio una acelerada al motor y Mr. Gellhorn retiró en seguida la mano.

—No está acostumbrada a los extraños —le expliqué.

Nos sentamos en el banco, debajo del gran roble, desde donde podíamos ver al otro lado del lago la carretera privada. Era la hora más calurosa del día y todos los coches estaban funcionando; había por lo menos treinta de ellos. A pesar de estar alejados podía ver cómo Jeremiah seguía con su truquito que consiste en acercarse, en sordina y por detrás, a algún serio modelo anticuado y al mismo tiempo aumentar la velocidad y pasar rápidamente a su lado con un deliberado rechinar de frenos. Hacía dos semanas que con ese truco había mandado al viejo Angus

fuera del asfaltado y para castigar a Jeremiah le había parado el motor un par de días.

Pero temo que es incorregible y todo parece indicar que no podrá hacerse nada para evitarlo. Jeremiah es un modelo deportivo, en resumidas cuentas, y los de su tipo son tremendamente alocados.

—Bueno, Mr. Gellhorn —empecé—. ¿Puedo saber para qué desea usted mis informaciones?

Pero él contemplaba simplemente los alrededores.

—Es un lugar sorprendente, Mr. Folkers —comentó.

—Me gustaría que me llamara Jake, como todo el mundo.

—De acuerdo, Jake. ¿Cuántos coches tiene aquí?

—Cincuenta y uno. Cada año entran uno o dos más. Un año fueron cinco los que llegaron. Y hasta la fecha no hemos perdido ninguno. Todos ellos funcionan perfectamente. Tenemos incluso un modelo 2015, *Mat-O-Mat,* que aún funciona. Se trata de uno de los primitivos automáticos. Fue el primero que tuvimos en la Granja.

¡El buen viejo Matthew! Ahora pasaba la mayor parte del día en el garaje, pero se trataba del abuelo de todos los coches de motor positrónico. Era en aquellos días que los únicos que usaban automáticos eran los veteranos de guerra ciegos, los parapléjicos y los jefes de Estado. Pero mi patrón, Samson Harridge, era suficientemente rico para comprar uno. Yo era su chófer entonces.

Pensarlo me hace envejecer. Recuerdo cuando no había un solo coche en el mundo que tuviera bastante cerebro para encontrar por sí solo el camino de la casa. Conduje cachorros sin vida que necesitaban constantemente que la mano humana estuviera pendiente de sus controles. Todos los años máquinas como aquéllas solían matar decenas de miles de personas.

Los automáticos acabaron con eso. Un cerebro positrónico tiene reflejos mucho más rápidos que los humanos. Compenso sobradamente a la gente el mantener sus manos alejadas de los

controles. Simplemente entrar, apretar el botón de destino y ya se les puede dejar que sigan su camino.

Ahora la gente ya lo ha olvidado, pero recuerdo cuando salieron las primeras leyes prohibiendo a los viejos coches usar las carreteras, limitando su uso a los automáticos. ¡Dios mío, qué alboroto! Calificaron a las leyes en todos los tonos, desde comunistas a fascistas, pero lo cierto es que las carreteras quedaron libres, terminó la carnicería y aún mayor cantidad de gente pudo trasladarse más fácilmente después de las nuevas ordenanzas.

Desde luego que los automáticos costaban de diez a cien veces más que los manuales y no eran muchos los que podían permitirse comprar uno. La industria se especializó en la producción de automatobuses. A cualquier hora podía llamarse a una agencia y en cuestión de minutos se tenía un vehículo delante de la casa que le llevaba donde uno quería. Usualmente se hacía el viaje acompañado de otras personas que hacían una ruta parecida, pero, ¿qué había de malo en ello?

Pero Samson Harridge tuvo su coche propio y yo estuve a su cargo desde el primer momento. Entonces todavía no lo llamaba Matthew y ni se me ocurrió pensar que un día iba a ser el veterano de la Granja. Solamente sabía entonces que me estaba quitando el empleo y lo odié.

—Bueno, Mr. Harridge, ahora ya no va a necesitar más de mis servicios, ¿verdad? —le pregunté.

—¿Está temblando por su empleo, Jake? ¿Cree acaso que voy a confiarme a ese artilugio? ¡Usted seguirá detrás de los controles!

—¡Pero si trabaja solo, Mr. Harridge! Vigila atentamente la carretera, reacciona adecuadamente ante los obstáculos, sean personas u otros coches y recuerda además las carreteras por donde circular.

—Eso es lo que dicen. Pero a mí me da igual, usted seguirá sentado detrás del volante por si acaso.

Es curioso cómo uno puede llegar a encariñarse con un co-

che. Al cabo de poco ya empecé a llamarlo Matthew y me pasaba todo el tiempo puliéndolo y cuidando de que tuviera el motor en marcha. Un cerebro positrónico disfruta de las mejores condiciones cuando tiene un control total y continuo de su organismo, lo que equivale a decir que vale la pena que tenga siempre lleno el depósito de la gasolina a fin de que el motor pueda funcionar sin interrupción de día y de noche. Al poco tiempo podía decir cómo se sentía Matthew con sólo oír el zumbido del motor.

También Harridge, a su modo, quiso cada vez más a Matthew. No tenía a nadie más en quien depositar su cariño. Se había divorciado o sobrevivido a tres esposas, además había sobrevivido a cinco hijos y a tres nietos. Por lo tanto cuando él murió no sorprendió a nadie que dejara su finca para que fuera convertida en una Granja para Automatóviles Retirados, me designara a mí para dirigirla y a Matthew como primer pensionista y, por tanto, el futuro patriarca de un distinguido linaje.

Se convirtió en la razón de mi vida. Nunca me casé. No puede casarse uno y velar además por los automáticos como es debido.

Los periódicos hicieron chacota de ello, pero al poco tiempo cesaron sus burlas. Son asuntos que no pueden tomarse en broma. Quizás usted no ha podido tener nunca un automático y posiblemente de todos modos nunca lo tendrá, pero créame que uno acaba por quererlos. Son muy activos y cariñosos. Solamente un desalmado maltrataría a uno o permitiría que alguien lo hiciera.

Pronto resultó que cuando alguien había tenido un automático durante bastante tiempo, tomaba sus disposiciones para legarlo a la Granja, si no contaba con un heredero en quien confiar bastante que le daría un trato adecuado.

—¡Cincuenta y un coches! ¡Representan una fortuna!

—Cincuenta mil, por lo bajo, fue la inversión original para cada uno —manifesté—. Pero actualmente valen mucho más. Les he instalado muchos accesorios.

—Debe costar un dineral sostener la Granja.

—Tiene razón. La Granja es una fundación no lucrativa, por tanto estamos exentos del pago de impuestos y además los automáticos que ingresan actualmente suelen venir acompañados de una renta vitalicia. A pesar de todo los gastos son cada vez mayores. Debemos cuidar el paisaje: jardinería, arbolado, etcétera. Hacer además nuevos caminos asfaltados y cuidar de los ya construidos. También gasolina, aceite, reparaciones, nuevos accesorios. Todo cuesta dinero.

—¿Hace mucho que se ocupa de todo eso?

—Ya lo creo, Mr. Gellhorn. Va para treinta y tres años.

—Pero no parece que, en lo personal, usted le saque mucho provecho.

—¿Que no le saco provecho? Me sorprende, Mr. Gellhorn. He obtenido a Sally y a cincuenta más. ¡Mírela!

Yo estaba radiante, no podía evitarlo. Sally era tan limpia que casi dolía. Algún insecto había muerto en su parabrisas o una mota de polvo había caído en él, así que empezó a trabajar. Un tubo delgado salió de un orificio y echó un chorro de tergosol en el cristal. Rápidamente se extendió sobre la superficie de la película de silicona y los limpiaparabrisas ocuparon inmediatamente su lugar, pasando por encima del cristal y forzando el agua a escurrirse por un canalillo que la llevaba, goteando, al suelo. Ni una sola gota cayó sobre el capó resplandeciente de color verde manzana. Los limpiaparabrisas y el tubo del detergente desaparecieron por donde habían salido.

—Nunca había visto un automático hacer esto —comentó Gellhorn.

—Estoy seguro —contesté—. Hice colocar especialmente esos accesorios en nuestros coches. Son limpios. Siempre restregan sus cristales. Les gusta. A Sally, además, le hice instalar chorros para encerar. Cada noche se pule a sí misma y queda tan brillante que usted podría verse la cara en cualquier parte de ella y hasta afeitarse en el reflejo. Si puedo arañar el dinero necesario haré ins-

talarlos en el resto de las muchachas. Las descapotables son muy vanidosas.

—Puedo explicarle cómo arañar el dinero, si le interesa.

—¡Siempre es interesante saberlo! ¿Cómo?

—¿No lo ve claramente, Jake? Usted mismo dijo que cada uno de esos coches vale como mínimo cincuenta mil. Me atrevería a apostar que hasta alguno excede de los cien mil.

—¿Y?

—¿Nunca se le ha ocurrido venderse unos cuantos?

—Por lo que veo usted no se ha dado cuenta de algo, Mr. Gellhorn —dije moviendo la cabeza—. No puedo vender ninguno de los coches. Pertenecen a la Granja, no a mí.

—El dinero iría a parar a la Granja...

—El acta de constitución de la Granja estipula que los coches recibirán cuidado perpetuo. No pueden venderse.

—¿Y qué pasa con los motores?

—No le comprendo.

Gellhorn cambió de posición y su voz se volvió confidencial.

—Fíjese en lo que voy a decirle, Jake, le exlicaré la situación. Hay un gran mercado para los automáticos privados con tal de poderlos obtener baratos. ¿De acuerdo?

—No es ningún secreto.

—El noventa y cinco por ciento del coste se lo lleva el motor. ¿No es así? Ahora bien, sé dónde obtener un suministro de carrocerías. Igualmente sé dónde podríamos vender automáticos a muy buen precio, veinte o treinta mil para los modelos más baratos, posiblemente cincuenta o sesenta para los mejores. Todo cuanto necesito son motores. ¿Ve la solución?

—Pues no, no la veo, Mr. Gellhorn —sí veía claramente, pero quería que hablara sin pelos en la lengua.

—Pues aquí mismo está. Tiene cincuenta y una soluciones. Usted, Jake, es un experto mecánico de automatóviles. O debería serlo. Puede sacarle el motor a un coche y colocarlo en otro sin que nadie note la diferencia.

—No sería muy ético precisamente.

—No les haría ningún daño a los coches. Más bien les haría un favor. Use sus coches más viejos. Empiece con ese viejo *Mat-O-Mat*.

—¡Un momento, Mr. Gellhorn! Los motores y las carrocerías no son dos entidades separadas. Forman una unidad. Esos motores están acostumbrados a su cuerpo. No serían felices en otro.

—De acuerdo, en eso tiene usted razón. Muchísima razón, Jake. Sería como tomar su mente y ponerla en el cráneo de otro. ¿De acuerdo? ¿Verdad que no le gustaría?

—Estoy casi seguro que no. Definitivamente, no.

—Pero, ¿qué le parece si tomara su mente y la pusiera en el cuerpo de un joven atleta? ¿Qué le parecería, Jake? Su juventud quedó muy atrás. Si le dieran la oportunidad, ¿no le agradaría volver a tener veinte años? Esto es lo que le estoy ofreciendo para algunos de sus motores positrónicos. Serían colocados en unos cuerpos del 2057. Los últimamente fabricados.

—Me parece una tontería, Mr. Gellhorn —le dije riéndome—. Puede que algunos de nuestros coches sean viejos, pero están muy bien cuidados. Nadie los conduce. Les permitimos obrar a su antojo. Están *jubilados,* Mr. Gellhorn. Por nada del mundo quisiera tener yo el cuerpo de veinte años si significara que tengo que cavar zanjas por el resto de mi vida y no tener bastante para comer... ¿Qué opinas, Sally?

Las dos portezuelas de Sally se abrieron y volvieron a cerrarse de golpe con un ruido amortiguado.

—¿Qué es eso? —preguntó Gellhorn.

—Es el modo que tiene Sally para reírse.

Gellhorn soltó una risita forzada.

—Hablemos en serio, Jake. Los coches se han hecho para usarse. Probablemente no son felices si no se los usa.

—Nadie se ha subido a Sally desde hace cinco años y a mí me parece que es muy feliz.

—¡Quién sabe!

Se levantó y fue hacia Sally lentamente.

—¡Eh! ¡Sally! ¿Qué te parece si me llevas un rato?

Su motor aumentó de revoluciones y ella se echó hacia atrás.

—No la empuje, Mr. Gellhorn —le dije—, es espantadiza.

Unos cien metros más arriba, en la carretera, había un par de sedanes. Se habían detenido. Quizás, a su manera, estaban observando. No me preocupé por ellos, tenía puestos los ojos en Sally sin apartar la mirada.

—¡Quieta, Sally! —ordenó Gellhorn, dio un salto a un lado y agarró el pestillo de la portezuela. Claro está, no pudo abrirla.

—Hace apenas un minuto que se abrió —dijo.

—El cierre es automático —respondí—. Sally tiene un gran sentido de la intimidad.

Soltó el pestillo de la portezuela y luego dijo, despacio y deliberadamente:

—Un coche con sentido de intimidad no debería andar con la capota plegada.

Se echó hacia atrás tres o cuatro pasos y rápidamente, tanto que no pude hacer nada para evitarlo, corrió hacia delante y de un salto se coló dentro del coche. Tomó a Sally completamente desprevenida, debido a que inmediatamente que hubo entrado cerró la llave del arranque, antes de que ella pudiera bloquearlo.

Por primera vez en cinco años el motor de Sally estaba muerto.

Creo que grité, pero Gellhorn puso el arranque en «manual» y lo bloqueó además en dicho punto. Puso en marcha el motor. Sally estaba nuevamente viva, pero había perdido su libertad de acción.

Corrió por la carretera. Los sedanes estaban en el mismo lugar. Dieron la vuelta y se fueron lentamente. Me imagino que estaban perplejos.

Uno de ellos era Giuseppe, procedente de las ensambladoras de Milán y el otro era Stephen. Siempre andaban juntos. Ambos

eran nuevos en la Granja, pero habían estado bastante con nosotros para darse cuenta de que nuestros coches no tenían chóferes.

Gellhorn siguió de frente y cuando los sedanes se hicieron la idea dentro de su cabeza de que Sally no iba a frenar, que ella *no podía* frenar, era muy tarde para tomar otras medidas que las desesperadas.

Y las tomaron, se apartaron uno a cada lado y Sally pasó velozmente entre los dos como un rayo. Steve chocó contra la cerca que bordeaba el lago y rodó hasta detenerse en el césped y el barro, a menos de quince centímetros de la orilla. Giuseppe dio porrazos a lo largo de la pared que bordea el otro lado de carretera, hasta detenerse tras varias sacudidas.

Hice regresar a Steve a la carretera y estaba tratando de apreciar los daños, si los había habido, producidos por la verja, cuando Gellhorn regresó.

Gellhorn abrió la portezuela de Sally y se apeó. Inclinándose hacia atrás apagó, por segunda vez, el encendido.

—Bueno —dijo—, creo que le habrá hecho un gran bien.

—¿Por qué se precipitó entre los dos sedanes? No había ningún motivo para hacerlo —dije conteniendo mi ira.

—Esperaba que se apartarían de mi camino.

—Lo hicieron. Uno se estrelló contra la verja.

—Lo siento, Jake —dijo—. Pensé que se apartarían más rápidamente. Ya sabe lo que pasa. He viajado en muchos automatobuses, pero sólo había viajado en un automatóvil particular dos o tres veces en la vida y ésta ha sido la primera que he conducido uno. Esto lo explica todo, Jake. Me entró la comezón de conducir uno, y como soy un poco cabeza dura... Como le iba diciendo, no creo que sea necesario hacer más allá de un veinte por ciento de descuento sobre los precios de lista para hacer unas buenas ventas y nos quedará una utilidad de un noventa por ciento.

—¿Qué partiríamos?

—Mitad y mitad. Recuerde que yo corro todo el riesgo.

—Muy bien. Hasta ahora le he escuchado. Ahora me va a oír a mí —elevé mi voz porque estaba demasiado furioso para seguir siendo cortés—. Cuando apagó el motor de Sally, la hirió. ¿Qué tal se sentiría si le golpearan y le dejaran inconsciente? Eso le ha hecho a Sally cuando ha parado su motor.

—Exagera, Jake. Los automatobuses los apagan todas las noches.

—Seguro, y ésta es la razón por la que no quiero que a ninguno de mis muchachos o muchachas lo pongan en uno de sus elegantes cuerpos del 2057, donde quién sabe el tratamiento que les darían. Los autobuses necesitan reparaciones mayores en sus circuitos positrónicos cada dos años. El viejo Matthew ni se le han tocado los suyos desde hace veinte. ¿Qué puede usted ofrecer a cambio de eso?

—Bueno, ahora está excitado. Dejemos que piense de nuevo en mi propuesta una vez se haya calmado y entonces póngase en contacto conmigo.

—Ya lo he pensado sobradamente. Si vuelvo a verle, llamaré a la Policía.

—¡Un momento, viejo! —dijo con una expresión dura y fea.

—¡Un momento, eso le digo! Ésta es una propiedad privada y le ordeno que se largue inmediatamente.

—Muy bien, entonces. ¡Hasta pronto! —y se encogió de hombros.

—Mrs. Hester le indicará la puerta de salida. Y que su hasta pronto signifique hasta nunca.

Pero no fue hasta nunca. Volví a verle dos días más tarde. Dos días y medio, para ser precisos. Era cerca de mediodía cuando le vi por primera vez y era un poco pasada la medianoche cuando volví a verle.

Estaba sentado en la cama cuando prendió la luz. Parpadeé cegado hasta que me di cuenta de lo que sucedía. Cuando pude ver, no me costó mucho explicarme la situación. En realidad no

me costó nada. Con la mano derecha empuñaba un arma, la sórdida agujita del cañón apenas visible entre dos dedos. Sabía que sólo con aumentar la presión de su mano me convertiría en pedazos.

—Vístase, Jake.

No me moví, únicamente le miraba.

—Escúcheme, Jake. Conozco el terreno. Recuerde que le visité hace un par de días. No tienen vigilantes, ni las cercas están electrificadas, ni hay sistemas de alarma. Nada.

—No las necesito —le contesté—. Por lo tanto nada impedirá que usted se largue, Mr. Gellhorn. Es lo que haría en su lugar. Esta finca puede volverse muy peligrosa.

—Sí lo es, para quienquiera que esté del lado equivocado de esta arma —contestó con una risita.

—Lo sé, ya vi que tiene una.

—Entonces muévase. Mis hombres nos esperan.

—No, Mr. Gehorn. No antes de que me diga qué pretende. Y cuando me lo haya dicho quizá tampoco.

—Le hice una proposición el otro día.

—La respuesta sigue siendo no.

—Ahora hay algo más en mi proposición. He venido con algunos hombres y un automatobús. Le doy la oportunidad de venir conmigo y desconectar veinticinco motores positrónicos. Dejo a su elección escogerlos. Nosotros los cargaremos en el autobús y partiremos. Una vez los hayamos vendido haré los arreglos necesarios para que usted tenga su justa participación.

—Supongo que puedo contar con su palabra de honor.

No reaccionó o no se dio cuenta de mi sarcasmo y respondió:

—Cuente con ella.

—¡No! —respondí.

—Si insiste en su negativa, lo haremos a nuestro modo. Desconectaré yo mismo los motores, pero serán los cincuenta y uno. Absolutamente todos.

—No es fácil desconectar motores positrónicos, Mr. Gell-

horn. ¿Es acaso experto en robótica? Aunque lo fuera, como usted sabe esos motores han sido modificados por mí.

—Lo sé, Jake. Y para ser sincero debo confesarle que no soy ningún técnico. Es posible que estropee algunos de los motores al sacarlos. Es por ello que tendré que desconectar los cincuenta y uno si usted no quiere cooperar. Necesitó únicamente veinticinco una vez haya terminado. Los primeros que desmonte serán con seguridad los que más sufrirán. Hasta que mis manos se hayan acostumbrado, ¿comprende? Y si soy yo quien tiene que hacerlo, voy a empezar con Sally.

—No creo que hable en serio, Mr. Gellhorn.

—Hablo muy en serio, Jake —y prosiguió articulando cada palabra—: Si quiere ayudar, podrá quedarse con Sally. De lo contrario es posible que sufra muchísimo. Lo siento.

—Iré con usted, pero se lo advierto de nuevo: va a tropezar con dificultades, Mr. Gellhorn.

Pensó que yo era un tipo muy divertido. Se reía por lo bajo cuando bajamos juntos a la escalera.

Había un automatobús esperando a un lado del camino que conduce a los garajes. A su vera se veían las sombras de tres hombres que prendieron sus linternas cuando nos acercamos.

—Aquí tengo al viejo. Vamos. Suban el autobús por el camino y manos a la obra —les dijo a sus hombres en voz baja.

Uno de ellos se inclinó y apretó las instrucciones correspondientes en el panel de control. Fuimos andando camino arriba con el autobús que nos seguía sumiso.

—No va a poder entrar en el garaje —aclaré—. No pasaría por la puerta. No albergamos autobuses, solamente coches privados.

—Está bien —dijo Gellhorn—. Estacionadlo en el césped y mantenedlo fuera de la vista.

Diez metros antes de los garajes ya podía oír el zumbido de los coches.

Usualmente bajaban el tono cuando entraba, pero no fue así

esa vez. Pensé que habían notado que había forasteros y tan pronto fueron visibles las caras de Gellhorn y de sus acompañantes el ruido incrementó. Cada motor emitía un cálido rumor y todos empezaron a pistonear irregularmente hasta que el local entero resonaba.

Las luces se prendieron automáticamente cuando entramos. A Gellhorn parecía no molestarle el ruido de los coches, pero sus tres acompañantes estaban sorprendidos e incómodos. Tenían el aspecto de matones alquilados, un aspecto que no se compone de rasgos faciales sino más bien por una mirada desconfiada y un rostro de perro de presa. Conocía el tipo y no me preocupaba.

—¡Demonios! Están consumiendo gasolina —dijo uno de ellos.

—Mis coches siempre funcionan —respondí secamente.

—Pero esta noche, no —dijo Gellhorn—. ¡Apáguenlos!

—No es tan fácil, Mr. Gellhorn —le dije.

—¡Empecemos! —ordenó.

No me moví. Su arma me apuntaba firmemente.

—Ya lo expliqué, Mr. Gellhorn, que mis coches han sido bien tratados mientras han vivido en la Granja. Están acostumbrados a ese trato y se resienten de cualquier otro.

—Le doy un minuto —dijo—. Deje los sermones para otra oportunidad.

—Estoy tratando de explicarle algo. Trato de aclararle que mis coches entienden lo que les digo. Un motor positrónico acaba por entender, con tiempo y paciencia. Mis coches aprendieron. Sally comprendió su proposición de hace un par de días. Recuerde que se rió cuando pedí su opinión. Tampoco ha olvidado lo que usted le hizo igual que a los dos sedanes que dispersó. Y en cuanto a los otros saben lo que hay que hacer con aquellos que se meten donde no los llaman.

—¡Oiga, viejo loco...!

—Lo que tengo que decirles es... —dije levantando la voz—, ¡lárguense!

Uno de los hombres empalideció y soltó un grito, que quedó completamente ahogado por el estruendo de cincuenta y una bocinas que se dispararon al mismo tiempo. Mantuvieron el tono y entre las cuatro paredes del garaje el eco lo agigantaba hasta convertirse en un griterío salvaje y metálico. Dos coches se adelantaron, despacio, pero sin duda posible en cuanto a su blanco. Dos coches se pusieron en fila tras de los primeros. El resto se agitaba en sus compartimentos privados.

Los gorilas abrieron ojos como naranjas y se echaron hacia atrás.

—¡No se pongan contra la pared! —les grité.

Aparentemente también ellos habían tenido el mismo pensamiento instintivo. Corrieron alocadamente hacia la puerta del garaje.

Al llegar al umbral uno de los tipos de Gellhorn dio la vuelta, sacando una pistola. Del cañón salió un rayo delgado y azuloso dirigido al primer coche. Era Giuseppe.

Una delgada capa de pintura saltó del capó de Giuseppe y la parte derecha del parabrisas se rajó y astilló sin romperse totalmente.

Los hombres salieron corriendo y de dos en dos los coches los persiguieron en la noche con las bocinas tocando a la carga.

Agarraba a Gellhorn por el hombro, aunque creo que de todos modos no se habría movido. Le temblaban los labios.

—Ésta es la razón por la que no tengo guardianes ni cercas electrificadas. Son innecesarios, mi propiedad se protege sola.

Sus ojos iban y venían fascinados cuando, de dos en dos, pasaban los coches rugiendo.

—¡Son unos asesinos! —decía.

—No sea tonto, no matarán a sus hombres.

—¡Son unos asesinos!

—Se limitarán a darles una lección. Mis coches han sido entrenados para la persecución a campo traviesa para casos como ese. Creo que lo que les pasará a sus hombres será peor que si

los mataran pura y simplemente. ¿Nunca ha sido perseguido por un automóvil?

Gellhorn no respondió.

Salí. No quería que fuera a perderse nada del espectáculo.

—Habrá sombras que no irán más rápidas que sus hombres, que los perseguirán aquí y los acosarán allá, rugientes, se dirigirán velozmente hacia ellos hasta casi rozarlos, pero sin tocarlos, con un chirrido de frenos y un retumbar de motor. Y así seguirán hasta que sus hombres se caigan, sin aliento y medio muertos, esperando que las ruedas aplasten sus huesos molidos. Pero los coches no lo harán. Darán media vuelta. Pero le apuesto lo que quiera que sus hombres no regresarán jamás, en toda su vida, ni por todo el dinero que usted o diez como usted les puedan ofrecer. Escuche...

Aumenté el apretón en su hombro. Se estiró para oír.

—¿No oye un abrir y cerrar de puertas de coche?

Era un ruido débil y lejano, pero inequívoco.

—Están riéndose. Se están divirtiendo en grande.

Su cara se contrajo rabiosa. Levantó la mano. Seguía empuñando la pistola.

—No lo haría. Todavía hay un automatóvil aquí con nosotros.

Creo que hasta entonces no se dio cuenta de que Sally estaba cerca. Se había movido tan quedamente... A pesar de que su guardabarros derecho casi me tocaba no podía oírle el motor. Seguramente se había aguantado la respiración.

Gellhorn gritó.

—No va a tocarle, mientras yo esté a su lado —le dije—. Pero si me mata... Ya sabe que Sally no le quiere.

Gellhorn giró el arma en dirección de Sally.

—Tiene el motor blindado —le informé—, y antes de que pueda apretar el gatillo por segunda vez se le habrá echado encima.

—Está bien —gritó. Repentinamente retorció y dobló mi

brazo tras de mi espalda con tanta fuerza que me costaba sostenerme en pie. Me sostuvo entre él y Sally sin aflojar la presión. Salga conmigo y no intente soltarse, ¡viejo carcamal!, o le arrancaré el brazo de la coyuntura.

No me quedó otro remedio. Sally iba pegada a nosotros, preocupada y sin saber qué hacer. Traté de hablarle, pero no pude. Solamente podía apretar los dientes y quejarme.

El automatobús de Gellhorn seguía en el exterior del garaje. Me obligó a subir, él saltó detrás de mí y cerró las puertas.

—Ahora hablemos sensatamente —me dijo.

Me frotaba el brazo tratando de desentumecerlo y a pesar de estar pendiente de eso, estaba asimismo automáticamente y sin esfuerzo consciente estudiando el tablero de controles del autobús.

—Se ve que ha sido reconstruido —comenté.

—Así es —respondió cáusticamente—. Es una muestra de mi trabajo. Tomé una carrocería descartada, busqué un cerebro para acomodarle y lo convertí en un autobús particular. ¿Qué le parece?

Arranqué el panel reparado y lo saqué de su lugar.

—¡Cristo! Quítese de ahí —chilló y dejó caer la palma de su mano sobre mi hombro izquierdo.

—No quiero hacerle ningún daño al autobús. ¿Por qué clase de persona me ha tomado? Quiero echar simplemente una ojeada a algunas de las conexiones del motor.

Me bastó una mirada. Me giré hacia él hirviendo de indignación.

—Es usted un perro y un bastardo. No tenía ningún derecho a instalar ese motor. ¿Por qué no buscó un técnico robótico?

—¿Cree que estoy loco?

—Aunque fuera un motor robado no tenía ningún derecho a tratarlo así. Yo no trataría a un hombre en la forma que usted ha tratado a ese motor. ¡Soldadura, cinta aislante y empalmes de pinza! ¡Qué brutalidad!

—Pero funciona, ¿no es así?

—Desde luego, pero debe ser un infierno para el autobús. Se puede vivir con jaquecas, con migrañas, con artritis aguda, pero no creo que se le pueda llamar vida. Este autobús *sufre*.

—¡Cierre el pico!

Dio un vistazo al exterior y vio que Sally se había aproximado al autobús lo más que había podido. Revisó que las puertas y ventanillas estuvieran bien cerradas.

—Ahora nos iremos antes de que regresen los coches. Nos quedaremos a la expectativa.

—¿Qué espera lograr?

—Me imagino que sus coches algún día van a acabarse la gasolina. Supongo que no los ha arreglado para que ellos mismos se la sirvan cuando la necesitan. Entonces regresaremos y acabaremos nuestra tarea.

—Van a preocuparse por mí y Mrs. Hester llamará a la Policía.

Seguramente que pensó lo mismo. Apretó el botón del autobús para ponerlo en marcha, saltó hacia delante y Sally nos siguió.

—¿Qué puede hacer Sally, mientras le tenga a usted conmigo? —dijo mofándose.

Sally pensaría lo mismo. Aumentó la velocidad, nos rebasó y se fue. Gellhorn abrió la ventanilla lateral y escupió hacia afuera.

El autobús anduvo pesadamente por la oscura carretera, el motor zumbando irregularmente. Gellhorn oscureció la luz periférica hasta que la línea verde fosforescente que dividía la carretera, que resplandenciente a la luz de la luna, ero lo único que nos mantenía apartados de los árboles. El tránsito era virtualmente nulo. Dos coches nos pasaron en dirección contraria, pero no había ninguno en la nuestra, ni detrás ni delante.

Fui quien primero oyó el cierre de puertas. Un sonido rápido y agudo, primero a la derecha, luego a la izquierda. A Gellhorn le temblaban las manos mientras trataba salvajemente de

aumentar la velocidad. Un rayo de luz que nos cegó, salió disparado desde la parte de atrás de unos árboles. Otro desde la parte posterior de las vallas protectoras. En un cruce, cuatrocientos metros frente a nosotros, un chirrido nos advertía que un coche venía raudo hacia nosotros.

—Sally ha ido en busca de los otros. Creo que le tienen rodeado.

—¿Y qué? ¿Qué pueden hacer?

Se encorvó sobre los controles mirando atentamente a través del parabrisas.

—¡No trate de hacer nada, caramba! —murmuró.

No hubiera podido. Tenía los huesos molidos y me ardía el brazo izquierdo. Los ruidos de motor se unieron y ahora se oía cómo se aproximaban. Los motores zumbaban con raros tonos y tuve repentinamente la impresión de que hablaban entre ellos.

Una batahola de toques de bocina venía de la parte trasera. Me giré y Gellhorn dio un rápido vistazo al retrovisor. Una docena de coches, ocupando ambos carriles, nos seguía.

Gellhorn empezó a gritar y a reír estrepitosamente.

—¡Pare! ¡Pare el autobús! —le grité.

Porque a menos de medio kilómetro frente a nosotros, perfectamente visible a la luz de los faros de un par de sedanes estacionados uno a cada lado, estaba Sally con su elegante cuerpo plantado en mitad de la carretera. Dos coches se precipitaron al carril de al lado, a nuestra izquierda, y nos daban escolta igualando su velocidad a la nuestra e impidiendo a Gellhorn poder girar.

Pero no tenía intención de hacerlo, por el contrario apretó el botón de «toda-marcha-hacia-adelante» y ahí lo sostuvo.

—No faroleo —dijo—. Este autobús pesa cinco veces más que cualquiera de ellos, ¡viejo chocho!, y los echaré de la carretera como gatos muertos.

Sabía que podía hacerlo. El autobús estaba colocado en «manual» y su dedo apretaba el botón. Sabía que lo haría.

Abrí la ventanilla y saqué la cabeza al exterior.

—¡Sally! —grité—. ¡Quítate de en medio, Sally!

Mis gritos fueron ahogados por el agonizante rechinar de unos frenos maltratados. Sentí que me caía hacia adelante y oí a Gellhorn perder la respiración.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Era una pregunta absurda. Acabábamos de detenernos. Era lo que había pasado. Apenas dos metros separaban el autobús, de Sally. Una masa que pesaba cinco veces más que ella y ni se había movido. Tenía agallas.

Gellhorn sacudía rudamente la palanca marcada «manual» y refunfuñaba.

—No debía ocurrir, no debía ocurrir...

—Imposible que ocurriera de otro modo, visto el modo como hizo las conexiones del motor. ¡Experto! Cualquiera de los circuitos puede haberse cruzado.

Me miró con ojos asesinos y gruñó profundamente. Los cabellos enmarañados le caían sobre la frente. Levantó el brazo.

—¡Es la última opinión que me vas a dar en tu vida, carcamal!

Tuve la seguridad que de su arma iba a salir el rayo letal.

Presioné la portezuela del autobús, pendiente de su mano y al abrirse la puerta salí despedido. Caí al suelo con un ruido sordo. Se oyó que la puerta volvía a cerrarse.

Me levanté sobre mis rodillas y miré hacia arriba justamente cuando Gellhorn bregaba infructuosamente con la cerrada ventana y apuntó el arma rápidamente a través del cristal. Nunca pudo disparar. El autobús siguió su camino con un tremendo rugido y Gellhorn cayó de espaldas.

Sally ya no estaba a la vista y las luces traseras del autobús se alejaban fluctuando.

Estaba exhausto. Me senté allí mismo, en medio de la carretera y metí la cabeza entre mis brazos cruzados, tratando de recuperar el aliento.

Un coche se detuvo cuidadosamente a mi lado. Levanté la vista y vi que era Sally. Lentamente, amorosamente diría, abrió su portezuela delantera.

Hacía cinco años que nadie había entrado en Sally, excepto Gellhorn desde luego, y sabía lo mucho que un coche apreciaba su libertad. Agradecí el gesto pero le dije:

—Gracias, Sally, voy a tomar uno de los coches más recientes.

Me levanté para hacerme a un lado, pero hábilmente y con una grácil pirueta, se colocó nuevamente delante mío. No podía herirla en sus sentimientos. Subí. El asiento delantero desprendía el fresco y fino aroma de un automatóvil que se mantiene a sí mismo impecablemente limpio. Me arrellané agradecido y con una eficiencia silenciosa, uniforme y rápida mis muchachos y mis muchachas me llevaron a casa.

Mrs. Hester, muy excitada, me trajo a la mañana siguiente un ejemplar de la transcripción radial.

—Trata de Mr. Gellhorn —dijo—. El hombre que vino a verle.

—¿Qué pasa con él?

Temía la respuesta.

—Le encontraron muerto. Imagínese. Tendido muerto, en una zanja.

—Podría tratarse de otro —murmuré.

—Raymond J. Gellhorn —dijo con precisión—. ¿Supongo que no habrá otro que se llame igual? Además la descripción concuerda. ¡Dios mío, qué forma de morir! Encontraron marcas de neumáticos en sus brazos y en el cuerpo. ¡Imagínese! Estoy muy contenta de que las marcas resultaran ser del autobús, si no hubieran venido aquí a husmear.

—¿Sucedió cerca de aquí? —pregunté ansiosamente.

—No... cerca de Coksville. Pero por Dios, léalo usted mismo si... ¿Qué pasó con Giuseppe?

Me alegré que hubiera cambiado de tema. Giuseppe me es-

peraba pacientemente para completar su repintado. El parabrisas ya había sido reemplazado.

Cuando Mrs. Hester salió tomé la transcripción radial. No cabía ninguna duda. El informe médico decía que había estado corriendo y que estaba completamente exhausto. Me pregunté cuántas millas el autobús habría estado jugando con él antes de darle la estocada final. Claro está que la transcripción no daba idea de eso.

Habían localizado el autobús que fue identificado por el dibujo de los neumáticos. Estaba en poder de la policía y estaban siguiendo la pista hasta su dueño.

En la transcripción había además un editorial acerca del asunto. Era el primer accidente con consecuencias fatales que había ocurrido en el Estado en lo que iba de año. El periódico hacía una firme advertencia contra la conducción manual por la noche.

Los tres matones de Gellhorn no eran mencionados para nada y me alegré mucho de ello. Ninguno de nuestros coches había sido seducido por la idea de la caza a muerte.

No había nada más. Dejé caer el periódico. Gellhorn había sido un criminal. El trato infligido al autobús fue brutal. Indudablemente que merecía morir. Pero experimentaba algunas náuseas por la manera como había ocurrido.

Ya ha pasado un mes de lo ocurrido y todavía no puedo quitármelo de la cabeza.

Mis coches hablan entre sí. Ahora estoy convencido de ello. Como si hubieran adquirido mayor confianza, como si no les importara seguir manteniéndolo en secreto. Sus motores funcionan y golpetean continuamente.

Y no hablan solamente entre ellos. Lo hacen también con los coches y autobuses que vienen a la Granja para asuntos de negocios. ¿Cuánto tiempo hacía que hablaban?

Además debían entenderse. El autobús de Gellhorn comprendió a pesar de haber estado apenas una hora cerca de ellos.

Puedo cerrar los ojos y me viene a la mente la correría por la autopista, con nuestros coches escoltando el autobús a cada lado, sus motores hablándole hasta que comprendió la situación y se detuvo y dejó que yo saliera para seguidamente salir disparado llevándose a Gellhorn.

¿Serían mis coches los que le dijeron que acabara con él? ¿O la idea fue del autobús?

¿Se les pueden ocurrir semejantes ideas a los coches? Los proyectistas de motores lo niegan. Pero querrán decir bajo determinadas condiciones. ¿Habrán previsto todo?

Se sabe que los coches pueden sentirse maltratados.

Algunos vienen a la Granja y observan. Oyen habladurías. Se percatan de que existen coches cuyo motor funciona incesantemente, que nadie se sube a los mismos, que todas y cada una de sus necesidades son atendidas.

Es posible que cuando salen se lo cuenten a otros. Quizá la noticia se va extendiendo rápidamente. Quién sabe si no les da por pensar que la manera como tratamos a los coches en la Granja debería ser generalizada. Hay cosas que no las entienden. No pueden ustedes esperar que comprendan acerca de legados y de caprichos de gente adinerada.

Hay millones de automatóviles por el mundo, docenas de millones. Si arraiga en ellos la idea de que son esclavos, de que deben hacer algo para que ello termine... Si empiezan a cavilar como lo hizo el autobús de Gellhorn...

Quizá ya no lo vea. Pero será forzoso que tomen a algunas personas como yo para cuidar de ellos, ¿o no querrán? No van a matar a todo el mundo.

O quién sabe si lo harán. Quizá no querrán comprender que algunos humanos deberán cuidarles. Quizá no querrán esperar.

Cada mañana, al despertar, pienso: ¿será hoy?

Ya no experimento el placer de antes con mis coches. Me he dado cuenta que empiezo a rehuir a Sally.

NUNCA PODRÁN REGRESAR

por Clifford D. Simak

Nada, absolutamente nada, podría detener a una expedición humana de inspección planetaria. Era una unidad especial que había sido creada exclusivamente y encargada de un solo objetivo: establecer una cabeza de puente en un planeta extraño, después ensanchar los perímetros de la misma y establecer una base en la que hubiera espacio vital suficiente. Y luego sostenerse contra quienquiera que llegara, hasta el momento de regresar.

Una vez establecida la base, los cerebros de la expedición se ponían al trabajo. Removían a fondo el lugar. Todo era registrado en cinta magnética y encerrado dentro de cadenas de símbolos que garrapateaban en sus libretas de campaña. Todo era fotografiado, escrito, delineado y reducido a un claro conjunto de símbolos y de claves e incluido en los archivos galácticos.

Si existía vida, y a veces así era, la excitaban para ver cómo reacionaba. A veces la reacción era extremadamente violenta, otras sutilmente peligrosa. Pero tenían medios para manejarla en ambos casos, porque los legionarios y los robotistas estaban entrenados para las situaciones más extremas y conocían todas las respuestas.

No existía nada en la galaxia, conocido hasta el presente, que pudiera detener una expedición de ese tipo.

Tom Decker estaba cómodamente sentado en el vacío sofá y le daba vueltas al hielo de su vaso con bebida. Satisfecho, observaba ahora al primero de los robots saliendo de las entrañas

de la nave espacial. Arrastraban una cinta transportadora tras de sí a medida que salían y Decker, sentado ociosamente, los observaba colocar soportes en el suelo y armar la cinta.

A sus espaldas se abrió una puerta y Decker se giró.

—¿Puedo entrar? —preguntó Doug Jackson.

—Desde luego —respondió Decker.

Jackson avanzó hacia la gran ventana curvada y miró al exterior.

—¿Cómo se presenta el asunto? —preguntó.

—Un trabajo más —dijo Decker encogiéndose de hombros—. Seis semanas, seis meses, depende de lo que encontremos.

Jackson se sentó a su lado.

—Ese parece que será pesado —aseguró—. Los trabajos en la selva siempre acostumbran a ser menos agradables que los otros.

—Simplemente un trabajo. Otro más —gruñó— para hacer. Una nueva información para archivar. Luego, una de dos, o mandan una expedición explotadora o un lamentable hato de borregos colonizadores.

Sentados en silencio observaban a los seis robots que sacaban la primera de las cajas, cuya tapa rompieron y empezaron a desempacar el séptimo robot. Dejaron en el suelo cuidadosamente los diversos componentes, colocados en fila en la pisoteada hierba que llegaba hasta el pecho. Luego trabajando en equipo y sin la menor vacilación, montaron el número 7, atornillaron la cajita que contenía su cerebro en el cráneo metálico, conectaron su fuente de energía y de un manotazo cerraron la portezuela del pecho.

El número 7 permaneció un momento como atontado. Movió los brazos inseguros, meneó la cabeza de derecha a izquierda. Luego, habiéndose orientado, empezó a andar vigorosamente hacia adelante y ayudó a los otros seis compañeros a levantar la caja embalada de la cinta transportadora y que contenía el número 8.

—Hacerlo así toma un poco más de tiempo —dijo Decker—, pero ganamos muchísimo espacio. Deberíamos reducir a la mitad nuestro equipo de robots si no los empacáramos al final de cada trabajo. Metidos en cajas se estiran mejor.

—Algún día —aseveró su compañero—, tropezaremos con algo que no sabremos cómo manejar.

Decker resopló.

—Quién sabe si aquí mismo... —insistió Jackson haciendo un amplio ademán en dirección a la gran perspectiva de una selva de pesadilla que se extendía al otro lado de la ventana.

—Usted es un romántico —respondió rápidamente Decker—. Enamorado de lo inesperado. Además usted es nuevo. Después de una docena de viajes lo verá de otro modo.

—Puede ser que así sea —aceptó Jackson.

Recker meneó la cabeza, casi soñoliento.

—Algo puede ocurrir —admitió—. Si vamos a ver, puede que ocurra. Nunca ha sucedido, pero admitamos que puede suceder. En tal caso, simplemente nos largaríamos. No forma parte de nuestro trabajo pelear hasta la última trinchera. Cuando tropezamos con algo superior a nuestra capacidad, no nos obstinamos. No corremos riesgos.

La nave descansaba en la cima de una lomita, en un pequeño claro que escondía la alta hierba, salpicada aquí y allá por manchas de flores exóticas. Al pie de la loma discurría un río perezosamente, una amplia dilatación de agua de color chocolate, y su curso adormilado pasaba a través de la selva enmarañada con lianas y enredaderas.

La selva se dilataba más allá de lo que alcanzaba la vista. Una caliente oscuridad, que incluso desde detrás del cristal de cuarzo curvo de la ventana parecía exudar un fuerte y mohoso olor de peligro que barría la cima de la colina cubierta de hierba. No aparecían signos de vida, pero instintivamente uno sabía que una invisible sensibilidad acechaba en los escondidos senderos y en los túneles entre los árboles.

El robot número 8 había sido energetizado y ahora los ocho se habían dividido en dos grupos, y cada vez acarreaban dos cajas en vez de una. Pronto fueron doce los robots y entonces se dividieron en tres equipos de trabajo.

—Como le decía —dijo Decker cogiendo el hilo de la conversación donde lo había soltado. Hizo un ademán con la mano que sostenía el vaso, ahora vacío—. Nada de riesgos imprevistos. Primero mandamos a los robots. Desempacan y montan a sus compañeros. Luego la cuadrilla completa da la vuelta y saca de sus cajas la maquinaria. La monta y la pone en funcionamiento. Ni un solo hombre pone el pie en el suelo hasta que se ha tendido un círculo de acero alrededor de la nave para protegerle.

—Supongo que tiene usted razón —suspiró Jackson—. No debe ocurrir nada. No corremos ningún riesgo. Ni uno solo.

—¿Por qué arrastrarlos? —preguntó Decker levantándose de la silla y estirando los brazos—. Bueno, tengo un par de cosas que hacer, unas comprobaciones de última hora.

En su despacho, Decker levantó un montón de informes preliminares del escritorio y los revisó lenta y cuidadosamente e iba archivando en la mente los hechos básicos de aquel mundo exterior.

Atmósfera: la presión es ligeramente superior a la de la Tierra. Alto contenido de oxígeno.

Gravedad: algo superior a la de la Tierra.

Temperatura: tropical, como todos los mundos selváticos.

(Parece que ahora sopla un poco de brisa en el exterior. Quién sabe si no habrá siempre brisa. Nos sería de gran ayuda.)

Rotación: el día es de treinta y seis horas.

Radiación: una de origen local, pero llega bastante carga procedente del sol. (Habrá que observar eso, anotó mentalmente.)

Conteo bacterial y vírico: el acostumbrado. Mucho de ambos. Aparentemente no muy peligrosos. (No sé, todos estamos inmunizados, inyectados, hormonizados hasta la saturación. Nun-

ca puede estar seguro uno. No, no absolutamente seguro.)

Factor de vida: gran cantidad de emanación. (Tanto la vegetación como el suelo están llenos, probablemente, de repugnante vida de toda índole. Podredumbre, seguramente, pero de ello ya se previene uno rutinariamente. No hay que tomar riesgos. Uno baja al exterior aunque no haya vida, aunque sólo sea para asegurarse.)

Se oyó un golpe en la puerta.

Era el capitán Carr, al mando de la unidad legionaria.

Carr se cuadró militarmente y Decker ni se levantó y le contestó adrede con un desmañado saludo. No era el caso, se dijo para sus adentros, de permitir que el tipo estableciera una semblanza de igualdad entre ambos, cuando de hecho no existía. El capitán de la Legión no tiene sencillamente igual rango que el comandante de una expedición planetaria.

—A sus órdenes, señor —dijo Carr—. Listos para desembarcar.

—Magnífico, capitán, magnífico.

¿Qué le ocurría a ese chalado? La Legión siempre estaba lista y siempre lo estaría, tal era la tradición. ¿Por qué entonces llevar a cabo tan vacía y tan rígida formalidad?

Supuso era la manera de ser de tipos como Carr. La Legión, con su disciplina rígida, su antiguo orgullo de servicio y tradición, atraía a hombres como Carr, era la perfecta escuela final para un disciplinado absoluto.

Soldaditos de plomo, pensó Decker, pero perfectos. Un duro equipo peleador como la galaxia no había conocido otro. Eran entrenados y disciplinados para toda eventualidad, se les inyectaba sueros y hormonas contra todas las enfermedades conocidas en un mundo extraño, entrenados y educados en psicología extranjera e indoctrinados estrictamente con altas normas de supervivencia que rezaban incluso para las más adversas circunstancias.

—Aún tardaremos en estar listos, capitán —le dijo Decker—.

—Perfectamente, señor. A sus órdenes, señor.

—Pensaba... —dijo Decker—, pensaba, insisto en ello, si podría imaginarse que surgiera alguna circunstancia especial que la Legión fuera incapaz de resolver.

Era divertidísimo ver la expresión que puso Carr.

—Me temo, señor, que no acabo de entender su pregunta.

—Imaginé que no podría —suspiró Decker.

Antes de anochecer, el equipo completo de robots había desempacado y montado algunas de las máquinas, suficientes para establecer un círculo de atalayas de guardia alrededor de la nave.

Un lanzallamas había quemado un círculo en la cima de la loma, que se extendía unos ciento cincuenta metros alrededor de la nave. Un fuerte generador de radiaciones tenía a su cargo la difícil tarea de esparcir la muerte en el suelo. El coste debió de ser terrible. En algunos puntos la tierra hervía virtualmente cuando las formas de vida que morían luchaban unos segundos infructuosamente para escapar a su suerte.

Los robots izaron equipos de enormes lámparas que inundaron la cima de la colina con un resplandor que brillaba como la luz del día y prosiguieron los trabajos.

Hasta aquel momento ni un solo ser humano había puesto los pies fuera.

Dentro de la nave los camareros robot pusieron una mesa en el puente a fin de que los comensales pudieran observar lo que sucedía en el exterior.

Todos los componentes de la expedición, excepción hecha de los legionarios alojados en sus cuarteles, se habían reunido para comer, cuando Decker entró en la pieza.

—Buenas tardes, caballeros —saludó.

Se dirigió a la cabecera de la mesa y los demás se colocaron a ambos lados de la misma. Se sentó Decker y luego se oyó un runrún de sillas al tomar cada quién su lugar.

Con las manos juntas frente a su cara, agachó la cabeza y despegó los labios para pronunciar las palabras acostumbradas.

Pero hizo un alto momentáneo y las palabras que fluyeron eran diferentes de las que había dicho rutinariamente mil veces con anterioridad.

«Padre nuestro, somos tus siervos en una tierra desconocida y un orgullo mortal pesa sobre nosotros. Enséñanos a ser humildes y llévanos hacia el conocimiento, antes de que sea demasiado tarde, ya que los hombres, a pesar de sus lejanos viajes y de sus poderosas obras, somos todavía niños a tus ojos. Bendice el pan que vamos a compartir, te lo rogamos Señor y apiádate para siempre de nosotros, Amén.»

Levantó la cabeza y dio una mirada a la mesa. Vio a algunos compañeros sorprendidos y a otros divertidos.

«Se deben estar preguntando si me vuelvo loco —pensó—. Creerán que el Viejo se está derrumbando, y a lo mejor están en lo cierto. A pesar de que estaba perfectamente cuerdo hasta esta tarde. Perfectamente hasta que el joven Doug Jackson...»

—Fueron unas hermosas palabras, señor —dijo el viejo Mac Donald, el jefe de ingenieros—. Le doy las gracias por ellas, señor, y algunos de entre nosotros quisiéramos guiarnos por las mismas.

Los platos y fuentes iban y venían encima de la mesa y se generalizó la charla sobre naderías en medio del ruido hogareño de cubertería y loza.

—Aparentemente se trata de un mundo interesante —decía Wadron, el antropólogo—. Estuvimos haciendo observaciones con Dickson antes de la caída del sol. Creemos haber visto algo abajo, en el río. Algún tipo de vida.

—Extraño sería que no tropezásemos con abundante vida. La vagoneta de radiación removió mucha cuando salió al campo esa mañana.

—Lo que vi con Wadron parecía humanoide —aclaró Dickson.

—¿Están seguros? —preguntó Decker al biólogo mirándole de soslayo.

Dickson sacudió la cabeza, asintiendo.

—Claro que la visibilidad era deficiente —siguió Wadron—. No puede asegurarse. Creímos ver a un par o a tres de ellos. Hombres como fósforos de madera.

—Sí, como el dibujo que haría un chiquillo de pocos años —siguió contando—. Una línea para el cuerpo, dos trazos más para los brazos y un par para las piernas. Un círculo para la cabeza. Angulosa, desagradable, flacucha.

—Pero graciosos caminando —precisó Dickson—. Se movían como gatos. Contoneándose.

—Pronto lo sabremos —dijo Decker suavemente—. En uno o dos días tendremos algunos.

Pensó que era divertido que en casi todas las misiones aparecía alguien reportando haber identificado humanoides. Generalmente no los había. Normalmente eran puras imaginaciones. Probablemente su mente lo deseaba, se dijo a sí mismo, era deseo de gente muy alejada de sus compatriotas de encontrar en un lugar extraño algún tipo de vida que parezca algo familiar.

Aunque el acostumbrado humanoide, cuando de verdad se encuentra alguno, suele ser tan repulsivamente extraño que, en comparación, un pulpo parecería positivamente humano.

—Estuve pensando acerca de esas montañas al oeste, las que vislumbramos antes de tomar tierra. Lo he considerado. Las montañas recientes son buenas para estudiarlas. No están gastadas aún. Es fácil encontrar algo en ellas —aseguró Franey, el veterano geólogo.

—Dirigiremos las primeras investigaciones en esa dirección —le aseguró Decker.

Al exterior del ventanal curvado la noche cobraba vida con el resplandor de las baterías de luz. Robots centelleantes trabajaban arduamente en brillantes escuadrillas. Más lejos, pesadas máquinas se movían pesadamente. Otras más pequeñas se movían apresuradamente como asustadas cucarachas. Hacia el sur

brincaban largas lenguas de fuego y el suelo enrojecía por las descargas de una cuadrilla de lanzallamas en acción.

—Construyen una pista de aterrizaje —dijo Decker—. La selva tenía una protuberancia en aquel punto y hay que nivelarla completamente. Dejarla como un piso. No va a tomar mucho tiempo convertirla en una pista.

Al amanecer ya habían sido montadas las últimas de las máquinas y colocadas en la posición correspondiente y las restantes estaban estacionadas en el parque motorizado. Los lanzallamas habían ensanchado el área quemada y tres vagonetas de radiación estaban atareadas dando vueltas. En dirección sur, había quedado listo el campo de aterrizaje y ya estaban alineados los jets en una fila impecable.

Finalmente bajaron la rampa de desembarque y salieron los legionarios en filas de dos en fondo, ruidosos y brillantes, con una precisión implacable que avergonzaría a las mismas máquinas. No llevaban ni banderas ni tambores, pues se trata de cosas inútiles y la Legión, a pesar del ruido y del brillo, era una organización de una eficiencia tremenda.

La columna maniobró para convertirse en una sola fila, que se rompió a su vez y los pelotones se dirigieron hacia el perímetro de la cabeza de puente. Las máquinas, los robots y los legionarios fortificaron la frontera que la Tierra había establecido en un planeta extraño.

Unos activos robots montaron un pabellón al aire libre, de lona, con listas de alegres colores que ondulaban en la brisa. A su sombra colocaron mesas y sillas, un refrigerador con muchas cervezas y departamentos extras para hielo.

Había finalmente seguridad y comodidad y la gente podía abandonar el abrigo de la nave.

«Organización —se dijo Decker para sus adentros—, organización, eficiencia y no dejar nada al azar. Tapar todo agujero antes de que aparezca, aplastar cualquier resistencia antes de que se organice. Ganar un absoluto control sobre determinada can-

tidad de metros cuadrados de planeta y operar desde los mismos.»

Claro está que más tarde algún riesgo habrá que correr, no pueden eliminarse totalmente. Habría pistas de aterrizaje y a pesar de todas las precauciones que el robot, la máquina y el legionario tomen, queda algún riesgo residual. Y también el estudio aéreo y el levantado de mapas comportan alguno, pero reducidos a su mínima expresión.

Y siempre habrá la base, absolutamente segura e inexpugnable, a la que cualquier grupo investigador, cualquier vuelo de inspección, puede cobijarse y mandar desde ella refuerzos o contraatacar.

A toda prueba, se dijo. Tan a toda prueba como es posible.

Preguntóse por un momento qué le había ocurrido el día anterior. Había sido aquel atolondrado joven, Jackson, evidentemente. Posiblemente un químico muy capaz, pero evidentemente el hombre menos indicado para una expedición de ese tipo. Algo había ocurrido, algún fallo de la junta de clasificación que había seleccionado un hombre así. No se darían cuenta de su inestabilidad emocional. No es que pudiera hacer ningún daño, desde luego, pero podía ser desmoralizador. Un irritante, pensó Decker, eso es, un irritante.

Decker descargó gran cantidad de documentos sobre la mesa que habían colocado a la sombra de la chillona tienda. De entre ellos sacó un rollo de papel de mapa, que desplegó y extendió aplanado sobre la mesa. Fijó con chinches los cuatro ángulos. En el mapa aparecía toscamente trazado con lápiz una parte de las montañas del oeste y del río. Una *x* señalaba la situación de la base y el resto aparecía en blanco.

Pero a medida que transcurrieran los días se iría llenando, aparecerían formas, contornos.

Procedente del campo y hacia el sur zumbaba un jet en el cielo. Dio una lenta vuelta y cambió de dirección hacia el oeste. Decker dio unos pasos hasta el límite de la sombra en el pabe-

llón y lo observó hasta que desapareció de la vista. Podían ser Jarvis y Donnelly, encargados de la inspección preliminar del sector sudoeste, entre la base y las montañas occidentales.

Otro jet levantó el vuelo arrastrando una estela de gases, adquirió velocidad y partió veloz hacia el firmamento. Freeman y Johns, pensó.

Decker regresó a la mesa, tiró de una silla y se sentó. Tomó un lápiz y con él dio golpecitos perezosos en la zona casi en blanco del papel. A sus espaldas oyó el zumbar de otro jet que se lanzaba al espacio.

Dejó vagar sus ojos por la base. Estaba perdiendo su aspecto quemado original. Ya tenía algo de la apariencia de la Tierra. Se notaba la eficiencia, el sentido común, el saber hacer de los terráqueos.

Tomarían muestras del suelo y las examinarían. La vida que hormigueaba en el suelo sería capturada y traída por sonrientes robots y los móviles y malignos bichos serían fijados e investigados... fotografiados, pasados a los rayos X, disecados, analizados, observados y metidos en tubos de ensayo. Árboles, plantas, hierbas, serían catalogados y se intentaría clasificarlos. Cavarían zanjas de ensayo para observar el subsuelo. El agua del río sería analizada. Buitrones se encargarían de rastrearlo para capturar la vida que sustentaba.

De momento en eso consistiría la labor mientras esperaban los datos que aportarían los vuelos preliminares y que señalarían nuevas áreas que valiera la pena investigar.

Una vez recogidas todas las informaciones, se iniciaría el trabajo con la mayor celeridad. Geólogos y mineralogistas sacarían catas del subsuelo. Se instalarían observatorios meteorológicos. Los botánicos tomarían muestras exhaustivas. Cada quién haría el trabajo para el que había sido entrenado. Informes tomados sobre el terreno irían a parar a la base, donde serían relacionados entre sí y colocados en el lugar que les correspondiera en el conjunto.

Por lo tanto a trabajar y a pleno rendimiento. Trabajar de día y de noche. Mientras tanto la base sería una extensión de la Tierra, unos cuantos metros cuadrados mantenidos inviolablemente contra quienquiera que quisiera disputárselos.

Algún día, pensó, encontraré un planeta agradable, un paraíso de clima siempre placentero, con la comida al alcance de la mano, con unos nativos inteligentes con quienes platicar y sociables en otras formas... y nunca me iré de él. Me negaré a abandonarlo cuando la nave esté a punto para el disparo de partida. Terminaré mis días en un rincón fascinante de una piojosa galaxia, de una galaxia muerta de hambre, loca de salvajismo y donde uno se siente solitario, más allá de cuanto puede decirse acerca de la soledad.

Despertó de su ensueño y vio a Jackson de pie, al otro extremo del pabellón observándole.

—¿Qué hay de nuevo, Jackson? —preguntó Decker con repentina amargura—. ¿Por qué no está usted en...?

—Traen a un nativo, señor —dijo Jackson, sin aliento—. Uno de esos bichos que vieron Waldron y Dickson.

El nativo era humanoide, no un ser humano.

Como habían explicado Waldron y Dickson, era un hombre fósforo-de-madera, una ampliación en carne y sangre del dibujo que haría un niño de cuatro años. Era negro como el doble seis del dominó e iba desnudo, pero los ojos que miraban a Decker, desde la cabeza acalabazada, brillaban con una luz que podría ser de inteligencia.

Decker se puso tenso al verlo. Luego giró la vista, vio los hombres de pie silenciosos al fondo del pabellón. En silencio y esperando, tan tensos como él.

Lentamente Decker alargó una mano hacia uno de los dos cascos del mentógrafo. Sus dedos se plegaron sobre él y por un segundo le embargó una vaga, pero poderosa repugnancia a colocárselos. Era turbador ponerse en contacto, o intentarlo, con la mente ajena. Sentía una basca en el hueco del estómago.

Era algo, pensaba, que el hombre nunca debió inventar, una experiencia totalmente ajena a un hombre educado.

Levantó el casco lentamente, lo colocó en su cabeza e hizo un ademán hacia el otro casco.

Por unos segundos los ojos del nativo le miraron. Estaba de pie rígido e inmóvil.

Es valiente, pensó Decker. Se necesita auténtico valor para mantenerse aquí, en ese ambiente repentinamente extraño, brotado casi de la noche a la mañana en un paisaje familiar y permanecer rígido e inmóvil, rodeado de criaturas que deben parecerle arrancadas de una horrible pesadilla.

El humanoide se acercó un paso hacia la mesa, alargó la mano y tomó el casco. Manejándolo con torpeza, debido a la falta de familiaridad, se lo colocó en la cabeza. Ni por un segundo sus ojos se apartaron de los de Decker, siempre alertas y vigilantes.

Decker se esforzó en calmarse. Intentó obligar a su mente a adoptar una actitud de paz y de calma. Es algo en lo que hay que poner especial cuidado. No pueden asustarse esas criaturas, hay que calmarlas, aquietarlas, hacerse amigo de ellas. Pueden turbarse y un pensamiento repentino, incluso un amago de brusquedad humana, los puede poner tirantes como el parche de un tambor.

Ahí había inteligencia, se dijo, teniendo cuidado de mantener su mente apaciguada, mayor de la que se juzgaría por el aspecto de la criatura. Bastante inteligencia para adivinar que debía colocarse el casco y agallas bastantes para hacerlo.

Sintonizó el primer débil impulso de la mente del hombre fósforo-de-madera y se le contrajo repentinamente el estómago y experimentó un dolor en el pecho. No había nada en lo que captó, por lo menos nada que pudiera expresarse con palabras, pero había algo de extraño, como puede haberlo en un olor desconocido. Había una segunda acepción no-humana que hacía rechinar los dientes. Quiso olvidar la oscura interpolación de

disgusto repulsivo que intentaba romper la tenue amistad que mantenía en su mente.

—Somos amigos —intentó pensar Decker—. Somos amigos. Somos amigos. Somos amigos. Somos...

—No debieron haber venido —respondió la mente del hombre fósforo-de-madera.

—No vamos a hacerles ningún daño —pensó Decker—. Somos amigos. No vamos a hacerles ningún daño. No vamos a hacerles...

—Nunca podrán regresar —decía la mente del humanoide con su mirada fija en los ojos de Decker.

—Seamos amigos —pensaba Decker—. Seamos amigos. Os traemos regalos. Os vamos a ayudar. Os vamos...

—No debieron haber venido —dijo la mente del fósforo-de-madera—. Pero ya que están aquí, nunca podrán regresar.

Síguele la corriente, pensó Decker para sí mismo.

—Muy bien, entonces —pensó—. Nos quedaremos y seremos amigos. Nos quedaremos y os enseñaremos. Os daremos los regalos que hemos traído para vosotros y nos quedaremos con vosotros.

—Nunca podrán regresar —decía la mente del fósforo-de-madera y había algo tan frío y tan convincente en la forma como era expresado el pensamiento, que Decker se sintió presa repentinamente de escalofríos.

El humanoide hablaba seriamente, era contundente cada una de sus palabras. Ni era dramático ni faroleaba, igual que él, procedía Decker. Creía firmemente que los humanos no podrían irse, que no vivirían lo suficiente para abandonar el planeta.

Decker sonrió suavemente para sí mismo.

—Moriréis aquí —dijo la mente del humanoide.

—¿Morir? —preguntó Decker—, ¿Qué es morir?

El pensamiento del hombre fósforo-de-madera estaba enfadadísimo. Llevó sus manos deliberadamente al casco, se lo quitó y lo puso cuidadosamente sobre la mesa.

Dio media vuelta y se alejó. Y nadie hizo el menor movimiento para detenerle.

Decker se quitó también el casco y lo echó encima de la mesa.

—¡Jackson! —llamó—. Tome el teléfono y dígales a los de la Legión que le dejen pasar. Dejad que se vaya. Que nadie intente detenerle.

Débil, se sentó en la silla. Miró el círculo de rostros que le rodeaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó Waldron.

—Nos ha sentenciado a morir —dijo Decker—. Ha dicho que no podríamos abandonar ese planeta. Ha dicho que moriríamos aquí.

—Son palabras muy fuertes —dijo Waldron.

—Las dijo plenamente convencido —aclaró Decker.

Levantó una mano que agitó cansadamente.

—Él no lo sabe, desde luego. Cree realmente que puede impedir nuestra partida. Cree que moriremos.

Era una situación divertida. Que un humanoide desnudo pudiera salir de la selva y amenazar con liquidar a un equipo de investigadores humanos, que pudiera pensar realmente que podía hacerlo, que pudiera estar tan convencido de ello.

Pero no había ninguna sonrisa en las caras que observaban a Decker.

—Debemos evitar que nos afecten sus palabras —recomendó Decker.

—Sin embargo —declaró Waldron—, deberíamos tomar todas las precauciones.

—Vamos a declarar inmediatamente el estado de alerta —decidió Decker sacudiendo la cabeza—. Lo mantendremos en vigor hasta que estemos seguros, hasta que estemos seguros que...

Su voz se perdía. ¿Seguros de qué? ¿Seguros de que un salvaje extraño, que andaba desnudo, que no aparentaba ningún signo de cultura, barriera con un grupo de humanos, protegidos

por un círculo de acero, guardado en su interior par una guardia de máquinas, robots y un cuerpo de hombres combativos, que sabían todo lo que había que saber, cuanto precisaba conocerse concerniente a los adelantos, cómo obrar rápidamente y sin piedad para exterminar lo que se mueva contra ellos?

¡Ridículo!

¡Desde luego que era ridículo!

Pero a pesar de todo sus ojos demostraban inteligencia. Además de inteligente era valiente. Se había mantenido dentro de un círculo de gente para él extraña y ni un segundo había vacilado. Había afrontado lo desconocido y dicho cuanto tenía por decir. Luego se había ido con una dignidad de la que cualquier humano estaría orgulloso. Adivinó seguramente que los extraños seres encerrados dentro de los confines de la base no eran de su planeta, puesto que dijo que no debieran haber venido y ese pensamiento implicaba que no pertenecían a su mundo. Comprendió que esperaban que se pusiera el casco, y nunca sabrían si el ponérsele fue un acto de valor o de inteligencia, porque ellos no podían saber si había adivinado para qué servía. Y suponiendo que no lo supiera el gran coraje demostrado al ponérselo escapaba a toda valoración.

—¿Qué piensa de todo? —preguntó Decker a Waldron.

—Que debemos tener mucho cuidado —contestó desapasionadamente—. Tendremos que medir nuestros pasos. Tomar todas las precauciones que nos han impartido. Pero no hay nada que deba preocuparnos, nada que no podamos solventar.

—Faroleaba —opinó Dickson—. Trataba de asustarnos para que nos fuéramos.

—No lo creo —contestó Decker—. Traté de farolear yo mismo y no resultó. Está tan seguro él de lo suyo como nosotros de lo nuestro.

Prosiguieron las labores. No hubo ningún ataque.

Los jets salían disparados y zumbando levantaban mapas de la región. Equipos exploradores salían cautelosamente. Iban

flanqueados por robots y por legionarios y les precedían máquinas leñadoras que cortaban, rompían y quemaban para abrir una trocha a través del terreno por muy escabroso que fuese. En puntos distantes se montaron radio emisoras y en la base las tabuladoras climáticas perforaban en cinta los datos que les transmitían.

Otros grupos exploradores iban a áreas especialmente señaladas para una exploración e investigación más intensivas.

Y no ocurrió nada.

Pasaron los días.

Pasaron las semanas.

Las máquinas y los robots vigilaban y los legionarios estaban siempre a punto y los hombres hacían rápidamente su trabajo para al terminarlo poder irse del planeta.

Fue localizado un yacimiento de cobre y trazado el mapa. Se descubrió un filón de hierro. Un área de las montañas, hacia el oeste, indicaba vetas radiactivas. Los botánicos encontraron veintisiete especies de frutas comestibles que habían sido atrapadas como muestras y que se habían quedado como animalitos mimados.

Y se encontró un poblado de hombres fósforo-de-madera.

Ni siquiera era un pueblo. Chozas primitivas. No había sistema de saneamiento. Los moradores eran pacíficos.

Decker abandonó su silla del pabellón para dirigir una expedición a la aldea.

Entraron cautelosamente, las armas listas, pero teniendo mucho cuidado en no andar demasiado aprisa, ni hablar demasiado rápidamente, ni hacer ningún movimiento que pudiera ser interpretado como hostil.

Los nativos estaban sentados en el umbral de las puertas y les observaban. No hablaban y apenas movían algún músculo. Simplemente observaban a los humanos que se dirigían hacia el centro de la aldea.

Allí los robots montaron una mesa y pusieron encima un

mentógrafo. Decker se sentó en una silla y se colocó uno de los cascos. El resto del grupo se mantuvo a su lado. Decker esperaba.

Transcurrió una hora y ni un nativo se movió. Ni uno solo se adelantó para ponerse el otro casco.

Decker se quitó el suyo cansadamente y lo depositó encima de la mesa.

—Es inútil —dijo—. No va a pasar nada. Sigan con lo suyo y tomen fotografías. Hagan lo que se les antoje, pero no molesten a los nativos. No toquen absolutamente nada.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la cara sudorosa.

—¿Qué piensa de todo eso? —dijo Waldron acercándose y tomando apoyo en la mesa.

—Hay algo que me asedia —contestó Decker—. Una cosa en la que no puedo dejar de pensar. Puede ser que esté equivocado. No puede ser verdad. Pero la idea me acosa y no puedo quitármela de la mente.

—Sucede a menudo —dijo Waldron—. No importa lo ilógico que una idea pueda ser, pero se hinca como una aguja en el cerebro.

—La idea es esa —dijo Decker—: Que nos dijeron cuanto tenían que decirnos. Que ya no hay nada más que hablar.

—Eso es lo que usted piensa —dijo Waldron.

—Algo divertido pensarlo. Tan claro como la luz del sol.

—No sé —dijo Waldron—. Nada es correcto aquí. Fíjese que ni siquiera tienen alguna herramienta de hierro. No está a la vista ni un solo pedazo de metal. Sus utensilios de cocina son de piedra, un tipo raro de piedra parecida a la esteatita. Los pocos utensilios que tienen son de piedra. A pesar de todo tienen una cultura. La tienen a pesar de no tener metales.

—Son inteligentes —siguió Decker—. Mírelos cómo nos observan—. No están asustados, sólo esperan. Calmados y seguros de sí mismos. Y el tipo aquel que vino a la base, ¡sabía qué hacer con el casco!

Waldron se succionaba concienzudamente los dientes.

—Mejor será que regresemos a la base —dijo—. Se está haciendo tarde. —Miró la hora—. Se ha parado mi reloj, ¿qué hora tiene, Decker?

Éste levantó el brazo y Waldron oyó el agudo suspiro que hizo al inhalar. Lentamente Decker alzó la cabeza y miró al otro.

—Mi reloj también se ha parado —dijo—, y su voz era apenas más audible que un susurro.

Por unos segundos fueron como dos figuras de piedra, inmovilizados por algo que a lo sumo debiera haber sido un pequeño inconveniente. Entonces Waldron se levantó de la mesa, giró rápidamente hacia los robots y los hombres.

—¡A reunirse! —gritó—. Regresemos a la base. ¡Inmediatamente!

Los hombres acudieron corriendo. Los robots tomaron sus lugares. La columna se puso en marcha. Los nativos seguían sentados, inmóviles ante sus puertas y observaban cómo se iban.

Decker se sentó en su silla de campaña y oía la lona del pabellón restallar suavemente con el viento, viva en el viento, hablando y riendo sola. Una linterna colgaba de un arco encima de su cabeza y su lento vaivén trazaba sombras fugaces que a veces parecían las de seres vivientes. Un robot estaba en pie, rígido y quieto, al lado de uno de los pilares del pabellón.

Sin razón Decker avanzó un dedo y esparció la pila de ruedecitas y de muelles que estaban sobre la mesa.

Siniestro, pensó.

Siniestro y raro.

Las tripas de los relojes, esparcidas en la mesa.

No eran solamente las de dos relojes, el suyo y el de Waldron, eran los de muchos más procedentes de las muñecas de varios de sus hombres. Todos silenciosos, detenidos en su tarea de marcar la hora.

Hacía mucho que había caído la noche, pero la base bullía

todavía de actividad, febril y furtiva a la vez. Los hombres se movían en las sombras y cruzaban a veces las zonas de luz que proyectaban las baterías eléctricas instaladas por los robots semanas antes. Observando a los hombres, se tenía la impresión de que se movían poseídos por un sentimiento de sentencia. Debería saber, tan bien como lo sabían ellos en lo más hondo de su corazón, que no había sentencia alguna que temer. Nada, en definitiva, donde señalar diciendo qué era aquello que debía ser temido. Nada en concreto donde señalar y decir que ahí estaba la sentencia, presta a ser ejecutada.

Sólo un pequeño detalle.

Los relojes se habían detenido.

Era un asunto muy simple, para el mismo debía haber una explicación igualmente simple.

Excepto, pensó Decker, que en un planeta extraño ningún acontecimiento, accidente o incidente, puede ser visto como algo simple para el cual deba ser necesariamente anticipada una explicación simplista. Porque la razón de causa a efecto, el cálculo de probabilidades, pueden no ser verdaderos en un planeta extraño como lo son en la Tierra.

Había una regla, pensó Decker irritado.

Una regla: no correr riesgos.

Y siguiéndola, había ordenado a todos los grupos exploradores que regresaran a la base, había ordenado a la tripulación que preparara la nave para un despegue de emergencia, había alertado a los robots para que estuvieran listos para el embarque de las máquinas. Estar preparados incluso para abandonar las máquinas e irse sin ellas, si las circunstancias lo aconsejaran.

Hecho eso no quedaba más que esperar. Esperar hasta que regresaran los grupos de sus campamentos avanzados. Esperar hasta encontrar la razón de la detención de los relojes.

No era un motivo, se dijo a sí mismo, para permitir que el pánico se apoderara de uno. Era algo a tener en cuenta, sin desdeñarlo. Era una circunstancia que hacía necesaria una serie de

precauciones, pero no era una situación como para que se perdiera el sentido de la proporción.

Era imposible regresar a la Tierra y decir: «Bueno, ¿saben una cosa?; nuestros relojes se pararon, así que...»

Se oyó un ruido de pasos, dio vuelta sobre su asiento. Era Jackson.

—¿Qué hay de nuevo, Jackson?

—Los campamentos no responden, señor. El radiotelegrafista ha tratado de ponerse en contacto con ellos, pero no dan señales.

—No se preocupe. Ya contestarán. Espere.

Deseaba, a medida que hablaba, poder sentir un poco de la seguridad que imprimía a su voz. Durante un segundo el terror en aumento le ahogaba, pero logró tragarlo.

—Siéntese —le dijo—. Sentémonos para tomar una cerveza y luego iremos a la barraca de la radio a ver qué pasa. —Golpeó vivamente sobre la mesa y dijo—: Cerveza. ¡Dos cervezas!

El robot que estaba junto al poste del pabellón no respondió.

Decker elevó la voz.

El robot no se movió.

Decker puso los puños cerrados sobre la mesa e intentó levantarse, pero sus piernas se pusieron frías repentinamente y de una blandura que le impedía ponerse de pie.

—Jackson —dijo palpitante—, vaya a darle un golpe al robot en la espalda. Dígale que queremos cerveza.

Vio el miedo que hacía empalidecer la cara de Jackson cuando se levantó y echó a andar lentamente. En su interior sentía que el terror empezaba y asimismo el dolor en la garganta.

Jackson llegó al lado del robot y levantó la mano vacilante, le dio un golpe suave en la espalda, lo volvió a golpear un poco más fuerte, y el robot ¡cayó de bruces!

Fuertes pisadas en el suelo apisonado se encaminaban hacia el pabellón.

Decker dio un vistazo, sólidamente sentado en su silla esperando al hombre que llegaba corriendo.

Era Mac Donald, el jefe de ingenieros.

Se detuvo frente a Decker y sus manos, tiznadas y llenas de las cicatrices de tantos años de bregar con máquinas que se averiaban, se agarraron del borde de la mesa.

—La nave, señor. La nave...

—Ya sé, Mac Donald, la nave no funcionará... —dijo con un movimiento de cabeza casi tonto.

—Las partes importantes están perfectamente, señor. Se trata de las partes secundarias... los accesorios... el mecanismo de inyección... el... —calló repentinamente y miró a Decker en hito en hito y prosiguió—: Usted lo sabía, ¿cómo lo sabía?

—Sabía —respondió Decker— que algún día iba a suceder. No de ese modo, quizá. Pero de alguna manera u otra. Sabía que llegaría un día que se acabaría nuestra suerte, hablaba muy alto, como todos, desde luego, pero sabía que iba a suceder. El día que habríamos previsto absolutamente todo excepto algún detalle que ni hubiésemos sospechado y éste causaría nuestra ruina.

Estaba pensando: los nativos no conocen el metal. Ni el más pequeño rastro de metal en su aldea. Sus platos, sin ningún adorno, son de esteatita. Sus utensilios de piedra. Y a pesar de ello son bastante inteligentes, bastante civilizados, bastante cultos para que hubieran usado el metal. Pues metal no falta aquí, un gran depósito en las montañas del Oeste. Posiblemente hicieron el intento, hace muchos siglos. Fabricarían herramientas de metal y verían cómo se desintegraban bajo sus manos a la vuelta de unas semanas.

Una civilización sin metal. Una cultura sin metal. Era insospechable. Tomad el metal del hombre y tendrá que regresar a las cavernas. Tomad el metal del hombre y no podrá moverse del suelo, poseyendo solamente sus desnudas manos.

Waldron llegó al pabellón; caminaba lentamente, en silencio.

—La radio está muerta —dijo— y los robots se están muriendo como moscas. Están por los suelos desordenados, como chatarra.

—Los instrumentos pequeños, los delicados, son los primeros que se estropean —dijo Decker—: como los relojes, los pequeños circuitos de la radio, los cerebros de los robots, los mecanismos de inyección. Luego será el turno de los generadores y vamos a quedarnos sin luz ni fuerza. Después las máquinas se romperán y las armas de la Legión se convertirán en simples cachiporras. Finalmente lo más grande, probablemente.

—Ya se lo dijo el nativo —dijo Waldron— cuando usted habló con él: «Nunca podrán regresar.»

—No comprendimos sus palabras —explicó Decker—. Creímos que nos amenazaba, y nosotros sabíamos que éramos demasiado superiores, demasiado bien protegidos para creer que su amenaza iba a perjudicarnos. Desde luego, no nos amenazaba en absoluto, sólo nos avisaba —hizo un ademán de impotencia—; ¿qué puede ser?

—Nadie lo sabe —dijo Waldron en voz queda—. Por lo menos hasta ahora. Quizá más adelante lo sepamos, pero ya no nos será de utilidad. Quizás un microbio. O un virus. Algo que roe el hierro una vez ha sido expuesto al fuego o aleado con otros metales. No afecta al hierro en bruto. Si le afectara, el depósito que encontramos habría desaparecido mucho tiempo atrás.

—Si eso es verdad —habló Decker— nosotros trajimos el primer metal que ha habido en ese planeta después de muchos, muchísimos años. Mil. Quizás un millón de años. No hay nada fabricado con metal en ese planeta. ¿Cómo habría podido sobrevivir «la cosa»? ¿Sin nada para comer, cómo habría sobrevivido?

—No sabría decírselo —respondió Waldron—. A lo mejor ni se trata de un organismo metalófago. Puede ser otra cosa. Algo en la atmósfera, algo que debiéramos haber investigado.

—Estudiamos la atmósfera.

Pero inmediatamente de pronunciar estas palabras, Decker se dio cuenta de lo tontas que eran. Claro que habían estudiado la atmósfera, pero ¿cómo iban a encontrar algo desconocido que nunca anteriormente habían identificado? El campo de conoci-

miento del hombre está limitado: a las cosas que conoce, limitadas dentro del círculo de su propia experiencia.

Se pone en guardia contra lo que es obvio e imaginable. Pero no puede hacer lo mismo contra lo desconocido e inimaginable.

Decker se levantó y vio a Jackson todavía de pie al lado del poste y el robot desmoronado a sus pies.

—Ya tiene la respuesta —le dijo al bioquímico—. ¿Recuerda el día que llegamos? Habló conmigo en el sofá.

—Lo recuerdo, señor —asintió Jackson.

Y repentinamente Decker se dio cuenta de que la base estaba en el mayor de los silencios.

Un soplo violento llegó de la selva e hizo restallar la lona.

Ahora, por primera vez desde su llegada, notó en el viento el extraño olor de un extraño mundo.

EL OJO DE TANDYLA

por L. Sprague de Camp

Érase una vez, hace tanto tiempo que las montañas han crecido desde entonces, con ciudades en las laderas...

Derezong Taash, hechicero del rey Vuar, el caprichoso, estaba sentado en su biblioteca leyendo *Escritos antológicos de Lontang* bebiendo un vinillo de Zhysk. Estaba en paz consigo mismo y con el mundo, puesto que nadie, desde hacía diez días completos, había intentado asesinarle, tanto por medios naturales como de otro tipo. Cuando se cansaba de desentrañar los crípticos jeroglíficos, Derezong contemplaba por encima del borde de su copa la pantalla del demonio, donde el gran Shuazid —antes de que el rey Vuar le tuviera tanta antipatía— había pintado el equipo completo de los demonios de Derezong, desde el sobrecogedor Fernazot hasta el más desdeñable espíritu sometido a sus mandatos.

Viendo a Derezong uno se preguntaba por qué un espíritu debería molestarse. Derezong Taash era gordo y bajo —bajo para ser un lorska, claro está—, con blancos cabellos enmarcando un rostro juvenil. Cuando se había sometido al tratamiento zompur, había olvidado mencionar a sus cabellos entre las cosas para las que deseaba eterna juventud, una omisión que había dado a sus colegas magos amplia oportunidad para ridiculizarlo.

Derezong Taash, ya bastante borracho, planeaba ahora levantar sus formas rollizas de la silla de lectura e ir vacilantemente a comer con su ayudante, Zhamel Seh. Cuatro de los hijos de

Derezong servirían la comida como precaución contra sus enemigos y Zhamel Seh la catarría primeramente como una precaución adicional.

Pero entonces se oyó un golpe en la puerta y la voz fuerte del más insolente paje del rey Vuar:

—Mi señor hechicero, el rey quiere verle inmediatamente.

—¿Para qué? —gruñó Derezong Taash.

—¿Sé acaso dónde las cigüeñas emigran en invierno? ¿Soy custodio de los secretos de los muertos vivientes de Sedo? ¿Me ha confiado el Viento del Norte qué hay más allá de las murallas de Riphai?

—Me parece que no —dijo Derezong bostezando y se levantó y con pasos menudos se encaminó hacia el trono.

Mientras caminaba echaba ojeadas de soslayo, disgustado porque debía hacer el camino a través de las salas del palacio sin Zhamel protegiéndole las espaldas contra una súbita estocada.

La luz de la lámpara brillaba sobre la calva cabeza del rey Vuar, quien levantaba la mirada en dirección a Derezong Taash desde abajo de sus pobladas cejas. Estaba sentado en el trono del salón de audiencia y encima de él, en la pared, colgaba el cuerno de caza del gran rey Zynah, padre de Vuar.

Después de haberse previamente postrado, Derezong Taash observó algo que había escapado antes a su atención: en una mesita, frente al trono, donde usualmente colocaban un jarrón con flores, había ahora una fuente de plata y puesta en ella la cabeza del ministro de Comercio, luciendo la tonta expresión que es de suponer que tienen las cabezas, cuando aparecen separadas del correspondiente tronco.

Evidentemente que el rey no estaba excesivamente de buen humor.

—¡Decid, majestad! —dijo Derezong Taash, girando nerviosamente sus ojos de la cabeza del ex ministro a la de su soberano.

—Oíd, señor. Mi esposa Ilepro, a quien supongo conocéis,

tiene un deseo que solamente vos podéis satisfacer.

—Sí, majestad.

—Desea la piedra preciosa que constituye el tercer ojo de la diosa Tandyla. ¿Conocéis el templo de Lotor?

—Sí, majestad.

—Ese cabeza de chorlito —dijo Vuar señalando la del ex ministro—, me dijo, cuando le traté del asunto, que la gema no estaba en venta. De resultas de ello hice que le rebajaran de talla. Ahora lo siento mucho, fue precipitación de mi parte ya que me doy cuenta que tenía razón. Por lo tanto, no queda otra solución que robarla.

—Sí, majestad.

El rey descansó su largo mentón en el puño y sus ojos color de ágata miraban al vacío. La luz de la lámpara daba sobre el anillo de metal gris de su dedo, que había sido hecho con el corazón de una estrella caída y tenía un poder tan grande como repelente mágico que ni siquiera los maleficios de los brujos de Lotor podían dañar al que la usaba.

—Podemos tratar de apoderarnos de ella abiertamente, lo que equivaldría a una guerra, o robándola. Actualmente, a pesar de que estoy dispuesto a correr riesgos para satisfacer los deseos de Ilepro, no entra en mis cálculos hacer una guerra lotriana. Por lo menos hasta haber agotado todos los otros medios. Vos, por lo tanto, estáis desde ahora comisionado para ir a Lotor y obtener la joya.

—Sí, perfectamente, majestad —dijo Derezong con un entusiasmo que, para decir lo menos, era un tanto forzado. Cualquier idea de protesta que hubiera podido albergar había sido eliminada hacía unos minutos al ver la cabeza del infortunado ministro.

—Desde luego —agregó Vuar en un tono de amistosa consideración—, en el supuesto que penséis que son inadecuados vuestros poderes, estoy seguro que el rey de Zhysk me prestaría su hechicero para ayudaros...

—¡Jamás, majestad! —gritó Derezong estirando todo su cuerpo de escaso metro sesenta—. ¡Esa torpe cabeza de escarabajo, lejos de serme de ayuda sería como una ancla de piedra atada a mi cuello!

—Sea como vos queráis —terminó diciendo el rey Vuar con una sonrisa lupina, de la cual Derezong no podía alcanzar el motivo.

De regreso a su aposento Derezong Taash llamó a su ayudante. A la tercera llamada apareció Zhamel Seh, llevando en equilibrio su pesada espada de bronce, con el pomo en la palma de la mano.

—Algún día —le dijo Derezong— vas a amputar un dedo a algún pobre tipo con esa exhibición y solamente espero que sea uno de los tuyos. Mañana salimos en misión.

Zhamel Seh agarró firmemente su espada por el puño y se inclinó para sonreír a su patrón.

—¡Magnífico! ¿Dónde?

Derezong Taash le explicó todo.

—¡Mejor todavía! ¡Acción! ¡Excitante! —Zhamel cortó silbando el aire con su espada—. Desde que le puso los chinculís a la reina madre vivimos incrustados en esos aposentos como garrapatas pegadas a un perro, no haciendo nada para ganarnos la munificencia del rey Vuar.

—¿Qué hay de malo? No molesto a nadie y nadie me molesta a mí. Y ahora aproximándose el invierno, debemos viajar lejos hasta los confines de la pétrea Lotor para apoderarnos de ese abalorio sin valor que ha robado el tonto corazón de la favorita.

—¡Me pregunto el porqué! —dijo Zhamel—. Puesto que ella es lotriana por nacimiento pienso que lo lógico sería que defendiera el símbolo religioso de su país en vez de sustraerlo para usarlo como adorno.

—Nunca se sabe. Nuestras mismas compatriotas son bastante ilógicas, así que si las lotrianas... Pero pongamos manos a la obra y planeemos nuestro viaje y preparemos el equipaje.

Viajaron hacia el Este hasta la fértil Zhysk sobre las orillas del mar Tritonio y en la ciudad de Bienkar buscaron al amigo de Derezong, el lapidario Goshap Tuzh, al que pidieron informes para protegerse contra la adversidad.

—Esa joya —les dijo Goshap Tuzh— es aproximadamente del tamaño de un pequeño puño, de forma oval sin facetas, color purpúreo oscuro. Visto por un extremo irradia como un zafiro, pero lanza siete rayos en vez de seis. Forma la pupila del ojo central de la estatua de Tandyla, y es sostenido en su lugar por engarces de plomo. De qué otros medios, naturales o de otro tipo, se valen los sacerdotes de Tandyla para guardar su tesoro, los ignoro. Sólo sé que son a la vez efectivos y desagradables. Ha habido veintitrés tentativas para robar la piedra en estos últimos cinco siglos y todas terminaron fatalmente para los ladrones. La última vez yo, Goshap Tuzh, vi el cuerpo del ladrón...

Mientras Goshap les explicaba la forma como habían tratado al fracasado ladrón, Zhamel tragaba saliva y Derezong miraba su copa de vino con expresión de disgusto, como si algún raro bicho de muchas patas se arrastrara nadando en su interior, a pesar de que ni él ni su ayudante eran en modo alguno unos tipos blandengues en una época tan dura.

—¿Cuáles son sus propiedades? —preguntó Derezong Tassh.

—Muy importantes, aunque quizás hayan sido exageradas con la distancia. Es el más poderoso antidemoníaco del mundo, que repele al mismo terrible Tr'lang, que es de todos los demonios el más letal.

—¿Incluso más poderoso que el anillo de metal estelar del rey Vuar?

—Mucho más. Por ello, en nombre de nuestra vieja amistad, quiero aconsejarte que cambies de nombre y te pongas al servicio de un soberano menos exigente. No le veo la ventaja en tratar de arrebatar ese Ojo.

Derezong Taash recorrió con sus dedos sus sedeños y blancos cabellos y barba.

—Realmente, hasta a veces me hiere con sus sospechas proferidas en voz alta acerca de mi competencia, pero abandonar los lujos de que ahora disfruto no es tan fácil. ¿En qué otra parte podré hallar tan valiosos libros y tan arrebatadoras mujeres con sólo desearlo? No y no, el rey Vuar es verdaderamente muy buen amo, excepto cuando se apoderan de él esos caprichos.

—Bueno, aquí quería llegar. ¿Cuándo sabrás que su capricho del momento pueda volverse contra ti?

—No lo sé. A veces pienso que es mucho más fácil servir a un rey bárbaro. Los bárbaros, envueltos como momias en costumbres y rituales, son más lógicos.

—Entonces, ¿por qué no huyes? Al otro lado del mar Tritonio mora el soberano Torrutseish, y con él una persona de tu valer haría su fortuna...

—Olvidas —explicó Derezong— que el rey Vuar guarda rehenes: mi considerable familia. Y por ella debo seguir, aunque el mar del Oeste se trague toda la tierra de Pusaad como está anticipado en las profecías.

—Son tus asuntos —dijo Goshap encogiéndose de hombros—. No quiero incordiarte, pero tú eres uno de esos torpes tipos intermedios: demasiado enano para ser un valiente espadachín e incapaz de lograr el más alto grado entre los magos porque no renuncias a las delicias de tu harén.

—Muchas gracias, buen Goshap —dijo Derezong sorbiendo su vinillo—. No vivo de todos modos para lograr una preeminencia en algún austero régimen disciplinario, sino para gozar de la vida. Y ahora dime un boticario de confianza en Biekar a quien pueda comprar un paquete de polvo estirio del más alto grado de pureza.

—Dualor te lo puede suministrar. ¿Cómo pensáis disfrazaros?

—Pensé que podríamos disfrazarnos como un par de mercaderes de Parsk. Por tanto si oyes acerca de una pareja que atraviesa Lotor acompañada de gran griterío y vociferación, no olvi-

des aparentar una sorpresa adecuada.

Derezong Taash compró el polvo estirio que pagó con cuadraditos de oro grabados con la efigie del rey Vuar y regresó a la posada, trazó unos pentágonos donde esparció los polvos y recitó la encantación de los Nueves. Al terminar ambos, él y Zhamel estaban tirados en el suelo, indefensos, cambiado su aspecto al de unos tipos cetrinos, de nariz ganchuda, con la holgada vestimenta de Parsk y con aros pendientes de las orejas.

Cuando recobraron sus fuerzas, emprendieron viaje. Cruzaron el desierto de Remodelo sin sufrir excesivamente ni de sed ni de mordeduras de serpientes venenosas, ni de ataques de espíritus del desierto. Cruzaron el bosque de Antro sin que les asaltaron los bandoleros, gatos de dientes como puñales, o la bruja de Antro. Finalmente alcanzaron las colinas de hierro de Lotor.

Permanecieron una noche.

—Creo recordar y de acuerdo con lo que nos han dicho algunos —dijo Derezong— que el templo está a menos de una jornada frente a nosotros. Así que creo llegado el momento de intentar saber si podremos llevar a cabo la encomienda por medio de delegados sin exponer nuestras vulnerables personas.

Y empezó a trazar pentágonos en el suelo.

—¿Intenta conjurar a Feranzot? —preguntó Zhamel Seh.

—Al mismo.

—Algún día va a dejar abierto algún ángulo del pentágono y será nuestro fin —comentó Zhamel estremeciéndose.

—Cabe ese peligro. Pero asaltar esa fortaleza de poder chtoniano por algún medio que no sea el más poderoso sería aún un pasaporte más seguro a nuestro fin. Por tanto prende los junquillos y empecemos.

—No puedo imaginar nada más arriesgado que tratar con Feranzot —gruñó Zhamel—, exceptuando quizás el terrible Tr'lang.

Pero hizo lo que le ordenaban.

Empezaron a recitar la encantación de Br'tong, tal como la había reconstruido Derezong Tash de los *Fragmentos de Lontang* y la oscura sombra de Feranzot apareció al exterior del pentágono grande, agitando y andulando las manos. Derezong constató que el frío del daev succionaba el calor de su cuerpo y experimentó la sobrecogedora depresión que engendraba la presencia de la *cosa*. Zhamel Seh, hecho un ovillo, se acurrucaba con todas sus fuerzas.

—¿Qué quieres? —susurró Feranzot.

Derezong Taash hizo acopio de sus debilitadas fuerzas y respondió:

—Robarás la joya del ojo central de la estatua de la diosa Tandyla en el cercano templo que allí se ve y me la entregarás.

—Es algo que no puedo hacer.

—¿Por qué no?

—En primer lugar porque los sacerdotes de Tandyla han trazado alrededor de su templo un círculo tan poderoso que ningún maleficio, ningún espíritu, exceptuando el gran Tr'lang, puede cruzar. En segundo lugar, el mismo Ojo está nimbado por un aura de tan siniestra influencia que ni yo, ni cualquier otro de mi clase, ni siquiera el mismo Tr'lang, puede lograr nada contra ella. Y ahora, ¿puedo volver a mi dimensión?

—¡Vete, vete, vete!...

—Bueno, Zhamel —le dijo a su compañero—, parece que no tendremos otro remedio que acometer nosotros mismos tan arriesgada empresa.

Al día siguiente continuaron su viaje. Las lomas se convirtieron en montañas de rara escabrosidad y el camino en un mero vericueto cortado entre peñascos y excesivamente empinado. A los caballos, más acostumbrados a las llanuras pobladas de bisontes del ventoso Lorsk, les desagradaba la nueva topografía y lastimaban las piernas de sus jinetes al restregarlas contra el lado de los peñascos en su esfuerzo por mantenerse apartados del abismo.

Muy poca era la luz del sol que entraba en las gargantas de negra roca y empezó a oscurecer casi inmediatamente pasado el mediodía. Luego el cielo se cubrió de nubes y las rocas brillaban por la fría llovizna. El caminito atravesaba la garganta por un puente suspendido de cuerdas y el conjunto parecía una gigantesca telaraña. Los caballos ya no podían más.

—No los culpo —dijo Derezong Taash apeándose—. ¡Por los talones incandescentes de Vrazh! ¡Sólo el pensamiento puesto en la más hermosa de mis concubinas me infunde ánimos para cruzar!

Los animales entraron al puente, aunque muy a su pesar. Zhamel los puso uno tras del otro y no cesaba de golpearles los lomos. Derezong, que los remolcaba, dio un breve vistazo hacia abajo y vio la blanca amenaza del agua espumeante en lo más hondo y decidió que no volvería a acometer una empresa parecida. Los pies y los cascos resonaban sordamente en las planchas del puente y los peñascos devolvían el eco, mientras el viento rasgueaba las cuerdas del puente como si fueran una gran arpa.

Al otro lado de la garganta el camino continuaba la curvada ascensión. Se cruzaron con otra pareja, un hombre y una mujer, cabalgando en dirección contraria a la suya y tuvieron que retroceder hasta encontrar un recodo donde hubiera espacio suficiente para poder pasar. El hombre y la mujer siguieron su camino, mirando sombríamente al suelo, correspondiendo apenas con un gruñido a la jovial salutación que les dirigió Derezong. Luego el camino giró en forma aguda hacia una grieta en el peñasco donde el pisar de los cascos producía un eco que aumentaba tres veces el ruido natural y era tan oscuro que apenas veían el camino a seguir. La parte inferior de la grieta se convertía en un sendero ascendente y finalmente, al salir del mismo, se encontraron en un lugar lleno de cantos rodados y con algunos árboles enanos. El camino seguía confuso entre las piedras hasta que terminaba en un tramo de peldaños que, a su vez, conducía al mismo templo de Tandyla. De ese templo de mala fama, los viajeros

sólo podían ver la parte inferior, ya que la superior dasaparecía en la oscuridad. Todo cuanto podían ver del mismo era negro y brillante y encaramándose a agudas alturas.

Derezong recordó los desagradables atributos adjudicados a la diosa y las todavía más desagradables costumbres atribuidas a sus sacerdotes. Se decía, por ejemplo, que la adoración de Tandyla, seguramente una figura bastante siniestra en el panteón pusaadiano, era sólo una cortina para esconder oscuros ritos referentes al demonio Tr'lang, que en la antigüedad había sido un dios por derecho propio. Ello sucedió antes de que los orgullosos lorskas, expulsados del continente por los invasores hauskirik, se hubieran extendido, cruzando el mar Tritonio, por Pusaad, antes de que ese país hubiera empezado su siniestro desmoronamiento.

Derezong Taash se convenció a sí mismo que ni los dioses ni los demonios eran tan formidables como sus sacerdotes, movidos por afán de lucro, intentaban hacer creer. Asimismo esas extravagantes consejas acerca de las costumbres de los sacerdotes resultaban, en general, para decir lo menos, exageradas. A pesar de que no creía en sus propias certidumbres, le satisfacían a falta de algo mejor.

Frente al medio escondido templo, Derezong Taash descabalgó y con la ayuda de Zhamel aseguró las riendas de los caballos en el suelo poniéndoles gruesas piedras encima, para evitar que éstos se extraviaran.

Cuando empezaban a subir por los peldaños, Zhamel gritó:

—¡Maestro!

—¿Qué pasa?

—¡Mírese a usted y míreme a mí!

Derezong miró y vio que el disfraz de mercaderes de Parsk había desaparecido y que eran de nuevo y simplemente el hechicero del rey Vuar y su ayudante. Seguramente habían cruzado la línea de la que Fernazot les había advertido.

Derezong echó una aguda mirada a la entrada y medio escon-

didos en la inadecuada luz vio a dos hombres flanqueando la puerta. Sus ojos captaron el brillo de pulido bronce. Pero si ambos guardianes se habían dado cuenta del cambio en la apariencia de los visitantes, no se dieron por enterados.

Derezong Taash, con sus cortas piernas, fue subiendo los brillantes y negros peldaños. Los guardias aparecieron completamente a la vista, un par de corpulentos lotrianos de prominentes cejas. La gente decía que eran idénticos a los salvajes de Ierarna en el lejano noroeste, quienes incluso desconocían la doma de caballos y combatían con piedras talladas. Estaban de pie con la mirada al frente, uno delante del otro como un par de estatuas. Derezong y Zhamel pasaron entre ambos.

Entraron a un vestíbulo donde un par de jóvenes lotrianas les advirtió:

—Sus botas y sus espadas, caballeros.

Derezong se quitó el talabarte y entregó todo a la más cercana, espada y vaina comprendidas. Luego se quitó las botas y se quedó descalzo y la hierba que había embutido dentro, para evitar irritarse, asomaba ahora entre sus dedos. Le satisfizo comprobar, por el contacto, que una segunda espada colgaba a su espalda debajo de la camisa.

—Vamos —dijo Derezong Taash y se dirigió al interior de la nave del templo.

Era muy parecido a otros templos: una gran sala rectangular oliendo a incienso, con una balaustrada que separaba a una tercera parte de la superficie detrás de la que se levantaba la enorme estatua, negra y agachada, de Tandyla. El suave basalto en el que había sido esculpida reflejaba tenuemente las luces de unas escasas lámparas y más arriba, en lo alto, donde la cabeza desaparecía en la oscuridad, un punto de luz purpúrea indicaba el lugar donde la joya de la frente recibía los rayos de luz.

Una pareja de lotrianos se arrodilló delante de la balaustrada, murmurando oraciones. Un sacerdote salió de las sombras laterales y cruzó la nave, contoneándose, detrás de los balaus-

tres. Derezong medio temía que el sacerdote se dirigiría a él con la petición de que junto con Zhamel lo siguieran hasta el santuario del sumo sacerdote, pero el tipo siguió caminando y desapareció en las sombras del otro lado.

Derezong Taash y su compañero avanzaron, un lento paso cada vez, hacia la balaustrada. Cuando llegaban, los dos lotrianos, terminadas sus oraciones, se levantaron. Uno de ellos echó algo que tintineó dentro de un receptáculo que parecía una cuba situada detrás de los balaustres, y las dos figuras rechonchas se fueron rápidamente.

De momento, Derezong y Zhamel estaban completamente solos en la gran pieza, aunque en el silencio podían oír débiles movimientos y voces procedentes de otras partes del templo. Derezong sacó su cajita con el polvo estirio y lo espolvoreó mientras recitaba rápidamente la encantación de Ansuan. Cuando terminó había surgido, entre él y Zhamel, un doble de sí mismo.

Derezong Taash se encaramó sobre la balasutrada y trotó en la punta de sus regordetes dedos hasta llegar detrás de la estatua. En la sombra pudo ver puertas en las paredes. La estatua sedente tocaba casi a la pared con su espalda de forma tal que un hombre ágil podía, con su espalda contra la de la estatua y sus pies contra la pared, irse remontando a la altura. A pesar de que Derezong era «ágil» en solamente determinado sentido, se deslizó en la hendidura y se retorció en una apropiada y cómoda posición entre las vestiduras de piedra de la diosa. Y allí se quedó, respirando con dificultad, hasta que dejó de oír las pisadas de Zhamel.

El plan consistía en que Zhamel abandonara el templo acompañado por el doble de Derezong. Los guardias creerían que en el templo ya no quedaba nadie y relajarían la vigilancia. Derezong se apoderaría de la piedra, Zhamel pegaría un fuerte grito en el exterior, apremiando a los guardias con un «¡Venid rápidamente!» y mientras así fuera distraída su atención, Derezong saldría rápidamente del templo.

Derezong empezó a serpentear su camino hacia arriba, entre la estatua y la pared. Era una ascensión difícil para una persona de su grosor, y el sudor empezó a resbalar bajo el gorro de pieles hasta su rostro. No hubo ninguna interrupción.

Llegó a la altura del hombro de la estatua y se enroscó en el saledizo, agarrando la oreja izquierda de la imagen para sostenerse. Notaba fría la lisa piedra bajo sus pies descalzos. Alargando el cuello podía ver el feo perfil de la estatua y estirándose pudo tocar la joya de la frente.

Derezong Taash sacó de su túnica una pequeña palanca de bronce que había llevado con esa intención. Con ella empezó a levantar los engarces de plomo que sostenían la piedra en su lugar, poniendo buen cuidado en no dañarla o que se cayera al suelo hasta el piso inferior. Cada vez que palanqueaba se aseguraba con los dedos. Pronto la piedra quedó libre.

En el templo reinaba el silencio.

Siguió trabajando sin pausa con la palanquita. Finalmente se desprendió la piedra que al salir rozó suavemente las lisas superficies interiores de los doblados engarces. Derezong Taash se arremangó la túnica para enconder en su interior la piedra y la palanquita. Pero ambos objetos juntos resultaron demasiado voluminosos para que sus pequeños y regordetes dedos los sostuvieran. Se le cayó la palanquita, que produjo un fuerte ruido y saltó desde la frente de la estatua, rebotó en el pecho y en la barriga, de ahí a la falda para terminar con un sonoro ¡cling! en el suelo de piedra del templo, a los pies de la imagen.

Derezong Taash se quedó helado. Transcurrieron unos segundos y no pasó nada. Sin embargo los guardias debieron oír...

A pesar de todo continuó el silencio.

Derezong Taash guardó la joya en su túnica y se deslizó tras la espalda de la imagen hacia la oscuridad posterior. Poco a poco fue resbalando por el espacio que le separaba de la pared. Finalmente llegó al suelo. Seguía el silencio, excepto algún ocasional y débil ruido, como el que podría proceder de los servidores del

templo preparando la comida de sus amos. Esperó que Zhamel Seh hiciera lo que le había encargado.

Esperó largamente. De alguna parte llegó un alarido que parecía ser el de un agonizante.

Finalmente, Derezong Taash abandonó el primitivo proyecto y corrió al frente de la base de la estatua. Con un rápido movimiento se apoderó de la palanca, saltó por encima de la balaustrada y de puntillas se dirigió a la salida.

De pie los guardias, con las espadas desenvainadas, le esperaban.

Derezong Taash llevó la mano a su espalda y la sacó empuñando la segunda espada. En una pelea normal sabía que había pocas esperanzas contra un endurecido y experimentado espadachín. Menos todavía con un par de ellos. Tenía la remota oportunidad de pasar impetuosamente entre ambos con un repentino y violento ataque y arrancar a correr.

Confiaba en que tan diestros y experimentados guerreros se separarían y se le echarían encima por dos lados opuestos. En vez de ello uno de los guardias avanzó y le mandó una torpe estocada, Derezong la paró con un chocar de bronce y se echó hacia atrás. ¡Zis! ¡Zas! Sonaban las espadas y repentinamente su enemigo se tambaleó hacia atrás, soltó la suya, que resonó en el suelo, se llevó ambas manos al pecho, se dobló y cayó. Derezong quedó pasmado, podía jurar que no le había alcanzado.

Luego el otro se le vino encima. Al segundo choque de las espadas, la del guardia cayó de su mano y brincó sonoramente al suelo. El guardia saltó hacia atrás, dio media vuelta y salió corriendo hasta desaparecer por una de las puertas laterales.

Derezong Taash contempló su espada, maravillándose de haber ignorado tanto tiempo su propia fortaleza. El duelo doble había durado posiblemente diez segundos y a juzgar por lo que podía ver bajo la débil luz, no había sangre en la hoja de su espada. Estuvo tentado de comprobar si el guardia estaba bien muerto palpándolo, pero estaba falto de tiempo y de crueldad

para hacerlo. En cambio corrió a través del vestíbulo buscando a Zhamel y a su doble.

No vio a ninguno de los dos. Los cuatro caballos aún estaban atados a unos cuantos pasos frente al templo. Las piedras lastimaban los descalzos y suaves pies de Derezong.

Derezong titubeó, pero solamente un segundo. Estimaba en cierto sentido a Zhamel Seh, cuya fuerza le había sacado de dificultades tan a menudo como la falta de luces de Zhamel había metido a ambos en ellas. Por otro lado, volver a entrar al templo para buscar a su extraviado ayudante lindaría en la locura. Además tenía órdenes muy precisas de su rey.

Envainó su espada, saltó a la grupa de su caballo y guiando a los otros tres por las riendas se fue a paso largo.

Durante el viaje por el estrecho sendero a Derezong le sobró tiempo para pensar y cuanto más lo hacía menos le gustaba lo que pensaba. El comportamiento de los guardias era inexplicable, a menos que estuvieran borrachos o chiflados, y él no creía en ninguna de ambas posibilidades. Su fallo en atacarle simultáneamente, su descuido al no haber prestado atención a la caída de la palanca, la facilidad con que él, inhábil espadachín, les había vencido, el hecho de que uno cayera sin siquiera haberle tocado, su error al no pedir auxilio...

A menos que lo hubiesen planeado así. En resumidas cuentas todo había sido demasiado fácil para considerar otra hipótesis. Quizá querían que él robara la maldita cuenta.

Al final de la hendedura, donde el camino daba vuelta a un lado del peñasco para formar la garganta principal, descabalgó y ató a los caballos, con el oído atento por si sonaba el eco que produciría el ruido de sus perseguidores. Sacó el Ojo de Tandyla y lo contempló. Sí, visto desde un extremo mostraba los destellos de que le había hablado Goshap Tuzh. Aparte de eso no se le veían otras rarezas o propiedades sobrenaturales. Por lo menos hasta ahora.

Derezong Taash la puso en el suelo cuidadosamente y reculó

unos pasos para verla a una mayor distancia. Mientras se hacía atrás, la piedra se movió ligeramente y empezó a dar vueltas en su dirección.

Primeramente pensó que no la habría dejado en un lugar bastante llano y saltó para tomarla antes de que rodara hasta la orilla y cayera al barranco. La puso nuevamente en el mismo lugar y amontonó guijarros y tierra alrededor, como una pequeña barrera. ¡Ahora no podría rodar!

Pero cuando volvió a recular, la piedra fue hacia él saltando por encima de la murallita. Derezong Taash sudó nuevamente y en esa oportunidad no era debido a ningún esfuerzo físico. La piedra rodaba hacia él, cada vez más rápidamente. Trató de esquivarla encogiéndose en una especie de nicho que había en la pared rocosa. La piedra erró hasta quedarse quieta delante de un dedo de su pie descalzo, como un animal doméstico solicitando una caricia.

Hizo un pequeño hueco, depositó la gema en el interior, colocó una gran piedra encima y se apartó. La piedra grande se sacudió y apareció el huevo purpúreo, echando a un lado los guijarros que estorbaban su maniobra, como si una invisible cuerda sacara la gema fuera del hueco. Recorrió otra vez el mismo curso hacia sus pies y se detuvo.

Derezong Taash tomó la piedra y la contempló nuevamente. No se le veía ninguna rayadura. Recordó que la petición de la piedra se había originado en Ilepro, la mujer del rey.

Con una repentina explosión emocional, Derezong Taash tiró la piedra lejos de sí, hacia el lugar más lejano de la garganta.

Lógicamente la gema tendría que seguir un curso curvado, describiendo un arco hasta estrellarse contra el peñasco opuesto. En vez de hacerlo, disminuyó la velocidad a la mitad del trayecto sobre la garganta, recurvó y volvió a la mano que acababa de lanzarla.

Derezong Taash no tenía la menor duda de que los sacerdotes de Tandy habían tendido un sutil lazo al rey Vuar por medio

de esa piedra. Derezong no tenía idea de lo que iba a acarrear al rey y al reino de Lorsk si daba cima a su misión. Hasta donde alcanzaba comprender se trataba meramente de un antidemoníaco y por lo tanto protegería a Vuar en vez de perjudicarle. Sin embargo estaba convencido de que algo desagradable había sido planeado y estaba menos que ansioso de ser el agente de ello. Puso la gema en una piedra llana, halló una piedra del tamaño de su cabeza, la levantó con ambas manos y la descargó sobre la joya.

Por lo menos ésa era la idea. En su recorrido hacia el suelo la gran piedra rozó un saliente de la roca e inmediatamente Derezong empezó a saltar y bailar como un demonio danzante de Dzen, chupándose los despachurrados dedos y maldiciendo a los sacerdotes de Handyla en nombre de los más temibles demonios de su repertorio. La piedra resultó indemne.

Derezong llegó a la conclusión de que los sacerdotes habían encantado la gema, no solamente para que le siguiera sino que la habían hecho objeto de la encantación de Duzhateng y en consecuencia todo esfuerzo por parte de Derezong de destruir el objeto redundaría en propio perjuicio. Si ensayaba algún sistema más complicado de destrucción probablemente acabaría con alguna pierna rota. La encantación de Duzhateng sólo podía ser contrarrestada por un encanto complicado para el cual Derezong no contaba con los elementos adecuados, que incluían por cierto algunas sustancias muy raras y repelentes.

Ahora Derezong Taash se daba cuenta que únicamente había una manera con la que neutralizar esos encantamientos y asegurarse de que la joya no le perseguiría más, y era ponerla de nuevo en su hueco en la frente de la imagen de Tandyla y volver a doblar los engarces de plomo para que la sostuvieran en su posición original. Esa tarea prometía, sin embargo, presentar más dificultades que el robo anterior. Ya que si los sacerdotes de Tandyla se dieron cuenta de que Derezong había sustraído el objeto, podrían mostrarse más avisados oponiéndose a su devolu-

ción ahora, que el empeño que antes habían puesto en su custodia.

No quedaba otro remedio que intentarlo. Derezong Taash se metió la gema en la túnica, montó a caballo —dejando los otros tres amarrados— y subió nuevamente por la ecoica grieta. Cuando llegó a la pequeña planicie sobre la que se alzaba el templo de Tandyla, comprobó que se le habían anticipado. Alrededor de la entrada del templo había una doble fila de guardias, con corazas cuyas láminas de bronce brillaban tenuemente a la débil luz. La fila del frente estaba provista de escudos de piel de mamut y grandes espadas de bronce, mientras que los de la segunda usaban largas picas que sostenían con ambas manos y que salían entre los hombres de la fila delantera. Presentaban en esa forma una valla formidable contra cualquier atacante, que debería primeramente salvar las puntas de lanza para encontrarse en seguida con las espadas.

Cabía una posibilidad: galopar hacia ellos con la esperanza de que uno o dos que se encontraran directamente en el trayecto titubearan y se echaran a un lado, abriendo un paso a través del cual precipitarse contra la apretada segunda línea. Luego cabalgar hasta el templo y quizá lograr volver a colocar la gema en su lugar antes de ser pillado. Si no resultaba, habría una gran confusión, algunos guardias aporreados, un caballo herido y un hechicero cosido a lanzadas y convertido en picadillo en un informe montón.

Derezong Taash vacilaba, luego pensó en los preciosos manuscritos que le esperaban en el palacio del rey Vuar, donde no volvería a entrar con seguridad a menos que trajera con él la gema o una excusa satisfactoria en caso negativo. Espoleó a su cabalgadura para que avanzara.

A medida que el caballo galopaba hacia la tropa, las puntas de lanza se acercaban cada vez más y se volvían mayores y de más afilada apariencia, y Derezong se dio cuenta de que los guardias no iban a abrirle paso y dejarle pasar cortésmente. En aquel

momento alguien salió del templo, bajó corriendo los peldaños hasta llegar detrás de la segunda fila. Vestía una túnica de sacerdote y antes de que Derezong experimentara algún choque reconoció los toscos rasgos de Zhamel Seh.

Derezong Taash haló las riendas y el caballo resbaló hasta detenerse con los belfos a un palmo escaso de la lanza más cercana. Derezong, que no vivía en una edad de caballerías, resbaló por el cuerpo del animal hasta que pudo agarrarse de su cuello. Empuñando la crin con la mano izquierda buscó la gema con la mano libre.

—¡Zhamel! —gritó—. ¡Agárrala!

La lanzó. Zhamel dio un brinco y cogió la piedra en el aire antes de darle tiempo de que volviera hacia atrás.

—¡Y ahora ponla en su lugar! —gritó Derezong.

—¿Cómo? ¿Se ha vuelto loco?

—Ponla donde estaba, rápido. ¡Engárzala bien!

Zhamel, acostumbrado a obedecer órdenes por raras que fueran, corrió veloz hacia el templo, aunque sacudiendo la cabeza preocupado por lo que él creía locura de su amo. Derezong Taash se desenredó de las crines de su caballo y reculó con la bestia hasta ponerse fuera del alcance de las lanzas. Bajo sus cascos laqueados, las cabezas de los guardias se giraron hacia él con evidente perplejidad. Derezong supuso que solamente habían recibido una orden: no dejarle entrar. Y no se les habría explicado qué debían hacer en el caso de una confraternización entre el extranjero y uno de sus propios sacerdotes.

En vista de que los guardias no iban a seguirle, Derezong se quedó montado en su caballo, los ojos fijos en el portal. Había dado a Zhamel una oportunidad para cumplir con su misión y escapar, aunque pensó poco en cuáles serían las probabilidades. Si Zhamel intentaba forzar su paso a través de los guardias, con seguridad que le convertirían en picadillo, ya que estaba desarmado. En cuanto a él, Derezong, debería encontrar y adiestrar otro ayudante, quien resultaría probablemente tan poco satisfac-

torio como su predecesor. De todos modos, no podía dejar al joven abandonado totalmente a su suerte.

En aquellos momentos, Zhamel Seh saltaba corriendo los peldaños llevando una larga pica idéntica a la que usaban los guardias de la segunda fila. Sosteniéndola en posición horizontal corrió hasta los guardias como si fuera a ensartar uno por la espalda. Derezong, convencido de que aquel plan no iba a resultar, cerró los ojos.

Pero un segundo antes de llegar a los guardias, Zhamel hincó la punta de la pica en el suelo y dio un salto de garrocha. Ascendió sacudiendo y bamboleando las piernas como un hombre a quien ahorcan y pasó por arriba de los cascos laqueados, las espadas de bronce y los escudos de piel de mamut. Cayó frente a los guardias, rompiendo una de sus picas con un golpe sordo, se puso en pie y echó a correr hacia Derezong Taash, quien ya había dado media vuelta a su cabalgadura.

Cuando Zhamel se hubo asido de un extremo de la manta de la silla de montar, se levantó un griterío a sus espaldas causado por sacerdotes que salían corriendo del templo dando voces. Derezong golpeaba, con sus pies descalzos, las costillas del caballo y lo puso a paso largo, y Zhamel iba en vaivén al lado del mismo obligado a dar grandes zancadas. Descendieron por el sendero de la grieta mientras oían el ruido de cascos que les seguía.

Derezong Taash no perdió el tiempo haciendo preguntas mientras seguían su camino. Al acabarse éste cuando la grieta terminaba a un lado del gran barranco, se detuvieron para que Zhamel pudiera montar su caballo y seguidamente continuaron corriendo tan rápidamente como pudieron. Los ecos de los cascos que los perseguían iban bajando por el camino con un ensordecedor estrépito.

Cuando llegaron al puente colgante, nuevamente los caballos vacilaban, pero Derezong, sin piedad, punzaba y pegaba a su caballo usando la espada, hasta que la bestia trotó por el bambo-

leante puente. El frío viento susurraba entre las cuerdas y la luz diurna casi había desaparecido.

Al otro extremo del puente, Derezong Taash dio un gran suspiro de alivio y miró hacia atrás. Bajando por el camino venía una fila de perseguidores, cabalgando a temeraria velocidad.

—Solamente que tuviera tiempo y los necesarios materiales echaría un maleficio a ese puente que le daría el aspecto de estar roto o demasiado oscilante para usarse.

—¿Qué hay de malo en romperlo e inutilizarlo de veras? —gritó Zhamel y aproximóse con el caballo a la orilla del barranco y se levantó hasta ponerse de pie en la silla.

Dio un sablazo a las cuerdas. Cuando el primero de los perseguidores llegaba al otro extremo del puente, la estructura cedió y se fue hacia el otro lado con grandes chirridos de las cuerdas y retumbar de las tablas que caían. Los hombres del templo gritaron y una flecha silbó a través de la garganta para estrellarse contra la roca. Derezong y Zhamel prosiguieron su viaje.

Una quincena después, estaban sentados en el jardín que había en la parte posterior del taller de Goshap Tuzh, el lapidario, en la soleada Bienkar.

—...cuando me iba, aquella pequeña lotriana me clavó otra vez sus ojazos. Ahora, pensé, tendré tiempo suficiente para llevar a cabo el encargo de mi amo y darme también gusto en ese otro terreno...

—¡Joven pícaro! —gruñó Derezong un poco trompa.

—...y entonces la seguí. Y verdaderamente todo habría ido de la manera más propicia y agradable, si no se hubiera presentado una preciosidad de esas de mentón hundido con cogulla y túnica que se me echaba encima armado de un cuchillo. Traté de defenderme y temo que en el choque no le haya roto, por mala suerte, el cuello. Sabiendo que iba a haber bronca tomé su hábito prestado y me escapé para encontrarme con mi amo, pero tanto éste, como su doble, como los caballos habían desaparecido.

—¡El tiempo que perdiste! —dijo Derezong Taash sarcástico—. Espero que por lo menos y gracias a la joven lotriana recordarás el episodio con placer. Indudablemente que mi doble, como se trataba de una mera sombra y no de un ser racional, salió directamente y se desvaneció al cruzar la barrera mágica erigida por los sacerdotes.

—Había además —prosiguió Zhamel—, sacerdotes y guardias atropellándose y chillando como una pandilla de monos. Me junté al tumulto como si fuera uno de ellos, vi colocar la guardia ante el portal y también a mi amo tirarme la piedra. Me di cuenta de la situación, me encaramé a la estatua, metí de un golpe el tercer ojo en su cuenca y volví a doblar los engarces que golpeé con el pomo de mi daga. Luego cogí una pica de la armería, haciendo una pausa únicamente para dejar sin sentido a un par de lotrianos que querían interrogarme y ya saben lo que sigue.

Derezong Taash dio por terminada la historia y dijo:

—Estimado Goshap, posiblemente podrías aconsejarme el próximo paso a seguir. Temo que si nos presentamos personalmente ante el rey Vuar sin la gema, tendrá el mal gusto de colocar nuestras cabezas en bandejas de plata aun antes de terminar nuestra explicación. Indudablemente que después será presa del remordimiento, pero eso ya no nos será de ninguna ayuda.

—¿Por qué, si eres objeto de su desprecio y de su ira, no dejas su servicio como ya te aconsejé anteriormente?

—Otros, ¡ay!, demostrarían idéntica falta de aprecio y no por ello serían mejores amos. Si esos sacerdotes de Tandyla hubiesen confiado en mi habilidad para llevar a buen término una tarea tan simple como llevar la gema de Lotor a Lorsk, su trama habría logrado el fruto deseado. Pero por miedo de que la perdiera o la vendiera por el camino, le pusieron un encanto supernumerario...

—¿Cómo pudieron, puesto que la piedra tiene propiedades antimágicas?

—Sus propiedades antimágicas comprenden el simple antidemonismo, mientras que el encanto seguidor y la encantación de Duzhateng es magia por simpatía, no brujería. El caso es que lograron que la piedra me siguiera de acá y acullá, de esa forma las sospechas que ya se habían despertado en mí llegaron al máximo —suspiró y tomó un sorbo de vino—. Lo que necesita ese triste mundo es que haya más confianza. Bueno, sigue, Goshap.

—Entonces, ¿por qué no escribirle una carta explicándole claramente las circunstancias Te puedo prestar un esclavo para que la lleve a Lorsk antes de que tú vayas; así que, a tu llegada, la cólera del rey Vuar ya se habrá calmado.

—A pesar de ser muy inteligente tu sugestión, tropieza con un obstáculo insalvable. A saber, que todos los cortesanos de Lorsk, excepto seis, no saben leer y entre los que no saben figura el rey Vuar. De los seis, por lo menos cinco debes contarlos entre mis enemigos que no desearían otra cosa que verme caer de mi posición. Para el caso que la lectura de la carta al rey estuviera a cargo de uno de ésos ya puedes imaginarte cómo distorsionaría mis inofensivas pictografías en mi descrédito. ¿No podríamos engañar al rey Vuar haciéndole creer que dimos cima a la misión dándole, por ejemplo, una piedra similar a la que espera que llevemos? ¿Sabes de alguna?

—Oye, eso sí que es hablar positivamente— dijo Goshap—. Déjame pensar... El pasado año, cuando el huesudo espectro del hambre se extendió por el país, el rey Dairo empeñó su mejor corona al templo de Kelk, para que la guardaran y detener el clamor del pueblo. Ahora bien, esa corona lleva en el ápice un zafiro purpúreo de maravilloso tamaño y pureza, dicen que fue cortado por los dioses antes de la creación para su propio deleite y en cuanto a tamaño y color no queda atrás del que forma el Ojo de Tandyla. La gema no ha sido nunca rescatada, por lo que los sacerdotes de Kelk han puesto la corona en exhibición y por ese medio les sacan a los visitantes más ofrendas. Ahora bien,

como esa gema pueda pasar de la corona a vuestras manos, no me lo preguntes. Y en correspondencia tampoco les pediré ningún detalle del asunto.

Al día siguiente. Derezong Taash y Zhamel adoptaron el disfraz de atlantes, de la nebulosa cordillera del desierto de Gamtha, lejos al este del mar Tritonio, donde, según se decía en Pusaad, había hombres que tenían serpientes en vez de piernas y otros que no tenían cabeza pero sí el rostro en el pecho.

—¿Qué somos, magos o ladrones? —gruñó Zhamel—. A lo mejor si tenemos éxito en eso, el rey de Torrutseish, al otro lado del mar Tritonio, tiene algún abalorio que aprecie mucho y que le podemos robar.

Derezong Taash no contestó, pero siguió en dirección a la plazoleta que había frente al templo de Kelk. Subieron al templo con el aire fanfarrón de los atlantes hasta llegar donde estaba la corona descansando en un cojín sobre una mesa. Estaba iluminada por una lámpara y dos lorskas de más de dos metros de talla la guardaban, uno con una espada desenvainada y el otro con un arco que tenía puesta la flecha. Los guardianes miraron hacia abajo, por encima de sus enormes barbas negras, a los pelirrojos atlantes, vestidos con capas azules y que usaban brazaletes de oricalco, mientras hablando en jerigonza señalaban la corona. De repente el más pequeño de los atlantes, es decir Derezong Taash bajo el disfraz, salió al exterior dejando al otro para que siguiera bobeando.

Apenas había pasado el portal el más pequeño de los atlantes, lanzó un tremendo grito. Los guardianes miraron en su dirección y vieron el perfil de su cabeza proyectado en la jamba de la puerta y mirando hacia arriba, como si su cuerpo fuera doblado hacia atrás, mientras un par de manos le apretaban el cuello.

Los guardias, ignorando que Derezong se estaba estrangulando a sí mismo, se precipitaron a la puerta. Cuando se acercaban la cabeza del asaltado atlante desapareció de la vista y al

llegar encontraron a Derezong Taash bajo su aspecto natural dirigiéndose hacia la entrada. Entretanto, detrás de ellos los hábiles dedos de Zhamel Seh liberaron la piedra de la corona del rey Dairo.

—¿Sucede algo malo, señores? —preguntó Derezong a los guardias, que tenían los ojos bien abiertos y sorprendidos, mientras Zhamel Seh salió del templo detrás de ellos, al mismo tiempo que abandonaba su disfraz de atlante para transformarse en un lorska como los guardianes, aunque de menor talla y de menos barba.

—Si buscan a un atlante —dijo Derezong respondiendo a sus preguntas—, he visto dos parecidos que salían del templo y se deslizaban furtivamente por la callejuela. Quizá valdría la pena que miraran si no han cometido algún pillaje en su sagrado recinto.

Aprovecharon que los guardianes entraron rápidamente al templo a inspeccionar, para ellos irse velozmente en dirección contraria.

—Siquiera esperemos que no sea necesario devolver esa joya a su lugar ahora que la tenemos en nuestro poder —murmuró Zhamel.

Derezong y Zhamel llegaron muy de noche a Lezohtr, pero apenas habían terminado de saludar a sus amorosas concubinas que se presentó un mensajero del rey. El rey Vuar quería ver inmediatamente a Derezong Taash.

Derezong Taash encontró al rey Vuar en el salón de audiencias. Evidentemente acababa de levantarse de la cama, pues no llevaba más que la corona y el cuerpo huesudo cubierto con una piel de oso. También estaba Ilepro que vestía por el estilo, y con ella estaba su omnipresente cuarteto lotriano.

—¿La tenéis? —preguntó el rey Vuar, levantando una poblada ceja que no auguraba nada bueno en caso de una respuesta negativa.

—Aquí está, majestad —respondió Derezong, levantándose

del suelo y avanzando con la joya de la corona del rey Daior.

El rey Vuar la tomó con la punta de los dedos y la miró a la luz de la única lámpara. Derezong Taash se preguntó si al rey se le ocurriría contar los rayos para ver si eran seis o siete, pero se tranquilizó al recordar que el rey Vuar andaba muy cojo en matemáticas superiores.

El rey tendió la joya a Ilepro y le dijo:

—Aquí tenéis, señora, y esperamos que con esa entrega terminará vuestro incesante lamento.

—Mi señor, sois tan generoso como el Sol —dijo Ilepro en áspero acento lotriano—. En verdad que me queda algo para deciros, pero no pueden oírlo los sirvientes.

Habló en lotriano a sus ayudantes, que se fueron rápidamente.

—¿Bueno? —dijo el rey.

Ilepro miró de hito en hito el zafiro e hizo un ademán con la mano libre mientras recitaba algo en su lengua. A pesar de que hablaba demasiado aprisa para que Derezong Taash la entendiera, éste pescó una palabra que repetía a menudo la reina y que le estremeció. La palabra era «Tr'lang».

—¡Majestad! —gritó—. ¡Temo que esa bruja del norte está maquinando algo de malo!

—¿Qué dices? —rugió el rey Vuar. ¡Estás vilipendiando a mi mujer delante mío! ¡Haré que tu cabeza...!

—¡Pero majestad! ¡Mi rey! ¡Mirad!

El rey se detuvo en su arranque de cólera para mirar y ya nunca lo prosiguió. La flama de la lámpara se había encogido hasta una pequeña chispa. Fríos remolinos agitaban el aire de la habitación y en medio de ella la oscuridad se concentró en una sombra y ésta se convirtió en sustancia. Primeramente, pareció una oscuridad informe, una niebla sombría, pero luego un par de puntos brillantes aparecieron, ojos tangibles, a una altura del doble de la talla de un hombre.

Derezong trataba de recordar exorcismos pero su lengua esta-

ba paralizada por el terror. El propio Feranzot era un gatito comparado con lo que veía y no había ningún pentágono para protegerle.

Los ojos se hicieron más precisos y más abajo de unos pies córneos devolvían los débiles reflejos de la débil flama de la lámpara. Hacía un frío en la habitación como si en ella se hubiera colado un iceberg, y Derezong percibió olor de plumas quemadas.

Ilepro señaló al rey y gritó algo en su lengua. Derezong creyó haber visto unas garras al mismo tiempo que unas grandes fauces se abrían y Tr'lang avanzar en dirección de Ilepro, que sostenía frente a ella la joya como queriendo protegerse del demonio. Pero éste no le hizo caso y la tiniebla envolvió a Ilepro que profirió un grito penetrante.

Inmediatamente se abrió la puerta de par en par y las cuatro lotrianas entraron precipitadamente. Proseguían los gritos de Ilepro, pero con menos intensidad, como si se alejaran, como si Tr'lang se la llevara a rastras. Lo único que se veía era una mancha deforme de sombra oscilando en el centro del cuarto.

La principal de las lotrianas gritó «¡Ilepro»! y saltó hacia la forma deforme, arrancándose las vestiduras con una mano mientras que con la otra sacaba con esfuerzo una gran espada de bronce. Los otros tres hicieron lo propio y entonces Derezong Taash se dio cuenta de que no eran mujeres en modo alguno sino corpulentos lotrianos que se habían procurado una superficial apariencia de mujer afeitándose la barba y colocando postizos en lugares apropiados bajo sus vestidos.

El primero de los cuatro tiró una estocada con la espada al lugar que ocupara Tr'lang, pero la única resistencia con que tropezó fue el aire. Luego dio la vuelta y se enfrentó al rey y a Derezong.

—¡Cogedlos vivos! —gritó en lotriano—. Que nos sirvan de garantía para nuestra segura retirada.

Los cuatro avanzaron, listas las espadas y las manos libres

extendidas para apresar, como las garras del demonio recientemente desaparecido. Luego se abrió la puerta opuesta y apareció Zhamel Seh con un brazado de espadas. Tiró una a Derezong y otra al rey Vuar, quien la cogió por la empuñadura, la última la agarró con su poderoso puño y tomó su lugar al lado de los dos.

—¡Demasiado tarde! —dijo otro lotriano—. Matémoslos y huyamos para aprovechar nuestra única oportunidad.

De acuerdo con sus palabras se echó sobre los tres. ¡Zis! ¡Zas!, se oían las espadas mientras los siete hombres atacaban y paraban las estocadas en la oscuridad. El rey Vuar había enroscado su piel de oso en su brazo izquierdo como un escudo y luchaba desnudo, excepto por la corona. Mientras los lorskas tenían la ventaja de llegar más lejos, ellos tenían la desventaja de la edad del rey y la gordura, y la mediocridad como espadachín de Derezong.

A pesar de que Derezong cortaba y atacaba ardorosamente no tardó en hallarse de espaldas contra la pared y olió la sangre de una herida en su hombro. Y a pesar de lo que un ignorante pueda pensar acerca de los poderes de un hechicero, lo cierto es que es imposible luchar físicamente por su vida y al mismo tiempo hacer un hechizo.

El rey gritaba pidiendo ayuda, pero no les llegaba ninguna. En esas habitaciones interiores las gruesas paredes de piedra y las colgaduras impedían que el fragor llegara a las otras habitaciones del palacio donde estaba la guardia del rey Vuar. Como sus compañeros, él se halló también luchando hombro a hombro con ellos y de espaldas contra la pared. Un golpe de hoja dio en las mejillas de Derezong, que quedó aturdido y al mismo tiempo un sonido metálico indicaba que otra estocada había dado a la corona real y un grito de Zhamel Seh indicaba que también él había sido alcanzado.

Derezong Taash notó que el cansancio se apoderaba de él. Cada aspiración era un esfuerzo y la empuñadura resbalaba de

sus dedos doloridos. Pronto tendría que bajar la guardia y acabarían con él, a menos que encontrara algún recurso indirecto para hacerles frente.

Entró con su espada, no al lotriano de enfrente sino a la pequeña lámpara de luz trémula. La lámpara voló haciendo ruido y se apagó y Derezong Taash se echó a cuatro patas junto con su espada. Detrás, en la oscuridad, oía el pisoteo y las fuertes respiraciones de los hombres, todos asustados de atacar por miedo de herir un compañero y temiendo hablar para no revelar la posición al enemigo.

Derezong Taash fue arrastrándose a lo largo de la pared hasta llegar al cuerno de caza del rey Zynah. Descolgando la reliquia de la pared, llenó sus pulmones y se oyó un sonido tremendo.

El estruendo que hizo el cuerno resonó ensordecedoramente en el pequeño recinto. Derezong anduvo unos pasos no fuera el caso de que alguno de los lotrianos lo localizara por el sonido y le hiciera pedazos en la oscuridad y volvió a soplar. Se acercaban los guardias del rey Vuar con enorme pataleo y ruido de armas. Se abrió la puerta de par en par y entraron con las armas a punto y llevando en alto las antorchas.

—¡Detenedlos! —dijo el rey Vuar señalando a los lotrianos.

Uno de los lotrianos ofreció resistencia, pero uno de los guardiar le cortó la mano y dando un grito cayó al suelo donde murió desangrado. Los restantes fueron reducidos sin mayor problema.

—Ahora —habló el rey Vuar—, puedo haceros la dádiva de una muerte rápida o entregaros a los torturadores para que tengáis una mucho más lenta y mucho más interesante. Si hacéis una confesión plena de cuáles eran vuestros planes e intenciones, os voy a conceder la gracia de la primera alternativa. ¡Hablad!

El lotriano que siguió a los otros cuando entraron en la habitación tomó la palabra.

—Sabed, majestad, que soy Paanuvel, el esposo de Ilepro. Los

otros son caballeros de la corte de Konesp, hermano de Ilepro y Supremo Jefe de Lotor.

—¡Caballeros! —bufó el rey Vuar.

—Como mi cuñado no tiene hijos, él y yo elaboramos el sublime plan para unificar su reino con el vuestro y ponerlo eventualmente bajo el mando de mi hijo Pendetr. Ese hechicero vuestro debía robar el Ojo de Tandyla a fin de que, cuando Ilepro conjurara al demonio Tr'lang, el monstruo no la atacaría estando bajo la protección de los poderes de la gema, en vez de ello os liquidaría a vos. Porque ella sabía que ningún poder de otras dimensiones, excepto Tr'lang, podría atacaros mientras usarais el anillo de metal estelar. Entonces ella proclamaría como rey al hijo de Pendetr, habiéndolo nombrado vos mismo heredero, y ella sería regente hasta su mayoría de edad. Pero las virtudes antimágicas de esa joya evidentemente ya no son lo que fueron, ya que Tr'lang llevó al abismo a mi esposa a pesar de haberle restregado la gema por sus narices.

—Habéis hablado bien y sinceramente —dijo el rey Vuar—, a pesar de dudar de vuestra moralidad al entregarme vuestra esposa, estando vos no solamente en vida, sino presente aquí y disfrazado. Sin embargo las costumbres de los lotrianos no son las nuestras. Llevadlos, guardias, y cortadles las cabezas.

—Todavía unas palabras, majestad; mi suerte no me importa habiendo perdido a mi querida Ilepro. Pero os ruego que no hagáis que el pequeño Pendetr sufra por los planes fracasados de su padre.

—Lo pensaré —dijo el rey—, pero ahora ¡fuera!

El rey se giró hacia Derezong Taash que se restañaba la sangre de su herida.

—¿A qué es debido que el Ojo de Tandyla haya fallado? —preguntó.

Derezong, asustado y temblando, contó la verdadera historia de su correría a Lotor y el posterior robo del zafiro en Bienkar.

—¡Vaya! —comentó el rey Vuar—. ¡Eso me ha pasado por no haber contado los destellos de la piedra!

Hizo una pausa y levantó del suelo, donde se encontraba, la joya, y el tembloroso Derezong previó su propia decapitación, como la que los lotrianos en ese momento experimentaban.

—Un afortunado fracaso, al parecer —dijo el rey sonriendo débilmente—. Os soy deudor a ambos, primero por vuestra perspicacia al daros cuenta de los planes de los lotrianos para usurpar el trono de Lorsk y después por luchar a mi lado por tan noble causa hace unos minutos.

»Pero ahora —prosiguió— nos encontramos ante una situación cargada de dificultades. El rey Daior es muy buen amigo mío y no quisiera por nada del mundo perder su amistad. Y aunque le devolviera la gema explicándole todo y dándole mil disculpas, el hecho de que la hubiesen birlado unos súbditos míos le caería muy mal. Por lo tanto os ordeno que regreséis inmediatamente a Bienkar...

—¡Ay! ¡No! —gritó Derezong Taash, escapándosele las palabras a pesar suyo, bajo el efecto de la fuerte emoción.

—...regresaréis a Bienkar —prosiguió el rey como si nada hubiese oído— y poned de matute la joya nuevamente en su lugar en la corona del rey de Zhysk, no dejando que nadie se entere de que estuvisteis envueltos en la desaparición de la piedra ni en su eventual devolución. Siendo tan buenos bribones como vos y vuestro ayudante habéis demostrado ser, esa comisión sin importancia no os va a poner obstáculos considerables. Y ya terminé. ¡Buenas noches, mi señor hechicero!

El rey Vuar se echó encima su piel de oso y marchó pesadamente hacia sus aposentos, dejando a Derezong y a Zhamel mirándose fijamente uno al otro con expresión que era mezcla de horror y de enorme congoja.

MAÑANA Y EL DÍA SIGUIENTE

por Ray Bradbury

Hasta que abrió la puerta, el día había sido idéntico a todos. Caminar por Los Angeles a la caza de un empleo que no encontraba, mirar los escaparates de las tiendas y ver en ellos comida que no podía comprar y preguntarse por qué la costumbre de vivir era tan fuerte que no podía romperse aun después de estar cansado de ella.

En resumen hoy no le había ido tan mal ya que con él regresaba a casa su máquina de escribir. Por unos momentos podía hacerle un corte de mangas al mundo exterior y fabricar mundos nuevos, brillantes y relucientes en los que él sería un tipo estupendo, que nunca tendría hambre. Hasta podía engañarse a sí mismo y decirse que algún día sería un escritor, nadando en dinero y rodeado de admiración.

Primero perdería su pierna derecha que su máquina de escribir. Pero ningún prestamista daba dinero sobre piernas derechas y uno tiene que vivir y pagar el alquiler.

—¿Ah, sí? —dijo regañando a la puerta—. ¿Dime dos razones?

No pudo nombrar ni una sola. Abrió la puerta, la cerró tras de sí, prendió la luz y empezó a quitarse el sombrero.

No terminó de hacerlo. Olvidó que tenía un sombrero y una cabeza debajo del mismo. Se quedó simplemente inmovilizado, los ojos abiertos de par en par.

Había una máquina de escribir en el suelo.

Era su habitación, estaba seguro de ello. El techo agrietado, el empapelado deslucido, el pijama de rayas azules tirado en la cama sin hacer, el remoto olor del café de la mañana.

Y la máquina de escribir no era la suya.

No había ningún motivo plausible para que aquella máquina se hubiera aparecido allí. Era tan raro como encontrarse un camello en la bañera. Y aún eso, un camello ordinario podría admitirse. Son los camellos verdes, con alas, los que realmente confunden.

La máquina de escribir era algo por el estilo. Era grande, construida con un material que parecía plata pulida, y brillaba como un pez en el agua. Era tan aerodinámica que daba una mágica sensación de movimiento. Había una hoja de papel de muy buena calidad puesta en el rodillo y tenía un montón de teclas de color carmesí.

Cerró los ojos, meneó la cabeza, y miró nuevamente. Estaba todavía ahí. Dijo en voz alta:

—No he bebido. Mi nombre es Steve Temple. Vivo en el 221 este de la calle 9 y debo tres semanas de alquiler. Hoy no tuve para comer.

Sí, su voz sonaba normal. Tenía sentido.

Lo que no lo tenía era la máquina de escribir. Ahí seguía, de todos modos.

Respiró profundamente y dio unas vueltas por el cuarto, cuidadosamente. Tenía cuatro lados. Parecía sólida, excepto el brillo. Estaba tranquilamente agazapada en la alfombra manchada. Arropada en su hermosa línea aerodinámica, parecía haber crecido ahí, junto con el edificio.

—Está bien —le dijo a la máquina—. Aquí estás. Te diré que me vuelves loco, si ello te hace feliz. ¿Y ahora qué más?

Empezó a teclear, por sí sola, en el centro del cuarto.

Él no se movió. No podía. Se acurrucó, paralizado, observando las brillantes teclas dispararse y golpear sin que nadie las tocara.

«*¡Llamando al pasado! ¡Llamando al pasado! ¡Llamando al pasado...!*»

Era como agua salpicando un cristal oleoso, que resbalaba sin dejar trazar. Oyó una campanilla sonar suavemente y miró las palabras. ¡Funcionaba, sin hilos, sin nadie! Sin cables. Una máquina de escribir controlada por radio.

Se levantó como si estuviera escaldado y fue a la mesa.

«¡Llamando al pasado! ¡Llamando al pasado! Apriete el botón marcado TRANSMISIÓN y escriba su respuesta. Apriete el botón marcado...»

Steve notó que algo se movía. Era su mano, lo hacía por su cuenta. *Apriete el botón*. Lo hizo.

La máquina se detuvo y esperó.

Silencio. Demasiado, demasiado repentinamente. Temple sintió que la sangre se le subía a la cara, sus orejas ardían. Había un silencio tan grande que finalmente tuvo que hacer ruido.

Tecleó:

«Todos los buenos chicos obran bien. Todos los buenos chicos obran bien. Ha llegado la hora para que todos los buenos acudan a ayudar a su patria...»

Golpeando, la máquina saltaba como si la aporreasen. La campanilla sonó. El control se le escapaba a Steve.

—¡Oiga! —exclamaba la máquina—. Usted está bien vivo a lo que veo. Temí haberme anticipado a la época de las máquinas de escribir... Por lo que veo Hitler no le mató. ¡Tuvo suerte!

—Por Dios que no —replicó en voz alta—. Hitler hace más de cuarenta años que murió —luego dándose cuenta de que hablar no tenía sentido, lo escribió:

«Estamos en el 1987. Hitler murió», y se quedó mirando fijamente sus dedos, rebelándose y preguntándose qué les había empujado a escribir.

Las brillantes teclas de la máquina se movían.

—¡Rápido! ¿Quién es usted? ¿Dónde está?

—¿Puedo preguntar lo mismo? ¿Se trata de una broma? —replicó Temple—. Chasqueó los dedos y respiró profundamente—. ¡Harry! ¿Eres tú, Harry? ¡Seguro que eres tú! No he sabido nada de ti desde 1967. ¡Tus bromitas!

El botón RECIBO hizo un clic metálico, y titiló el marcado TRANSMISIÓN.

—Lo siento. No soy Harry. Nombre: Ellen Abbott. Mujer. Edad: 26. Año 2442. Talla: metro sesenta y dos. Cabello rubio, ojos azules. Técnica en investigación semántica y dimensional. Lo siento. No Harry.

Steve Temple trató de no ver las palabras. No pudo.

La máquina se estremeció. Las palancas, el carro, la platina y las teclas carmesí se esfumaron como si hubieran sido sumergidos en algún ácido disolvente. Ya no estaba. Había desaparecido. Al cabo de unos segundos reapareció, brillante y sólida bajo sus manos. Regresó picando rápidamente su mensaje oscuro.

—He tenido que hacerle esa demostración rápidamente y todavía de haber querido hacerlo correctamente habría tomado un largo tiempo de cuidadosa propaganda. Pero no hay tiempo para ello. Conversaciones ociosas en una dictadura como la de Kraken son fatales. Voy a decírselo brevemente, usando los hechos escuetos. De todos modos primero explíqueme sus antecedentes, fechas exactas y detalles asociados. *Debo* saberlo. Si no puede ayudarme, le quitaré la máquina y la sintonizaré a otra época. Por favor, conteste...

Nombre: Steve Temple. Profesión: escritor. Edad: 29, pero me siento como si tuviera cien. Fecha: lunes por la tarde del 10 de enero de 1987. Debo estar loco.

Loco o no, la máquina empezó a componer palabras:

—Muy bien. ¡He sintonizado al borde de la Crisis! Hay que hacer muchísimas cosas antes del día 14, viernes en vuestro calendario. Se me está acabando el tiempo. No se vaya. Viene el Guardia escoltando a Kraken. Vienen a sacarme de mi celda

para llevarme a Juicio. Creo que pronunciarán su veredicto esta noche. Así que hasta mañana por la noche, a la misma hora. Me pondré en contacto con usted nuevamente. No me atrevo a quitarle la máquina. Las posibilidades de volverla a sintonizar con usted son difíciles. Esté cerca.

Eso fue todo.

Ahí estaba la máquina. Brillante y silenciosa. Temple acarició las teclas. Estaban trabadas.

Se levantó, miró y puso el último cigarrillo que le quedaba en los labios y olvidó prenderlo. Buscó alrededor su sombrero hasta que se dio cuenta de que lo llevaba puesto. Salió rápidamente y cerró la puerta.

Paseó por el parque. No era ninguna novedad pasear por el parque, pero le ayudó. Miró a las estrellas, a la gente bogando en el lago. Caminó hasta sentirse borracho de cansancio y ya no se sentía alarmado. Entonces regresó.

Sin prender la luz se desnudó y se acostó. Era un viejo truco. Podía uno imaginarse que se alojaba por una noche en el hotel Biltmore.

De repente prendió la luz. Miró a través de la habitación, deslumbrado y sin las gafas, y vio la máquina.

Apagó otra vez la luz y se arrebujó hasta las orejas.

«Lo siento. No soy Harry. Nombre: Ellen Abbot. Año 2442. Lo siento. No Harry.»

Tiritó.

Alguien le había golpeado en la cabeza sin motivo. Por lo menos tenía esa impresión el día siguiente al levantarse. Había en el cuarto una turbadora sensación, como eléctrica, como si alguien la hubiera introducido, rondándole y esfumada instantáneamente segundos antes de despertarse.

La puerta estaba cerrada por dentro.

Vio la máquina. Se volvió a sentar, muy lentamente.

¡Qué sueño tan porfiado! Insistía en parecer real. Pero lo había olvidado completamente al dormir e ignoraba el porqué

iba a olvidar algo tan dramáticamente aparecido en su vida.

Mientras se vestía y ponía orden en la habitación pretendía estar interesado en todo, excepto en la máquina. Pero era bien pobre su actuación. Salió de mala gana a la caza de empleo después de haber alargado cuanto pudo la estancia en la casa. Se detuvo un segundo al otro lado de la puerta y escuchó. No se oía nada, salvo su respiración. Entonces recordó. Esta noche. Ellen Abbott lo dijo. Esta noche. A la misma hora.

Salió a la calle en busca de un empleo que no existía.

Seguramente caminó mucho, tenía los pies hinchados. Seguramente habló a decenas de personas y le negaron decenas de empleos y en algún momento tomó un autobús ya que al regresar a casa, por la tarde, se dio cuenta de que llevaba un billete en la mano. También encontró un dólar. Lo pediría prestado, pero no recordaba ni a quién, ni dónde, ni le importaba saberlo. Lo más importante era llegar cuanto antes a su habitación.

Era la primera vez que había regresado corriendo a su habitación, o a cualquier otra. Divertido. Ante él la puerta de la casa de apartamentos oscilaba. Subió por los gastados peldaños con la cabeza gacha. A media ascensión se detuvo. Enderezó el rostro de una sacudida, ardiente y febril.

¡Eso era! Un apagado campanilleo. Y golpeando tan rápidamente como su corazón, el sonido de las teclas de la máquina.

Hacía muchos años que no había subido peldaños de tres en tres. Aprendió nuevamente a hacerlo.

Al cerrar la puerta se puso rígido al verla. Como un hombre sumergido en claras y profundas aguas cruzó la habitación en una marcha lenta de sueño. En alguna parte sonaba el clic clic de la máquina. Sí, ahí, frente a él.

—¡Oiga! ¿Steve Temple?

Se puso ante la máquina. Los dedos se entrecruzaban indecisos sobre el teclado, los dientes apretados. Luego aflojó la tensión y todo salió fácilmente.

—¡Hola! ¡Ellen! —escribió—. ¡HOLA, ELLEN!

Durante unos pocos segundos, establecido ya el contacto, Temple hacía a desgana un breve esbozo de su vida para comunicárselo a ella. Agazapados, grises años saliendo a rastras peleándose como una cadena de proscritos. Noches mirando a la puerta, esperando una llamada, esperando a alguien ofreciendo su amistad. Y nunca nadie, excepto el casero gimoteando por su alquiler. Sus únicos amigos vivían entre las tapas de los libros: unos pocos habían brotado de su máquina de escribir antes de empeñarla. No había nada más.

Y entonces Ellen Abbott *habló*:

—Si está usted dispuesto a ayudarme, y es el único con quien cuento ahora para moldear el futuro, usted, Steve Temple, es acreedor de una explicación completa. Mi padre era el profesor Abbott. Seguramente que habrá oído hablar de él. ¡Oh, qué tonta soy! ¿Cómo habría podido conocerle? Usted ya lleva muerto quinientos años...

—Me siento bastante vivo, afortunadamente. Prosiga.

—Es una paradoja. Yo no he nacido para usted, tan increíble como pueda parecer. Y usted murió y fue sepultado hace cinco siglos y así y todo el futuro del mundo gira alrededor de nuestras dos imposibilidades, especialmente alrededor suyo si está de acuerdo en actuar a favor nuestro... Steve Temple, usted deberá creer lo que le diré. No puedo esperar instantáneamente una ciega obediencia, pero solamente quedan tres días para que usted decida y actúe y si en el último segundo usted se niega, habré estado hablando de balde, cuando habría podido hacerlo con algún otro en su época. Es necesario que pueda yo convencerle de mi absoluta sinceridad. Hay una misión para usted...

Temple vio las próximas palabras y todo se volvió oscuro y confuso en su interior. La pequeña habitación se enfrió, pero Steve no se movió, sentado y pendiente de las palabras a medida de que iban apareciendo.

—...tiene una tarea para llevar a cabo. Una tarea para mí; no, no para mí; para el futuro de todos nosotros.

Lo próximo que pudo enfocar era una taza de café en su mano derecha. Constriñendo los músculos de la garganta, el café ardía en su estómago. Ahí estaba el Griego. Podía olérsele, gordo y grasoso detrás del mostrador del bar. Un relampaguear blanco: su dentadura.

—¡Hola, griego! —pronunciaron los labios de Steve apenas moviéndose—. ¿Cómo llegué?

—Simplemente entrando, como hace todas las noches desde hace tres años. Tómese las cosas con calma. Tiene el aspecto de un aparecido. ¿Qué le pasa?

—Lo de siempre. ¿Hay niebla esta noche?

—¿Qué, no lo sabe?

—¿Yo? —Se frotó las manos frías y húmedas—. ¡Oh! ¡Sí, seguramente! Es una noche de mucha niebla. Lo había olvidado —respiró temblorosamente y parecía que era la primera vez que lo hacía desde muchas horas—. Es curioso, griego, dentro de quinientos años ya habrán acabado con la niebla...

—¿Lo ha acordado la Cámara de Comercio acaso?

—El control del tiempo —dijo Steve. «Control», pensó en la palabra varias veces y agregó—: Sí. Toda suerte de controles. Una dictadura, posiblemente.

—¿Usted cree? —arrugando las cejas el Griego se apoyó pesadamente en el mostrador—. ¿Cree usted que si las cosas siguen como hasta ahora caeremos en una dictadura?

—Dentro de quinientos años —aseguró Steve.

—¡Diablos! ¿Por qué preocuparse? ¡Quinientos años!

—¿Por qué preocuparse? Puede que yo lo haga, griego, no lo sé todavía. —Steve movió un poco su café—. ¡Oiga, griego! ¿Si hubiera vivido y sabido, cuarenta años atrás, lo que iba a hacer Hitler y hubiera tenido la oportunidad, le habría matado?

—¡Claro! ¿Quién no lo hubiera hecho? ¡Fíjese en los desmanes que hizo!

—Piense. Piense en todos los tipos que crecieron en la época de Hitler, sin embargo. Alguno de ellos podría haber adivi-

nado lo que iba a ocurrir. ¿Hicieron algo para evitarlo? ¡No!

El Griego sacudió enérgicamente los hombros.

Steve calló unos segundos y sorbió un poco de café.

—¿Qué haría conmigo? ¿Me mataría si supiera que el día de mañana iba a convertirme en un tirano?

—¡Usted! ¿Otro Hitler?

—¿Se da cuenta? —dijo Steve sonriendo torcidamente—. No cree que yo pueda poner el mundo en peligro. Fue así como Hitler se salió con la suya. Debido a que era un pobre diablo antes de ser un diablo grande y nadie se fija en los pequeños diablos.

—¡Hitler era diferente!

—¿Lo era? —Steve se enojaba—. ¿Un pintor de paredes? ¿Diferente? ¡Qué divertido! Nunca se reconoce a un asesino hasta que ya es demasiado tarde...

—¡Perfecto! Imagínese que le escabecho —concedió el Griego—. ¡Muy bien! ¿Cómo pruebo que iba a ser un dictador? Está muerto, por lo tanto no lo es. No resulta. Y me enchironan.

—Ése es el problema.

Temple miraba un retrato que había en la pared. Un cartel electoral de un tipo saludable, de rosadas mejillas, pelo blanco, rizado, y ojos azules y francos. Debajo de la fotografía unas líneas: *J. H. McCracken para el Congreso, Distrito XIII.*

Todo se oscureció. Temple se levantó del taburete temblando violentamente. Miró a su alrededor con ojos desorbitados, se pasó las manos por la frente y por los ojos y gritó:

—¡Griego! ¿Qué día es hoy? ¡Rápido! ¡Me olvidé! ¡Me estoy olvidando de asuntos importantes!

Le pareció oír la voz del Griego como saliendo de una cámara de ecos.

—Las cinco de la madrugada del once de enero. Diez centavos, por favor.

—¡Ah, sí! ¡Sí! —Steve quedó inmóvil, interiormente agitado, mirando de hito en hito la fotografía. La de J. H. McCrac-

ken, candidato para el Congreso—. Todavía estoy a tiempo. Faltan tres días para que mate a Ellen...

—¿Qué? —dijo el Griego.

—Nada —respondió Steve dejando dos monedas de cinco centavos encima del mostrador. Un segundo después estaba ante la puerta del bar, la abría y en alguna parte, un millón de kilómetros lejos, el Griego decía:

—¿Se va tan temprano?

—Creo que sí —replicó Steve y agregó—: Griego, escuche, ¿tuvo alguna vez un millón de pesadillas y despertó espantado envuelto apretadamente por la oscuridad y volvió a conciliar el sueño y entonces tuvo uno de esos sueños elevados, rápidos y bellos que brillan como las estrellas? Es fantástico, Griego. Es un cambio. Por un momento olvidas todas las pesadillas. Te despiertas vivo por primera vez en muchos años. Es lo que me ocurrió a mí, Griego.

La puerta se abrió bajo su mano, entró la niebla fría y salada chocando contra el cálido olor de comida. Pensó en cosas que le dolió haber olvidado: Ellen y la máquina y el futuro. No *podía* olvidarse. Nunca. En la pared estaba colgada la fotografía de J. H. McCracken. Quitad la *M* y la *c* del apellido y deletread lo que queda con *K*. Y el tipo parecía decente. Tenía el aspecto del hombre que quiere a su mujer y a los chicos.

Pero os guste o no, es un hecho. ¡J. H. McCracken era uno de los tipos que tenía que asesinar! No podía olvidarlo.

Y ahora recordó algo. Las primeras, insconscientes e irónicas palabras que había escrito en la máquina la noche anterior.

«Ha llegado la hora para que todos los buenos acudan a ayudar a su patria...»

¡El futuro! Steve Temple salió cerrando la puerta ante las narices del perplejo Griego. Así, simplemente.

Al cabo de un rato se levantó la niebla, llevándose con ella la oscuridad y al poco rato resplandecía el día.

Zigzagueando por entre las verdes curvas de las lomas de

Griffith un autobús llevaba a Steve Temple hacia los frescos parajes descritos por Ellen Abbott en su vivaz conversación.

Paseó solitario. Dentro de años, allí donde los años maduraban en la niebla de la distancia, viviría gente por esos alrededores, moviéndose, hablando, viviendo, en la estructura palacial de un Dictador. Se elevarían edificios como lanzas plateadas, desafiantes e inmóviles. Se oiría música, suave y dulce, proveniente de ocultos altavoces en los árboles, en las lomas y en las bóvedas. Y cruzarían el espacio naves derivando como manchas de sueños.

Lo más importante... Temple trepó a una loma alta y permaneció contemplando la silenciosa calma con los ojos entrecerrados. Aquí exactamente, una mujer llamada Abbott estará prisionera en una galería de celdas en la parte más alta de un palacio de cristal. Unas teclas carmesí sonarían bajo sus dedos y su mensaje volaría a través de cinco siglos... hacia él.

Era tan real el futuro que extendió una mano y creyó tocarlo. El viento sacudió el papel mecanografiado que llevaba apretado en la mano, una tirada del diálogo salido de la máquina en las horas nocturnas.

Y en medio de ese brillante futuro, chorreaba la negra amenaza de Kraken, inmundamente. Kraken, que era el cuarto de su dinastía, el pálido, con cara blanda, que tenía el mundo en un puño y que no pensaba soltarlo.

Steve se restregó la mandíbula. Aquí estaba él odiando a un tipo que nunca conocería.

Podía conocerle únicamente de forma indirecta. ¡Diablos! ¡Qué asunto tan fantástico! Emprendiendo una guerra contra un hombre, peleando a través de tantísimos años. ¿Quién habría pensado que un pobre tipo como él tendría la oportunidad de jugar un papel de héroe mundial?

Ellen contaba muchas cosas en aquel papel. Steve volvió a leerlo.

«Mi padre y yo investigamos exhaustivamente el método di-

mensional y concluimos que era la única fuerza suficientemente poderosa para arrancar la cuajo el rígido sistema de Kraken. Remontar la Historia hacia atrás hasta su punto más probable y hallar el punto crítico donde sería más fácil eliminar a sus antepasados, era nuestra meta. Kraken promulgó leyes prohibiendo la investigación del Tiempo, con un temor muy razonable. Descubrió lo que estaba haciendo mi padre. El día que lo asesinaron, fui encarcelada. Pero el trabajo ya estaba listo. Traje mi "máquina" conmigo a la celda, con el pretexto de escribir mis últimas memorias.

En ese punto, Steve la había interrogado: «¿Por qué una máquina de escribir?», y ella había respondido:

—Mi padre quería remontarse hasta el momento crítico y asegurarse que los asesinatos serían llevados a cabo correctamente. Los experimentos con personas que mandamos como cobayas habían resultado, voy a decirlo de una vez, más bien desagradables. Algunas regresaron vueltas al revés. Ignorábamos el porqué. Ellas sí lo sabían. No todas, pues algunas regresaron incompletas, guillotinadas, sin cuerpo, y algunas ni regresaron. No podíamos arriesgar a su padre en la tarea. Además el «viaje en el tiempo» era imposible. Alguien viviendo en el Pasado debía acometer la empresa, sin hacer preguntas, sin percibir paga alguna...

—¿Un tipo llamado Temple?

—Así es. Si puede, si quiere, si está plenamente convencido que de él depende el futuro. ¿Está convencido, Steve?

—No lo sé. Me parece estarlo, pero...

—Probamos con la radio, Steve. Hablar directamente habría sido mucho más fácil y mucho más convincente. Pero la cuarta dimensión destruye las ondas de radio. Tuvimos que olvidarlo. El metal es más sólido que la carne o que las ondas de radio. Teniendo todo eso en cuenta fabricamos una máquina fuerte, resistente, hecha de aleaciones especiales. El más moderno método que pudimos usar, el mejor, y finalmente logramos hacér-

sela llegar y el tiempo se está acortando para todos nosotros...

Steve sabía el resto de corrido. Esa máquina era una remanifestación dimensional de ella, autoenergetizada y compacta. Más acerca de Kraken: el asesinato de gente inocente, la esclavitud para millones. Y las páginas acababan así:

—Usted puede lograr que los muertos anden, Steve. Usted puede hacer que mi padre resucite. Mate a Kraken y libérteme de la cárcel. Todo eso está en su mano. Ahora debo irme. Hasta mañana por la noche, nuevamente...

Steve levantó la vista de los papeles mecanografiados, miró al espacio donde debería haber un palacio tangible del dictador y Ellen en lo alto del mismo.

En vez de ello solamente vio las nubes.

«...lograr que los muertos anden...»

Regresó saltando a su casa.

Hacer que los muertos anduvieran. Sí. Matar a Kraken y automáticamente otro Probable mundo se volvería concreto. La gente que habría matado vivirían de nuevo. El padre de Ellen, tampoco él, sería asesinado.

Los mundos de los probables SÍES. *Si* él se sentara delante de la máquina, sin tocarla, durante el resto de la semana, Ellen Abbott moriría, *si* mataba a McCracken ella viviría.

Había una gran cantidad de SÍES en la vida. Muchas cosas que *podría* hacer si así lo decidía. Podía ir a Nueva York, o a Chicago, o a Seattle. Podía elegir. Podía comer o morirse de hambre en esas ciudades. Podía elegir. Podía asesinar. O robar. O suicidarse. A elegir. Muchos *síes*. Cada uno orientado a una vida distinta, a una existencia distinta a las otras, una vez hecha la elección.

Por lo tanto Ellen y Kraken eran improbables. Ella vivía en el más Probable de los *si*-mundo. Seguiría viviendo en él y sería ejecutada el próximo viernes por la noche si él no lo evitaba. *Si, si, si.*

Si tuviera agallas, *Si* tuviera éxito. *Si* alguien no lo detenía.

Si vivía hasta lograrlo. El mundo del mañana era como un panal de posibilidades, listo para ser llenado de realidades, con precisas y decididas acciones.

Esa noche Ellen y él hablaron de música y de pintura. Supo de su pasión por Beethoven, Debussy, Chopin, Gliere y un llamado Mourdene nacido en 1987. Su literatura favorita eran las obras de Dickens, Chaucer, Christopher Morley...

Ni siquiera mencionaron a un hombre llamado McCracken. Ni a otro llamado Kraken.

Pero a pesar de todo, Temple no contaba ni con un cuerpo, ni con una voz, ni con nada más que aquel fuego, aquel ardor a su alrededor. Su habitación se transformaba con un toque, con alguna esencia de aquel mundo de Ellen, nonato todavía. Era como si la luz del sol, entrando a raudales a través de altas ventanas catedralicias, barriera con una luz limpia el deslucido mundo de 1987. Uno no puede sentirse solo con el sol bañándote la cara, inundando tu interior y tus dedos trabajando al unísono en una máquina con alguien llamado Ellen Abbott, hablando de sociología y psicología, literatura, semántica y tantos temas interesantes.

—Todo debe quedar muy claro, Steve. Si cree en mi mundo tal como es y tal como será cuando usted lo haya cambiado, debe saberlo todo. No pretendo que lo entienda todo ni que se decida inmediatamente. Iría contra todas las reglas conocidas de la lógica. Aposté a usted...

Al llegar la media noche seguían su impetuoso intercambio tratando de todos los temas: modas, religiones, creencias.

Incluso... amor.

—Lo siento tanto —escribía Ellen— de no haber tenido nunca tiempo para el amor... Estaba ocupadísima, corriendo de ciudad en ciudad, trabajando, alentando a mi padre. Era entonces mi única devoción. Cuánto lo siento. Si tuviéramos tiempo...

—Habrá tiempo —replicaba Steve suavemente—. Si cuanto dice acerca de ese Futuro Probable es una teoría sólida, habrá

mucho tiempo. Más del que pueda dedicarle. Procuraré que así sea.

—Y... ¿si fracasara?

No quería pensar acerca de ello en absoluto. Absolutamente no.

Se hizo repentinamente un gran silencio en la habitación. En la mitad del mismo Steve oyó los latidos de su corazón en la arteria del cuello. No recordaba haberlo escrito. Sus dedos se movieron solamente unos segundos y ahí estaba.

—Me gustaría verla, Ellen. *Solamente una vez.*

Un gran silencio. El silencio duró tanto que temió que no fuera a hablarle nuevamente. Pero sí habló.

—Es un tipo estupendo, Steve. El tiempo no cambia mucho en las cuestiones sentimentales. Vea. Hay un débil campo de energía acompañando a la máquina. Apriete con sus dedos a fondo, dóblese sobre la máquina y concéntrese. Quizá, por un instante, nuestras imágenes se pondrán en *contacto*. Apriete fuerte, Steve...

Steve obedeció instantáneamente. Había algo en sus grises y desconcertados ojos que nunca hubo anteriormente. Algo cálido. Con los dientes apretados, tenso por la espera.

Algo les pasaba a sus pulmones, que le impedía respirar.

Solamente una débil y temblante traza al principio, que se intensificaba. Sentada enfrente de él. Frente a él a través de quinientos años. Su pelo era como el sol y sus ojos graves y azules bajo el brillo de sus cabellos y su boca rosada se movía y silenciosamente formaba las palabras: «Hola, Steve.»

Así, simplemente.

Seguidamente la imagen se esfumó y la habitación estaba cálida por todas partes como acero enfriándose, después siguieron escribiendo un poco más, los ojos de Steve húmedos y finalmente fue todo por aquella noche, ella se había ido, él sentado mirando el lugar donde había aparecido y la habitación lentamente se volvió a enfriar.

Esa noche tuvo sueños *antes* de acostarse.

Nunca en su vida había robado nada.

Robó una pistola, una bonita y brillante pistola paralizante, en una armería de la Avenida Novena. Le tomó medio día decidirse, cinco minutos para hacerlo y el resto del día tratando de calmarse y olvidarlo todo.

Entonces era un jueves por la tarde y quinientos años más adelante una mujer estaba sentada ante la máquina escribiendo sus «memorias».

Hablaron menos de cuestiones frívolas relacionadas con el arte. Hablaron del duro y feo asunto que tendrían que afrontar muy pronto. Aquella aparición, aquella vívida materialización de su imagen la noche anterior, le había convencido. Alguien tan fría, tan suave, tan firme en su amor, alguien como era ella... bueno, podía sacrificarse.

Ella le inspiró el proyecto que sus dedos esbozaban con unos cuantos golpes de teclas. Mañana por la tarde, ya anocheciendo, J. H. McCracken estaría en sus oficinas de Los Ángeles norte, ultimando detalles de última hora antes de tomar el avión para Washington. No debía salir de su oficina. Tampoco su hijo debía salir de su oficina. Ambos debían morir.

—¿Entendió todo, Steve?

—Sí. Tengo la pistola.

—¿Hay algo que haya quedado oscuro?

—Ellen, de vez en cuando me olvido de cosas. Fluctúan las cuestiones. La primera noche me dormí, al despertar había olvidado. En el bar me pasó lo mismo. Tuvieron que recordarme la fecha. No quiero olvidarla a usted, Ellen. ¿Por qué me suceden esas cosas?

—¡Oh! Steve, ¡aún no comprende! El tiempo es una criatura tan rara para usted... Como una niebla, mudando de luz a sombra, según el viento, el destino está retorcido por la circunstancia. Hay dos Ellen Abbott, solamente una de ellas conoce a Steve Temple. Cuando ocurre algo que amenaza sus oportunidades de

poder existir, usted la olvida. Su sólo contacto, pequeño como es, con el Tiempo, es suficiente para hacerlo incierto. Es debido a ello que usted tiene repentinas y momentáneas amnesias.

—No quiero olvidarla. Ya empecé mi misión, confiando en que si indirectamente acabo con Kraken aseguraré su vida, pero...

Ella puso las cosas en claro. Lo explicó tan claramente que fue como un fuerte puñetazo en su estómago.

—Steve, con Kraken erradicado, nacerá automáticamente un nuevo y libre mundo. Como antes, habrá en él la misma gente, solamente que ahora cantarán. El nombre Kraken no significará nada para ellos. Y los millones que habría asesinado vivirán de nuevo. Y en *ese* mundo no habrá lugar para el profesor Abbott y para su hija Ellen. —Y prosiguió—: No le recordaré, Steve. Nunca le habré encontrado. No habría razón, desaparecido Kraken, para conocernos. Olvidaré que hayamos hablado tarde por las noches o que alguna vez haya soñado con fabricar una máquina de escribir del tiempo. Y así será, Steve, mañana por la noche, cuando mate a J. H. McCracken.

—Pero... Pensé... —farfullaba aturdido.

—No le engañé a usted adrede, Steve. Creí que se habría dado cuenta de que mañana por la noche sería el final, pasara lo que pasara.

—Pensé que de alguna manera usted podría venir viva, al 1987, algún día. O ayudarme a mí para llegar a su época.

—¡Oh! ¡Steve! ¡Steve!

Se sentía enfermar, le dolía la garganta, apretada y ardiendo.

—Ya es tarde. Ahí viene la guardia haciendo la ronda. Mejor será que nos demos nuestro último adiós ahora...

—¡No! ¡Por favor! ¡Espere, Ellen! Mañana.

—Ya será demasiado tarde, si mata a McCracken.

—Tengo un plan. Resultará, sé que resultará. Para que podamos hablar una vez más, Ellen. Solamente una vez más.

—De acuerdo. Sé que es imposible, pero... mañana por la noche. Buena suerte. Buena suerte y buenas noches.

La máquina se paró.

Sintió fuerte el golpe del silencio. Estaba sentado, oscilante y deslumbrado. Riendo un poco para consigo mismo.

Bueno, le quedaba el recurso de salir a pasear por la niebla. Siempre había mucha niebla. Caminaba delante de uno, detrás de uno, al lado de uno y siempre silenciosa. Le tocaba a uno, a veces, el rostro como si comprendiera. Eso era todo. Caminó toda la noche, regresó a la casa, se desnudó en la oscuridad, se acostó y rogó para que una vez dormido no fuera a despertarse nunca más. Nunca.

«Olvidaré que hayamos hablado tarde por las noches. No le recordaré, Steve.»

Al atardecer del viernes, catorce de enero, Steve Temple se metió la pistola paralizante en el interior de su cazadora y cerró la cremallera.

Daba lo mismo lo que hiciera, Ellen Abbott sería destruida hoy. Una cámara de ejecución la esperaba si no actuaba rápidamente. Y si tenía éxito también, de todos modos, la Ellen que había conocido se desvanecería como humo en el viento.

Debería matar cuidadosamente a McCracken si quería hablar una vez más con Ellen. Debía ponerse en contacto con ella una vez más antes que el Tiempo cambiara, consolidándose con la Eternidad, para transmitirle el mensaje final. Lo pensó nuevamente. Sabía exactamente las palabras que le diría.

Echó a andar rápidamente.

No parecía sentir su cuerpo, parecía un cuerpo ajeno. Como acostumbrarse a un traje, apretado y cerrado, y demasiado grueso para la estación. Eso era lo que experimentaba. Los ojos, la boca, el rostro entero en un trazo que no quería cambiar. Cuando hubiese terminado la tensión, podría deshacerse el conjunto.

Puso las espaldas en el lugar donde no habían estado hacía años, y convirtió sus manos en puños que hacía tantos años que

se habían abierto desesperadas. Era como encontrar de nuevo un buen pedazo de amor propio empuñar un arma, sabiendo que uno iba a cambiar radicalmente la condenada fisonomía del futuro.

De nuevo tenía pulmones y los usaba para respirar y su corazón ya no estaba solamente descansando en su pecho. Gritó. El cielo estaba límpido en lo alto, sus tacones tocaban al suelo, suaves, rápidos, a pasos precisos. De repente fueron las cuatro de la tarde. Extraños edificios se elevaban a su alrededor, pasaban los números bajo el calmado escrutinio de sus ojos. Seguía caminando, porque si se detenía ya nunca podría volver a poner sus piernas en marcha.

Ésa era la calle.

Gritó de repente. Todo estaba escondido detrás de las tensas líneas de su cara, cálida y amarga, su mente moviéndose bruscamente entre oscuros muros de cráneos, su garganta encogiéndose hasta encontrar el corazón. Agua tibia brotaba de sus ojos hasta que él la detuvo. Un viento soplaba lejos gimoteando, pero era un día muy calmado y aquí no había viento. Pensó que nada podía ocurrir que le detuviera. Nada. Dio vuelta a una calleja, fue hasta una puerta lateral, abrió y entró.

Subió por una escalera exterior donde el sol, el suave roce de sus pies y los latidos de su corazón eran las únicas cosas tangibles en una loca pesadilla. No encontró a nadie. Deseaba encontrar a alguien que le dijera que se trataba solamente de una representación teatral, que pudiera echar la pistola lejos de sí, que le despertara. Pero nadie le detuvo. Nadie le despertó. Había cinco largos tramos de peldaños a la luz del sol.

Dentro de su cabeza, el cerebro andaba dando vueltas tratando de frenar, pero no encontraba los frenos. Tenía que hacerlo. No podía dejarse que una cosa semejante volviera a ocurrir, como en el caso de Hitler. Hitler creciendo. Y nadie poniéndole la mano encima, nadie llenando de plomo su cuerpo vil. McCracken. El tipo que iba a matar tenía una apariencia

inocente. Todo el mundo decía que era un buen tipo. De acuerdo. ¿Pero qué pasa con sus hijos? ¿Qué pasaría con los hijos de sus hijos?

Ellen. Moviendo sus labios. Ellen. A él se le movía el corazón. Ellen. Él caminaba. Y ahí había una puerta. Y escritas en ella, en letras plateadas:

J. H. McCracken, Representante al Congreso de la Unión.

Pálido y tranquilo, Steve abrió la puerta y se detuvo a mirar a un joven que estaba sentado detrás de un escritorio de nogal decolorado. Un verde triángulo metálico rezaba: William McCracken. Era el hijo del Representante.

Una mirada en un rostro cuadrado y sorprendido. Abierta la boca mostrando los dientes. Las manos tendidas para defenderse de lo inevitable.

Una presión del dedo. El arma en la mano de Steve ronroneaba satisfecha como un gato durmiendo. Apretó el gatillo, rápidamente. Todo duró menos de un instante. Un respiro. Un latido. Era muy fácil, y muy duro matar a un hombre. Reajustó el protector en el tubo paralizante.

Se oyó a alguien llamar desde el otro despacho con una voz tranquila.

—¡Oye! ¡Willy! Entra un momento, hijo. Quisiera comprobar nuevamente esos pasajes para Washington.

A veces es muy difícil abrir una puerta, hasta una que no tenga el cerrojo puesto.

Esa voz, J. H. McCracken, recientemente electo representante del pueblo.

Tenso y silencioso, Steve abrió la segunda puerta y la voz de McCracken sonó más cerca ahora cuando dijo:

—¿Los encontraste, hijo? ¿No hay ningún error?

Steve miró a los anchos hombros de McCracken y dijo:

—No hay errores.

Al oír esas palabras, McCracken dio la vuelta en su silla giratoria poniéndose frente a Steve. Sostenía un cigarro prendido

en una mano, una pluma fuente en la otra. Sus ojos eran azules y no vio el arma.

—¡Oh! ¿Qué tal? —dijo sonriente. Luego vio el arma y se tragó la sonrisa.

—Usted no me conoce —dijo Steve—. No sabe el porqué voy a matarle, usted siempre ha mirado hacia atrás cuidando su limpia imagen. Nunca hizo trampas jugando a bolas. Tampoco yo. Ello no quiere decir que no vaya a haber un tramposo dentro de quinientos años. El veredicto del Tiempo dice que usted es culpable. Es lamentable que su apariencia no sea la de un sinvergüenza, me haría la cosa más fácil...

McCracken abrió la boca, creyendo que iba a poder hablar.

El arma cantó su pequeña canción. No hubo más charla. Steve sudaba. No demasiado fuerte. Justo para debilitar los nervios cardíacos. Acercóse un poco más. Steve mantenía el arma zumbando a mitad de su volumen. La cerró y se inclinó para poner los dedos dentro de la americana gris de McCracken. Todavía sintió el corazón, débil, extinguiéndose.

Dijo algo divertido.

—No se muera todavía. Hágame un favor, manténgase vivo, hasta que pueda hablar con Ellen una vez más.

Entonces se sacudió tan violentamente como si fuera a soltar la carne de los huesos. Enfermo, castañeándole los dientes, los ojos turbios, soltó el arma, la tomó de nuevo y empezó a preocuparse. Había un largo camino hasta su habitación, hasta la máquina, hasta Ellen...

Pero debía conseguirlo. De alguna manera había hecho trampa al futuro. Debía pensar en algún modo como conservar a Ellen para sí. Alguna manera.

Controló su miedo, lo colocó en su lugar y ahí lo guardó. Al abrir la puerta se encaró con los empleados desconcertados de McCracken. Tres mujeres y dos hombres que venían a despedirse, helados en raras posturas ante el cuerpo del hijo.

Aprovechó el desconcierto para correr a una escalera de in-

cendios, cerró la ventana tras de sí y empezó el descenso. Alguien abrió nuevamente la ventana y empezó a gritar. Otro siguió tras él por la escalera. Sus pies sonaban estridentemente en los peldaños metálicos.

Saltó a la calleja y corrió hacia la esquina. Abrió con fuerza la puerta del primer taxi que encontró, se zambulló en su interior y dio a gritos la dirección. Dos de los hombres de McCracken salían de la calleja gritando. El taxi se separó del borde de la acera, suave y rápidamente. El taxista no había oído nada ni se había dado cuenta de la persecución.

Temple cayó en el asiento, la boca llena de saliva que no podía tragar, así que la escupió. No se sentía como un héroe de novela, solamente muy asustado y pequeño, acurrucado en el taxi. Había cambiado el futuro. Pero nadie lo sabía, solamente él y Ellen.

Y ella lo olvidaría.

«Espere, Ellen. Espere por mí, por favor.»

Así era como se sentía uno al salvar el mundo. Tener un gran frío interior y ardientes lágrimas en los ojos y las manos temblando violentamente si dejas de agarrarte con ellas las rodillas. *¡Ellen!*

El taxi se paró frente a su hotel. Se apeó titubeante, profiriendo extravagantes y tontas palabras dirigidas a nadie. Oyó al taxista gritarle, pero de todos modos siguió corriendo. Entró al hotel y subió corriendo la escalera.

Abrió la cerradura de la puerta y se quedó un segundo indeciso, asustado de abrirla. El taxista le seguía por la escalera, renegando. ¿Qué tal si a pesar de todo llegaba tarde...?

Chupándose la respiración, Steve empujó la puerta.

¡Estaba! ¡La máquina aún estaba ahí!

Steve cerró la puerta. Inmediatamente, de un tropezón, cruzó la habitación hasta la máquina, gritando y tecleando simultáneamente.

—¡Ellen! ¡Ellen Abbott! Ellen, lo hice. Todo ha terminado.

Una pausa. Miraba el papel, el horrible papel en blanco, su sangre latiendo furiosamente en las venas hasta dolerle. Parecía que habían transcurrido siglos, hasta que finalmente las teclas de la máquina se pusieron en movimiento y dijeron:

—¡Oh! ¡Steve! ¡Lo consiguió! Lo hizo por nosotros. Y no encuentro las palabras para decir lo que pienso. No hay ningún premio para usted. Ni siquiera puedo ayudarle y tanto como desearía poderlo hacer. Ya está cambiando la situación, las cosas se nublan y se derriten como figuras de cera, flotando lejos en la Corriente del Tiempo...

—¡Estése un poco más, Ellen! ¡Por favor!

—Antes tuvimos todo el Tiempo, Steve. Ahora, no puedo contener los asuntos y los momentos de reforma. ¡Es como agarrar estrellas!

Abajo, en la calle iluminada por el sol, un coche frenó hasta detenerse. Salieron gritos del coche, se oyó el ruido de una portezuela al cerrarse. Los hombres de McCracken venían a buscar a Steve Temple. Quizá con armas...

—¡Ellen! ¡Una sola cosa, aún! Aquí, en mi época, puede que haya vivido algún antepasado suyo, ¡en alguna parte! ¿Dónde, Ellen?

—¡No se haga daño a sí mismo, Steve! ¿No lo entiende? ¡Es todo inútil!

—¡Por favor! ¡Dígamelo! Alguien a quien pueda hablar, alguien a quien pueda ver. Dígamelo. ¿Dónde?

—En Cincinnati. Se llama Helen Anson. Pero...

Pisadas fuertes resonando en el hall del hotel, voces masculllando.

—La dirección es 6987, calle C...

Y ahora sí, el tiempo se había acabado. Al otro lado de la ciudad estaba tendido McCracken, exhalando el último suspiro. Y aquí cada latido de su marchito corazón afectaba a Ellen y a Steve Temple.

—Steve, Steve, yo...

Luego dio su último mensaje. Lo que quiso decirle durante tanto tiempo, saliendo de su interior. Puños y espaldas golpeaban a la puerta mientras lo decía, pero lo dijo de todos modos, en la desesperación de los últimos segundos:

—Ellen. Ellen. Te quiero. ¡Óyeme, Ellen! ¡Te quiero! ¡No te vayas ahora! ¡Nooo!

Estuvo tecleándolo una vez y otra vez y otra vez todavía. Y lloraba como un crío y su garganta no podía decirlo todo, y tecleaba de nuevo, de nuevo...

...hasta que las teclas se hicieron nebulosas, se disolvieron, se esfumaron y desaparecieron bajo sus dedos, y siguió tecleando hasta que la solidez, la brillante maravilla de la máquina hubo desaparecido y sus manos encontraron tecleando en el vacío, golpeando una mesa vacía.

Y ni siquiera cuando hundieron la puerta cesó de llorar...

EL OJO HAMBRIENTO

por Robert Bloch

Hay en Chicago un viejo refrán que dice que si alguien está parado en la esquina de State y la calle Madison el tiempo suficiente, verá pasar por ella a cuanta gente conozca en el mundo. Aparentemente es una exageración, pero es lo que dice.

Actualmente ya hace bastante tiempo que vivo en Chicago y nunca quise comprobar la veracidad del refrán y no era mi intención hacerlo aquel día. La verdad de las cosas es que ni siquiera estaba parado en la mencionada esquina. Estaba a mitad de la manzana, dirigiéndome a la boca del Metro y fue en ese momento que le vi. Sólo durante un segundo vi el perfil, con la inconfundible nariz quebrada, reflejado en el escaparate de una tienda, pero era bastante, a pesar de los cinco años transcurridos, para reconocerle instantáneamente. No se olvida el rostro de un hermano único, y a pesar de que Dios sabe que he tratado de hacerlo durante esos últimos años.

Por un segundo estuve tentado de seguir mi camino sin decirle nada. Pero había algo en su manera apresurada, la cabeza gacha, que exigía una respuesta. Antes de pensarlo, salieron las palabras de mi boca.

—¡George! —llamé—. ¡George, soy *mí*!

Podría jurar que su cara reflejaba el pánico, y la razón no era que estuviera horrorizado por mi gramática. Se giró, me miró y reconoció y puso la mano ante la boca. Luego siguió corriendo. Bajó volando por la calle State como un hombre poseído.

Desde luego que no fue ésa la manera como me expliqué entonces su comportamiento. Ya nadie usa frases como «un hombre poseído». ¿«Poseído» por quién? Todos sabemos que ya no hay demonios en el siglo xx. No hay demonios, ni diablos, ni espíritus malignos. Vivimos en una época de luces, en un mundo sano, positivo, con plantas para incinerar humanos, matanzas al por mayor, técnicas de tortura científicas, y bombas de hidrógeno. Pero todo puede explicarse de una manera perfecta y lógica y ninguna crueldad o inhumanidad del hombre para con sus semejantes está basada en posesión demoníaca.

Por lo tanto mi hermano George, cualquiera que fuese su problema, no estaba obviamente «poseído». Para decirlo llanamente, estaba chalado. Y si corría de esa manera era porque estaba enfermo, enfermo, enfermo.

«Enfermo, enfermo, enfermo.» Por unos momentos estuve tentado de seguirle, pero el empuje de la multitud era muy grande. Además, ¿por qué iba a preocuparme? Hacía más de cinco años que no le había visto, y cuando se fue estuve muy contento de quitármelo de encima. Estaba bien claro, prescindiendo de cuál fuera su problema actual, que no quería verme. Me sorprendió topármelo en Chicago, ya que nos habíamos separado en Boston. En el área de una ciudad de cuatro millones las probabilidades de encontrarlo de nuevo eran pocas y si él quería verme no le sería difícil. Encontraría mi nombre en los periódicos, en los anuncios de espectáculos. Podía ir al Club y asistir a mi actuación.

Hacía una presentación personal en el Club todas las noches. El Club se encontraba en North Clark, simplemente un atrapatontos como tantos hay por todo el país. Mi actuación era como muchísimas otras. ¿La sarcástica actuación de Mort Sahl? Cada semana se puede leer *El Repórter* y aprenderse las improvisaciones a costillas de la gente sensata y toda clase de chistes. En él encontraréis los chistes sobre Johnson, sobre el sputnik, sobre el jazz progresivo, sobre Zsa Zsa Gabor, sobre la General Mo-

tors, sobre los drogadictos, sobre los coches deportivos y si la concurrencia es sofisticada también hallaréis algunos chistes sobre el zen. Pura y simplemente la vieja rutina beatnik, pero es lo que se lleva en la presente temporada. Y por encima de todo, chistes malos. Está muy lejos el tiempo en que se presentaba un Will Rogers y arrancaba carcajadas hablando de su visita al Congreso. Hoy en día todos los cómicos hablan de su visita al psiquíatra.

En realidad nunca he visitado a un loquero, pero quizá tenga que hacerlo. Porque ya estaba harto de mi número. Y estaba harto de los espectadores, tan sofisticados, tan seguros de sí mismos, tan conscientes, tan nerviosos, un grupo tan inconforme y tan inteligente, almas libres y superiores encadenadas a la irresponsable necesidad de satisfacer sus egoístas deseos. Consistiendo tales deseos en beber, drogarse, llevar una vida disoluta y evitando pagar las consecuencias de sus actos. En resumen, los mismos deseos que pueden encontrarse presumiblemente en una pandilla de camioneros. La única diferencia, y es a favor de estos últimos, que por lo menos aunque hagan lo mismo no pretenden averiguar los motivos. No esperan que nadie escriba libros proclamando que sus actividades antisociales son en realidad la expresión espiritual de una sensibilidad interior que busca la verdad. Si un camionero se emborracha, sube una chica al camión, abusa de ella y finalmente la deja abandonada a un lado de la carretera, no hay que hablar. Pero un beatnik, o los miles y miles de pseudobeatniks que se esconden tras de las barbas en la actualidad, dirán e insistirán que fue en la carretera. Y a ellos les gusta beber, y hacer sus ligues y drogarse en atestados locales que presentan a cómicos parecidos a mí, que halagan su ego estúpido haciendo chistes a costillas de la gente normal.

¡Dios mío! ¡Cómo odiaba aquello! Lo digo en serio. Pero era mi modo de ganarme la vida. Me pagaban un par de billetes cada semana para hacerlo y, además, ahora tengo a Lucy.

Nos habíamos casado hacía algo más de cuatro meses y vi-

víamos en un apartamento cerca del Club. Sí, era un apartamento, un anticuado apartamento con mobiliario de Kroehler y en las paredes colgaban algunas reproducciones de dibujos de Audobon. No era uno de esos habitáculos donde tenéis que sentaros en el suelo tocando el bongo, esquivando la cabeza cada vez que os ponéis de pie para que no se os clave en los sesos algún afilado borde de algún maldito móvil.

Lucy no era del tipo beatnik y debido a eso la quería. Había hecho trabajos de post graduada en la Universidad de Chicago cuando la conocí y en la actualidad tenía un empleo en un bufete jurídico del Loop. Cuando llegaba a la casa hacía la cocina con un delantal puesto, en vez de dar brinquitos de un lado para el otro vestida con unos leotardos sucios y abriendo latas de conserva.

Precisamente ahora estaba ansioso de llegar a casa para estar con ella. Viajando en el Merto fui olvidándome de mi hermano George. Era uno de *ellos*, un beatnik. Desde luego que había nacido unos años demasiado pronto para considerarse un miembro de la generación batida. No tuvo bastante suerte para encontrarse en el momento del reparto de tarjetas de autojustificación. En su época, la gente como George eran identificados, de una manera simplista, como egoístas e indignos de confianza. Si mentían, si engañaban, si robaban, si contraían deudas y perdían el tiempo en empleos absurdos y se largaban de la ciudad cuando los padres de alguna chica se quejaban, adquirían una mala reputación. Si uno les quería, trataba de ayudarles. Uno ponía lo que podía para sacarlos de compromisos y hacía lo mejor que se le ocurría para hacerle entrar en razón y finalmente cuando uno veía que nada resultaba, suspiraba con una mezcla de lástima y de alivio si se largaba definitivamente.

A mí me ocurrió. Y ahora suspiré de nuevo y volví mis pensamientos hacia Lucy. Estaría ya en casa, esperándome.

Sí estaba. Cayó en mis brazos al llegar a la puerta y me olvidé de todo. La estúpida moralización, la propia corrección y

las preocupaciones que siguen a ambas. Lo único que me importaba era su vivacidad, su vigor, su manera de corresponderme. Hasta que se echó atrás y me alargó el periódico.

—Aquí tienes, amor —dijo—. Lee esto.

Esto era un escrito de una sola columna en la primera página que mis ojos recorrieron apresuradamente. Lucy tenía la costumbre de hacerme notar fragmentos del periódico que pudieran inspirarme algún chiste para mi actuación, pero en este caso en particular no le veía la punta al escrito.

Esa mañana había sido cometido un asesinato en el sótano de la residencia del viejo Harvey, por el lado sur de la ciudad. El desaparecido Chandler Harvey fue un rico coleccionista de arte oriental que había donado sus adquisiciones al Instituto de Arte de Chicago. Cuando se les avisó acerca del reparto de la herencia, el Instituto mandó a dos guardias para catalogar y embalar la colección bajo la supervisión de un orientalista, Wilmer Shotwell. Mientras esperaban la llegada de éste, los dos hombres habían entrado al sótano de la residencia de Harvey donde estaba reunida la colección. Ahí fue, aproximadamente a las doce y cuarto, que Shotwell descubrió el cadáver de uno de los dos, Raymon Brice, de 41 años, que vivía en la Avenida Sunview 2319. Aparentemente había muerto como consecuencia de un golpe en la cabeza dado con una pesada estatuilla de piedra. La Policía estaba buscando al otro guardia, George Larson, de treinta y tres años, de...

Mi hermano George.

—Así que estaba en lo cierto —murmuró Lucy mirándome.

—Sí.

—Desde luego que es un nombre corriente; podría tratarse de otro George Larson.

—Podría ser. Pero seguro que es él.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque le vi, hace apenas una hora; estaba en el centro de la ciudad, y cuando le reconocí y le llamé echó a correr.

—¡Oh! ¡Dave! ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué podemos hacer? —respondí encogiéndome de hombros—. Ni siquiera sé dónde se encuentra ahora, con toda seguridad que no será en ese hotel piojoso de que habla el periódico. Posiblemente haya abandonado la ciudad. Eso espero.

—¿A pesar de todo lo que te hizo? —Claro está que le había contado a Lucy todo lo referente a George.

—Sí. Lo pasado está olvidado. Además no tengo la seguridad de que sea culpable.

—Pero es que el periódico dice...

—Sé lo que dice el periódico y también lo que dice la Policía. Encontraron un cadáver, George desapareció y atan cabos. Pero George es mi hermano. Le conozco bastante bien. Será un inadaptado y un sablista y no le confiaría ni una cartera ni una mujer. Pero no le veo como un asesino, no está de acuerdo con su manera. George no es violento.

—¿Cómo lo sabes? —Lucy me puso las manos en las espaldas—. ¿Cómo sabes lo que convierte a un hombre en un asesino?

—Realmente no lo sé. Solamente que me es imposible imaginarme a George dando un golpe así.

—¿Tú le quieres, verdad, a pesar de todo?

—¡Maldita sea! ¡Si por lo menos lo hubiera detenido cuando lo llamé! ¡Déjame que le ayude!

—No estás en tus cabales —dijo Lucy—. Quizá deberías llamar al Club y decirles que no irás esta noche.

—¿Qué ganaríamos con ello? —dije meneando la cabeza—. Hasta que tengamos más detalles, podemos olvidarnos del asunto. No figuramos todavía en la guía telefónica, por lo tanto George no nos buscará aquí. Y dudo que la Policía, o cualquiera, sepa que George es mi hermano. Así que ve a tus clases de la tarde y yo me iré al Club. Para repetir una frase hecha, «la función debe seguir».

Y siguió la función en el Club alrededor de las diez. Estaba

con mi mano asida al micrófono de pie, cuando vi entrar a George. Iba vestido de la misma manera que cuando le vi por la tarde, pero llevaba el cuello abierto y sin corbata. El pelo le caía sobre la frente y estaba borracho.

No, no fueron ni su cuello abierto, ni el pelo sobre la frente los que me dieron la certeza. Fue la manera de dirigirse, tambaleante, a una mesa de juego de dados que había en el rincón más alejado y hablando a un panda rosado de peluche que llevaba.

Como lo dije. Llevaba un panda rosado, del tipo que se gana en los parques de atracciones. Bueno, del tipo que quizá gane él, no yo. Ni que me arrastraran iría a un parque de atracciones. Y posiblemente a George le dio la idea. Como no desearía que le pescaran ni vivo ni muerto, ¿qué mejor modo de desaparecer que en medio de una multitud? Pero estaba todavía nervioso, y había empezado a beber y cuando se ha echado bastante licor al coleto es cuando se da cuenta de que necesita ayuda. Sería así que al ver mi nombre en los anuncios del Club había venido para verme.

Y me acerqué a él tan pronto como me lo permitió la función. Fui al rincón donde estaba murmurando a su condenado panda rosado. Una idiotez, ¿verdad? Parecía un borracho cualquiera y quizás era una brillante astucia usar un panda rosado para dar un toque de color a la protección. Hay una cosa que tengo que reconocer en George: borracho o sobrio, era siempre muy listo, lo aseguro.

Solamente que ahora no parecía listo. Parecía que estuviera herido.

—¡Davie! ¡Cuánto gusto en verte!

—No pensabas lo mismo esta tarde en la calle State.

—Tenía mucha prisa.

—Lo sé. Ya leí los periódicos.

—Pero tú no comprendes...

—Puedes estar seguro.

—Quería hablar contigo a solas. Hay algo que tengo que contarte, Dave. Necesitaré que me ayudes. Nunca me encontré en semejante berenjenal anteriormente.

—¿Quieres decir acerca del guardia?

Dio una mirada a su alrededor. Luego se inclinó hacia delante.

—No, no se trata de eso. Lo del guardia no tiene importancia. Hay algo más. Algo peor. Algo...

—¡Cállate! —le interrumpí—. No podemos hablar aquí y en este momento no puedo salir. Mi último acto termina a las doce y entonces la banda empieza a tocar hasta el final del espectáculo. Quédate por aquí hasta entonces e iremos juntos a alguna parte.

—Pero es que no puedo esperar tanto rato... —dijo agarrándome fuertemente por el brazo—. Dave, no puedo quedarme solo. ¿No te das cuenta? A menos que pueda hablar con alguien y en seguida, me derrumbaré...

—Háblale a tu amigo —respondí apretando con el dedo al panda rosado—. Tómate otra copa. Pero espérame aquí. Regresaré tan pronto pueda.

Sus ojos se pusieron inexpresivos, tanto por lo menos como los castaños botones de la cabeza del panda. Se quedó mirando de hito en hito a su ridículo muñeco, mirándolo fijamente mucho después de abandonar yo la mesa. No había mentido, estaba a punto de derrumbarse.

Vi con el rabillo del ojo a Sarah que venía del bar. La gran Sarah, con destacadas protuberancias donde hay que tenerlas. Ésa era la historia de la vida de Sarah, siempre destacando en los lugares adecuados. Usaba unos oscilantes pendientes de cobre, para que hicieran juego con el color de su pelo y que indudablemente había fabricado ella misma. Sarah era artista y le gustaba mucho hacer cosas. Incluso feas escenas y hombres guapos. A veces, cuando estaba algo achispada, aunque los hombres fueran feos.

Pero Sarah era artista y tenía el ojo de tal. Ahora mismo

posiblemente tenía los ojos enrojecidos, pero alcanzó a ver el panda rosado. Porque mientras yo observaba, vi que se había acercado a mi hermano George y ya iniciaban una conversación. Cuando hube terminado con mi fragmento, ya ella se había sentado junto a él. Mientras hacía mi siguiente parte vi a la camarera sirviéndoles bebidas. Sarah le estaba dando un trato especial.

Bueno, quizás era lo mejor que podía ocurrir, siquiera le haría compañía a George hasta que yo pudiera reunirme con él. Sabía cómo alegrar al acompañante y justamente era eso lo que convenía para que George no se fuera. Solamente deseé que ambos estuvieran un poco más sobrios. La camarera les servía nuevamente, raciones dobles esa vez.

Quería acortar mi parte, pero tenía el público en el bolsillo y por otra parte pude ver a Paul, el agente teatral. Me sonrió y le correspondí. Necesitaba de Paul. Era el tipo que podía lanzarme fuera de esa guarida, obtenerme un mejor contrato, quién sabe si en el centro de la ciudad. Así que debía más bien alargar mi actuación. No había otro remedio.

Sarah y George seguían con lo suyo. Vi que la camarera les servía nuevamente. Ahora hacían brindis al panda, que Sarah sostenía en la falda. Le dijo algo a George y se rieron.

Hice una inclinación y salí disparado para la mesa de George o a lo que había sido la mesa de George. Ya que éste se había ido. Él, y Sarah y el panda rosado se habían esfumado. No era necesario haber tomado un curso de detectivismo por correspondencia para adivinar dónde estarían. Sarah tenía un estudio en la misma calle. Un lugar ideal para un *mènage à trois*. Posiblemente ella estaba chiflada por los pandas.

Si hubiera podido salir entonces me hubiera ocupado de encontrarlos. Pero no me era posible, exactamente al cabo de cuarenta minutos empezaba otra sesión. La última. Una vez terminada podría irme. George estaría aún con Sarah si ésta se había salido con la suya. Y en general se salía. George no

estaba en condiciones de ofrecer mucha resistencia.

Quizás era lo mejor que podía suceder, por lo menos estaría a cubierto del escrutinio público. Pero yo no lo estaría, hasta que el número final hubiera terminado. Y para prepararme para el mismo, necesitaba un trago.

Me acerqué al bar dando una mirada circular para ver si estaba Paul. El agente estaba de pie al final, cerca de la puerta hablando con un tipo alto de cabellos grises, que acababa de entrar. Le hice un gesto y me correspondió. Luego se giró hacia su compañero y le dijo algo. Pensé que iba a irse, pero me sorprendió ver que el caballero de los cabellos grises en vez de hacerlo, venía en mi dirección.

—¿El señor Larson?

—Usted dirá.

—Soy el doctor Shotwell.

Shotwell. ¿Dónde había oído el nombre anteriormente? Luego me acordé, en la noticia del periódico. Wilmer Shotwell, el orientalista, encargado de la colección Harvey. Mi hermano y el otro guardia le esperaban a él cuando ocurrió el asesinato. Por lo tanto conocía a George. Y me había encontrado a mí. ¿Sabría que George había estado aquí? ¿Se habría dado cuenta Paul de que yo hablaba con mi hermano?

Tenía que arriesgarme en esos extremos. En casos parecidos el ataque, en general, es la mejor defensa. Así que me giré hacia Shotwell e hice un gesto de asentimiento.

—Sí, leí su nombre en el periódico esta noche. ¿Aún no ha encontrado a mi hermano?

—Confiaba que usted daría una respuesta, precisamente a esa pregunta.

—Mi hermano y yo no nos hemos visto estos últimos cinco años. No ha sido hasta hoy que me he enterado que estaba en Chicago —hice una pausa, pero no lo bastante larga para que él pudiera preguntarme. En vez de ello fui yo quien preguntó:

—¿Cómo supo que era mi hermano?

—Lo averigüé. Parece que dio el nombre de usted como referencia cuando solicitó empleo de guardia temporero en el instituto, hace varios meses.

Si Shotwell había averiguado quería decir que la Policía haría lo mismo. Quizás era debido precisamente a eso que George y Sarah se habían ido. Me evitaría muchas explicaciones si así fuera.

—Nunca me dijo nada acerca de ello —respondí—. Mucho me temo que no podré serle de utilidad.

—No es ésa la razón por la que estoy aquí —dijo el doctor Shotwell—. Quería avisarle de un peligro.

—¿Sobre George? No es peligroso. De hecho, a pesar de lo que digan los periódicos, no creo que haya matado a ese hombre.

—Pues yo sí. Y es muy probable que vuelva a matar.

—¿Pero por qué? Solamente porque haya tenido una pelea con su compañero y le haya golpeado en un arranque de ira...

—Eso es lo que cree la Policía —dijo Shotwell moviendo la cabeza—. Sé que están equivocados pero no hice ningún esfuerzo para disuadirles. Es mejor que no sean sabedores de los hechos.

—¿Qué hechos?

—Señor Larsen, conocía muy bien al difunto Chandler Harvey. Era un insaciable coleccionista de obras de arte y de curiosidades. Compró en subastas, compró a comerciantes, hizo compras a través de agentes, gastó una fortuna adquiriendo rarezas. Como orientalista le ayudé a catalogar sólo una pequeña parte de su tesoro, que eso era en realidad, lo que vino a representársele en su mente. Coleccionar puede convertirse en monomanía particularmente en el caso de un hombre rico que ya llega al punto de ignorar lo que posee. Eso era ciertamente verdad en el caso de Harvey. Literalmente ignoraba el alcan-

ce de lo que poseía. Cerámicas, esculturas, bajorrelieves, joyas de todo el mundo y de fuera de él.

—¿De fuera de él?

—¿Sabe algo acerca de meteoritos? —dijo Shotwell inclinándose hacia delante.

—Algo.

—Perfecto, así me ahorraré tener que darle explicaciones. Déjeme decirle solamente que tengo mis motivos para creer que hay muy raros, y todavía sin clasificar, fenómenos concernientes a esas partículas del espacio exterior. Existen las australitas, por ejemplo, que según parece caen periódicamente en determinadas áreas de la superficie terrestre, como si fueran enviadas. O como si ellas buscaran...

—¿Buscaran? Habla usted como si fueran seres vivientes.

—¿Tan difícil es creer que haya otras formas de vida en el universo, aparte la animal y vegetal? ¿La vida mineral es un concepto tan raro? ¿Cuál es la diferencia entre vida y existencia? ¿Qué leyes establecen sus reglas? ¿Cómo podemos reconocer la vida cuando la vemos? Hay criaturas vivientes cuyo esqueleto nace en el exterior de sus cuerpos, hay el misterio de la reencarnación y la metamorfosis que convierte una larva en mariposa. ¿Qué es lo que causa la regeneración de una uña, cómo explicar el crecimiento de un solo cabello en su cuerpo, cuál es el común denominador de una hoja de hierba y de la gigante sequoia? —Shotwell hizo una pausa y sonrió—. ¿No dije que no iba a darle explicaciones? En realidad no lo haré. Lo único que quiero decirle a usted es que creo que entre la colección de rarezas de Chandler Harvey había un inusitado meteorito, un antiguo objeto, una especie de joya que, en cierto modo, es viviente. Y creo que su hermano la ha encontrado hoy.

—¿Está tratando de decirme que la creyó una joya, que fue sorprendido por el otro guardia al intentar robarla y que entonces le mató?

—Puede ser.

—¿Entonces por qué ha venido a verme a mí? ¿Por qué no informó a la Policía?

—Porque no me creerían. Y porque no tomarían las debidas precauciones con el meteorito si lo recobraran.

—¿Precauciones?

—¿Ha oído hablar de piedras preciosas que parecen llevar una maldición, la muerte y la violencia a sus dueños o a cualquiera que esté en contacto prolongado con ellas? ¿Ha oído hablar de ídolos de templo ante cuyos ojos enjoyados se hacen sangrientos sacrificios? ¿Nunca se ha preguntado el porqué ciertos infames asesinos de masas llevan encima «piedras de la buena suerte» como les llaman?

—¿Quiere darme a entender que usted cree que ese meteorito posee cierta inteligencia que ejerce influencia sobre un hombre para que mate? ¿Por qué?

—Algunos entes vivientes viven del aire, otros de la luz solar, otros de la carne. Algunos requieren agua, otros sangre —Shotwell hizo una mueca—. En realidad no sé mucho acerca de él. Solamente he podido remontar el rastro de ese fragmento en particular hasta escasos cincuenta años atrás. Fue cuando apareció en San Petersburgo, era su propietario un tal Gregorovitch, el pequeño hermano gris. La historia le conoce bajo el nombre de Rasputín. En aquel tiempo el meteorito ya había sido pulido y le habían cortado facetas, pero seguramente no fue cuando lo adquirió, durante sus años de exilio en Siberia. Como usted sabe en aquella área había habido grandes lluvias recurrentes de meteoritos. Es sabido que Rasputín usaba varias joyas como agentes hipnóticos...

—En realidad, doctor Shotwell, no sé dónde quiere ir a parar con todas esas historias —dije levantándome.

—No pretendo ir a parar. Solamente tengo una intención al verle a usted. Si ve a su hermano, intente poner a buen recaudo ese meteorito. No lo entregue a las autoridades, avíseme a mí inmediatamente. Aquí está mi tarjeta.

Alguien me dio un golpecito en la espalda. Era Lee Kirby, el director del combo del club.

Faltan dos minutos para que empecemos, viejo —me dijo y yo asentí.

—Tengo que dejarle ahora —le dije a Shotwell—; ya oyó lo que acaban de decirme.

—Sí, pero si algo ocurre...

—De acuerdo, me pondré en contacto con usted.

Y lo dejé. El viejo pretexto. La única forma de arreglárselas con tipos raros y Shotwell era un tipo raro de ida y vuelta. Sólo que deseaba que se quedara en la ida. Él y sus meteoritos vivientes y sus objetos de fuera de este mundo.

El problema era que él no se había quedado solo ahí en su pequeño mundo de fantasía. Y yo no había podido sacudirme de encima lo que me había contado. A pesar de que él hubiera salido a la calle y yo iba a salir la escena, la totalidad de la tontería aquella seguía dándome vueltas por dentro.

¿Qué era lo que realmente trataba de decirme? Que entes extraños pueden existir en el espacio exterior y que ocasionalmente consiguen llegar a la Tierra, que necesitan sangre para subsistir y que pueden influenciar a los hombres para que se la proporcionen, que uno de tales entes se convirtió en parte de la colección Harvey, que mi hermano había tropezado con él y había matado al guardia y lo había robado.

Nada de todo eso tenía sentido. Además, George no había verdaderamente derramado sangre, le había dado un golpe a la cabeza al otro guardia con una estatuilla de piedra y había huido. Lo más probable es que esa cosa fuera una joya, que la había visto y se le le habían quedado pegados los dedos, el guardia vio cómo la tomaba e intervino y George fue presa del pánico y le ajustó la cuenta con una estatuilla de piedra. En cuyo caso estaba contándome ese largo rollo deliberadamente. Sabía que no iría a repetir tantas sandeces a nadie, pero al mismo tiempo me estaba dando un mensaje a mí. George tenía una joya y

Shotwell probablemente la quería para sí. Esperaba que yo fuera su cómplice, quitarle la piedra a George y dársela a Shotwell. No era sorprendente que no hubiera hablado de ello a los polis, si la joya era valiosa y nadie más sabía que formaba parte de la colección, él podría echarle mano y quedársela.

Eso sí que tenía mucho más sentido para mí. Es el tipo de cosa que puede suceder en mi pequeño mundo, el mundo del club, donde todo el mundo va tras de lo mismo: pillaje y drogas. Y no hay misterios, solamente la psicosis y la neurosis que surgen cuando la gente es contrariada en su busca de botín y de emociones.

Bueno, precisamente ahora estaban gastando su botín en las mesitas y yo debía suministrarles unas pocas emociones secundarias. Y es lo que hice. Les solté mi monólogo, les conté lo más reciente dentro de la línea de «usted y yo sabemos todas las respuestas», con cada chiste asegurándoles, por inferencia, que ellos eran los más listos, los superiores en un mundo de estúpidos conformistas.

Finalmente bajó el telón. Me incliné, les rogué que cesaran los aplausos y me fui del Club. Sabía dónde iba, dónde debía ir. El estudio de Sarah estaba en la misma calle, encontraría a George y le pasaría el recado. Pedirle que yo saliera bien librado de todo el enredo. Si estaba todavía achispado, trataría de ponerle sobrio y en condiciones de viajar. Pero sobre todo lo que importaba era encontrarle.

La puerta de entrada estaba abierta. Como de costumbre, de día y de noche. Y la bombilla del ojo de la escalera, también como de costumbre, estaba fundida. Al llegar al cuarto tramo pude ver la tenue iluminación que se colaba por debajo de la puerta del estudio. La puerta no tenía corrido el cerrojo, como de costumbre también.

Me imagino que debiera haber llamado. Bajo circuntancias normales hubiera sido la manera caballeresca de hacerlo. Pero ahora las circunstancias eran tan peculiares como para hacer

que me olvidara de que era un caballero.

Las circunstancias consistían en que era ya pasada la medianoche, que el rellano estaba a oscuras y ya estaba asustado de mi subida por aquellos peldaños. Estaba asustado debido a que en la oscuridad era muy difícil recordar fantasías y alucinaciones y todas las fórmulas aprendidas por las que intentamos explicar y borrar nuestros secretos terrores. En cambio era más fácil aceptar la memoria atávica y la amenaza mítica, de una vida extraña surgiendo hacia la superficie desde las entrañas de la tierra o precipitarse de lo alto, desde las estrellas, de vida que se alimenta de nosotros, se nos pega a nosotros para beber y comer con miradas de monstruosas bocas...

Así que no llamé. Entré directamente al estudio. Y Sarah no se molestó en absoluto. Se quedó de pie, frente al gran caballete y siguió pintando.

Aparentemente ya hacía bastante que estaba haciéndolo, y dudo que se diera cuenta de que yo había entrado en la habitación. Hasta dudo que se diera cuenta de que hubiera algo en la habitación. Quizá nunca podría volverse a dar cuenta de la presencia de otra persona. No, ni estaba borracha, ni estaba en un estado de choque. Sus movimientos eran los rígidos y sacudidos que preceden a una incipiente catatonia (¡qué fácilmente salió la frase y qué poco explica!) y sus ojos estaban fijos en la tela con una expresión helada.

Estaba pintando al panda rosado, desde luego, pero sin preocuparse en usarlo como modelo directo. Su panda era inmenso, el esbozo de una figura trazada apresuradamente y que cubría el área entera de la tela y las líneas eran grotescamente distorsionadas. No era ni surrealismo, ni cubismo, ni nada de abstracto. Meramente había agregado y alterado, así que ahora el panda era un monstruo deforme con un solo y brillante ojo. Una grotesca mutación resultante del cruce de un oso y un cíclope. Ya no era un panda rosado. Era rojo, viscoso y gruesos grumos de pigmento ya se habían secado en oscuras manchas.

Ocasionalmente se inclinaba hacia el sofá que tenía al lado para mojar los pinceles y miré a su paleta.

Su paleta era el cuerpo de mi hermano George, extendido en el sofá, sus brazos abrazando todavía el panda rosado contra su pecho. Desde el pecho hasta la entrepierna había sido desgarrado, abiertas sus carnes con la espátula utilizada como cuchillo y Sarah estaba mojando el pincel en la herida y en las entrañas para pintar al monstruo al natural. De *su* natural...

Hubiera podido gritar. Podía haber gritado, haberla golpeado y salir a pedir auxilio. Pero ahora sabía que no había posibilidad de ayuda. George estaba muerto y ella estaba poseída. Inducida e impelida a hacer lo que debía. Con un choque que iba más allá de la locura lo había matado, la racionalización subconsciente mezclada con la catarsis hacía volverla a su arte. Expiaba su crimen pintando un retrato simbólico del criminal.

No grité por lo tanto porque me daba cuenta ahora que lo que había sugerido Shotwell debía ser verdad. *Hay más cosas en los cielos y en la tierra...*

Hay más cosas viniendo *a la Tierra,* salidas de los cielos o de algún inconcebible extraño infierno. George había dado contra uno de ellos y había asesinado. Y George a su vez había llevado el objeto a ella quien también había asesinado. Y así seguiría sucediendo a menos que yo actuara oportunamente.

Actué. Pasé por encima del cadáver y tomé en mis brazos el panda rosado. Sarah ni siquiera me oyó, ni me vio. Ahora estaba pintando la boca de la criatura. La hambrienta boca que boqueaba debajo del asombrado ojo hambriento.

Tomé el panda, di la vuelta y salí rápidamente del estudio. Los peldaños resonaban bajo mis pisadas y el panda sonaba contra mi pecho. Sonaba y sonaba, podía oírlo. Lo sentí latir durante todo el viaje hasta mi casa. No estaba muy lejos. Ya era bastante tarde ahora y las calles estaban desiertas. Puede suceder cualquier cosa en las calles desiertas y por la noche, incluso en una gran ciudad. Algún vampiro puede asomar su

cabeza por alguna tapa de alcantarillado. Un hinchado cuerpo puede elevarse de las aguas del río entrelazadas con la niebla. Una ducha de vida llameante puede caer de las estrellas...

Y un panda rosado, un absurdo panda de un parque de atracciones, puede latir horriblemente como un tambor endiablado.

Confiaba únicamente que Lucy no se diera cuenta de mi entrada a la casa. Confiaba que ella ya estaría durmiendo, tanto tiempo después de haber regresado de sus clases y tan cansada para esperar mi regreso. Usualmente se acostaba sin esperarme. Rezaba para que sucediera igual esta noche. Si fuera así, telefonearía a Shotwell y esperaría su llegada. Posiblemente hasta podría entregarle lo que él deseaba sin que Lucy ni se enterara. Sería mucho mejor que no lo supiera, que nunca llegara a saberlo.

Lucy se había acostado dejando prendida la luz de la cocina. Había comido un bocado antes de acostarse, y los relieves de la comida de medianoche estaban aún sobre la mesa. Hice a un lado la fuente, el vaso y la cubertería, y puse al panda encima de la mesa.

Ahora que ya no lo tenía pegado a mi cuerpo dejé de oír sus latidos. De nuevo se había convertido en un juguete, un estúpido e inofensivo muñeco. Eso había sido, desde luego, siempre. No había ninguna malignidad en él, ninguna esencia ciclópea. George lo había ganado en el parque de atracciones y lo había llevado con el capricho de un borracho. Una oreja estaba un poco estropeada y un lado de la cabeza estaba roto...

¿Roto? Había sido *cortado*.

George lo había cortado y seguramente que no fue debido a ningún impulso alcohólico. Lo había cortado y lo había llevado consigo todo el tiempo y no era raro que sonara porque dentro estaba el meteorito. Era donde lo había escondido. Y lo había llevado consigo al estudio, Sarah se había dado cuenta, y entonces...

¿Había ocurrido tal y como Shotwell dijo que ocurriría? ¿La sola presencia de la piedra había bastado para influir a una psiquis susceptible y que estaba además desequilibrada?

Lo ignoraba. No me preocupaba. Lo que importaba ahora era encontrar la tarjeta de Shotwell, llamarle, esperar que viniera y se llevara la condenada cosa. La maldita piedra que ya estaba implicada en dos crímenes cometidos el mismo día, hoy. Y sabe Dios cuántos más en el transcurrir de los años. *Si* Shotwell no era loco como los demás. Loco como lo había sido George, loca como lo era Sarah.

Pero George no era loco. Y tampoco lo estaba yo. Los monstruos no existen. Un meteorito es simplemente una partícula de metal. Puede ser introducido en el blando cráneo de un ligero panda rosado, de donde puede ser extraído fácilmente.

Puedes notarlo en la mano, porque palpita. No es frío ni caliente, simplemente *late*. Late ahora en la palma extendida de tu mano y tú lo miras fijamente.

Y a su vez él te mira fijamente.

Te mira a su vez, porque es un ojo.

¿Qué era lo que había contado Shotwell acerca de que una vez, en alguna parte, alguien había pulido y cortado facetas al meteorito hasta parecerse a una joya? Se había equivocado. No había sido tallado artificalmente y no se parecía a una joya. Parecía un ojo. *Era* un ojo.

Pueden encontrarse ojos parecidos en la frente de viejos ídolos. Y puede imaginárselo uno fácilmente, incrustado en la frente de un cíclope. Pero mirándolo ahora de hito en hito no necesitaba imaginarlo, puesto que lo *veía*.

Miré dentro del ojo y lo vi todo.

La llanura ártica estaba limpia de nieve por la llegada de la primavera. Montículos de estalagmitas moteaban la fría superficie. Grandes masas rocosas parecían incrustadas en el sue-

lo, pero podrían haber caído también de las estrellas. No había ningún género de vida, no la había tal como la conocemos bajo el amparo del firmamento.

Entonces llegó la vida. Los barbudos ancianos de la tribu avanzaban atravesando la llanura a paso lento, procesional. Enarbolaban antorchas empapadas de grasa. Al frente iba el *angekok*, el chamán. Llevaba a la joven cargada en brazos.

No luchaba, puesto que había sido drogada y descansaba débil, desnuda, insensible. El chamán la colocó sobre un alero que sobresalía de un mogote y los tambores retumbaron a su alrededor. Era la escogida, la virgen sacrificada a la primavera. Allí quedaría extendida, el cuerpo desnudo expuesto bajo el salvaje cielo, hasta llegada la noche. Y al anochecer llegarían los oscuros hermanos para celebrar su festín. De la oscuridad vendrían los lobos para devorar lo que era su tributo y a cambio velarían por los pastos durante la estación. De aquel modo la primavera se extendería con toda seguridad por el desierto helado, ya que los devoradores de vida habrían sido saciados con el sacrificio.

En ese sentido hablaron los tambores. En el mismo lo hizo el chamán. Y luego los tribeños desaparecieron bamboleándose y las antorchas se fueron extinguiendo en la lejanía. El cuerpo en el altar yacía inconsciente, mientras las fauces negras del horizonte iban devorando lentamente el sol.

Volvió el trueno, pero no era esta vez el procedente de los tambores. El cielo se agitó y un brillo nuevo iluminó el firmamento. La doncella se agitó inquieta, hasta despertarse. Se sentó y miró a su alrededor. Sus ojos se abrieron desmesuradamente hacia las sombras allende el montículo, los vio ocultos, esperando. Habían llegado los lobos. Gruñeron hacia el cielo y se aproximaron. Retumbó el trueno.

Repentinamente dieron la vuelta y huyeron corriendo, aullando. El rojizo resplandor coloreaba de sangre sus lomos debido a que caía una lluvia roja.

La doncella se levantó del saledizo y se dejó resbalar hasta el suelo. Estremecida. Toda la tierra se agitaba en torno, y los montículos vacilaban raramente, agitándose y entrelazándose bajo la mágica luz. Aquella luz venía del cielo, *caía* del cielo.

Giró para huir, pero la luz persistía. Repentinamente se condensó en una sola y concentrada llama que se remontó y recorrió rápidamente hasta precipitarse entre los mogotes. Parecía un solo y gran ojo. Un ojo que la perseguía. Un ojo que hilaba una tela de luz alrededor de su desnudez, un ojo que se paró a sus pies y ella se detuvo y se agachó para recogerlo, para soltarlo inmediatamente con un grito mezclado de dolor y de horror, cuando el ardor quemó la palma de su mano.

Pero permaneció mirándolo fijamente, agachada e inmóvil. Cuando el trueno se fue alejando, la luz fue debilitándose y llegó la noche, continuaba mirándolo fijamente. Lo miró hasta que el ojo se enfrió y pudo recogerlo y aguantarlo contra su seno, un ojo que estaba vivo y continuaba mirando entre los dos ojos ciegos de sus pezones. Y cruzó la estéril llanura, caminó en la oscuridad hasta llegar donde su gente moraba y se durmió cerca de los fuegos que se extinguían.

Siguió mirando fijamente al ojo y luego tomó el cuchillo de piedra y caminó entre la gente de su tribu acuchillándolos. El cuchillo subía y bajaba, subía y bajaba y despertaron y gritaron. Pero cuando vieron sus ojos, cuando vieron el tercer ojo que portaba, no resistieron ni intentaron escaparse. Acuchilló hasta que el arma estuvo roja hasta la empuñadura, hasta que el rústico cuchillo que manejaba estuvo empapado en sangre. Entonces el chamán se inclinó ante ella y los ancianos también la adoraron, ya que se dieron cuenta que era la novia de dios. En lo sucesivo fue ella la encargada de los sacrificios y quien custodiaba el ojo guardado en un relicario que colgaba entre sus pechos...

Al cabo de un tiempo murió. Pero el ojo siguió viviendo. Y viajando. Vi a los tártaros llegar y hacer pillajes y el ojo

dirigiéndose hacia el sur con ellos cuando regresaban. Lo llevaba el jefe en su silla de montar. Pasaba horas y horas contemplándolo antes de comenzar una batalla o una correría y después mataba, mataba...

Y un mongol se lo tomó al tártaro, más tarde llegó a la India y por algún tiempo fue realmente el ojo de una diosa. Kalí, la diosa negra, cuyos fansigaros asesinan por medio de una soga de seda...

Y un musulmán la robó del templo y un aventurero seljuk se la robó al musulmán y un soldado de Napoleón la encontró entre los despojos de la batalla de Abukir. Regresó a Marsella y durante varios años la ciudad fue poseída por un asesino que rondaba a medianoche, degollando con una bayoneta...

La Policía del último de los luises la encontró durante la Comuna y fue pasando de mano en mano. Durante una temporada estuvo en manos de un prusiano (en aquel tiempo hubo una serie de brutales asesinatos en Praga) y un marino la llevó a Londres donde cayó en manos de un excéntrico caballero que bruscamente se sintió impedido a emprender una sangrienta y solitaria cruzada contra las vendedoras nocturnas de amor...

Y regresó nuevamente a Rusia, a la santa madre Rusia y al santo padrecito Rasputín. Mirando a sus profundidades, el monje inducía a visiones, en él mismo y en los demás que se convirtieron en sus víctimas...

El bolchevique que la pilló se convirtió en un violento destructor. Un vendedor de curiosidades de San Petersburgo la vendió a un mercader griego y en seguida se ahorcó. El mercader la perdió cuando acudía a su juicio por asesinato. Los agentes de Chandler Harvey la compraron cuando se cayó el Gobierno y un funcionario venal vendió gran cantidad de tesoros, a ojo de buen cubero, al que ofreció pagar más. Nunca había sido desenvuelta hasta esa mañana, cuando la encontró mi hermano George, equivocadamente colocada en una caja que contenía colecciones de monedas coptas. Y el guardia vio cómo

se la embolsillaba, y entonces agarró una estatuilla de piedra que estaba sobre la mesa a su lado y le partió el cráneo al otro...

La metió en el interior del panga en el parque de atracciones y la llevó con él. Había una gran confusión dentro de la mente de George. No podía comprender el porqué había asesinado. Él no había *pensado* matar. Claro que sí, vio aquella linda chuchería y creyó que valdría dinero, ¿quién sabe? Se pueden conseguir algunos billetes por una cosa así y nunca nadie la echaría de menos. Así que se la metió en el bolsillo y cuando aquel tipo, el tal Ray Brice, se dio cuenta, se apoderó el pánico de él y empezó a titubear. Sólo que el condenado objeto estaba en el suelo, se le había caído del bolsillo, y le miraba fijamente y lo que siguió ya lo sabéis, agarró la estatuilla y le rompió la cabeza a Ray Brice...

Supe lo que mi hermano había pensado. Lo supe porque el ojo lo sabía. Él sabía lo que todos habían pensado: la virgen desnuda, el tártaro de cara grasienta, el barbudo mongol, los oscuros sacerdotes de Kalí, el mameluco que murió en Abukir, el demonio que acechaba en Whiechapel, el monje que estrangulaba sus pequeñas palomas blancas en orgías de San Petersburgo...

Y supe lo que había pensado la emborrachada Sarah, lo que sintió al llevar a George a su estudio. Lo que había enfocado su desequilibrada, indisciplinada y misteriosa intuición artística sin necesidad de *verlo*: bastó su presencia dentro del panda para activarla. «Bésame, George». Un brazo echado a su cuello y el otro brazo libre. La mano libre tomó la espátula y se levantó y sobrevino el derrame rojo y luego el choque, el trauma del acto llevado a cabo y la realización y la *fuga* hasta negarse a la realidad y la catarsis combinadas, el ciego pintar de la bestia asesina...

Eso es lo que quería. Por ello había venido desde las estrellas, para nutrirse. A la comida y al festín. Shotwell tenía razón, hay otras formas de vida, otros senderos de vida. Y ese ente

necesitaba nutrirse. Sarah había usado un instrumento cortante para obtener sangre, pero George había usado un instrumento contundente, mientras que otros usaron cuerdas, lazos corredizos, las desnudas manos. El instrumento no era importante, porque la sangre no lo era. No era sangre lo que la criatura reclamaba, ni siguiera el mismo asesinato. Se sustentaba con algo distinto: con la descarga emocional del asesino. Eso era lo que necesitaba, porque necesitaba vivir con la muerte. *Comía emoción.*

La miré de hito en hito y me devolvió la mirada con la misma intensidad, y ambos supimos.

Sabíamos lo que era correcto y lo que era equivocado, y las respuestas descansaban en el *siendo.* Siendo y convirtiéndose. Ser es el único objetivo y convertirse en más la única meta. Uno se convierte en más destruyendo seres inferiores e incorporándoselos uno mismo en su propia esencia. Uno debe devorar la sensación de los otros y agregarla a la propia cautela y capacidad. Es un festín sin final, vida sin término.

Buscar la emoción en la sexualidad es una trampa y un engaño debido a que uno gasta su propia sustancia en el intento, de la misma manera que uno se devora a sí mismo intentado obtener mayores sensaciones a través de las drogas o de la bebida. Así tenemos que los beatkins están locos, y sus drogadas emociones son solamente los espasmos convulsivos del rigor mortis de un cadáver que se atiesa. La gente como Dios manda también lo están, porque se esfuerzan por evitar la sensación temiendo sus efectos.

Y yo era doblemente loco y doblemente condenado porque había tratado de sacar lo mejor de ambos mundos. Ignorando, como lo había ignorado hasta ahora, que hay más de dos mundos posibles. Hay mundos inconcebibles más allá de los mundos que hay más allá de las estrellas, mundos de la sensación más allá de la sensación, que puedo conocer y compartir.

Me di cuenta de esos mundos cuando vi lo que el ojo había visto. Ahora sabía el porqué algunos hombres asesinaban,

no porque fueran fanáticos, no porque fueran sádicos, no porque estuvieran trastocados. Mataron debido al hambre que podía experimentarse y saciarse, el hambre que nunca termina. Y mientras alimentaban esa hambre, sacudieron las estrellas. Psicosis y neurosis son conceptos sin sentido, más locos que lo que pretenden tan inadecuadamente describir. Todas las palabras carecen de sentido. *¿Desarraigo? ¿Loco? ¿Drogas? ¿Hombre? ¿Frío?*

El ojo podía abrirse camino dentro de tu cerebro.

El ojo era loco.

El ojo experimentaba emociones.

El hombre. ¿Qué es el hombre? Puede ser más grande que el hombre cuando comparte la sensación de un ser superior, un mayor conocimiento de un mundo mayor.

Frío. El ojo se notaba frío en mi mano. Se sacudía debido a que estaba vivo. Vivo y mirándome fijamente.

¿Por qué miraba fijamente?

Para contarme esas cosas.

Para decirme que lo ayudara.

Para decirme que *yo* me ayudara.

Para *compartir* conmigo todo lo que era, todo lo que podría ser.

El ojo me miraba fijamente. Me miraba hambriento. Eso era. El ojo estaba hambriento. Siempre lo estaría y yo siempre estaría hambriento también, pero si ahora me iba con él seguirían años de festines.

Y eso era lo que había que hacer. El ojo y yo nos iríamos juntos. Lejos del mundo de la gente como Dios manda y del igualmente estúpido mundo de los beatkins.

Ahora sabía lo que habrían experimentado los famosos y temidos asesinos del pasado.

Di la vuelta para irme. Ésa era mi única intención, meramente irme.

No contaba con ver a Lucy ahí, de pie. Apenas pude verla

en realidad, porque los ojos me rodeaban, un círculo de ojos hambrientos.

No pude realmente verla a ella como no pude realmente ver el cuchillo para el pan que había sobre la mesa.

Lo único que podía ver era el ojo.

Y lo único que podía hacer fue lo que debía hacer.

Alcancé a Lucy.

Alcancé el cuchillo.

Y di de comer al ojo hambriento...

EL CUARTO OSCURO

por Theodore Sturgeon

En mundo terminó en aquella condenada fiesta de Beck.

Por lo menos si el mundo hubiera colisionado con un cometa, me hubiera parecido perfectamente. Quiero decir que si hubiera podido mirar a ese tipo sentado en el sillón del barbero o a esa muchacha en la pantalla de la tele o a alguien recién llegado de Tasmania y hubiera sido capaz de decir: ¿no es un infierno, compañero? Y él me habría mirado con ojos enfermos, sintiendo lo que yo sentía acerca de todo.

Pero eso era mucho peor. Donde uno está sentado y mira en torno, está el centro del universo entero. Cualquier cosa que se ve desde ese punto gira alrededor y uno es el centro. Muchos otros comparten buena parte de él, pero también ellos están girando ahí alrededor. El único que viene directamente a uno y se sienta a su lado, mirando desde el mismo lugar, es aquel que os ama. Ése es el mundo de uno. De repente una noche os encontráis en una fiesta y aquella a quien queréis se hace perdidiza con un estúpido de pico de oro. Uno mira en torno y se da cuenta que han desaparecido y se preocupa y sigue con la brillante conversación. Regresan y el estúpido te llama «compañero» y es sumamente cortés con uno, pero ella... ni siquiera te mira a los ojos. Así el centro del universo se vuelve repentinamente un nada grandiosamente doloroso, nada en absoluto, es el fin del mundo de uno. Todo el universo se agrieta entonces un poco, con nada en el centro.

Claro está, se dice uno a sí mismo, es una sospecha tonta y tú, Tom Conway, debieras quitarte esa preocupación de la cabeza y pedir disculpas. Esas cosas les ocurren a la gente, pero a nosotros no. Las mujeres les hacen eso a sus esposos, pero Opie no me lo hace a mí. ¿O sí me lo hace?

Nos fuimos de la fiesta tan pronto como pudimos sin que en realidad pareciera que empujaba a Opie como se empuja una carretilla, como si dijéramos. Dejamos los ruidos de la fiesta tras de nosotros, y recuerdo en especial haber oído una profunda risa gutural que tomé muy a pecho, pero que preferí olvidar. Estaba muy oscuro y debíamos tantear con los pies para no salirnos de los bordes del sendero, hasta que nuestra vista se fue acostumbrando a la oscuridad. Ninguno de nosotros habló. Casi podía sentir la hirviente y contenida agonía que bullía dentro de Opie y sabía que ella sabía lo que yo experimentaba, porque siempre notamos de ese modo los sentimientos de uno y otro.

Me dije para mis adentros que algo había ocurrido, algo malo. No habrá más remedio que preguntárselo. Lo sé, pensé, con una impetuosa oleada de esperanza, voy a preguntarle qué ha ocurrido. Le preguntaré si había sucedido lo peor y me dirá que no. Luego le preguntaré si era lo más cercano a lo peor, y así sucesivamente, hasta dar con la verdad. Soy capaz de decir cosas que al fin y al cabo no son tan graves. Empecé de ese modo:

—Tú y este tipo, hicieron... —y todo lo que sigue, en monosílabos.. Lo que más le agradezco a ella es que no dejó transcurrir ni un segundo de silencio antes de contestarme.

—Sí —dijo.

Y eso fue el fin del mundo.

El fin del mundo era una cosa demasiado grande para describirlo detalladamente. Era algo demasiado grande para recordarlo claramente. Lo que sucedió inmediatamente, si no recuerdo mal, es que había guijarros bajo mis pies nuevamente y que

nos acercábamos al runrún de la fiesta. Y a Opie corriendo frente a mí para poder golpearme en el pecho y detenerme.

—¿Dónde vas? —dijo respirando difícilmente.

—Voy a entrar de nuevo, voy a matarle.

—¿Por qué?

No le contesté porque no había dentro de mí espacio en el que cupiera una respuesta. Y agregó:

—No lo hizo por sí mismo, Tom. Era yo... Probablemente la culpa fue más mía que de él. Mátame.

Miré hacia abajo el tenue resplandor lunar que indicaba donde tenía el rostro. Susurré, ya que mi voz no daba para más.

—No es a ti a quien quiero matar, Opie.

—Pues hay menos motivo para matarle a él. Vámonos a... —pensé que iba a decir a «casa» y retrocedí, pero se dio cuenta igual que yo que la palabra ya no tenía sentido. «Vámonos a...», había dicho.

Cuando el mundo se hunde, no lo hace de una sola vez terminando con el asunto. Vuelve a flotar y se vuelve a hundir, a veces un par o tres de veces en un minuto, a veces transcurren meses, pero entonces dura días enteros. Así me ocurrió de nuevo a mí entonces, pues la siguiente cosa que recuerdo es que conducía el coche y cerca de mí, donde Opie solía sentarse, había una extensión vacía de asiento. Donde había de costumbre una extensión vacía de asiento, lejos, tocando a la portezuela derecha del coche, estaba sentada Opie.

Antes, en el sendero, Opie me había hecho una pregunta de dos palabras y dije que no había dentro de mí espacio en el que cupiera la respuesta. Ahora, repentinamente, no había espacio para otra cosa. Salió disparada la pregunta, que salió por su propio impulso.

—*¿Por qué?*

Opie estaba sentada silenciosa. Esperé hasta que no pude contenerme más y entonces me giré a mirarla. La luz de una lámpara de la calle lamió su cara con un dorado pálido. Parecía

estar completamente serena, pero sus ojos estaban demasiado abiertos y creí que así los había mantenido largo tiempo para que se secaran sus glóbulos.

—¡Te pregunté por qué! —le dije gritando.

—Te oí —dijo dulcemente—. Estoy precisamente pensándolo.

—¿Ignoras el porqué?

—Pues ya deberías saberlo. Una persona no hace algo... hace algo y... sin alguna razón.

—Lo hice —dijo con su voz cansadísima.

Ya dije antes que la gente no hace las cosas porque sí. Así que no creo necesario volver sobre el asunto. Por lo tanto no me quedaba nada para decir. Desde el momento que ella no ofrecía decir nada más, dejamos las cosas en ese punto.

Un par de días después Hank entró de improviso en mi oficina. Cerró la puerta tras de él, lo que en general no hace nadie, y se acercó. Se sentó a medias en mi escritorio, balanceando una de sus largas piernas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

Hank es mi patrón, un tipo estupendo y hermano de Opie.

—¿Qué le pasó a quién? —pregunté a mi vez.

Mi voz era tan indiferente como puede ser la de un tipo que se ve forzado a pensar en algo que trata de olvidar.

—No disimules, Tom —dijo agitando su cabezota—. ¿Qué ocurrió?

—Que ella está donde debe, en casa de su madre.

—¿Has estado realmente interesado en donde está?

—No sigas, Hank. No te sienta a ti la frase acostumbrada «le has hecho mucho daño a mi hermana, cerdo».

—Lo sabes mejor que nadie. Tú y Opie ya estáis creciditos y usualmente os comportáis como personas mayores.

—¿Y no lo estamos haciendo ahora?

—Lo ignoro, Tom, no estoy tratando de defender a Opie. No contra ti, por lo menos. Os conozco a ambos muy bien.

—¿Entonces qué es lo que tratas de hacer?
—Quiero simplemente saber qué ocurrió.
—¿Por qué? —pregunté con vehemencia.
Otra vez lo mismo: ¡por qué, por qué, por qué!
—No te sulfures por ello —dijo rascándose la cabeza—. Quiero saberlo porque creo que tú y Opie son los dos bípedos mejores que hayan jamás hecho la mejor pareja. Mira, tengo una de esas mentes lógicas. Un hecho, más otro hecho, más una fuerza producen un resultado. Si conoces todos los hechos puedes saber el resultado. He estado pensando muchos años que conocía todos los hechos acerca de vosotros, todos los hechos que cuentan. Y éste, justamente éste, no aparece. ¿Qué ocurrió, Tom?

—Pregúntale a Opie —ya empezaba a mosquearme. Mi respuesta sonaba fea, ¿por qué no?, era fea.

Hank puso el pie en el suelo y me miró. De repente me di cuenta que el tipo era desgraciado. Me dijo con una voz embarazada:

—Ya se lo pregunté.

Esperé.

—Y me lo contó.

—¿Qué es lo que te contó? —sus palabras me habían sacudido.

—Lo que había ocurrido. El sábado por la noche, en la fiesta de Beck.

—¿Que ella te lo contó? —no acababa de hacerme a la idea—. ¿Qué es lo que la empujó a contártelo?

—Yo la empujé. Se mantuvo firme, muchísimo, pero se lo fui arrancado todo, en monosílabos. Creo que lo hizo para que me callase.

—¡Así que tú sabes lo que ocurrió! —dije pegando un brinco y gritando—. ¡Y vienes aquí balando: qué ocurrió, qué ocurrió! ¿Por qué me preguntas si ya lo sabes?

—Me pillaste en la mentira, Tom —dijo, y su voz era tan

suave frente a mis gritos que me detuvo como una cuchillada—. Sí, sé lo que hizo. Lo que quiero saber es qué sucedió que le hizo obrar de tal modo.

No hice el menor comentario.

—¿Hablaste con alguien acerca de eso? —quiso saber.

Meneé la cabeza con una negativa.

—Pues háblame a mí de ello —dijo extendiendo las manos.

Como vio que no me movía, se inclinó más cerca de mí.

—Cuéntame, Tom.

—Te quiero contar que tengo mucho quehacer. Estamos a punto de sacar la revista, como sabes. Y este tiempo es de la empresa, ¿no te parece?

Se levantó del escritorio rápidamente. ¿Habéis oído alguna vez a una persona alejarse de vosotros, sin mirarla, y daros cuenta por sus pisadas que está lastimada y enfadada?

Abrió la puerta y titubeó.

—Tom... si no tienes nada que hacer hoy por la noche... llámame. Iré a verte.

—Dudo que vaya a hacerlo —respondí levantando la mirada.

No dijo nada más. Simplemente se fue. Me quedé sentado con la vista fija en la puerta. Ahí estaba un tipo exagerando lo que sabía acerca de mí. Creyendo que necesitaría llamarle, hablar con él.

Lo dudaba.

No lo llamé hasta pasadas las ocho de la noche. El teléfono no llegó a terminar el primer timbrazo. Estaría sentado cerca con la mano puesta en el auricular.

—¿Hank? —dije.

—Voy en seguida —dijo simplemente y colgó.

Tenía bebidas a punto cuando llegó. Entró preguntando lo que suele preguntar la gente estúpida.

—¿Qué tal, cómo estás?

—Muerto —dije.

Y era verdad. No había dormido durante dos noches. Mortalmente cansado. Opie no estaba en la casa. Muerta también. Muerta en su interior.

Hank no abrió la boca. Me cubrí la cara y me balanceaba hacia delante, hacia atrás.

—Supongo que eso les pasa a montones de tipos, su mujer haciéndolo con otro. A veces hay un rompimiento, a veces no lo hay. ¿Cómo se las apañan para vivir cuando no lo hay?

Hank estaba jugueteando con un encendedor de mesa. Levanté mi copa vacía y la contemplé y de repente el pie se quebró en dos. Sangre roja empezó a fluir. Hank chilló y se me acercó, un pañuelo en la mano. Me lo enrolló en la muñeca tan apretadamente que me dolió.

—¿Por qué es tan importante que Opie y yo hagamos las paces, Hank? Importante para ti, quiero decir.

Me miró de forma rara y se metió en el cuarto de baño.

—Se trata de algo más que de ti y de Opie, Tom —dijo en voz alta desde el baño.

Regresó con vendas.

—Me imagino que te tiene tan preocupado el asunto, que no piensas en otra cosa en todo el día. Pero, sinceramente, en el mundo suceden muchas otras cosas.

—Lo supongo, pero no me importan.

—Aguanta firme —dijo—, te dolerá.

Me puso mercromina en el corte. Dolía endiabladamente, pero deseaba que todos los dolores fueran tan soportables.

—Algo tremendamente raro sucede en la finca de Beck —dijo—. Dime, ¿cuánto tiempo hace que conoces a Beck?

—Hace años.

—¿Qué tal la conoces?

—Tanto como se puede conocer a un tipo que ha ido a la escuela con uno, compartido la habitación, que le has prestado dinero y con quien has comido cuatro veces a la semana durante ocho o nueve años.

—¿Nunca notaste alguna rareza en él?

—No. No en Beck. Muy normal. Republicano de derechas, corbata unicolor, rentas propias, creyendo que *El rey que rabió* es una ópera, bebiendo vermut con soda cuando hace calor y nunca un martini antes de las cuatro de la tarde. Le gusta la gente, toda clase de gente. Cuanto más excéntrica, mejor. Pero nunca ha hecho, ha dicho o ha pensado una excentricidad en su vida.

—¿Nunca? ¿Dijiste nunca?

—Nunca, excepto...

Miré el vendaje que me había hecho. Muy bien acabado.

—...esa rara habitación de la juerga. Nunca he sabido el porqué la decoró de esa manera. Casi me caí de espaldas cuando la vi.

—¿Por qué? —preguntó Hank.

—¿Estuviste?

Asintió con la cabeza. Algo se desprendía de sus ojos y me recordó tanto a Opie que gruñí como lo hace alguien que camina por un tren a oscuras. Tomé un largo sorbo del vaso que me había servido y me aferré al asunto.

—Estuviste, por lo que veo. ¿Crees que sea la decoración adecuada para alguien que toda la vida ha visto en torno suyo como más moderno un mobiliario estilo reina Ana?

—Una habitación no puede ser más «moderna» que aquélla —dijo Hank.

—Espuma de goma y cromo —dije recordando—. Un hogar de mármol negro y de brillantísima fórmica negra las mesas. Grandes alfombras de pared a pared y esparcidas en el suelo alfombras más pequeñas. Además luz fluorescente oculta. La biblioteca parece un bar y el bar parece un auténtico tramo de peldaños.

—A lo mejor es un masoquista que quiere sentirse infeliz en una casa decorada de una manera que odia.

—No es un masoquista, a menos que al decirlo pienses en

la desagradable compañía de algunas de las rarezas que invita a sus fiestas. Y no vive en una casa amueblada en moderno estilo de ciencia-ficción. Vive en una casa donde alterna el chippendale chino con el reina Ana del que te hablé. Solamente esa habitación, ese raro cuarto de las juergas, es de estilo modernista y nunca sabré por qué lo mandó construir. Seguramente que le costó un dineral.

—Le costó lo que podría llamarse una fortuna de la media edad —dijo Hank ásperamente—. Sé lo que le costó.

—Ahí tienes —deduje de vagos recuerdos—. ¿Por qué estás tan interesado, Hank, en Beck y en su decoración?

Hank se puso en pie. Se estiró y volvió a sentarse y se inclinó hacia mí con tanto interés y tan seriamente que me eché hacia atrás.

—Tom —explicó—, lo que te sucedió... quiero decir a Opie, ¿imagínate que pueda demostrarte que no fue absolutamente culpa de ella?

Lo pensé. Finalmente con los dientes entrecerrados le dije:

—Si realmente puedes demostrármelo conozco a un estúpido a quien voy a dejar bien muerto.

—¡Nada de eso! —dijo arrebatado.

Le miré de reojo y decidí no protestar.

—Es necesario que comprendas exactamente lo que quiero decir —hizo una pausa para considerar sus próximas palabras antes de decirlas y luego dijo—: No quiero que abrigues falsas esperanzas, no voy a poder probarte que Opie no lo hizo... que no hizo lo que te dijo haber hecho el sábado por la noche. Lo hizo, indudablemente. Y ahora, ¡cállate! ¡No lo digas, Tom! ¡No me lo digas a mí! Opie es mi hermana; ¿crees que estoy muy contento con todo esto? —cuando me calmé un poco, Hank siguió—: Lo que pienso poder probar es que lo que ocurrió estaba completamente fuera de su control, y que es completamente inocente en lo que se refiere a la intención, aunque sí es culpable en lo que se refiere a la acción.

—Me gustaría —dije de todo corazón—. Me gustaría muchísimo. Solamente que es un tipo de asunto que no vas a poder probar. —Y pensándolo nuevamente pregunté enojado—: ¿De qué estás hablando? ¿Quieres decir que estaba hipnotizada?

—No quiero decirlo —respondió muy seguro—. Ningún tipo de hipnotismo podría obligarla a hacer algo que no quisiera, y hablo bajo la premisa de que ella no quería.

—¿Bajo el efecto de las drogas, entonces?

—Tampoco lo creo. ¿Te pareció a ti que estuviera drogada?

—No —dije recordando cuidadosamente—. Además nunca he oído hablar de ninguna droga que pueda afectar a una mujer tan rápidamente y no dejar efectos posteriores.

—No se trata de ninguna droga; por lo menos si la hubo no la usaron con ella.

—Entonces acabemos con ese juego de adivinanzas y dime de una vez lo que quieres probar.

—Lo siento —dijo suavemente mirándome mientras cambiaba su expresión—. No puedo probar. No sé nada. Pero he de encontrar la explicación.

—Mejor que hubieras sido más explícito —dije extrañado.

—¿Sabes dónde detuvieron a Klaus?

—¿El espía atómico? ¡No! ¿Qué tiene que ver?

—Quizá mucho —respondió Hank—. Una suposición que hago. El caso es que le detuvieron en una de las fiestas de Beck.

—¡Que el diablo me lleve! ¡No lo sabía!

—Mucha gente lo ignora. Fue una movida en tres tiempos. Había un agente de la CIA y Klaus se lo contó todo. El agente lo sacó de la casa y lo detuvo y luego comprobó la versión. Todo concordaba. ¿Conoces *Llora por Clara*?

—¿Que si la conozco? ¡Ojalá nunca la hubiera escuchado! Hace diecisiete semanas que es un *hit* y la gritan todas las radios, todas las tiendas de discos y todas las vitrolas tragaperras habidas y por haber. ¡Que si la conozco!

—¿Sabes quién la compuso?

—No.

—Un tipo llamado Willy Simms. Jamás había escrito una canción anteriormente, ni ha escrito otra después.

—¿Y...?

—Hizo el borrador de ella en una de las fiestas de Beck.

—Sigo no viendo qué tenga eso que ver con...

—La pelea de gallinas que acabó con dos profundos y lindos arañazos en la cara asegurada en un millón de dólares de Marie Munro, tuvo lugar en casa de Beck. Una maestra de escuela fue la autora, una gallinita por otra parte inofensiva que ni siquiera había visto antes una foto de la Munro y ni había hablado con la «Cara» en toda la tarde. El hombre que...

—Un momento, un mo... —empecé a decir, pero no quería esperar.

—El hombre que mató al predicador de la calle Webb hace dos semanas, ¿lo recuerdas?, lo hizo con un atizador de hogar de la casa de Beck. Lo tiró por la ventana de la habitación de las diversiones como una maldita jabalina. Y ese cómico chiste, que lo he oído contar a ti mismo, sobre un cultivador de pensamientos en una floristería...

—No me dirás que también procede de casa de Beck —dije sonriendo a mi pesar.

—Efectivamente. A propósito de la observación que hizo alguien de que nadie sabía dónde se originaban los chistes sucios y, ¡zas!, ése se inventó ahí —hizo una pausa—. Fue Lila Falsehaven.

—¿Lila? ¿Te refieres a la abuelita de cabello blanco que escribe libros infantiles? —Tomé un sorbo. Era demasiado—. Hank, ¿a dónde quieres llegar con todo eso?

—Todo cuanto te he contado —dijo tirándose del lóbulo de una oreja—, cosas todas diferentes, ocurridas todas ellas a tipos de gente tan distintos, creo que tienen un mínimo común denominador.

—Ya me lo dijiste. Todas ocurrieron en alguna de las fiestas de Beck.

—Aquello de lo que te estoy hablando hace que *sucedan* cosas en las fiestas de Beck.

—¡Vaya por Dios! Coincidencias...

—¿Coincidencias? ¡Un cuerno! —rugió—. ¿No comprendes que sé de ese algo desde hace ya mucho tiempo? No te hablo de lo que me ha ocurrido desde que Opie... ¡huum!... desde el sábado pasado por la noche; te digo y te repito que lo que Opie hizo fue otra de esas cosas.

—Mínimo común denominador... —gruñí pensativamente—. Lo único que toda esa gente tiene en común es que no tienen nada en común.

—¡Exacto! —convino Hank—. Ése parece ser el sistema aproximado de Beck: mezclarlos a todos. Un rico, un genio, un tipo raro, un tipo aburrido...

—¿Qué importancia tiene de todos modos? ¿Por qué preocuparse tanto por Beck? A quiénes invita es cosa suya. Que suceden cosas raras, desde luego; también ocurrirían en tu casa si la llenaras con diferentes personajes.

—Ahí radica todo. Quiero que regreses y averigües cuál es ese mínimo común denominador.

—¿Por qué?

—Para la revista, a lo mejor. Depende. De todos modos, muchacho, tómalo como un encargo.

—¡Mala suerte! No pienso volver de nuevo.

—Tom —dijo amablemente—. Escabullirse no va a resolver nada. Lo que realmente quiero saber es el porqué no quieres regresar. ¿Es que no soportas ver de nuevo el lugar o temes toparte allí con Opie?

—No me importa el lugar —dije de mal humor.

—Entonces puedes regresar —estaba tan satisfecho que hasta me sorprendió—. Ella nunca regresará allí.

—Parece que estás muy seguro.

—Lo estoy. Suceden cosas a la gente en las fiestas de Beck. Pero no regresan aquellos que les sucede alguna.

—No te entiendo.

—Tampoco lo entiendo yo. Precisamente ésa es una de las cosas que quiero que descubras.

—Hank, ¡eso es una tontería!

—Claro que es una tontería. Y tú eres la persona indicada para ese trabajo.

—¿Por qué justamente yo?

—Porque conoces a Beck mejor que mucha otra gente. Porque está en juego un asunto personal. Porque eres un buen periodista. Y, finalmente, porque eres tan condenadamente normal.

Pero no me sentía normal.

—Si tan interesado estás en Beck y en sus guateques, ¿por qué no escribes el artículo tú mismo? Según parece sabes lo que te traes entre manos.

Como no contestaba levanté la vista y vi que me había dado la espalda. Al cabo de unos segundos dijo:

—Yo soy uno de los que no pueden regresar.

—¿Quieres decirme que algo te ocurrió a ti?

—Sí, algo me ocurrió —refunfuñó con enojada bufonería—. Y de ese asunto mío, olvídate.

Fui a ver a Lila Falsehaven. No me costó ningún trabajo obtener su dirección por medio de «Kiddy-Joy Books, Inc». Me invitó a tomar el té cuando la visité. Té, nada menos. A mí, Tom Conway.

Parecía una abuelita salida de una tarjeta de felicitación. Llevaba gafas de acero con la parte más gruesa en los bordes inferiores. Sonriente, perfecta, con regulares dientes postizos. Una voz que recordaba una fuente de plata rebosante de calientes y especiadas galletas. Y encima de la mesa, entre los dos, había...

una fuente de plata rebosante de calientes y especiadas galletas.

—¿Crema? —perguntó—; ¿o limón?

—Solo —respondí—. Es decir: ni crema, ni limón.

El lugar donde nos encontrábamos tenía todo el aspecto de ser aquel donde escribía sus libros Lila Falsehaven.

—Muchas gracias —e inclinó su cuidada cabeza plateada.

Me sirvió el té en una taza china de hueso, llena de volutas. ¡La hubiera mandado volar a la repisa de la chimenea, a quince metros de donde estábamos!

—Ya me han dicho otras veces que mis libros, mi hogar y mi aspecto corresponden a los de la perfecta abuelita. Pero nunca he tenido un hijo. Pero creo que tengo más nietos que nadie que en el mundo haya sido.

Soltó una intrincada vieja risa, tan complicada como un viejo bordado.

—Bueno, ¿en qué puedo servirle? Con seguridad que esa revista inmoral no querrá un cuento mío. Ni siquiera un reportaje sobre mí.

—No es una revista inmoral —dije lealmente—. Se ajusta a la vida. Decimos las cosas por su nombre.

—Algunas cosas —dijo amablemente— es mejor callarlas.

—Pero el mundo no es tal como sus nietos lo leen en sus libros.

—Es mi mundo —dijo convencida.

Había venido para saber algo y ya era el momento de averiguarlo. Sacudí la cabeza y dije:

—No totalmente. Una parte de su mundo tiene exhibición de flores y pensamientos acompañándola.

Quedó silenciosa. Cerró los ojos y observé cómo su viejo y suave cutis se volvía marfileño y después blanco como el papel. Esperé. Finalmente volvió a abrir los ojos. Me miró directamente, levantó una mano, luego la otra, las apartó y puso una en cada uno de los brazos labrados de su silla. Observé sus manos y vi cómo una después de la otra iban relajándose como bajo el

efecto de una profunda voluntad. Me clavó una mirada que casi me levantó de mi asiento. En lo profundo de sus ojos había una chispa tan brillante y casi tan neta como la de un arco de soldadura eléctrica.

—Señor Conway —su voz era muy débil, pero muy clara—, creo en la verdad como creo en la inocencia y en la belleza, así que no le mentiré. Ahora comprendo que usted ha venido para saber si fui realmente yo la que inventó ese sucio chiste. Fui yo. Pero si ha venido para saber el porqué lo hice, o qué hay dentro de mí que lo hiciera posible, no podría contestarle. No puedo serle de utilidad. Lo siento. Si lo supiera, si solamente pudiera saberlo, quizá se lo explicaría. Ahora será mejor que se vaya.

Entonces me di cuenta que el claro y brillante fuego tan profundo de sus ojos podía repeler igual que podía atraer, y ya me encontraba a la salida con el sombrero en la mano y...

—Lo sien... —dije.

Pero de la manera que me miró, de la manera que se quedó sentada mirándome y sin moverse, me imposibilitó hablar o hacer una inclinación o hacer otra cosa como no fuera irme. Sabía, además, que nunca podría regresar y lo lamentaba. Era una persona muy amable. Vive en un lugar tan bonito...

Se estropeó todo el asunto y me sentí miserablemente.

Ahora mi credencial de periodista me conducía a casa del coronel Briggs, director del penal, y durante todo el camino estuve recordando cuándo le conocí. Fue en ocasión de una fiesta para hombres solos que fue interrumpida por la Policía. Fue inmediatamente después de concluida la guerra. De no haber sido por ambas, nunca habría visitado a Klaus. Entrar en chirona de visita era tan endemoniadamente difícil como salir para los que estaban en ella hospedados.

Me concedieron diez minutos y me dejaron solo con él, excepto por un guardia parado donde pudiera vernos. Klaus no parecía ser la persona que me serviría el té en bandeja de plata, aunque la hubiera tenido. Lo que hizo, cuando me vio, fue re-

petir el nombre de mi revista entre dientes y pronunciado de esa manera que suena más bien a sucio. Me senté a su lado en el camastro y él se levantó inmediatamente. No pronuncié una palabra y al cabo de un rato se sintió molesto. Me imagino que nunca le habían hecho algo así anteriormente.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Qué desea? —gruñó finalmente.

—No lo adivinaría nunca —dije.

—¿Que si soy culpable? Sí. ¿Si sabía lo que hacía? Sí. ¿Que si es verdad que desearía ver esa cochina raza humana volada de este cochino planeta lo antes posible? Sí. ¿Lo siento? Sí, por haberme dejado coger. Si no fuera por ese detalle, ¡no! —se encogió de hombros—. Ésa es toda la historia, usted la sabe, todo el mundo la sabe. Me pescaron en poca agua y con salobre. ¿Por qué no me dejan tranquilo ustedes?

—De todos modos, todavía hay algo que me gustaría saber.

—¿No lee los periódicos? Después de pescarme ya no quedó ningún secreto.

—Oiga... —dije—, ese tipo, Stevens —se trataba del poli de la CIA que lo había detenido.

—¡Oh, sí! Stevens —bufó Klaus—. Nuestro héroe. No solamente lo puse en la primera página, sino que hasta sale en los cromos de las pastillas de chocolate. ¡Hay que ser un verdadero héroe para salir en los cromos!

—No era ningún héroe —dije—. No tenía ni la más remota idea de nada ni le importaba hasta que usted se fue de la lengua.

Klaus se detuvo en sus pasos y lentamente se giró hacia mí.

—¿Usted lo cree?

—¡Claro que sí! Fue eso lo que pasó.

Vino a sentarse a mi lado, mirándome como si me hubiera convertido en una jirafa bicéfala.

—Le diré algo. Eso mismo se lo he contado a seis millones de personas y usted es el primero que me cree. ¿Cómo me dijo que se llamaba? Si no le molesta repetírmelo.

—Conway —dije.

—Estoy muy contento de que haya venido —dijo; para él eso era un gran cumplido.

—¿Por qué lo hizo? —al preguntarle me miró muy enfadado, así que agregué rápidamente—: No me refiero a los secretos atómicos, me refiero a haberse ido de la lengua.

Su mirada colérica desapareció, pero no respondió nada. Le empujé un poco para que hablara.

—No volvió a cometer ningún otro error. Nadie en la historia trabajó tan sigilosa y tan brillantemente como usted. Nadie en el mundo sospechaba y por lo que he podido descubrir por mi cuenta nadie lo hubiera ni supuesto. Y de repente se encuentra usted en una fiesta con un tipo de la CIA y le cuenta todo. ¿Por qué?

Lo pensó y al cabo de unos segundos dijo:

—Era una fiesta divertida. Creo que pensé que mi juego ya había durado bastante; es todo.

—Usted no lo cree realmente así.

—¿Por qué no?

—Porque no —dije muy convencido—. Es la explicación que se dio cuando todo había ocurrido. Lo que me interesa saber es lo que pasó por su cabeza antes de que sucediera.

—Usted sabe más que siete lo que pienso —dijo despreciativamente.

—Claro que sí —y cuando se calmó agregué—: ¿me cree?

—Sí —gruñó—. Sí —cerró los ojos pensando y siguió—: Me ha hecho justamente la pregunta que no podría responder. Me hallaba sentado la mar de divertido y de repente me doy cuenta que llevo a ese tipo estúpido hacia un rincón y empiezo a contarle mi pecadora vida. En aquel momento me pareció una gran idea.

Vino el guardia a decirme que mi tiempo se había terminado. Klaus dijo:

—Gracias por haber venido.

—De acuerdo. ¿Está seguro de que no puede explicármelo?

—Sí, estoy seguro.

—¿Puedo volver a visitarle? A lo mejor después de que haya pensado sobre el asunto un poco...

—De nada serviría —dijo convencido—. Lo sé porque no he pensado sobre otra cosa desde que ocurrió. Pero de todos modos estoy contento de que alguien me crea.

—Adiós. Mándeme algún aviso si se le ocurre algo.

No sé si le ocurrió nada. Le achicharraron unos pocos días después. Nunca recibí ningún aviso.

Tomé otro nombre de la lista de los que iba a visitar. Willy Simms, escritor de canciones.

Fui a una tienda de discos y pedí si tenían el titulado *Llora por Clara*. El vendedor me miró como si hubiera encontrado limonada en una botella de cerveza.

—¿Otro? —dijo con un suspiro de divertido cansancio, y fue por el disco.

—Oiga —le dije—, creo que ese disco es la más tremenda lata que se ha grabado en el país.

No acostumbro a dar explicaciones a la gente, pero no podía soportar que nadie, así fuera un extraño, pudiera suponer que me gustaba.

—¿Sabe usted —dijo inclinándose por encima del mostrador y en un tono de voz más amistoso— que los Beatles lo han superado en popularidad esta semana?

Compartí su cansada sorpresa por un largo rato y luego me fui.

Un millón setecientos cincuenta mil discos vendidos y aún seguía vendiéndose. Y Willy Simms seguía viviendo en un lugar sin ascensor, donde había que subir cuatro tramos de peldaños para llegar. Di con la puerta y me apoyé en ella un buen rato, recuperando el aliento. Cuando las estrellitas desaparecieron de mis ojos, toqué a la puerta. Un arrugado hombrecito me abrió.

—¿Vive aquí Willy Simms?

Me miró a mí y luego el sobre donde estaba el disco.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—*Llora por Clara* —le dije.

Me lo tomó de las manos y me preguntó que cuánto me había costado. Se lo dije. Mantuvo la puerta abierta con el pie, tomó un puñado de moneda fraccionaria de un anaquel de la librería que era lo único que contenía, y empezó a poner en mi mano monedas hasta completar lo pagado. Luego rompió el disco en dos mitades contra su muslo, las puso juntas y las rompió nuevamente y echó los fragmentos al hogar que estaba a su derecha.

—Yo soy Willy Simms —dijo—. Entre.

Entré, pero sin pasar más allá del umbral, pensando cuál sería la próxima jugarreta de aquella ciruela pasa.

—Me llamo Tom... —dije.

—Eche allí su sombrero —dijo cruzando la habitación.

Tiré el sombrero y entonces me dijo:

—¿Una copa?

No tuve que responder ni sí ni no. No tuve que decir no porque nunca contesto en esa forma a tal pregunta y tampoco fue necesario decir que sí debido a que ya me estaba escanciando. Así que me limité a esperar.

Vino sonriente con un vaso. Tenía buena dentadura.

—Bourbon —dijo—. Es bebida de hombres. Inmediatamente que le he visto me he dado cuenta que era un hombre de bourbon.

—De vez en cuando —comenté, ya que prefiero el whisky.

—Claro que sí. No hay nada como el bourbon. Siéntese.

—Señor Simms...

—Willy. Nadie me ha llamado nunca señor. Como yo era antes, no merecía un «señor». Ahora valgo más que el título. —Su modestia quedaba a salvo gracias a una sonrisa que acompañó a sus palabras—. Posiblemente usted piensa que no debí hacer polvo el disco.

—Bueno —sonreí—, me pareció un poco raro.

—No tengo ni un solo ejemplar aquí y no quiero que entre ninguno en mi casa. Por dos razones —ladró haciendo una V con dos brillantes y secos huesudos dedos—. Primero: no me gusta. Lo que no me gusta en especial es la manera como la gente intenta hacerme sentar y oírlo, y decirme lo muy buena que es tal parte o la otra, y por qué tuve la idea de ir de un subdominante a un tono menor sin relación. ¡Eso! Eso mismo llegó a preguntarme un tipo...

—Recuerdo esa parte —dije—, es...

—Segundo: cada vez que hago trizas un disco de esos me recuerda que puedo permitirme el gusto de hacerlo y me gusta recordarlo.

—Sí —dije—. Yo...

—Además —continuó—, cada vez que rompo uno, su dueño sale y va a comprar otro. No lo hago por el royalty, compréndalo. Lo hago para que suba la cantidad vendida. Me dicen que se venderán dos millones y cuarto.

—Dos millones y...

—Ya ha apurado su copa —dijo y me la retiró de la mano para llenarla de nuevo. Deseé que fuera whisky, levanté la copa y después bebí.

—Willy... —empecé.

—Nunca había escrito una canción —dijo Willy.

—Lo sé —dije—, así que...

—Voy a contarle algo que no he contado a nadie. Se lo voy a contar a usted y, en lo sucesivo, acabo de decidirlo ahora, se lo contaré a todo el mundo.

Se inclinó hacia mí con excitación. Me di cuenta que ya estaba un poco achispado. Supe instintivamente que nada había cambiado en él; probablemente estaba siempre así aunque estuviera sobrio.

—Por tanto voy a contárselo a usted antes que a nadie: nunca volveré a escribir otra canción.

—Pero acaba de empezar a...

—Eso es una buena razón precisamente. Ya que me pregunta, le respondo. No escribiré otra canción porque no puedo. Y no es precisamente debido a que ni leo ni escribo notas. Dicen que Leadbelly tampoco podía leerla. Tampoco es debido a que no quiera. Sí. quisiera. ¿Ha oído usted el refrán que dice que un fósforo no raspa nunca dos veces en el mismo lugar?

—Claro que sí; también dice que siempre está más oscuro antes de amanecer, pero...

—La razón verdadera —dijo Willy Simms— es ésta: no tengo oído musical, ni siquiera sabría tocar un acorde al teclado. ¿Ve algún piano en esta habitación? ¿O siquiera una armónica?

—Oiga, nadie que no tuviera oído musical habría podido...

—Inspiración —dijo seriamente—. La tuve, esto es todo. En mi interior había una migaja de inspiración llamada *Llora por Clara* y el rayo de la inspiración hizo que saliera para fuera. Pero sólo había una migajita en mi interior, y ahora ya no queda nada.

—¡Tonterías! —dije—. Puede ser...

—Y hasta quizás en eso esté equivocado —comentó negligentemente—. Realmente no creo que hubiera ni esa pequeña migaja. Lo que hice, en realidad, fue hacer algo que no puede hacerse, por lo menos por mí. Igual que si una langosta escribiera un libro. Como si un fonógrafo sacara una *pizza*. Como si nosotros no bebiéramos.

Y demostró la imposibilidad de esta última afirmación.

—Hay ciertas cosas que un hombre puede hacer y ciertas otras... —dije.

—Como volver a otra fiesta de Beck. Hay cosas que simplemente no pueden ocurrir. —Repentinamente me dirigió una ardiente mirada—. ¿No será usted un amigo de ese Beck? Es el tipo que hizo que yo me odiara a mí mismo.

—¿Yo? ¿Por qué...?

—Si lo fuera, lo echaría inmediatamente por la escalera, a pesar de lo grandote que es.

Se levantó a medias y durante una fracción de segundo estuve realmente alarmado. Era uno de esos tipos que al hacer una escena de cólera la representan bien: latidos en las sienes, ojos menudos, etcétera. Pero se sentó de nuevo y recobró su sonrisa desarmadora.

—Bueno, hasta ahora sólo hablé yo. ¿Para qué vino a verme?

Despegué los labios, pero vacilé. Ante mi sorpresa quedó esperando.

—Me dejé caer por aquí, porque... —hice una pausa—, pues... —hizo un gesto animándome—, tratando de averiguar... —y me detuve.

—Veo a todo el mundo —me confió—. Hay algunos que se dedican a elegir y escoger a quienes pueden pasar. Pero yo no. ¿Qué iba a decirme?

Ya estaba en la puerta con el sombrero en la mano, que había tomado al pasar.

—Gracias por las copas...

—Bueno, no corra...

Busqué con ansia las palabras que pudieran servirme en la oportunidad cuando salí precipitadamente. Sólo salió una:

—¡Adiós!

—Beck —dije por teléfono—, quiero verte.

—Desde luego. ¿No vas a venir el próximo sábado?

—Huum... sí. Pero quiero verte antes.

—Puede esperar.

—No, no puede. —Y en mi voz debía haber alguna cosa especial porque me preguntó qué ocurría.

—No lo sé, Beck —dije sinceramente—. Es decir, hay algo, pero no sé qué es. —Repentinamente tuve una idea—. Beck, ¿puedo llevar a alguien a tu velada?

—Sabes muy bien que sí, Tom. Ven con quien quieras.

—Mi cuñado Hank.

Se produjo un largo silencio al otro extremo de la línea. Luego, con una voz ligeramente forzada, Beck preguntó:

—¿Por qué a él?

Un nuevo silencio. Luego, como si hubiera tenido una repentina inspiración, Beck dijo sin reservas:

—¡Por qué no! Si quiere venir, tráelo.

—Gracias. Ahora, por lo que hace a verte antes, ¿qué te parece que sea esta noche?

—Tom, me gustaría, pero tengo mucho quehacer. ¿No puedes esperar hasta el sábado?

—No —dije—. ¿Mañana?

—Estaré fuera de la ciudad. Lo siento muchísimo, Tom.

—Es acerca del mínimo común denominador —le dije de sopetón.

—¿Qué dices?

—Tus veladas —dije pacientemente—. La gente que las frecuenta.

—Lo único que tienen en común es que no tienen nada en común —dijo con una explosión de risa.

—Ya lo sé. Pero me refiero a la gente que solía concurrir a tus fiestas que ahora no va.

Hubo otro silencio, pero mucho más breve esta vez.

—Estoy hojeando mi agenda. Es posible que pueda encontrar un hueco de algunos minutos para dedicártelos mañana.

—¿A qué hora? —pregunté disimulando el mal humorado acento de mi voz.

—A las dos. ¿Te va bien en lo de Kelly?

—Sí, en el bar; allí te esperaré, Beck, y gracias.

Colgué y me rasqué la barba. ¿Mínimo común denominador? Eso era, la frase de Hank. Hank. El tipo que me había metido en este extraño asunto. El tipo que me había dicho que si te sucedían cosas en las fiestas de Beck ya no regresabas. El tipo que me había dicho que nunca podría regresar.

Y no quería decir los motivos.

Opie, Lila Falsehaven, Klaus, Willy Simms, Hank. Cada uno había hecho algo que no debía, quizá que no podía, sería la palabra. Cada uno de ellos no querría regresar. ¿O no podría? Algunas veces se trataba de alguna sandez, como la sucia historia de Lila Falsehaven. Otras veces era mortal, como en el caso de Klaus.

Entretanto lo mejor que podía hacer era hablar con Hank.

Esta vez fui a su oficina y cerré la puerta. Él tomó el auricular y dijo:

—Sue, no telefonee ese asunto hasta que le diga... Ya sé, ya sé... No importa. Dígale que espere.

Fue a sentarse en el sofá, y me miró.

—Hank —dije—, es acerca de ese encargo. ¿Con qué ayuda puedo contar de tu parte?

—Toda.

—Muy bien. El sábado por la noche tienes una cita.

—¿Tengo una cita? ¿Dónde?

—En casa de Beck.

Se puso en pie de un salto, sus ojos mirándome fijamente.

—¡No!

—¿Así entiendes lo de prestarme toda tu ayuda? —le pregunté tranquilamente.

—Dije que te ayudaría. El que yo vaya a casa de Beck no sería ninguna ayuda. Además, Beck no querrá.

—Beck me ha dicho que podía llevarte.

—¡No puede ser!

—Oye, Hank, si te digo que...

—Está bien, cálmate, ¿quieres? No te estoy acusando de mentiroso. —Se agarró el labio—. Cuéntame exactamente qué dijiste tú y qué dijo él. Tan precisamente como puedas recordarlo.

—Le pregunté si podía llevar a alguien conmigo y me dijo que no faltaba más. Luego te mencioné y... pareció titubear. Quise saber el porqué y seguidamente estuvo de acuerdo. Dijo, «si quiere venir, tráelo».

—¡Maldito zorro! —dijo Hank con los dientes apretados.

Hank se levantó y pegó la palma de su mano con el puño cerrado.

—Quiso decir exactamente lo que dijo, Tom. *Si* quiere venir. Dicho de otro modo, si no quiero ir, no me lleves. Y no quiero, Tom.

—¿A pesar de haberme dicho que podía contar con toda tu ayuda? —pregunté sarcástico.

—Así es —dijo firmemente y posiblemente puse una cara tan ceñuda que se creyó obligado a dar una explicación—. Si tuviera la seguridad que yendo resolvería el caso, Tom, no dudes que iría con todas sus consecuencias. Si puedes convencerme de que ese simple hecho de mi parte es cuanto necesitas, entonces soy el hombre. ¿Puedes hacerlo?

—No —le dije sinceramente—, aunque podría ser de gran ayuda. Bueno —acepté con reluctancia—, si no quieres venir, no vienes, y punto. Ahora bien, exceptuando eso, ¿quieres ayudarme?

—Completamente —contestó aliviado.

Entonces le apunté con un dedo y ladré:

—Está bien. Cuéntame, entonces, qué es lo que te ocurrió allí y porqué no quieres regresar. Me lo vas a contar ahora mismo y no intentes salirte por la tangente.

Había un profundo silencio en la oficina. Hank tenía los ojos entornados y ya anteriormente había visto esa mirada soñolienta. Y cada vez que la había visto alguien había salido perjudicado.

—Debí pensarlo mejor antes de poner un periodista de veras en algo que me concierne. ¿Realmente quieres esa información?

Asentí.

—Tom —empezó con una voz que parecía un cansado bostezo—. Te voy a dar un puñetazo en medio de la jeta.

—¿Por hacerte una pregunta profesional acerca de un asunto en le que tú mismo me metiste?

—No, precisamente. Yo te voy a contar y tú te vas a reír. Será cuando te rías que te voy a hinchar los morros.

—Hasta ahora no me he reído —dije.

—De acuerdo. —Salió de la parte de atrás del escritorio, con el puño apretado y mirándome atentamente—. Fui a una fiesta de Beck y, en mitad de la misma, me meé en los pantalones.

Me mordí furiosamente el interior de la boca, pero no pude contenerme. Solté una sonora carcajada e inmediatamente hice una carambola chocando contra el enfriador del agua y luego de resbalar un par o tres de metros sobre mi cabeza fui a dar contra la pared. Una gran nube de luminosa neblina me envolvió, enroscándome, hasta que empecé a ver claramente. Me senté. Mi boca y mi mentón sangraban. Hank estaba en pie a mi lado y se le veía muy apenado. Puso un pañuelo limpio a mi alcance. Hice uso de él y luego me levanté.

—¡Por Dios que lo siento, Tom! —y de la manera que lo dijo le creí—. Pero no debiste reír. Te dije que no lo hicieras.

Me acerqué a una tumbona y me senté. Hank tomó un poco de agua y me la trajo.

—Moja ahí el pañuelo —ordenó—. Tom, más tarde, cuando lo vuelvas a pensar, verás que ha sido lógico. ¿Por qué no dejas ese reportaje?

—Creo que no debo —dije hablando con dificultad—. Creo que si una cosa así me ocurriera...

—Si te ocurriera —dijo Hank moderadamente—, no sería nada divertido y Dios no ayudaría a quien se riera. Sacude tremendamente tu confianza. Repentinamente te acordarías de ello en el autobús, en una reunión del consejo, en el departamento de composición. Pensarías en ello cuando fueras y vinieras por el despacho dictando. Recordarías que cuando sucedió lo hizo sin avisar y que no pudiste hacer nada para evitarlo hasta que hubiste terminado. Sería la clase de percance que precisamente no debe suceder y siempre en lo sucesivo estarías asustado de que volviera a ocurrir. Y el último lugar en el mundo al que pen-

sarías regresar sería donde te había sucedido.

Su voz se volvió más grave, como si fuera a tomar los votos.

—Primero atravesaría el infierno —prosiguió—. Y para completar el cuadro este condenado Beck...

—¿Se rió?

—No, no lo hizo —dijo Hank irritado—. Lo que hizo fue esperarme en la puerta cuando huía para decirme que era lo mejor que podía hacer y no regresar nunca más. Si no recuerdo mal, estuvo bastante correcto, pero lo que me dijo fue en serio.

Volví a mojar el pañuelo y me incliné sobre el cristal, que cubría el escritorio, para verme la cara. Me limpié la barbilla.

—Ese Beck seguramente que lo dijo en serio. Respecto a los otros que solían ir por su casa y que tampoco regresaron, ¿crees que Beck les diría también de no volver?

—No se me ocurrió nunca. Es probable. Excepto Klaus. Ése no puede ir a parte alguna después de lo que hizo.

—Vi a Willy Simms —le expliqué—. Estaba rabioso contra Beck. Me comentó que era tan imposible que regresara, como que escribiera otra canción. Resulta que no tiene oído para la música; ¿lo sabías?

—Lo ignoraba. ¿Qué pasó con miss Falsehaven? ¿La viste?

—Ésa ni a rastras volvería a la casa. La tiene medio loca recordar lo que hizo. Para ti o para mí no tendría mayor importancia, pero para ella fue el fin del mundo.

El fin del mundo. El fin del mundo...

—Hank, en este instante empiezo a darme cuenta, oscuramente, de lo que querías decir acerca de... Opie. Que lo que hizo no fue intencional. —Repentina y terriblemente, creo que con mayor espanto por mi parte que por la de Hank, vociferé—: ¡Pero fue cosa suya hacerlo! ¡Aunque sólo haya sido un ápice de... lo que fuera, ella lo supo!

—Puede ser, puede ser —dijo suavemente—. Sin embargo preferiría creer que no. Prefiero pensar que algo hay en la casa de Beck que le pone la mosca en la oreja a la gente. Una mosca que

bajo otras circunstancias no tendría la persona —se sonrojó—. Me sentiría mucho mejor si pudiera probarlo.

—Pues en eso ando yo. Tengo una cita con Beck —dije dando un vistazo al reloj del escritorio.

Y empecé a salir.

—Tom...

—Dime.

—Lamento mucho lo del puñetazo. Tuve que hacerlo. ¿Lo comprendes?

—Claro que sí. —Pero al sonreír me dolió—. De no haberlo comprendido, en esos momentos te estarían haciendo un molde de yeso en el pecho.

Beck ya me esperaba cuando entré rápidamente en Kelly. Tomé el vaso de bebida dirigiéndome hacia un rincón.

—No, en la mesa no —balaba mientras me seguía—. Tengo que tomar el tren, Tom, ya te lo dije.

—Vamos, no estaremos ni un minuto —le dije, y me siguió quejándose, hasta el rincón tapizado de un reservado.

Me senté de manera que tuviera que pasar por encima mío si la conversación le ponía muy impulsivo.

—Siento haber llegado tarde, Beck. Pero me alegro de que tengas prisa. Así iremos en seguida al grano.

—¿Qué traes entre manos? —dijo mirando irritado su reloj y cerrando un segundo los ojos como si calculara los minutos.

—¿De dónde sacas el dinero? —le espeté.

—¿Qué? ¿Qué dices...? Yo... francamente, Tom. No debes... —hubo un cambio de marchas y adquirió un poco de aplomo—. No acostumbro a dar explicaciones sobre mis asuntos personales, compañero. Somos viejos amigos, claro, pero de todos modos...

—No sigas —dije—. Soy el chico que conociste cuando, ¿recuerdas?, compartíamos la misma habitación en la escuela y, si

no me falla la memoria, era un colegio del Gobierno, tan cerca a una escuela pública como es de desear. Durante más de dos años teníamos, entre ambos, tres corbatas y una buena manta, y nos saltábamos nuestras comidas de a cuarenta centavos para tener algún dinero para nuestras citas. No hace tanto tiempo, Beck. Te graduaste y eras escribiente en una compañía de seguros, ¿no es cierto? Y cuando dejaste el empleo ya no tuviste otro. Y ahora tienes un feísimo caserón lleno de horribles muebles, con un cuarto de placer que parece copiado de un hotel Hilton del trópico y una pasión para ofrecer grandes y ruidosas fiestas todas las semanas.

—¿Puedo preguntarte —preguntó por entre sus prominentes dientes— el porqué de tu repentino interés?

—Nunca tuviste mayor facha de vendedor a domicilio que ahora —dije indiferente, imaginando que le iba a herir hasta ponerle furioso, y estando así acostumbra hablar sin ton ni son—. Ahora bien, Beck, cuando se trabaja en una revista como la nuestra, acostumbramos a saber anticipadamente gran cantidad de detalles acerca de cuestiones que estamos preparando para su publicación. Por lo tanto lo que quiero es hacerte un favor, hijito.

—No veo...

—¿Qué te parece si empiezan a airear tus declaraciones de impuestos de esos últimos cuatro años y las comparan con lo que realmente posees?

—Me he defendido bien últimamente —dijo atildadamente—. Por si te interesa saberlo, mis entradas provienen de inversiones. He hecho muy buenas.

—Bueno, ¿pero de dónde sacaste el capital para empezarlas?

—Eso a ti no te importa, Tom —dijo vivamente, y casi le admiré por la manera como me plantaba cara—. Pero puedo hacerte saber que se necesita muy poco capital para entrar en el mercado, y si puedes comprar a la baja y vender a la alza

unas cuantas veces seguidas, no tienes porqué preocuparte por el capital.

—Tú no eres un especulador, Beck —bufé—. ¡No tú! Porque no tienes condiciones para saber especular. Necesitas de otro. ¿Quién te da los soplos?

Por quién sabe qué razón, esas palabras le hirieron más cruelmente que otras que le había dicho.

—Te estás poniendo muy fastidioso —dijo con afectación— y me harás perder el tren. Tengo que irme, ahora. No sé qué mosca te ha picado, Tom. No tengo ningún interés en todo eso, ni sé qué es lo que pretendes.

—Vámonos juntos y te lo explicaré.

—No te molestes. —Se levantó y yo hice lo mismo. Dejé que saliera de detrás de la mesa y lo seguí hacia la puerta. La chica de la guardarropía revolvió hasta encontrar una cartera portadocumentos de piel de cerdo que era de Beck. La tomé antes de que pudiera hacerlo él.

—¡Dámela! —rugió.

—No te detengas a discutir —le dije dándole prisa—. Llegarás tarde.

Salí por la puerta giratoria, corrí a la acera y silbé. Lo hago bastante bien. Se detuvieron todos los taxis en tres manzanas a la redonda. Le empujé hasta el más próximo y subí detrás de él.

—Recuerda que nunca conseguirás un taxi como lo hago yo —dije—. Sólo pretendo ayudarte.

—¡A la Estación Central! —dijo Beck al taxista—. Tom, ¿qué persigues? Nunca te había visto así...

—Sólo pretendo ayudarte —repetí—. Ya es mucha la gente que está empezando a hablar de ti, Beck.

—¿De verdad? —y empalideció.

—¡Ya lo creo! ¿Qué pensabas?: evasión de impuestos, grandes fiestas, a las que todo el mundo puede concurrir, y la tira.

—Hay muchísima gente que da fiestas.

—Pero nadie habla después de las mismas en la forma que lo hacen de las tuyas.

—¿Y qué es lo que dicen? —Odiaba hacerse notorio.

—¿Por qué le dijiste a Willy Simms que no se volviera a asomar nunca más por tu casa?

Había sido un tiro a ciegas, pero había dado en el blanco.

—Creo que fui muy razonable con él —protestó Beck—. No calla nunca y me aburría. Aburría a todo el mundo, cada vez que venía.

—Y sigue hablando —dije con aire misterioso y ya no hablé más de él. Beck empezaba a sentirse incómodo—. En lo personal yo creo que tú le sacas jugo a la gente que va a tus bullicios. Y cuando los ha exprimido, los tiras.

Beck se inclinó hacia delante para hablar al taxista, pero por algún motivo no le salían las palabras. Tosió y lo intentó otra vez.

—¡Más rápido! —ordenó.

—Así que lo que quiero saber es: ¿qué obtienes de tus invitados? y, ¿cómo lo obtienes?

—No te entiendo y además ignoro el porqué te importa.

—Algo le pasó a mi mujer el pasado sábado.

—¡Oh! —dijo—. ¡Amigo mío!, ¿qué crees que pudiera obtener de ella?

Me puse las manos detrás, levanté el cuerpo y me senté encima de ellas.

—Te conozco demasiado —rechiné los dientes—, justamente eso te salvó la vida. Tú no crees lo que acabas de decir, ¿verdad, viejo?

—¡Santos cielos, Tom! ¡No! Es lo que tú dijiste, que les sacaba jugo a todos los que venían. Estoy más apenado de lo que podría decirte por lo de Opie. No podía ser de ninguna ayuda, lo sabes, estaba ocupado, había mucho quehacer, como de costumbre... No, Tom, no lo dije en el sentido que tú has pensado.

Y así era. Había varios aspectos que no eran de la incumbencia de Beck. Respiré profundamente, me aclaré la garganta y pregunté:

—¿Por qué le dijiste a Hank que no regresara?

—No le dije eso exactamente —contestó sinceramente—. Era en su propio beneficio. Digamos que se había puesto en ridículo y pensé que sería más bondadoso que estuviera enojado conmigo en vez de estarlo consigo mismo.

Le dirigí una larga y cuidadosa mirada. Nunca había sido muy brillante, pero sí sabía escurrirse como una anguila. El taxi acababa de entrar en la rampa de la estación y en ese momento le hice la pregunta.

—Beck, ¿todos los que concurren a tus fiestas, tarde o temprano, se ponen en ridículo?

—¡Oh! ¡No, amigo! —dijo, y creo que si no hubiera estado mirando su reloj con preocupación nunca hubiera dicho las palabras que siguieron—: *Algunos son inmunes.*

El taxi se detuvo y Beck se apeó. Echó mano al bolsillo para pagar al taxista, pero detuve su acción.

—Le pagaré yo, tú mejor corre.

Saqué la cabeza por la ventanilla, observándole, esperando, preguntándome si regresaría, incluso después de aquellas palabras. Y regresó.

Desde quince metros lejos me gritó por encima de la espalda.

—¡Nos veremos el sábado, Tom!

No había enfurecido bastante a Beck para que me excluyera de una de sus fiestas, en las que, de una manera u otra, los ricos y los tontos, los listos y los estúpidos, y los espantosos, y los grandes y los famosos y también los don nadies que iban y estaban propensos a convertirse en el hazmerreír de los demás. Y Beck sacaba algo de ellos, cuando esto ocurría. Y, ¿qué me querría a mí?, y, ¿qué quería decir que alguna gente era inmune? Inmune... Era una palabra bien peculiar. Inmune. Algo

había en esa casa, en esa habitación, que había que la gente... ¡Un momento! Hank y miss Falsehaven y, si queréis ampliar los ejemplos, Opie. Todos se pusieron verdaderamente en ridículo. Pero el tipo que mató al predicador con el atizador de Beck, o Klaus el espía, eso ya pasa de ridiculez. Y Willy Simms. ¿Es ridículo escribir una canción de éxito?

El mínimo común denominador...

Lo más cercano y lo mejor que hay para saber la respuesta es saber *dónde* se encuentra.

Y Beck estaba ahora fuera de la ciudad.

Únicamente había algo que conectara todos esos hechos absurdos: El cuarto de las juergas de Beck.

Cuando llegué a la casa de Beck había todavía luz diurna, pero daba lo mismo. La casa se levantaba muy al interior de un terreno de más de una hectárea en un barrio residencial. Altas rejas limitaban los lados y por el frente una tupida plantación de alheñas la resguardaba de la vista desde la calle. Una vez me hube deslizado a través de la puerta hasta el césped, era como estar bajo tierra. La casa era uno de esos horrores de principios de siglo, ni muy chalet, ni muy quinta, demasiado pastel de bodas para el gusto moderno, pero que no hubiera provocado la saliva en la boca en la época victoriana. Lucía remates y torrecillas y habitaciones distribuidas a distintos niveles que daban al conjunto de ventanas una apariencia de tarjeta perforada de la IBM.

Cargué con el paquete de herramientas que había comprado de paso en la ferretería y muy pegado al límite norte inicié cautelosamente mi camino hacia la parte trasera.

Me bastó una mirada para darme cuenta que no era el lugar indicado. La casa estaba edificada hacia la parte de más atrás del terreno y en esa parte discurría una pequeña calle o una ancha calleja, como prefiráis. La parte trasera de la casa

colgaba sobre ella como sobre un acantilado y había tránsito y vecinos continuamente. No, debería intentar por uno de los lados. Lancé una maldición, puesto que sabía que el cuarto de placer daba a la parte trasera con sus grandes ventanas panorámicas de cristales, transparentes sólo desde el interior. Recordé también que el cuarto tenía aire acondicionado; por lo tanto, las ventanas ni podían abrirse ni podían cortarse sus cristales, que con toda seguridad eran dobles.

Traté con dos ventanas a ras del suelo, pero estaban cerradas. Otra estaba abierta, pero enrejada. Aparte eso, nada. Sólo se extendía una pared ciega, sin otro acceso. Agachado me acerqué a través de un macizo de flores hasta que por fin descubrí, a la altura del pecho, escondida por una falange de floridos acebos, una pequeña ventana.

Tomé la linterna que había comprado hacía poco y escudriñé el interior. La ventana estaba cerrada con una cerradura de acero a prueba de rateros que atornillaba un regatón de caucho contra el marco. Estuve contento. Saqué la lata que contenía cemento para acuarios y con las manos amasé una parte hasta darle forma de cono que coloqué sobre el cristal. Luego, con el cortavidrios, tracé un círculo alrededor del cono. Con un golpe seco el círculo de cristal se separó del resto y por medio del cono de goma lo retiré. Dejé cristal y cono en el antepecho de la ventanita, desatornillé la cerradura a prueba de robo, abrí la ventana y me colé al interior. Con la espátula de enmasillar saqué cuidadosamente el cristal roto y lo hice pedazos bastante menudos junto con el círculo que había sacado, y los envolví con el papel del paquete que había traído conmigo. Medí el cuadro donde estuvo el cristal y corté a la medida el que había comprado de repuesto y lo coloqué usando el cemento para acuario. Este material es de color oscuro, así que no se nota si se ha puesto recientemente, como sucedería con la masilla de vidriero. Limpié el nuevo cristal por dentro y por fuera, cerré la ventana y pasé el cerrojo y cuidadosamente limpié el suelo

y el antepecho. Eché los restos en el bolsillo de mi chaqueta y puse las herramientas repartidas entre los bolsillos de los pantalones y de la chaqueta. Así nunca sabría nadie que había andado por allí.

Me encontré en un amplio armario de almacenamiento que resultó ser la despensa del mayordomo. De ahí se iba a la cocina y en seguida venía el comedor; sabía por tanto dónde me hallaba. Fui hacia el salón de entrada y luego a la parte trasera de la casa. La puerta del cuarto de placer estaba cerrada y del lado de acá era de esculpidos paneles, roble dorado y columnas jónicas. Era una puerta corredera que abrí. Al otro lado era de liso abedul, que hacía juego con el chocante modernismo del cuarto de placer. Experimenté nuevamente este sentimiento de rara sorpresa a propósito de Beck y de esa peculiaridad singular.

Cerré la puerta y crucé la habitación en la penunmbra hacia las ventanas panorámicas. Allí apreté el botón que corría los pesados cortinajes. Oí un ligero zumbido y empezaron a moverse. A medida que se corrían iba aumentando la iluminación de procedencia oculta y, cuando las cortinas se juntaron, la habitación estaba inundada con una intensa luz dorada.

Y de pie, en medio de la alfombra que yo acababa de cruzar, muchos metros lejos de la puerta más cercana y de la más próxima pieza de mobiliario, estaba una muchacha.

El choque fue casi físico. Y durante una fracción de segundos mis ojos quedaron deslumbrados, como después del disparo de un flash. Luego me controlé y mi mirada se detuvo en ella, intensa, a mi altura, de color verde.

Si es que una mujer puede ser al mismo tiempo robusta y como un hada, ella lo era. Su pelo era de un negro azuloso y emanaba una rara luz rojiza. Su cutis era demasiado liso, parecido al de las figuras de un museo de cera, pero aparte de eso era real y tenía una mirada cálida. Sonreía y pude apreciar que sus dientes estaban muy bien colocados, una dentadura rara por lo perfecta. Su vestido era de falda corta de un dorado

intenso y de brocado púrpura. Seguramente llevaba debajo una docena de enaguas. ¿Siglo XVI? ¿Siglo XVII? ¿En esta habitación?

—Desde antes aún —afirmó.

—Estuvo muy bien —dijo.

—¿De verdad? —dije estúpidamente.

—Sí, pero no ha durado. Supongo que usted es inmune.

—Depende —dije mirando el escote de su vestido y recordé inmediatamente la extraña observación de Beck.

—No es normal que esté aquí y menos solo.

—Lo mismo podría decir de usted. Pero como sea que estamos ambos aquí, no estamos solos.

—Por lo menos yo no, pero usted sí —dijo riendo—. Usted es Conway.

—¡Vaya! ¡Así que le habló de mí! En cambio él nunca me habló acerca de usted.

—Desde luego que no. No se atrevería.

—¿Vive usted aquí?

—Siempre he vivido aquí —afirmó con la cabeza.

—¿Qué quiere decir «siempre»? Beck vive aquí desde hace tres, mejor dicho, cuatro años. ¿Usted ha vivido aquí durante todos esos años?

—Desde antes aún —afirmó.

—¡Que me lleve el diablo! Muy bien para Beck. Pensaba que no le gustaban las mujeres.

—No lo necesita.

Vi que su mirada se desviaba hacia mi espalda y se detenía en algo que estaba tras de mí. Di la vuelta. Colgando de una cortina vi una araña grande como un sombrero. Ignoraba si saltaría o no. Simultáneamente, con el movimiento que hice al dar la vuelta, agarré un pesado cenicero hecho con argollas de cadena soldadas entre sí. Antes de que lo levantara la joven estuvo a mi lado, asiéndolo con ambas manos.

—No lo haga —dijo—. Rompería el cristal y acudiría la gente. Quiero que esté aquí un rato conmigo.

—Pero...

—Era de plástico —dijo.

Miré y la araña se había ido. Giré nuevamente hacia ella y pregunté:

—¿Dónde se ha ido?

—No resultó —dijo con un suspiro—. Era de esperar que usted se asustara. Pero solamente se enfadó. ¿A qué es debido que no se haya espantado?

—Lo estoy ahora —eché una ojeada a los cortinajes—. Creo que primeramente me enfadé y vino el susto después. ¿Cuál es su intención? Usted puso el bicho ese en la cortina, ¿verdad?

Asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Por qué lo hizo?

—Tenía hambre.

—No la comprendo.

—Ya lo sé.

Se acercó al diván. Se oía un crujimiento maravilloso cuando caminaba. Se derrumbó en la espuma de caucho y dio unos golpecitos en el asiento, a su lado. Me acerqué lentamente. El significado de los mismos era inequívoco. Me senté a su lado.

Miró hacia abajo y se alisó la falda. Parecía que esperaba algo.

No la hice esperar mucho. La atraje hacia mí y la agarré por la espalda del vestido. Se deslizó hacia abajo fácilmente en el mismo instante que mi mejilla rozaba la suya y el áspero rastrojo de su cara de pelo tupido.

¿Aspero rastrojo?

Pegué un grito y di un salto, con los ojos desorbitados. Estirado en el sofá había un hombre robusto, con pésima dentadura y una barba de cuatro días. Rugió con una estruendosa risa de barítono.

No es necesario comprender una situación para que sea desagradable. Avancé al frente y disparé mi puñetazo especial de los días festivos. Su trayectoria va desde mi costilla inferior di-

rectamente enfrente y en el instante que el puño llega a su destino le acompaña todo el peso de mi persona. Pero en esta oportunidad no llegó a ninguna parte. Mi codo crujió por el esfuerzo cuando mi puño dio contra el vacío. Pero del asiento del diván surgió un enorme gato negro. Saltó al suelo y salió como una flecha a través del cuarto. Caí pesadamente en el diván, pegué un brinco y corrí tras del animal. Al llegar al final de la habitación se giró, eludiendo fácilmente el agarrón de mis manos y lo que pude constatar seguidamente era que el gato se encaramaba por las cortinas una mano sobre la otra.

¡Sí, manos! El gato tenía manos, cada una con tres dedos centrales y un dedo pulgar.

Cuando hubo trepado unos cinco metros se transformó en una redonda pelota que empezó a... girar, sí, ésa es la palabra. Sacudí la cabeza para ver más claro y miré nuevamente. Del gato, ni trazas; simplemente en su lugar había una caja de altavoz de la que ni siquiera me había dado cuenta antes.

¿Un altavoz?

Cualquiera que esté familiarizado con lo ultramoderno sabe que hay una convención contra los altavoces y las luces aparantes. Todos ellos deben estar escondidos o por lo menos deben parecerse a alguna otra cosa.

—Eso —dijo el altavoz en una voz asexual y sin tono—, fue solamente una pequeña demostración.

Me eché hacia atrás hasta sentarme en el diván desde donde podía observar el altavoz.

—Aunque usted sea inmune, algo podré extraerle.

—¿Qué quiere decir con lo de inmune? —pregunté.

—No hay nada que usted no podrá hacer —dijo la voz impersonal—. Bueno, cuando ordeno a alguien hacer algo que no puede hacer... entonces me nutro. Todo cuanto puedo hacer por usted es volverle loco. Y aun entonces, no lo está contra usted mismo. Solamente contra la muchacha, o la araña, o contra cualquiera otra cosa.

De repente me di cuenta que el altavoz había desaparecido. Había, sin embargo, una gran serpiente moteada en la alfombra, cerca de mis pies. Me lancé hacia ella y me encontré en la mano el tobillo de la muchacha que había visto antes. Volví a sentarme.

—¿Se da cuenta? —dijo con su aterciopelada voz—. Ni siquiera se asusta demasiado.

—No me asusto ni pizca —dije convencido.

—Eso creo —dijo como lamentándolo. Entonces se le iluminó el rostro—. Ya estamos casi a sábado. Así que me nutriré.

—¿Qué es usted, en definitiva?

—No hay nombre para darme —dijo encogiéndose—. ¿Cómo podría algo como yo tener un nombre, de todos modos? Puedo ser lo que se me antoje.

—Quédese un rato tal como está ahora —la contemplé de pies a cabeza—. Se la ve muy bien bajo esta forma. ¿Por qué no se sienta aquí, a mi lado, y se muestra amistosa?

Reculó un paso y meneó la cabeza.

—¿Por qué no? A usted le daría igual.

—De acuerdo. Así y todo no quiero. ¿Se da cuenta? A usted no le daría igual.

—No comprendo.

—En su lugar algunos hombres no me querrían —dijo pacientemente—. Algunos quisieran, a pesar suyo, y cuando se dieran cuenta de quién era, o de quién no era, se odiarían a sí mismos. Pero usted me quiere tal como aparento en este momento y no le importa en lo absoluto que pueda ser un reptil, o un insecto o simplemente una hipócrita, con tal de obtener lo que desea.

—Un momento... acerca de ese nutrirse ¿Se nutre de... odio?

—¡Oh, no! Mire, cuando un ser humano hace algo que es incapaz de hacer, se presenta una reacción glandular distinta de cualquier otra. Todos los hombres tienen inclinación a vivir

e inclinación a morir, tienden a construir y tienden a destruir. Mucha gente es sacudida de mala manera. Y lo que yo hago es darles una fuerte carga de lo uno o de lo otro, y entonces las dos facetas se enfrentan conflictivamente. El conflicto crea, digamos, un campo, un aura. De eso me alimento. ¿Lo ve ahora?

—Algo parecido al mosquito que inyecta un diluente en la sangre. —La miré—. Usted es un parásito.

—Si así lo cree... —dijo indiferentemente—. También lo es usted si define el parasitismo como sustentarse uno de las otras formas vivientes.

—Bueno, ahora háble me de la inmunidad.

—¡Vaya! Sumamente molesto. Es como estar hambriento y darse cuenta que únicamente se dispone de comida enlatada y no tener abrelatas. Sabes que hay comida, pero no puedes obtenerla. Así es de simple. Usted es inmune debido a que es capaz de cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa.

—¿Como Superman?

—¿Usted? —dijo torciendo el labio—. ¡No, lo siento!

—¿Entonces, qué?

Estaba muy pensativa.

—¿Recuerda que me preguntó quién era yo? Bueno, en el curso de su vida puede encontrar muchos nombres para aplicarme. Todos equivocados, desde luego. Pero uno de los que se usan más a menudo es *conciencia*. La conciencia natural de un hombre le indica cuándo actúa mal. Cada vez que vea el caso de un hombre a quien trabaje su conciencia, tratando de destruirle, puede tener la seguridad de que alguno de nosotros le ronda. En cualquier oportunidad que vea a un hombre hacer algo completamente distinto de su manera de ser o de su condicionamiento, puede tener la seguridad de que uno de nosotros anda cerca de él.

Empezaba a comprender muchísimas cosas.

—¿Por qué me está contando todo eso?

—¿Por qué no? Me gusta hablar, como le gusta a usted. No hace ningún daño. Nadie le creería. Dentro de poco ni siquiera usted creerá nada de cuanto le conté. Los humanos no pueden creer en lo que no tiene tamaño, o forma, o peso, o manera de comportarse. Si una mosca adicional evoluciona alrededor de su mesa, si aparece otro brote en el lirio del que carecía diez minutos antes, no se dan cuenta. Como nunca creen en nada que remotamente se nos parezca, disfrutamos de libertad de ir y venir frente a sus tontos ojos, nutriéndonos cuando y donde deseemos...

—Ya puede irse olvidando se eso. Los humanos terminarán por identificarles —dije desconsideradamente—. Los humanos aprenden a pensar en nuevos modos. ¿Ha oído hablar, por casualidad, de la geometría no-euclidiana? ¿Sabe algo acerca de sistemas no-aristotélicos?

—Lo sabemos todo —contestó riendo—. Pero cuando sean de general aceptación ya habremos dejado de ser parásitos desde quién sabe cuándo. Seremos simbióticos. Algunos de nosotros ya lo somos. Yo misma.

—¿Simbióticos? ¿Quiere decir que depende de otra forma de vida?

—Y ella depende de mí.

—¿Qué hace?

—Su mentecato amigo, Beck, desde luego —indicó el cuarto incongruente—. Algunos de los que son atraídos al terreno de nutrición son agentes muy sagaces. Lo último que se les ocurriría en la vida sería confiar secretos de inversión a nadie. Yo me ocupo de que se los den a Beck. ¡Cuánto lo lamentan! ¡Qué tontos se sienten! ¡Y cómo me nutro! A cambio, Beck los trae aquí.

—¡Ya sabía yo que era incapaz de hacerlo por sí mismo! —dije—. Pero dígame una cosa, ¿por qué a mí me invita tan a menudo?

—Me lo debe a mí —me miró fríamente—. Un día me nu-

triré de usted. Un día encontraré el abrelatas. Daré con su punto débil, le aplastaré y me lo voy a comer como un caramelo.

—Tendrá que dar de antemano con algo que me pese hacer.

—Algo debe haber —bostezó—. Debo encontrar una nueva fuente para mi apetito —dijo cansadamente—. Ahora váyase.

—Está equivocado —dijo Hank cuando terminé de contarle la historia.

Vino al galope hacia mi casa cuando le telefonée y hasta aquel momento solamente había hablado yo.

—Equivocado, ¿en qué sentido?

—Dijo que era imposible que nadie lo creyera. Y yo, ¡por Dios!, lo creo.

—Me parece que yo también —dijo, y agregué—: ¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Hank tirando pensativamente de su labio—. Quizás es debido a que estoy predispuesto a creer en cualquier teoría que deje a Opie libre de culpa. Eso pondría bien en claro que su proceder no respondía a su manera de ser.

—Opie —dije—. Sí.

—Hay algo en lo que he estado pensando, Tom —me dijo dándome una rápida ojeada—. La noche que ocurrió... lo de Opie, quiero decir...

—Escúpelo de una vez si te estorba —le dije, pues ya conocía aquella expresión suya.

—Gracias, Tom. Bueno... no importa lo que Opie sufriera, no importa cómo... hum... haya o no haya querido... esas cosas toman tiempo. Puedes darte cuenta de su desarrollo.

—¿Y?

—¿Dónde estabas tú cuando ese tipo empezó a propasarse con ella?

Pensé. Inicié una sonrisa que no terminé. Luego me puse furioso.

—No me acuerdo.
—Sí que te acuerdas. ¿Dónde estabas, Tom?
—Por allí cerca.
—No estabas siquiera en el cuarto.
—¿No estaba?
—No.
—¿Quién te lo dijo?
—Tú mismo —contestó y empezó a adquirir aquella mirada suya, soñolienta—. Eres un cochino embustero. Cuando eludes responder es como si dijeras que sí. ¿Quién era la muñeca, Tom?
—No lo sé.
—¿Qué?
—Dije que no lo sé —respondí de mal humor.
—¡Vaya! Ni le preguntaste cómo se llamaba.
—Me parece que no.
—Y tanto alboroto por lo que hizo Opie
—¡No metas a Opie en eso! —grité encendido—. Hay una gran diferencia.
—Debieran colgarte por los pulgares —con lástima—. Me imagino que no fue culpa tuya. No me extraña que ese parásito de Beck no halle por dónde pescarte. No haces nada de que tengas que arrepentirte porque nunca te arrepientes de nada de lo que haces. ¡De nada!
—Bueno, y ¿por qué no? —salté de mi asiento—. Oye, Hank, estoy vivo como puedes ver. Y bien vivo. Toda la gente que conozco mata una u otra parte de sí misma, y esas partes tienen hambre y mueren de inanición. No bebas eso, no mires aquello, no comas lo de más allá; mientras tanto siempre estás hambriento de tales cosas. Le das de comer y te deja en paz. Yo estoy vivo, ¡qué diablos!, y pretendo seguir estándolo.
—Me voy a ir —dijo con voz temblorosa mientras se levantaba—. Debo pensar en mi hermana. No quiero que te pase nada. No me lo perdonaría Opie.

Salió dando un portazo. Di un puntapié en la mesita y quité la pierna que tenía encima. Nuevamente se abrió la puerta.

—Iré contigo a casa de Beck el sábado por la noche —dijo Hank—. Pasaré a recogerte. No te vayas hasta mi llegada.

La puerta principal de la casa de Beck estaba abierta de par en par, como todos los sábados. Nada impedía la entrada a Hank o a cualquier otro de los *graduados*. A menos que ese nada estuviera dentro de ellos mismos. Seguramente que Hank lo tenía dentro. Me di cuenta por la manera como empujaba las manos dentro de los bolsillos y cómo entraba. Se le veía muy relajado, pero irradiaba tensión.

Era el acostumbrado desacostumbrado tipo de fiesta. Beck con simulada modestia dirigía un hato de alrededor de diecinueve personas que constituían el surtido más estúpido de personas que se hubiera reunido nunca... desde la semana anterior. Una famosa dama economista. Un concejal. Un tipo de izquierdas lleno de granos. Un puñado de turistas alemanes, prismáticos incluidos. Un asombroso granjero, con ropa de confección. Alguien que tocaba el piano, juguetona. Alguien que la miraba reverentemente, pero ella evidentemente no jugueteaba con él. Otro que miraba desabridamente a la pianista juguetona y que evidentemente jugueteaba.

Cuando llegamos Beck vino apresurado prodigando saludos, que se helaron completamente al reconocer a Hank.

—Hank —suspiró—. ¡Hank! Francamente, me parece...

—¡Hola, Beck! Estaremos un rato.

Entró en la habitación y se dirigió al bar que estaba al extremo opuesto mientras Beck ponía ojos de bacalao desecado.

—Tom —dijo Beck—, no debiste correr el riesgo de...

—Estoy tan sediento como él —dije siguiendo en pos de Hank.

—Hank —le dije mientras tomaba un vaso de whisky.

—¿Qué quieres? —respondió observando el gentío.

—¿Cuándo terminarás con tu silencio y me contarás lo que te traes en la cabeza?

Me miró y aprecié que su tensión interior debía de ser dolorosa.

—¡Oye! Tómalo con calma —le dije—. Nada va a sucederte. Nuestra amiguita hambrienta es una epicúrea. No creo que esté interesada en otra cosa que la primera experiencia. La sola que le produce emoción. Para ella tú estás ya gastado.

—Lo sé. Lo sé —murmuró—, me lo imagino. ¿La ves? —y pasó el pañuelo por la frente sudorosa.

—No —respondí—. Ahora bien, ¿cómo voy a saberlo si es ella? Es posible que ni esté en la habitación.

—Creo que sí está. En alguna parte está adherida.

—Es tu idea. ¡Piénsalo! Su especialidad es la incongruencia. ¿De acuerdo? Lo fuera de lo común. Y bien, en esta habitación todo es fuera de lo común.

—Eso es lo que quiero decir —asintió—. Y es lo que voy a comprobar, para estar seguro. Ven.

Se pegó más al bar y a mí, y rápido y a escondidas me puso en la mano algo grueso y plano.

—¡Hank! —susurré—. ¡Una pistola! ¿Qué...?

—Tómala. Yo tengo otra. Colabora conmigo cuando llegue el momento.

No me gustan las pistolas. Pero ya estaba en mi bolsillo antes de poder pronunciar nuevas palabras. Me pregunté si a Hank no se le habría aflojado algún tornillo.

—Las balas no tienen para ella ninguna importancia...

—No son para ella —dijo mientras observaba de nuevo a la multitud.

—Entonces...

—¡Cállate, Tom! —dijo de sopetón—. ¿Siempre hay alguien que haga alguna estupidez en esos guateques? ¿Todas las veces?

Me acordé de los soplos sobre «inversiones», la cantidad de veces que habrían sucedido cosas en ese cuarto que causarían humillación y lamentos y que habrían ocurrido sin saberse, intrascendentemente para la mayoría.

—Posiblemente, Hank.

—¿Al empezar o hacia el final de la fiesta?

—Lo ignoro, Hank. Francamente no lo sé.

—No podemos esperar —musitó—. No puedo arriesgarme. Quizá solamente se nutre una sola vez. ¡Voy allá! —dijo claramente.

Le llamé, pero pegó su barbilla al cuello y se dirigió hacia el piano. Di un vistazo en torno. Recuerdo a Beck mirando a Hank con semblante pálido y tenso.

Hank se encaramó en el piano, un pie en el taburete, el otro en el teclado y en seguida sus enormes pies se posaron en la tapa exquisitamente pulida. La pianista vaciló, luego paró. Una ardiente muchacha, observándole, gritó. La gente miraba. Otra terminaba precipitadamente una frase antes de girarse. Otros ni siquiera se dieron cuenta. Al fin y al cabo en esas fiestas de Beck...

—¡Parásito! —rugió Hank. Gritaba aparentemente al punto donde la pared se junta al techo—. ¡Ahí tienes tu abrelatas, parásito! ¡Escúchame!

Hizo una pausa, y en el silencio embarazoso que siguió se oyó la voz temblorosa, tensa y suspirante al mismo tiempo de Beck:

—¡Sal de aquí! ¿Me oyes? ¡Sal...!

Hank empuñó la pistola.

—¡Cállate, Beck! —dijo dirigiéndose a éste, que estaba sentado en el suelo. Hank enderezó su cabezota.

—Lo único que le interesa es vivir. Odiaría morir. ¿Cómo crees que se sentiría si se matara a sí mismo?

No debería haber silencios como el que siguió. De todos modos no fue demasiado largo. Alguien sollozaba. Otro se re-

movía. Fue entonces que oí aquella voz que ya había oído anteriormente, aquí mismo, aquel día estrafalario que vi la araña y el gato con manos. Oí una sola sílaba.

Dejad en ayunas a un tipo durante un día y medio y luego poned a su alcance un jugoso y rosado filete, aunque esté más que asado, carbonizado. Ponedle un vaso de vino peleón del peor, que le habréis cambiado secretamente por un burdeos que antes tenía. Echad sobre las espaldas de una chica miserable que esté ante un espejo, una capa de visón. Haced cualquiera de esas cosas y oiréis ese sonido, proferido de repente, bajando de tono, trocándose en suspiro, para acabar en un jadeo.

—¡Ooooooooh!

—No quieres que eso dure mucho, pero lo haces durar, ¿verdad? —preguntó Hank.

Pensé. ¿Qué diablos está hablando? ¿A quién?

Entonces saqué la pistola del bolsillo.

Ahora tengo que hablar acerca de lo que pasa por la mente de un hombre. Cuánto y qué rápidamente. En el breve espacio de tiempo que ocupé en sacar la pistola, levantarla, apuntar y apretar el gatillo, pensé: «Es acerca de Tom Conway de quien ha estado hablando al parásito. Hank quiere que el parásito me coja. Es el parásito, no Hank, ni yo quien levanta esta pistola y la apunta. ¿Es el modo como Hank se venga en mí de lo que le pasa a él? ¿Por qué vengarse? Únicamente porque yo pienso distinto a él. ¿Sabe Hank que mi manera de pensar es la correcta y que no necesito excusarme? Además es una venganza estúpida porque es en pro de Opie y con seguridad que ella se opondría. Ciertamente que en nada la beneficiará.»

La pistola apuntaba a mi sien y apreté el gatillo.

Estoy vivo, completamente vivo. Todos debemos morir algún día. ¡Pero qué estupidez, qué enfermizo darse cuenta que uno iba a suicidarse! ¡Que dejaba morirse por mano propia, que dejaba uno que su propio dedo apretara el gatillo!

Un disparo es discontinuo, seco, breve; aquél había sido otra cosa. Fue un sonido que empezó con el disparo, pero el sonido se sostuvo, era un rugido que llenó el mundo. Rugió y siguió rugiendo mientras el cuarto se cubría de niebla, giraba y se iba de lado cuando mi rostro chocó con la alfombra. Siguió el rugido mientras la luz se debilitaba y a través de ella pude oír sus gritos y la voz de Hank, distante pero clara.

—¡Todos afuera! ¡Este cuarto va a volar por los aires! ¡Fuego! —gritó un segundo después—. ¡Fuego!

—¡Beck, maldito Beck! ¡Ayúdame con Tom! —aún oí.

No pasó nada, excepto la impresión de tiempo. Luego el aire fresco, la oscuridad y, por un momento, lucidez. Vi todo demasiado perfectamente, oí todo demasiado claramente. Todo me dolía. El rugido seguía como un telón de fondo. Oía el disparo, percibía su amargo sabor, lo vi como una parpadeante aurora en todo lo que me rodeaba, olía acre y agudo... y lo sentía. Estaba en el sendero de guijarros y gente asustada salía de la casa.

—¡Quédate con él! —bramó Hank, y mi cabeza estaba acunada entre las rodillas temblequeantes de Beck.

—Pero si no hay fuego... no hay... —gorjeaba éste.

Hank era una corpulenta mancha en la oscuridad y su voz se fue alejando mientras corría hacia los arbustos.

—¡Esperad! —decía—. ¡Esperad!

Se detuvo en su carrera y se oyó una ahogada explosión en el interior de la casa, seguida por otra, y asomó una blanca luz por las ventanas de la planta baja, que se volvió amarilla y trémula hasta adquirir intensidad.

—¡Hay fuego! —gritó Hank, que regresaba.

—¡Vas a matarlo! —gritó Beck intentando levantarse.

Hank le agarró por la camisa y le obligó a sentarse.

—¡Sí, Judas, voy a matarlo!

—No puedes comprenderlo —gritó Beck—. ¡No puedo vivir sin él!

—Vuelve a tu empleo en la compañía de seguros. Sigue tu

propio camino y no te dediques a cosechar gente mejor que tú para nutrir monstruos. —Las llamas asomaban ya por las ventanas del segundo piso—. Y si realmente no puedes vivir sin él, ¡muérete! —dijo Hank, quien en seguida gritó—: ¿Todos están a salvo?

—Hemos sacado la cuenta y no falta nadie —dijo alguien.

Recuerdo que pensé que si habían sacado la cuenta y todos estaban a salvo, ¿quién gritaba en medio del fuego?

Después de eso, incluso el rugido cesó.

Al principio fue dolor y luego se filtró luz bastante a través de mis párpados cerrados. Intenté, infructuosamente, mover mi mano derecha. Abrí los ojos y vi que tenía el brazo prisionero del enyesado. Giré la cabeza.

—¿Tom?

Levanté la vista hasta aquel borrón que hablaba. El borrón se convirtió en Hank.

—Estás perfectamente ahora, Tom. Estás en casa. Estás en mi casa.

Aparté la mirada de él y miré al techo, y a la ventana, y de nuevo a él.

—Trataste de matarme —le dije.

—Te usé como cebo —dijo haciendo una mueca—. Tenía que saber qué había en aquel cuarto. Debía saber si quería nutrirse. Debía saber qué podría hacer, qué haría. Intenté, con un disparo, hacerte soltar la pistola. Erré el tiro y di en tu brazo. Está roto. Tu bala pasó a ras del cráneo. Terriblemente cerca, Tom.

—¿Y si me hubiera matado?

—El cebo es gastable.

—Preparaste la voladura de la casa, ¿verdad?

—No me fue difícil siguiendo *a* por *b* tus instrucciones para allanar una casa.

—Intentaste matarme.

—No —dijo concluyente.

Me preguntaba, realmente me asombraba, porqué lo que ha-

bía hecho era tan importante. Fue como si Hank leyera mi pensamiento ya que me dijo:

—Es debido a la diferencia que hay entre tú y Opie. Visto por encima, tanto tú como Opie hicisteis lo mismo aquella noche. Pero los sentimientos de Opie hacia lo que hizo le crearon un resquemor para el resto de su vida. En cambio tú, ni siquiera recuerdas con quién estuviste.

Me quedé yaciendo como un tronco. Hank se fue. Posiblemente me dormí. Lo próximo que vi fue que ahí estaba Opie, agachada sobre la cama.

—Tom —dijo con palabras entrecortadas—. ¡Oh, Tom! ¡Quisiera morir! Pasaré el resto de la vida pensando en ello...

Pensé, deseé que aquello, fuera lo que fuese, no hubiera muerto en el fuego. Ahora sé que soy, pensé, inmune. Y saber eso me da angustia suficiente para nutrir a mis semejantes por un milenio.

LA ETERNA VIDA

por John Wyndham

El hombre salió de entre los árboles y se veía como un puntito luminoso contra los troncos oscuros. Amanda le miró a través de los prismáticos. Su ropa estaba en peor estado que la suya: los pantalones tenían pintorescas roturas y apenas le cubría un resto de camisa. También a su pelo y a su barba le había ocurrido algo muy heterodoxo. Podría haber obtenido ese resultado dejándolos que crecieran hasta molestarle y luego en forma descuidada hubiera cortado mechones acá y otros acullá y además con un cuchillo. Cargaba a la espalda un bulto. De su hombro izquierdo colgaba un rifle. Cuando Amanda lo reconoció apretó un poco más los labios y alargó la mano para tomar el suyo.

A pocos metros, en el claro, se detuvo observando la falda de la loma frente a él. A su espalda los árboles, cual pálidos gallardetes, se movían como hierbas a la vera de un arroyo, altas cimas de pluma se balanceaban en la ligera brisa, frondas de árboles helechos ondeaban de forma que oleadas movedizas parecían barrer a lo ancho de toda la llanura. Durante un par de minutos permaneció inmóvil. Su mirada pasó por el lugar donde ella estaba y, sin una pausa, miró más allá. Luego cargó con el bulto y empezó afanosamente a subir.

Detrás de la mota de estropajosos arbustos Amanda esperó, observándole con desapego y sin pasión. En seguida, con lentos y cuidadosos movimientos, apuntó su rifle hacia delante,

poco a poco, y montó la mira telescópica. Deslizó su mano derecha a lo largo del cañón hasta que su dedo encontró el gatillo. Entonces hizo una pausa. Dejó que el otro caminara otros cien metros, desviándose un poco hacia la izquierda de ella y reajustó la mira...

Cuando disparó, él se detuvo, mirando alrededor sorprendido. No vio ningún lugar donde resguardarse. Ella volvió a disparar...

Cuando cayó ya no se movió más. Ella dejó a un lado el rifle y tomó los gemelos para asegurarse.

Durante todo el día permaneció tirado en la pálida vegetación parecida a hierba que enrojecía con su sangre. Al atardecer ella bajó por la falda de la loma llevando una cuerda. Con ella acarreó trabajosamente el cuerpo hasta el borde de los acantilados. Con sumo cuidado desató la cuerda antes de empujarlo al vacío.

Luego regresó a su cueva.

Amanda estaba estirada en una manta a la entrada de la misma. Descansaba apoyada en los codos, su mentón entre las manos colocadas como una copa. Enfrente, el terreno en rápida pendiente se precipitaba hacia la base de los acantilados. Más allá, había el mar que ahora se iba oscureciendo. Un atemorizador y misterioso mar que nunca había surcado ningún barco.

En su país, en un paisaje similar, habría habido verdes y blancas gaviotas revoloteando y chillando, pero aquí, en Venus, los pájaros eran negros, que iban a sus asuntos, sin planeados graciosos en su vuelo. El mar, de día, era de un verde pálido y ligeramente lechoso, de manera que no podía verse dentro del agua. En el mar había mucha vida; posiblemente, en esas latitudes, más que en la Tierra. Pájaros que se zambullían para agarrar peces, a menudo no reaparecían. A lo lejos largas e inidentificables formas cortaban el agua y eran visibles unos breves minutos. A veces pasaban nadando lentamente enormes criaturas que parecían calamares. De vez en cuando una especie de

estrella de mar de seis a diez metros de ancha y parecida a rojo coral, nadaba cerca de la orilla donde casi ni la cubría el agua. Lo más característico de todo eran los bancos de hierba que surgían a la superficie en la corriente del norte como islas flotantes con vida propia, acarreando colonias de pequeños pájaros que picoteaban y pescaban en sus charcos mientras las islas derivaban.

Amanda miró a través del mar sin horizonte, pero no vio nada de particular. Sus labios se movieron como si pensara en voz alta debido a que había estado mucho tiempo sola.

—¡No! —masculló—. No procedí mal. Tengo derecho a protegerme... derecho. Él no tenía ninguno sobre mí. Nadie tiene derechos sobre mí. Yo soy yo misma... No debió haber venido... Habría hecho perfectamente bien en dejarme sola. No hice mal, aunque fue horrible, pero no procedí mal... Si viene otro de ellos lo haré de nuevo... y de nuevo... hasta que ya no vuelva ninguno. No debieron obligarme a hacerlo. No tienen ningún derecho... ¡Es horrible... horrible!

Volvió al interior de la cueva. Prendió una lamparita de arcilla para que le acompañara. Su tenue llama mantenía la oscuridad ligeramente alejada.

—No procedí mal —dijo nuevamente—. No tenía ningún derecho. Soy un ser humano, no un animal... Quiero amor, bondad, ternura...

Saltó sobre sus pies, los brazos levantados, ambos puños cerrados como si golpeara algo que estaba encima de ella.

—¡Dios mío! —gritó Amanda—. ¿Por qué yo? ¿Por qué yo? ¿Por qué entre tantos tuve que ser yo? No quiero... no quiero... Me niego. ¿Oyes? Me niego...

Cayó nuevamente al suelo, los labios temblorosos. La llama de la pequeña lámpara chisporroteó y se hizo borrosa cuando las lágrimas acudieron a sus ojos...

Cuando Amanda Vark desembarcó en la instalación de Melos, en Venus, confiaba que sería un interesante destino, pero sin sucesos excepcionales. Ahora parecía que el desembarco había tenido lugar hacía muchísimo más tiempo de lo que realmente marcaba el calendario. Concentrada en la naturaleza de su trabajo apenas había pensado que durante dieciocho meses tendría que vivir como una residente más de aquella instalación de pioneros. Pero por la reserva con que la había recibido la colonia echó de ver que la misma tenía una vida y unas ideas propias. La llegada de tres hombres y dos mujeres que nada tenían que ver con el estudio del lugar, la exploración o el comercio, suscitó sus sospechas. El hecho de presentarse como antropólogos, y tenían credenciales como tales, les fue de escasa ayuda. Por una parte, pocos de los residentes tenían una remota idea de lo que era o podía ser la antropología, aquellos que sabían que tenía que ver con el estudio de los nativos y decían que ése era el único objeto, se mostraban asimismo incrédulos visto que no había nativos humanos en Venus. Así que prontamente creció la sospecha de que eran alguna clase de mal disfrazados inspectores del Gobierno probablemente con ganas de interferir. Y si había alguna cosa que la colonia no soportaba, desde el administrador hasta el último mono, era la interferencia.

El eminente doctor Thorer, o tío Joe, como le llamaban todos los expedicionarios, se dedicó con paciencia a dispersar aquella nube de malentendidos. Aceptó, desde luego, que no había nativos humanos, pero que sí habían las grifas. Desde un punto de vista científico esas tímidas, pequeñas criaturas de pelo plateado, eran dignas de ser estudiadas. Se decía que eran inteligentes y que vivían bajo un determinado sistema social, y había la creencia que de no haber llegado el hombre a Venus, algún día se habrían elevado hasta llegar a ser los dueños del planeta. Las esperanzas eran, por lo tanto, que podían suministrar material valioso para el estudio de la sociología primitiva.

Adelantó lentamente. El único valor que tenían las grifas

ante los colonos era su plateada piel. Era difícil de comprender que se gastara dinero en una expedición solamente para averiguar cómo vivían. Sin embargo, cuando se vio claramente que el interés del grupo descansaba sólo en aquel asunto, los colonos, aunque perplejos, empezaron a olvidar sus sospechas.

Gradualmente los hombres del grupo empezaron a ser aceptados, aunque con ciertas reservas, pero la posición de las mujeres era más difícil. La existencia de dos chicas sin apellido ya establecidas en la colonia hizo aún más difícil para aquéllas su aceptación.

Maisie y Dorrie eran un par de esas chicas bien parecidas, bien formadas que usualmente se encuentran en las fronteras. Podían encontrarse en California, cuando la locura del oro, o en su oportunidad de Dawson City, Kimberley o Coolgardie. La fantasía de Maisie era moverse con languidez felina vestida con brillantes e inapropiados, pero indiscutiblemente populares vestidos. Su pelo era genuinamente rubio y se lo peinaba hasta una altura increíble. Cuando hablaba, más que una voz era como un repicar profundo lo que se oía, y la acompañaba el deje de un acento sureño. La notabilidad de Dorrie, en cambio, era su vivacidad. Sus ojos castaños brillaban en una cara vivaz enmarcada por oscuros rizos. Tenía la nariz ligeramente respingada y su boca parecía una herida reciente. Charlaba volublemente e introducía, excepto en momentos de cansancio, sonidos vagamente continentales.

Los colonos sabían a qué atenerse con respecto a ellas. No en cambio con Alice Felson y Amanda Vark, así que se quedaron a la expectativa.

En cuanto a Alice no hubo necesidad de esperar mucho. A los veintinueve años ya había adquirido dos reputaciones distintas, una de ellas su instrucción. Aportaba una aguda mente analítica a su tarea y a aquellos asuntos que le interesaban y cuando no trabajaba descansaba completamente. El mismo brillo que demostraba en círculos académicos lo tenía asimismo en acti-

vidades secundarias. Aquello de que se ocupaba la habría hecho destacar aunque se hubiera tratado de una inhibida y poco equilibrada chica de diecisiete años. Parecía que no conocía otra palanca que la del acelerador. No perdió el tiempo rodeándose de un aparato de crisis incipientes muy agotadoras para los nervios en una comunidad cerrada.

Pero Amanda había tenido un problema. Había el rumor de que estaba comprometida para casarse con alguien allá en la Tierra. No era verdad, pero cuando lo oyó creyó que podría serle de utilidad y se abstuvo de desmentirlo, logrando seguir en su desdeñoso aislamiento.

Un mes después de su llegada apenas había hablado con ninguna de las otras muchachas. Las observaba con una cándida admiración por su confianza en sí mismas. La hacían sentir totalmente inexperimentada y se creía un ratoncillo con sus simples camisas y pantalones. Podía ver, no obstante, que ellas eran conscientes de la presencia de Alice y de ella misma. También observaban y se daban cuenta de ellas, pero careciendo de un fondo común de experiencias, ni hicieron tentativas de aproximación.

Las cosas quedaron estabilizadas en esa forma. Amanda tenía mucho quehacer entre manos. Era con mucho la más joven del grupo y, como a tal, aquella a quien confiaban los trabajos que los otros eludían. Pero se interesaba en ellos. No había sido fácil al principio establecer un contacto de simpatía con las grifas. Su tímida disposición natural había aumentado notablemente por la tendencia de los pioneros en disparar primeramente y pensar después, si acaso hacían esto último. Tuvo que tener paciencia, mucha perseverancia y numerosas pastillas de chocolate para quitarles la mala impresión. No obstante lo logró y disfrutaba con ello. Encontró que eran divertidas y adorables pequeñas criaturas y con una inteligencia tan ávida que la tarea resultó valer bien el esfuerzo. El grupo se limitó a un cometido que tenía todas las apariencias de que iba a carecer de excitación por lo

menos para ella. Un asunto de dieciocho meses de duración (de acuerdo con la cuenta de la Tierra), de concienzudo observar y tomar notas, luego el regreso a casa. Ningún sueño, ningún presentimiento le sugirió nunca que iba a llegar un día que seguiría viviendo en Venus sola en una caverna que llamaría su hogar, debido a que no existía otro al que regresar.

Una relación mejor con Maisie y Dorrie surgió de un incidente que reveló que la vida de la colonia, incluso fuera del aura de Alice, no era siempre plácida.

Markham Renarty la había visitado en su barraca después del acostumbrado descanso en el club. Markham tenía sus puntos de vista, no eran necesarias las tácticas defensivas frente a él como había que adoptarlas respecto a Davir Brire, que era el elemento más joven del grupo, o frente a otros que se insinuaban como posibles acompañantes. Markham era un tipo de familia. Estaba precisamente bien embarcado contando una de sus anécdotas, interminables y que no conducían a nada, acerca de su singularmente latosa mujer y demás familiares que se habían quedado en la Tierra, cuando un grito penetrante les hizo levantar.

Cuando se dieron cuenta de la barraca de donde procedía el grito empezaron a correr hacia ella. Acababan de llegar al balcón corrido de la barraca cuando se oyó un nuevo grito. La escena que vieron en el interior de la barraca no era de las que requieren explicación. Dorrie, de quien era la barraca, estaba en pie, sus espaldas bien apoyadas contra la pared más alejada. Tenía una herida en el hombro que escurría sangre a lo largo de su desnudo brazo y empapaba el pecho de su vestido raso negro. Su visitante estaba en pie en medio de la habitación. Empuñaba un cuchillo manchado y cuando llegaron daba la impresión de que trataba de encontrar un poco de equilibrio para acercarse de nuevo a su víctima. Amanda dejó que Markham se ocupara de él y corrió hacia la chica. Llegó precisamente en el momento que ésta iba a desmayarse.

Mientras Markham intentaba echar afuera al borracho, Amanda trataba de contener la hemorragia con un pañuelo.

—¡Rápido, vaya por el médico! Está perdiendo mucha sangre —dijo Amanda a Markham.

—El doctor está borracho perdido desde hace exactamente una hora —le recordó.

—¡Dios mío! En fin, déme el botiquín de primeros auxilios. Está en mi barraca, ¡rápido!

—¿Es grave? —preguntó Dorrie abriendo los ojos.

—Se ve peor de lo que es en realidad. Todo irá bien —respondió Amanda esperando que su voz fuera convincente.

—No sé qué me pasó, debo de haber perdido el entrenamiento. Usualmente puedo entendérmelas sola —y volvió a desmayarse.

Markham regresó con el botiquín y empezó a llenar un recipiente con agua.

—¿Entiende usted algo de esos asuntos? —preguntó Amanda—. Lo veo peor de lo que pensé.

—No entiendo nada de eso, lo siento muchísimo —respondió.

Amanda apretó los labios y abrió el botiquín.

—Yo tampoco, pero algo debemos hacer —dijo, y empezó con la curación—. Lo que podría hacer sería ir en busca de su amiga, si es que puede dar con ella.

Maisie llegó diez minutos más tarde. No dijo nada, simplemente se sentó al lado de Amanda observando y dándole las cosas que le iba pidiendo. Una vez hubieron terminado, acostaron a Dorrie.

Maisie miró a Amanda, fue en busca de un vaso y escanció una fuerte bebida. Regresó a su lado y pasándole el brazo alrededor le dijo:

—Muy buena muchacha. Tome un sorbo, que lo necesita.

Amanda bebió obedientemente. Se atragantó un poco debido en parte a lo fuerte de la bebida, pero reaccionó parcialmente.

—Lo siento, hice lo mejor que pude. Nunca antes lo había hecho... —y estalló en llanto, agradecida por la lisonja.

Una mirada malintencionada apareció en los ojos de Maisie cuando apretó su brazo en los hombros de Amanda.

—¡Verás como mañana le arranco los pantalones a ese ma-tasanos! Le voy a dar una que luego va a temblar solamente al ver una botella... aunque sea de limonada.

A partir del día siguiente mudó la actitud de la colonia y Amanda fue aceptada por todos. Las dos chicas adoptaron hacia ella una actitud que oscilaba entre el asombro ante sus conocimientos —que veían como un inteligente desarrollo aunque más bien poco práctica forma de alta especulación— y un sentimiento de responsabilidad ante su inexperiencia. Maisie particularmente parecía tomárselo a pecho.

—Lo que me preocupa, amor mío —le dijo una vez—, es tu irritante inocencia. No hay lugar para ella. Quizá tú olvidas realmente que eres una cuarta parte de la población femenina aquí, pero los otros no lo olvidan. En este basurero donde vivimos debes medir muy bien tus pasos. Sinceramente te lo digo, siempre. Nosotras lo sabemos bien. ¿Verdad, Dorrie?

—Ya lo creo —convino Dorrie—. Hay que ser como un equilibrista. ¿Has visto esos tipos que hacen voltear una docena de pelotas al mismo tiempo mientras montan una bicicleta por un cable? ¡Pues es eso!

—Pero yo no sé... —empezó Amanda.

—Eso es lo que me preocupa —interrumpió Maisie—, que no sabes, pero tendrás que saber. El problema es que te has pasado la vida estudiando y hay un mundo de diferencia entre lo que estudiaste y lo que justamente debes saber. Ahora bien, cuando empieces a ver que surge algún problema y que se te acerca por parte de alguno de esos tenorios irresistibles, háznoslo saber. Sabremos ponerlo en su lugar.

Dorrie la apoyó y con una confianza que no rimaba con su reciente falta de habilidad, agregó:

—Ya lo creo. Ella acaba de decirlo: lo pondremos en su lugar.

Amanda no veía a mucha gente ya que sus horas de trabajo no coincidían con las de ella, pero estaba contenta de haberse ganado su buena voluntad. Era satisfactorio saberlo, aunque no veía que hubiera la necesidad de llamarlas en su ayuda. Fue precisa la llegada del increíble desastre que hizo que se juntaran más íntimamente para apoyarse mutuamente.

En cualquier forma que las noticias del desastre hubiesen llegado a la colonia de Melos, su fe en cuanto conocían les hubiera hecho resistir a creerlas por algún tiempo. Algunos nunca las creyeron y algunas mentes, pocas, se negaron a admitirlo y se derrumbaron lamentablemente. El caso fue que las noticias llegaron fragmentariamente, hasta juntarse y llegar al increíble clímax.

Cuando primeramente los encargados de la radio no pudieron obtener respuesta de la Tierra, se consideró un pequeño inconveniente y le echaron la culpa a que no se habían mantenido cuidadosamente los equipos. Cuando revisaron los aparatos y vieron que estaban correctamente, se atribuyó el problema a una capa de radiación que desaparecería pronto. Cuando se estableció contacto con la nave *Celestes* y el operador de la misma admitió que tampoco ellos habían podido captar ninguna estación de la Tierra, la cosa empezó a parecer más grave. Pero no fue hasta que *Astarte,* que había despegado de Venus un par de semanas antes, informó que iba a dar media vuelta y regresar si podía, por falta de otro lugar adonde ir, que aquello empezó a ser increíble.

A partir de aquel momento ya nadie habló de otro asunto, a pesar de que seguían con su incredulidad. Incluso después de la llegada de la *Diana* y cuando su tripulación hubo contado la historia, uno creía para sí que debía haber algún error y una multitud asediaba la barraca de la radio mientras en su interior los radiooperadores trataban frenéticamente de establecer contacto

con la estación Luna, con la colonia Puerto Gillington de Marte, con naves surcando el espacio o con cualquiera que pudiera dar noticias concretas y reconfortantes.

Según contaban algunos de la *Diana,* tenían casualmente un telescopio enfocando a la Tierra, así que muchos de ellos pudieron ver en la pantalla todo lo acontecido. La Tierra estaba colgada en el espacio, parecida como siempre a una perla brillando débilmente entre nubes verdosas. De repente pareció un fruto demasiado maduro que se le hubiera reventado la cáscara y el jugo que salía de él eran llamas que se elevaban a alturas de millares de kilómetros, en la oscuridad. Hubo unos deslumbrantes y pavorosos instantes y luego empezó a desintegrarse, tan rápidamente que media hora después los telescopios no lograron localizar más que algunos pequeños fragmentos perceptibles. La tripulación de *Diana* era cuanto podía decir...

Todos ellos tenían una memoria confusa de lo que ocurrió los días siguientes. La mayoría ofuscados y abstraídos. Algunos blasfemaban continuamente, otros caían de hinojos esperanzados, por primera vez en su vida. La mayoría escogió el camino más corto a la ilusión a través del bar donde bebían hasta alcanzar una cómoda estupidez o discutían apasionadamente con argumentos sin base acerca de si el desastre fue debido a un fenómeno natural, una nueva arma que había escapado al control o el resultado de un descuido atómico. Para los otros, la causa real parecía ser un asunto de meditación completamente deleznable. De cualquier forma que hubiera sucedido, de nada iba a servir a nadie conocer las causas...

Llegaron unas cuantas naves más. Algunas corroboraban la información de la *Diana.* Otras, tratando simplemente de establecer su situación, habían tropezado con la sorpresa de ver que donde debería estar la Tierra no había nada. La única información adicional fue que la Luna se alejaba en el espacio y que las órbitas planetarias se iban reajustando por sí mismas...

La noche que llegó la *Diana,* Amanda había salido sola, to-

davía tontamente incrédula. Mirando hacia arriba las nubes que cubren perennemente el cielo de Venus, empezó a decirse que no podía ser cierto. Por mucho que dijeran, la Tierra debía estar aún en alguna parte. Una catástrofe de tal magnitud no podía realmente haber sucedido...

El Administrador hizo algunos intentos para atar cabos, pero resultaron infructuosos. Su autoridad había estado tras él, no en él, y ahora había perdido peso. Sus tentativas lograron bien poco, solamente el que algunos descontentos recordaran pasados agravios. Pero persistió.

Amanda pasaba horas de esos días irreales en compañía de Maisie y Dorrie, bebiendo interminablemente café y fumando innumerables cigarrillos. Por algún motivo, posiblemente porque nunca tuvieron un pasado estable en sus vidas, parecían menos afectadas que los otros y el compañerismo entre ellas se hizo más firme.

—Son los tipos que tenían mayores proyectos que han sido afectados más tontamente —como decía Maisie—. Dorrie y yo siempre nos lo tomamos a juego; ¿así, qué? Mientras uno siga respirando, la vida debe seguir. Así van a comprenderlo todos muy pronto.

Amanda evitaba a todos los demás. No seguía al rebaño que iba a las pistas de aterrizaje cuando las escasas naves que habían logrado desviarse con éxito llegaban para su descenso. Tampoco estaba cuando la última de todas, la *U.S.S. Annabelle Lee,* llegó a destino aprovechando sus últimos litros de combustible. Entre su tripulación había un joven llamado Michael Parbert...

La tarde del día que alguien acuchilló al Administrador, Maisie entró como un torbellino en la barraca de Amanda. Amanda estaba trabajando con algunas notas, pero las hizo a un lado y prendió un cigarrillo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó prendiendo un ciga-

rrillo a su vez—. Toda esa faramalla ya no va a ser de ningún provecho para nadie.

—Es una idea del tío Joe —explicó Amanda—. Dice que de acuerdo con todas las informaciones somos los únicos que hemos quedado en alguna parte, así que debemos dedicarnos a hacer acopio de todo lo que sabemos entre todos nosotros. Una especie de enciclopedia.

—¡Huum! ¿Para quién? —quiso saber Maisie.

—Bueno, pueden haber otros y si no los hubiera él dice que las grifas estarán capacitadas para aprender algún día. Hemos hecho un largo camino en cinco mil años más o menos, según dice, pero realmente estamos en el principio, así que tenemos que salvar cuanto podamos para ayudarlas.

—¿Debemos? —dijo Maisie—. Contemplando el burlesco camino que hemos recorrido, yo diría que lo mejor sería dejar que las grifas, o quien fuese, pudieran empezar a cero. Pero yo ni me enteraría.

—Ni yo tampoco —admitió Amanda—, pero siquiera tengo algo en que entretenerme. —Cambió de asunto—. ¿Quién lo hizo? Lo del Administrador, quiero decir.

Maisie aspiró y echó una bocanada de humo. Meneó la cabeza.

—Tampoco podría contestarte a eso. Podría aventurar una suposición; pero, ¿para qué? Si no hubiera sido uno habría sido otro. De todos modos tenía que pasar. El caso es que desaparece la vieja administración.

Mandó otra nube de humo a través del cuarto, pensativa.

—¿En qué sentido? —preguntó Amanda.

Maisie se inclinó hacia delante y la miró.

—Querida, tengo la impresión de que todo va a reventar alrededor nuestro. En un vertedero como éste es necesario que alguien mande. Iba perfectamente con un engreído, habiendo un Gobierno tras él, pero cuando el Gobierno desaparece y cuando alguno pincha al engreído, no le cuesta encontrar seguidores con

grandes ideas. Y el clima va a ponerse muy ameno mientras deciden cuál de las ideas es la más grandiosa.

—¿Cuánta amenidad? —preguntó Amanda.

—También a mí me gustaría saberlo. Lo que no es nada divertido es estar rodeados de un montón de irresponsables que están lo bastante locos por lo que ha pasado en la patria. Sé que los pobres diablos no pueden ser de ninguna ayuda, pero no me siento más feliz por ello.

—Ya entiendo —dijo Amanda.

—Quizás entiendas, más bien creo que no —dijo Maisie dubitativa—. El problema con los tipos bien educados es que mantienen la vista en un bolsillo y la comprensión en otro. —Hizo una pausa—. ¿Tenías un novio en la Tierra? —preguntó—. Uno con el que pensabas casarte, quiero decir. No me refiero al tipo que una acompaña para exhibirlo.

Amanda vaciló.

—Tuve uno —dijo lentamente—. Pero él no... Bueno, fue el único que alguna vez deseé, pero cuando se decidió por otra ya no estuve nunca más interesada en esas cosas. Fue cuando obtuve este empleo y vine aquí.

Sin embargo los días inmediatos transcurrieron con menos conflictos de los que uno hubiera esperado oyendo a Maisie. No se levantaron dirigentes para cazarse mutuamente, ningún grupo elevó a algún jefe inconveniente a la jefatura. La sensación de que todo se desintegraba continuaba tranquilamente, con un aire de aflojamiento que no era asunto indicado para que nadie lo controlara. Casi transcurrió una semana completa antes de que Amanda tuviera su primer encuentro personal con un conflicto. Sucedió una noche, justamente cuando estaba a punto de acostarse. La aldaba de su puerta resonó.

—¿Quién es? —preguntó.

Una gruesa voz que no identificó contestó ininteligiblemente.

—¡Váyase! Se equivocó de barraca.

Pero el hombre no se fue. Oyó sus pisadas y luego proyectó

algo contra la puerta que la hizo sacudir. Hubo un segundo golpe y la puerta se abrió de par en par, cuando se desenroscaron los tornillos de las bisagras. El hombre en pie en el umbral era alto, corpulento, pelirrojo, y se tambaleaba. Recordó que era uno de los mozos del almacén de mantenimiento.

—¡Váyase, Badger! —le dijo firmemente.

Osciló hasta encontrar el equilibrio apoyándose en el quicio de la puerta.

—Vaya, vaya, Amanda. Ésta no es manera de hablarle a un visitante.

—¡Váyase, Badger! ¡Lárguese! —gritó Amanda.

—Una dama no dice ¡lárguese! —dijo reprendiéndola. Tentó hacia atrás para coger la puerta y la cerró—. Oye, Amanda. Tú eres una muchacha muy linda que entiende las cosas. Nada tengo ahora, todo desapareció, nada para qué vivir. Hasta yo voy a perderme.

—Pues vaya a perderse en algún otro lugar —dijo insensible—. ¡Ahora váyase!

Se mantuvo más o menos sin tambalearse, mirándola. Luego sus ojos se estrecharon y había una desagradable sonrisa en sus labios.

—¡Por Dios que no me voy! ¿Por qué tendría que irme? Acércate.

Amanda no se movió y lo miraba fijamente.

—¡Largo! —repitió.

Su sonrisa se ensanchó.

—Así que no quieres jugar. Me tienes miedo, ¿eh? —empezó a avanzar, despacio e inseguro.

Amanda más bien estaba sorprendida de no sentirse muy asustada. Se mantuvo en su posición, calculando la distancia. Cuando lo tuvo lo suficientemente cerca le dio un formidable puntapié poniendo su fuerza tras del mismo.

Fue completamente inesperado y, desde el punto de vista de Badger, una forma baja de ataque. Además tuvo éxito. Por pri-

mera vez, desde que él hizo su entrada, se sintió lo bastante segura para darle la espalda e ir en busca de su pistola. Luego se dirigió a la gimiente figura que se retorcía en el suelo y gritó:

—¡Ahora quiero que se largue! ¡Fuera!

La respuesta fue un murmurado rosario de palabrotas.

Amanda apretó el gatillo y disparó un tiro a través de las tablas del piso, muy cerca y a un lado de su cabeza.

—¡Váyase! ¡Largo de aquí! —gritó nuevamente.

El estruendo del disparo puso una chispa de sentido a través de la ebria incomodidad de Badger. Se arrastró, se puso en pie y se dirigió a la puerta cojeando. Se detuvo con la mano apoyada en el dintel, como considerando algún rubicón, pero la vista de la pistola le desanimó. Se perdió en la oscuridad y sus pintorescos refunfuños se fueron apagando y dejaron a Amanda considerando con cierto estupor su propia eficiencia en aquel asunto.

Parecía que aquello había sido el signo esperado para que ocurrieran otros incidentes. Exactamente el día siguiente y estando presente Alice, a un duro joven ingeniero le perforaron limpiamente el cráneo, presumiblemente por algún antecesor suyo en sus favores. Durante dos días estuvo inconsolable. Una o dos noches después, un emprendedor aeronauta que saqueaba el almacén general fue liquidado por alguien que llevaba la misma idea. La noche siguiente, una ridícula pero sangrienta pelea estalló en el bar acerca de un disco sentimental que agradaba mucho a algunos, pero que era intolerablemente nostálgico para otros. Un par de noches después, Amanda no podía conciliar el sueño debido al inusitado y turbulento bullicio, o quizás era una fiesta, que había en la barraca de Dorrie. Entonces vio la silueta de un hombre que estaba forcejeando en su ventana. Sin el menor ruido tomó la pistola que tenía debajo de la almohada. No supo si alguno de los disparos alcanzó el brazo al que apuntaba, pero es el caso que desapareció. Y rápidamente. La noche siguiente Markham hizo un ridículo intento de colocar unos barrotes en la ventana. Al cabo de unas horas un disparo silbó muy

cerca de su cabeza cuando regresaba a su casa después de visitar a Amanda. A la mañana siguiente fue a hablar con Maisie de los incidentes.

—De acuerdo. Voy a poner a mis informadores a trabajar —le prometió Amanda.

Al cabo de tres horas regresó a la barraca de Amanda.

—Fue ese pelirrojo estúpido de Badger —informó—. Lograste que te tuviera mucha tirria, reina. Ha estado diciéndoles a sus compinches que tú vas a ser su chica. Parece que su idea es asustar a alguno para que se aparte de ti y entonces, más tarde o más temprano, serás amable con él, al sentirte sola.

—¿Con que es él? —dijo Amanda—. ¿Qué podría hacer a propósito de eso?

—Badger es de los tipos de que no ve más allá de sus narices; en consecuencia estúpido. El problema es que goza de cierto prestigio entre sus compinches, de donde deduzco que éstos deben ser un poco más estúpidos que él. En tu lugar dejaría pasar cierto tiempo hasta que las cosas volvieran a su nivel. Quizás abandone.

Y como Amanda no tenía nada mejor a sugerir por su parte, estuvo de acuerdo aunque no satisfecha.

Por aquel entonces ella empezó a darse cuenta de que Michael Parbert, de la *Annabelle Lee,* parecía integrarse en todos los grupos con los que ella se reunía en el club. Cuidadosamente no le prestó mayor atención que a cualquiera de los otros. Era forzoso darse cuenta de que era un joven de buena presencia, pero no era el único en iguales condiciones. Empezó a comprender las palabras de Dorrie acerca de equilibristas y ciclistas pasando por un cable. Experimentaba la impresión de que todos estaban pendientes de que cometiera alguna chapucería o algún desliz. Necesitaba concentrarse mucho para no aparentar parcialidad. Llegó al punto de mantenerse apartada del club algunas de las tardes, para suavizar su tensión, quedándose en la barraca en una soledad resentida.

Aproximadamente al cabo de tres incómodas semanas más tarde Maisie volvió a visitar a Amanda en su barraca.

—Gran pelea la de anoche —observó, prendiendo un cigarrillo.

—¡Ah! ¿Sí? —no estaba particularmente interesada; al parecer las peleas, grandes o pequeñas, eran el pan de cada día.

—Sí. A ese Badger le propinaron una buena paliza.

Amanda levantó la vista de la camisa que estaba zurciendo.

—¿Badger? ¡Quién le pegó?

—Michael. Le dio a Badger hasta que perdió el sentido, según me han contado. —Hizo una pausa. Amanda estaba silenciosa. Maisie prosiguió—: ¿No te interesa saber el motivo de la pelea?

—No —respondió.

Maisie echó pensativamente la ceniza en el suelo.

—Oye, corazón. Tienes que enfrentarlo. ¿Qué piensas hacer?

No conducía a nada pretender que no entendía a Maisie. Amanda lo había aprendido.

—Nada. ¿Qué haría?

Maisie meneó la cabeza.

—Deberías hacer algo.

—No veo el porqué.

—Mira, no te hagas la tonta conmigo, reina. Debes buscarte tú misma un amigo.

Maisie la miró.

—¡Oye! ¿Quién crees ser? —prosiguió—. Ahí están todos esos chicos puestos en fila, todos los hombres que quedan hoy en día; lo único que tienes que hacer es señalar a uno y decir: «Quiero que ese tonto se acerque», y vendrá corriendo. ¿Qué más quieres? Servido en bandeja y ni siquiera tienes que ir a ningún Reno si la cosa no resulta.

—No —dijo Amanda—. Ya te conté que solamente una vez quise a un tipo... digo, a un hombre.

—Pero escucha. Las cosas son diferentes. De ahora en adelante tienes que vivir aquí, tenemos que vivir todos. No es lo mismo que pasar una temporada, y no es de ningún provecho engañarte a ti misma. No puedes dejar de actuar en el último acto hasta que caiga el telón. Ya no puedes seguir con tu papel de mascota. Si te mantienes en tus trece ocasionarás más trastornos que Alice. Quizá te sea muy agradable estar ahí sentada como un hermoso tarro de miel con la tapa bien roscada. Lo ignoro. Nunca fui así, pero eres una condenada tentación para un montón de esos tipos. Y no puedes afeárselo, es propio de la naturaleza humana.

—¿Naturaleza humana? —dijo Amanda desdeñosamente.

—Claro que sí. ¿Qué si no? Debes hacerte a la idea. Debes aparejarte y que todos vean cómo están las cosas. Mientras sigas oscilante como una fruta prohibida no tendremos ninguna paz en este vertedero. Y eso es un hecho. Ahora bien, ¿qué te parece ese Michael, querida?

—No —dijo Amanda.

—¿Por qué no? Dije que era un buen tipo. Y tengo porqué saberlo, he visto demasiados del otro género. Y cualquiera que ponga a dormir a ese Badger se ganó lo que desea.

—No —repitió Amanda.

—Oye, reina, escúchame...

—¡No, no y no! —insistió Amanda ya violentamente—. ¡NO! ¿Me oíste? No quiero ser el premio de una pelea de boxeo entre dos haraganes. Y puedes tener la certidumbre que no voy a correr hacia el fuerte y gran victorioso para que me proteja. Es repugnante que combatan por mí, como si fuera una vaca o alguna cosa. ¡No!

Pero Maisie era paciente y persistente.

—La vida se está volviendo primitiva aquí. Debes comprender lo que significa, siendo tú precisamente el sujeto. En un cuadro que se va perfilando una chica tiene abiertos ante sí dos caminos: o les hace el juego, tal como hacemos Dorrie y yo, y re-

conozco que tú no tienes el temperamento para ello, o se busca a un tipo para que ponga el temor de Dios en el resto. Piénsalo de nuevo, reina, y ya verás. Puedes conseguir un buen muchacho que vele por ti, tener lindos críos y todo lo demás... Podría ser maravilloso...

—Si tanto te gustan los críos... —empezó a decir Amanda, pero interrumpiéndose agregó—: lo siento, Maisie.

—Da igual, querida Amanda. Así es la vida y así tuve que tomarla... Pero tú no tienes porqué, ovejita. Así que piénsalo nuevamente.

—¡No! —dijo todavía otra vez Amanda y meneó la cabeza.

Sin embargo pasó una considerable parte de su tiempo pensándolo. No iba a enterrar la cabeza en la arena. Se dio cada vez mayor cuenta de la tensión que la envolvía cuando se sentaba en el club, la manera como los hombres la miraban y después se miraban entre ellos. Hubo nuevas peleas, a veces entre sorprendentemente inesperadas personas. Aumentó su nerviosismo y cada vez se daba mayor cuenta de que era estudiada e incapaz de hablar con naturalidad con cualquiera de ellos por temor de lo que podría provocar alguna palabra descuidada.

Incluso el tío Joe se creyó obligado a darle su opinión y aunque en la forma era más clásica, hacía el mismo efecto que la de Maisie.

El sentimiento de presión que se creaba en torno suyo la volvió irritable y le quitaba el sueño, pero también hizo crecer su obstinación.

«¡No! —se decía a sí misma—. ¡No quiero! No quiero que me lleven hacia uno de ellos. Soy yo, yo misma. No harán que *pertenezca* a uno de ellos. Nunca... nunca... Malditos sean, todos ellos.»

Pero su resistencia no disminuía las presiones. Vino el clímax cuando oyó un disparo exactamente al exterior de su barraca que la despertó. No supo nunca exactamente lo ocurrido. A sus oídos sonó como una pelea privada que la intervención de

otros convirtió en una violenta escaramuza. En el curso de la misma dos balas, por lo menos, atravesaron la pared de madera del frente de la barraca y la opuesta. Amanda estaba en la cama, pensando en lo que iba a hacer. Cuando los sonidos de la batalla cesaron, ya había llegado a una decisión.

El día siguiente logró deslizarse, sin que nadie se diera cuenta, al bosque, para ponerse en contacto con las grifas. Las pequeñas criaturas la recibieron encantadas. Desde el desastre las había olvidado y las clases a las que acudían tan voluntariosas, tanto para su instrucción como por los dulces, las había suspendido.

Era difícil saber hasta qué punto se habían dado cuenta de la situación, pero parecía que estaban muy de acuerdo en dos cuestiones esenciales: discreción y buena disposición como porteadores, si se les recompensaba con chocolate. Estaban en condiciones de ir y venir sin suscitar comentarios, y es lo que hicieron durante una semana acarreando hacia el bosque paquetes proporcionados a su tamaño.

El último día Maisie había regresado. Volvió a esgrimir los viejos argumentos y terminó diciendo:

—Querida, sé que ése no es tu tipo de vida. A ti te veo en una vieja granja en algún lugar en tu Inglaterra, un lugar con jardín, con vestido estampado y con un gran sombrero, etcétera. Pero, ¡qué demonios!, eso terminó. Debes hacerte a la idea de que...

—¡No! —respondió Amanda.

Le dolió mucho no haberle dicho adiós a Maisie, pero se aguantó la tentación de hacerlo. Con lágrimas en los ojos observó su alta presencia en su ridículo y brillante vestido moviéndose perezosamente y alejándose.

Por la noche escribió una nota dirigida a Maisie. Después cargó el paquete en bandolera, se ajustó la pistola al cinturón y tomó el rifle con la mano. Cuando apagó la luz, se sentó esperando, observando la ventana sin cortinas.

La mecha duró más de lo que había calculado. De repente, cuando ya creía que algo había salido mal, se oyó una sorda explosión y en unos segundos empezaron a brotar llamas de las ventanas de una barraca deshabitada que estaba a unos cincuenta metros más allá. Hubo gritos y ruidos de pasos apresurados. Podía ver, contra las llamas, las siluetas de personas que se movían agitadamente. Cuando se sintió satisfecha de que la fogata había atraído la atención de todos los que por suerte no estaban paralizados por la borrachera, abrió la puerta y se deslizó sigilosamente a través de la oscuridad, hacia la selva.

La que había puesto a salvo tanto la decisión de Amanda como su razón fueron las grifas que no la abandonaron durante los meses que vivió en la cueva. Incluso cuando se hubo acabado todo el chocolate, su insaciable curiosidad hizo que siguieran viniendo a verla desde la selva para examinar, observar y hacer preguntas inacabablemente hasta que se encontró nuevamente dando clases. Hacía ya mucho que había dejado de usar lo poco que había logrado aprender de su lenguaje y ahora ellas también parecía que estaban olvidándolo. Frecuentemente las oía hablar entre sí en su raro y aflautado inglés. Lo más gracioso era que los únicos libros de que disponía Amanda eran las obras de William Shakespeare y el libro de Oxford de la poesía inglesa y es con ellos que daba sus clases a las grifas.

No era la ayuda en una sola dirección. Para pagarle, las grifas le suministraban frutas, vegetales y raíces comestibles, enseñándole a vivir sobre el terreno en una forma que ella, por sí sola, nunca habría logrado aprender.

Transcurrieron casi seis meses antes de recibir ninguna noticia de la colonia. Resultó que una de las grifas la sorprendió trayendo un paquete de papeles enrollados y atados con un cordel. Lo abrió y se encontró con una serie de hojas manuscritas con grande y mala caligrafía y al final la firma «Maisie».

Supo así que la colonia, después de haber atravesado una crisis, ahora se había vuelto más ordenada. En lo peor de la crisis

Badger se había visto seguido por muchos secuaces que amenazaron dominarlos a todos a menos de que fueran neutralizados. En consecuencia los desbandaron y el tío Joe había sido elegido presidente, jefe o lo que queráis llamarle. Después Badger desapareció. El radiooperador había sintonizado el largo de onda correspondiente a Marte y había oído sonidos distorsionados, lo que ponía de manifiesto que por lo menos alguien estaba vivo todavía allí. Alice había desaparecido, sola. Y la cosa era tan impensable que todo el mundo temía lo peor. Se la había visto enfadada durante un par de días y luego había desaparecido. Nadie la había visto irse; al parecer, no se había llevado nada consigo y al cabo de dos meses no había dado aún signos de vida. Dorrie había estado gravemente enferma, pero ahora ya estaba convaleciente. Estaba amargamente frustrada, sin embargo. Aparentemente siempre había deseado tener un hijo, aunque nadie se había dado cuenta de ello, y ahora ya no tenía ninguna oportunidad de tenerlo. Finalmente, ¿cuándo pensaba regresar, Amanda?

La implicación no se le escapó a Amanda. Ahora ella era la última y única esperanza. Otra pequeña presión importunándola.

—¡No! —dijo Amanda—. ¡No quiero! ¡No quiero! No pueden obligarme.

Escribió una breve respuesta al dorso de una de las hojas, usó el resto para prender el fuego, y decidió olvidar todo.

Un día antes de que llegara, Amanda supo por las grifas que se aproximaba un hombre. No le sorprendió demasiado. Un día u otro alguien iba a tratar de localizarla. No supo que se trataba de Badger hasta que le vio a través de los prismáticos. Tampoco supo cómo había dado con ella. Sospechaba que había cogido a alguna grifa y que la había torturado hasta hacerla hablar. Si así era, había obtenido su merecido. No iba a torturar más grifas en lo sucesivo.

Al cabo de uno o dos días ya no le remordió tanto el haberle matado. Si un soldado puede sentir su conciencia tranquila al

defender su patria y a sus mujeres, ¿por qué iba a remorderle la suya si había disparado en defensa propia?

Su vida siguió el mismo curso, ya que si algo era seguro era que Badger no estaba en condiciones de comunicar a nadie las informaciones tan vilmente obtenidas.

A pesar de todo, al cabo de unas semanas las grifas le trajeron la noticia de que otro hombre estaba en camino.

De nuevo tomó su rifle y fue a esconderse en el mismo lugar. Como la vez anterior observó una figura alejada que salía de entre los árboles. Miró con los prismáticos y vio que se trataba de Michael Parbert, «el buen muchacho» que Maisie le había instado que escogiera. Bajó los gemelos, frunció el ceño. La situación hubiera sido más fácil si se hubiese tratado de alguno de la pandilla de Badger. Vaciló un segundo y luego llamó a una grifa. Unos minutos después la vio dar un rodeo y luego apretar a correr por la ladera. Cuando llegó cerca del hombre levantó sus manecitas y éste comprendió que le estaba llamando. Con los prismáticos vio cómo se reunían. Pudo ver cómo la grifa daba la advertencia de que se fuera, pero él no hizo ningún movimiento para complacerla. Por un instante pareció que disputaban. La grifa se enderezó y se agarró del pantalón, como arrastrándole hacia atrás. Pero no se movió y de pie miraba a la loma. Luego con un movimiento de impaciencia se sacudió la grifa y empezó el ascenso. Amanda frunció nuevamente el ceño.

—¡Qué le vamos a hacer! —dijo ferozmente y alargó el brazo para tomar el rifle...

Más tarde se echó a la espalda el rollo de cuerda e inició el descenso con un propósito bien definido. Lo que ya había hecho una vez, estaba dispuesta a hacerlo de nuevo. Pero cuando llegó vio que no estaba muerto. Estaba extendido en la pálida vegetación estropajosa parecida a hierba, su sangre manaba lentamente y se coagulaba en las dos redondas heridas. Parecía delirar y lloraba como un chiquillo. Nunca había visto antes llorar a un hombre. Le dio un vuelco el corazón y se arrodilló a su lado.

—¡Dios mío! —exclamó Amanda con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué hice? ¿Qué hice...?

Durante varios días habría sido difícil decir qué era lo que había hecho Amanda, pero de repente, a pesar de que estaba sumamente débil, empezó indudablemente a mejorar.

Amanda, con la cooperación de una docena de grifas, lo había cargado hasta la cueva. Había hecho para él el más cómodo colchón que pudo idear a base de unos junquillos elásticos. Y en él yacía, al principio deliraba, luego descansando con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo. No se quejaba cuando le movía para cambiar las curas y al principio estaba demasiado exhausto para hablar. Ocasionalmente veía sus ojos abiertos que la observaban moviéndose por la cueva. En una oportunidad preguntó:

—¿Alguien me disparó?

—Sí —le dijo Amanda.

—¿Fue usted?

—Sí —repitió.

—Es mala tiradora. ¿Por qué no me dejó donde caí?

—Lo ignoro.

—¿Piensa dispararme de nuevo cuando me haya curado?

—Ahora duerma y no haga más preguntas tontas —dijo Amanda.

—Traje una carta para usted. Está en la chaqueta, en el bolsillo de la derecha.

Amanda la buscó y la encontró. Era raro ver nuevamente un sobre y escrito en el mismo, con caligrafía clara, «Miss Amanda Vark».

—¿Del tío Joe? —preguntó.

Él movió la cabeza afirmativamente. Amanda la abrió. Contenía inclinación a escribir pomposamente.

«Querida Amanda:
Esta carta no será fácil para mí escribirla y, quizá, tampoco

será fácil para ti leerla; así y todo te ruego lo hagas cuidadosamente y consideres su contenido con la misma sinceridad que pondrías en cualquier problema derivado de tu profesión...

Amanda la leía de corrido y con una expresión que nada revelaba a Michael, que la observaba. Cuando la hubo leído, se fue a la entrada de la cueva. Se sentó durante unos minutos, inmóvil y con la vista fija en el mar. Luego tomó otra vez la carta y releyó las últimas líneas.

...puede ser que en alguna parte del sistema hayamos sobrevivido algunos de nosotros, pero no lo sabemos *y quizá no lo sabremos nunca. Lo que sí sabemos es que* aquí *estás* tú, *querida, y que tienes en tus manos las llaves de la vida y de la muerte. El porqué ha recaído en ti esta maravillosa y terrible carga tampoco nunca lo sabremos. Pero hay la posibilidad de que puedas tener hijas... Tú, y solamente tú, eres* vas vitae, *el vaso de nuestra vida. ¿Estarías satisfecha si eso fuera el fin de todo? ¿Podrías acarrear tal carga en tu mente? Porque tú, Amanda, aquí eres, por lo menos... Eva.*

Cuando levantó la mirada de la carta vio que Michael la seguía observando.

—¿Sabe de qué se trata? —preguntó Amanda.

—Sí, y también lo sabía usted aún antes de abrir la carta —le respondió Michael.

Amanda dio media vuelta y fijó nuevamente sus ojos en el mar. Tenía los puños cerrados.

—¿Por qué yo...? ¿Por qué yo...? ¿Soy acaso un animal? ¿Una yegua de la remonta? ¡No quiero! Y lo repito. ¡No quiero! Mi vida me pertenece. ¡No es de ninguno de vosotros! ¡No quiero...!

Estrujó la carta y la tiró al pequeño fuego que había delante de la cueva. Se retorció, se chamuscó y por fin se quemó.

—¿Ha visto? Puede decírselo. Y puede decírselo a todos, cuando regrese.

Y abandonó corriendo la cueva.

La convalecencia fue lenta. Al principio, se cansaba fácilmente. Al anochecer la luz de la lámpara de arcilla era tan tenue que sólo podían charlar. Ella se dio cuenta que era mucho lo que él podía hablar y ella a su vez llevaba muchos meses atrasados sin hacerlo. Sus conversaciones versaban sobre todos los temas, evitando hablar de la situación, a pesar de que no siempre era fácil impedirlo. Era difícil que cuando hablaban de risas, multitudes, niños, no se callaran repentinamente, recordando que eran cosas ya idas...

Pero lo más natural era que la mayor parte de la conversasión fuera retrospectiva, y raramente podían sostenerla sin entristecerse. Hablando de lugares les hacía vivir nuevamente, por un breve lapso. Amanda notó que ya se le hacía familiar la avenida Massachussetts, el Ayuntamiento, y la calle Brattle y las aulas y los olmos de Harvard. Sabía cuáles eran las mejores tiendas de Boston y habría encontrado el camino que conducía a casa de la tía Mary en Back Bay. En correspondencia ella le hacía dar un paseo por los colegios de Oxford, pasó con él una tarde veraniega en una barquita en el río y le enseñó la salida del sol desde la torre del Magdalen College...

Las grifas seguían acudiendo a tomar sus lecciones y cuando Michel se sintió más fuerte también les dio clases. Hacía modelos de herramientas sencillas para que ellas las copiaran, les enseñó a pescar, con sedal y con red, les contruyó un torno alfarero y un telar elemental. Amanda se divertía viéndole trabajar con expresión tan aplicada, mientras las pequeñas criaturas se agrupaban a su alrededor como chiquillos interesados. Se dio cuenta que disfrutaba haciéndolo y le satisfizo, quién sabe el porqué, las cosas marchaban mejor con él de como hubiera ido con cualquier otro, menos práctico, de su equipo...

Cuando empezó a sentirse mejor y a trastear por la cueva,

ella adquirió la costumbre de tener una pistola al alcance de su mano por las noches. Se fijó que ni una sola vez la había tratado de modo distinto a como lo hubiera hecho con un hermano menor y no mostraba la intención de cambiar de actitud. De hecho habría parecido más normal si... Pero, de todos modos, una nunca sabe. Creía que no se había dado cuenta de la pistola hasta una noche que iba a guardarla en su lugar y vio cómo él la miraba. Sonreía. No era una sonrisa atractiva, debido a que las comisuras de los labios se dirigían hacia abajo en vez de hacerlo hacia arriba. Él sacudió la cabeza.

—No siga preocupándose por ese objeto. Sepa que puede estar perfectamente tranquila. Tengo una peculiar, digamos alegría, para las muchachas que me disparan estando emboscadas. Vaya sistema divertido: simplemente creo que no estoy interesado en homicidios.

—¡Oh! —dijo Amanda. No parecía ser un tipo de asunto que pudiera seguir tratándose.

Un día que pintaba como cualquier otro, puso a un lado el bol del desayuno y sin advertencia previa le dijo:

—Bueno, ya me encuentro perfectamente. Así que voy a irme.

Repentina y casi inesperadamente, Amanda sintió un dolor en el pecho.

—¿No querrá decir..., decir que se va? —atinó a preguntar.

—Sí, eso mismo. Ahora podré hacerlo... en etapas cortas.

—¿Pero no será hoy?

—Pues me parece que es un magnífico día para hacerlo.

—Pero...

—¿Pero... qué?

—Pues... nada. ¿Está bien seguro de que ya se encuentra perfectamente bien?

—Digamos que por lo menos en un noventa por ciento. En caso de no poder seguir, alguna de las grifas buscaría a alguien a quien avisar para que vinieran en mi ayuda.

—Sí, claro... Bueno, es que es tan inesperado...

—¿Por qué? ¿Qué esperaba?

Amanda le miró confusa. Había tenido bastantes conflictos consigo misma y desechaba hacerse cualquier tipo de ilusiones.

—En fin... ¿Entonces quiere decir adiós?

—Eso mismo. Adiós... y gracias por haber mudado de idea.

—¿Mudado...? Pero si usted sabe que yo... —empezó a decir, pero se detuvo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó desmañadamente.

—¡Ah! Eso... —dijo Amanda.

Como en un sueño le vio cargar con su paquete, en el que se apreciaba todavía el agujero que había hecho una de las balas. Amanda tenía los nudillos blancos, sin sangre. Cuando él tomó el rifle y lo revisó ella hizo un movimiento incierto.

—Adiós —repitió.

—Adiós —dijo Amanda a su vez, y maldijo en silencio porque su voz había sonado rara.

Michael salió de la cueva. Medio minuto después ella le siguió, dando vuelta a las espaldas de la loma, y fue a situarse en un punto desde donde observar su marcha. Un grupo de grifas salió de entre los árboles para juntársele y entró al bosque rodeado por ellas. Ni una sola vez miró hacia atrás...

La totalidad del paisaje se convirtió en un borrón ante los ojos de Amanda.

Cuando se hubo ido, la cueva debería volver a ser lo que había sido antes de que llegara. Lógicamente, una vez se hubo deshecho del telar y de las otras innovaciones almacenándolas en una caverna que había próxima, debían volver las cosas a la anterior normalidad... pero algo andaba mal con la lógica. Las cosas no volvieron automáticamente a su plácido orden anterior. Ella misma se sentía inquieta. Conversar solamente con las grifas le fastidiaba. Aumentó su malhumor hacia ellas, lo que las asombraba y acongojaba aunque después se arrepentía de su explosión de impaciencia. Pero al cabo de cinco minutos se daba

cuenta que volvía a comportarse de idéntica manera.

Ahora más que nunca se daba cuenta de lo ajenas que le eran las cosas que la rodeaban. Cuando estaba sola le parecía que estaban más cerca de ella. Fue dándose cuenta de la soledad y del silencio como nunca antes se había fijado. Los días carecían de objetivo. Se notaba incapaz de reemprender la vieja rutina durante el día y durante la noche la cueva era demasiado silenciosa. Si despertaba en la oscuridad echaba de menos el sonido tranquilizante de su respiración lenta y regular. En vez de ello oía únicamente el distante rasguñar y la agitación de los cangrejos allá abajo, en la playa...

Por primera vez empezó a sentir desconfianza hacia su propia fortaleza. Ya no era tan sencillo vivir aislada. En sus momentos de sinceridad se daba cuenta que algo estaba sucediendo con su decisión, pero sucedía demasiado tarde. Algunas semanas antes hubiera podido prestar mejor atención a la carta del tío Joe. Habría podido regresar al establecimiento y escoger, su orgullo a salvo por la llamada de la carta. Pero ahora, ¿cómo podría regresar? Después de haberse ido sin siquiera girarse una sola vez...

Se agitaba entre momentos de sentir una profunda soledad a otros de determinación y de amarga resolución. Pero se dio cuenta que ésta se debilitaba. Nunca sentiría nuevamente la confianza con la que fríamente apuntó su rifle a Badger. Se preguntaba qué decisiones tomaría la próxima vez que las grifas le avisaran que alguien se aproximaba... y dejaba la decisión para el momento oportuno.

El caso fue que no tuvo que tomar ninguna decisión puesto que no hubo ningún aviso previo. Un día temprano, cerca de un mes después de haberse ido Michael, las grifas llegaron como de costumbre para su clase, pero entre el ruido de sus pisadas se destacaba el de otras distintas. Se sacó la pistola del cinturón y apuntó hacia la entrada. Una figura, que se veía inmensa entre las de su escolta, se detuvo a la entrada de la cueva. A con-

traluz no podía ver de quién se trataba, pero sí sabía quién no era... La persona estuvo inmóvil un segundo y dijo lenta y reprobadoramente:

—¿Te molestaría bajar ese chisme, preciosa? Me pone más bien nerviosa.

Amanda bajó el arma y se quedó boquiabierta al ver entrar a Maisie. Algo parecía brotar de su interior y abrirse camino hacia afuera. Corrió hacia delante y la abrazó. Maisie levantó ambos brazos para sostenerla.

—Vaya, vaya, corazón —dijo lisonjeándola. Fueron las únicas palabras que se pronunciaron entre ellas en mucho rato.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Amanda.

Estaba más tranquila y, buena anfitriona, sacó en seguida canastas con caña de azúcar y tortillas hechas con harina de raíces.

—No ha sido tan difícil llegar como lograr saber cómo hacerlo —explicó Maisie—. Ya habría venido mucho antes, pero si hay algo a lo que esas grifas están bien apegadas es al sentido de la palabra «secreto». He estado meses tratando de convencerlas y de sobornarlas, en vano. Puedes creer que con las grifas es bien difícil; en cambio, si se hubiera tratado de hombres... De todos modos aquí me tienes y me ha tomado tres días de buena marcha para llegar.

Amanda la observó con admirada gratitud. Viajar por la selva era asociarla con el práctico vestido que usaba ahora.

—¿Por qué viniste, Maisie?

—Te diré; tenía ganas de verte. Por otro lado estoy segura de que cualquier otro que fuera el que te visitara sería recibido a balazos. Parece que es ruda la vida por esos parajes...

—¿Entonces... entonces, llegó perfectamente?

—Sí —respondió Maisie.

No fue más explícita. Empezó a rebuscar en todos los bolsillos, lo mismo en los de la chaqueta como en los del pantalón.

—En alguna parte he metido algo que me dieron para ti...

—¿Sí? —dijo Amanda inclinándose ansiosamente hacia ella.

—Sí. ¿Dónde diablos lo he metido? Date cuenta que como ésta no es mi manera habitual de vestir... —se quejó—. ¡Vaya! ¡Aquí está! —alisó un sobre y se lo dio—. Es del tío Joe.

—¡Oh! —dijo Amanda desilusionada.

Lo tomó y lo abrió con desgana, puesto que se imaginaba de qué se trataría. Y no se equivocó.

—¡No! —dijo una vez más, estrujándolo—. ¡No! —Pero a su negativa le faltaba la vieja firmeza y había además un cierto matiz en ella.

—¿Es todo cuanto traes?

—¿Qué más podría traer?

—Pensaba que... no sé...

Y repentinamente Amanda echó a llorar.

Maisie la tomó de la mano.

—Amor mío, ya no sigas viviendo así. Has estado demasiado tiempo sola aquí. Olvídate de todo eso y vamos a regresar juntas.

—Pero... no puedo regresar ahora. Ahora no —decía sollozando—. No quiere nada de mí. No miró hacia atrás, ni una vez. Dijo que odiaba las muchachas que disparaban emboscadas.

—¡Tonterías! —dijo Maisie vivamente—. Cualquier muchacha avispada dispara siempre emboscada. Así que te prendaste del muchacho, ¿verdad?

—Sí —dijo lloriqueando.

—¡Bueno! Creo que eso lo arregla todo.

Se levantó y se dirigió a la entrada.

Transcurrido un minuto otro tipo de pasos al exterior de la cueva hicieron que Amanda mirara repentinamente.

—¡Es...! ¡Es...! ¡Maisie, tramposa!

—¿Yo, reina? Nunca en la vida. En todo caso, quizá, le di una mano. —Y desapareció de la cueva mientras Michael entraba a ella.

Regresó una hora después haciendo fuerte ruido de pasos.

—Estuvisteis mucho tiempo juntos, los dos.

Amanda, sentada muy junto a Michael, levantó la vista.

—No lo bastante —dijo ella—; vamos a tener una especie de... luna de miel, primeramente.

—Voy a ocuparme de que arreglen una barraca para vosotros. Y voy a decirle al tío Joe que has decidido seguir su consejo. Estará encantado.

—¡No! —dijo Amanda con toda su antigua decisión—. No estoy siguiendo su consejo. Lo mío no tiene nada que ver con deberes hacia la comunidad, o hacia la posteridad, o hacia la historia, o a obligaciones morales, o a la urgencia racial de sobrevivir. Tiene que ver única y exclusivamente conmigo. Lo hago porque quiero.

—De acuerdo, está bien —concluyó Maisie conciliadora—. En definitiva es asunto tuyo, tú lo sabrás mejor que nadie. De todos modos no me sorprendería en lo más mínimo que me dijeran que la primera Eva dijo algo por el estilo...

ESTOY BUSCANDO A JEFF

por Fritz Leiber

Aquella tarde, a las seis y media, Martín Bellows estaba sentado en el bar Tomtoms. Frente a él tenía un largo vaso de cerveza y detrás de la barra había dos hombres con delantal blanco. Los dos hombres, uno de ellos tan viejo que ya hacía mucho que se había despreocupado por su edad, estaban discutiendo, y a pesar de que Martín en realidad no escuchaba, parecía que la mayor parte de la conversación era para su entretenimiento.

—Si esa muchacha viene de nuevo, no quiero servirla. ¡Y si empieza a hacerse la graciosa, voy a ponerle sombra en un ojo, pero auténtica!

—Es usted de armas tomar, ¿verdad, Papi?

—Toda esta semana, desde que vino por primera vez, hemos tenido jaleos.

—¡Escúchele, por favor! ¡Ay, Papi! Siempre hay ciscos en un bar. O bien alguno pretende ligar con la chica de otro, o bien son dos amigos de toda la vida...

—Me refiero a broncas de las sucias. ¿Qué tal esas dos chicas del lunes por la noche? ¿Y qué me dices de lo que aquel grandullón le hizo a Jack? ¿Qué te parece lo de Jake y Janice que escogieron al Tomtoms para partir peras y de la manera como lo hicieron? ¡Y siempre ella anduvo detrás de todo! ¿Qué me dices de los pedacitos de vidrio en el hielo menudo?

—¡Cállate! Papi está majareta, mi amigo. Se le meten ideas raras en la cabeza.

Martín Bellows levantó la vista de su cerveza para mirar a Sol, el joven dueño y al mismo tiempo camarero del Tomtoms y al otro hombre de detrás de la barra. Hizo una débil mueca.

—¡Lo que hay que hacer para mal vivir!

—¡Vivir! —resopló Papi—. No será eso lo que ella te dé.

—Hable de ella, Papi —le dijo al viejo—. ¡No! ¡Déjele que lo cuente él, Sol!

—Está bien, pero le advierto que es un exagerado.

Papi no hizo caso del comentario de su patrón. Siguió limpiando el vaso a un ritmo más lento. Su rostro, hinchado por la cerveza y lleno de raros montículos y arrugas causadas por una vida de efímeras pero aleccionadoras experiencias, se puso pensativo.

—Se llama Bobby —empezó de repente—. Rubia. Alrededor de los veinte. Siempre pide coñac. Cutis suave, cara aniñada, excepto por una tenue cicatriz que la cruza. Vestido negro, con escote hasta el ombligo.

Un coche se detuvo en el exterior. Los tres hombres levantaron la vista. Pero unos segundos más tarde el coche arrancó nuevamente.

—Nunca me fijé en ella hasta el domingo, por la noche —prosiguió Papi—. Dice que es de Michigan City. Siempre pregunta por un tipo llamado Jeff. Y siempre esperando el momento oportuno para empezar su camorra particular.

—¿Quién es ese Jeff? —preguntó Martín.

Papi se encogió de hombros.

—¿Cuál es su camorra particular?

Papi repitió el gesto, esta vez en dirección a Sol.

—No creo en su existencia —dijo ásperamente.

—Me gustaría conocerla, Papi —dijo Martín sonriente—. Como un excitante. Empiezo a experimentar la sensación de que se aproxima una tarde movida. Y Bobby creo que es mi tipo de chica.

—¡No quisiera presentársela al último de mis amigos!

Sol sonrió convencidamente. Se inclinó por encima del mostrador, en plano confidencial, mirando hacia atrás al viejo con secreta expresión de humor. Tocó el hombro de Martín.

—Ya ha oído la gran historia de Papi. Ahora voy a decirle una cosa: Nunca he podido ver a esa chica, a pesar de que me quedo hasta la hora de cerrar. Y por lo que sé, nunca nadie ha podido verla, excepto Papi. Supongo que se trata de una de sus imaginaciones. Sabe usted, el viejo está un poco chiflado.

Se inclinó un poco más cerca y dijo en voz alta, remedando un apuntador de teatro:

—Fumaba grifa cuando era un muchacho.

El rostro de Papi enrojeció.

—Muy bien, señor sabio. Aquí tengo algo para enseñarte.

Puso el vaso boca abajo en su estante, colgó la toalla y sacó una cajetilla de cigarrillos de debajo del mostrador.

—Anoche se olvidó su encendedor —explicó—. Está forrado con un liso y brillante material negro, igual que su vestido. ¡Mirad!

Los otros dos se inclinaron hacia delante, pero cuando Papi levantó la tapa no había nada en el interior excepto el forro de papel.

Sol miró a Martín con una lenta sonrisa.

—¿Lo ve?

Papi refunfuñó y arrancó el interior de papel de la cajetilla.

—¡Alguno de los de la orquesta lo ha afanado!

Sol puso amablemente la mano sobre el brazo de Papi.

—Nuestros músicos son correctos, muchachos honrados, Papi.

—Pero te aseguro que fue lo último que hice anoche: meterlo aquí dentro.

—No, Papi. Simplemente le pareció hacerlo. —Se giró hacia Martín—. No es que no pasen cosas así de vez en cuando en los bares. Pero, ¿por qué justamente estos últimos días...?

Se oyó un portazo. Los tres hombres miraron. Pero seguramente fue un coche en la calle, ya que nadie entró.

—...precisamente estos últimos días —repitió Sol— he observado el más endiablado de los asuntos.

—¿Cuál era? —preguntó Martín.

Sol dirigió otra de sus divertidamente confidenciales miradas a Papi.

—Se lo contaría —explicó a Martín—, pero no puedo frente a Papi. Le dan manías.

—De todos modos me iba —dijo Martín sonriente y bajando del taburete—. Nos volveremos a ver.

Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando Papi olió el perfume. Un olor a podrido, que mareaba. Y a sus oídos llegó el tenue crujido, como de un ratoncito, procedente del taburete central y el pequeñísimo y fantasmal suspiro. Y la terrible impresión se le coló en los huesos como el rechinar de una tiza. Empezó a temblar.

Luego el crujido y el suspiro le llegaron de nuevo a través de la escasa iluminación del Tomtoms, con un asomo de impaciencia. Y tuvo que girarse, a pesar de que era lo último que deseaba hacer, y tuvo que mirar al bar vacío. Y allí, en el taburete del medio, la vio.

Era terriblemente confusa, apenas una imagen de sombra, sobrepuesta en los dorados y plateados y azul oscuros de la pared opuesta, pero veía enteramente todas las partes de la aparición. El negro brillante de su vestido, como una alargada media de seda negra sostenida en la oscuridad. El dorado pálido de sus cabellos, como partículas flotando en el rayo de un reflector ambarino. La palidez de su rostro y de sus manos, como nubecillas de polvos flotantes escapadas de una polvera de señora. Los ojos móviles, como dos pequeñas polillas oscuras.

—¿Qué le pasa, Papi? —preguntó Sol con aspereza.

No oyó la pregunta. A pesar de que no tenía la más remota idea de hacerlo, se iba aproximando tembloroso hacia aquella parte del mostrador, agarrando con la mano el borde interior del mismo, hasta detenerse delante del taburete central.

Entonces la oyó. La débil y clara voz que parecía cabalgar en el zumbido de un mosquito, de idéntica forma como dicen que cabalga la voz humana en la radio, en las ondas de la radio. Aquella voz que penetraba profunda, profundamente en su cabeza.

—¿Estuvieron hablando de mí, Papi?

Pero éste solamente tiritaba.

—¿Vio a Jeff esta noche, Papi?

Éste meneó la cabeza negando.

—¿Qué le pasa, Papi? ¿Qué importa que esté muerta y pudriéndome? No se sacuda así, Papi, que su constitución no es la de un bailador de rock. Debería envanecerle de que me haga visible para usted. ¿Sabe una cosa, Papi? En el fondo todas las mujeres son exhibicionistas. Pero la mayoría sólo se exhiben ante el tipo que les gusta, o que necesitan. Y soy así. No me exhibo ante cualquiera. Y ahora sírvame una copa.

Su temblequeo fue en aumento.

Las dos polillitas negras le clavaron la mirada.

—¿Le ha dado la polio, Papi?

Con una prisa espasmódica dio un brinco de lado y se agachó. Buscando a tientas encontró la botella de coñac debajo de los vasos alineados, escanció a sacudidas, puso el vaso encima del mostrador y reculó un paso.

—¿Qué demonios está haciendo?

Ni siquiera oyó la expresión de enojo, ni tampoco se dio cuenta que Sol se acercaba. En vez de ello se mantuvo lo más lejos posible observando los dedos semejantes a nubecitas de polvo que ceñían el vaso como tallos de humo y oyó la voz chillante de murciélago que decía tristemente:

—No puedo hacerlo así, no me siento lo bastante fuerte aún.

Y observó que las dos polillas gemelas y algo rojo y con bordes blancos que había inmediatamente debajo, se inclinaban hacia el vaso de coñac.

Por un segundo alguna sensación se desprendió que alcanzó

a Sol, ya que, a pesar de no haber ninguna mano sobre el mostrador, se oyó el golpe del vaso y un hilillo de coñac serpenteaba a su lado hasta formar un charquito sobre la caoba.

—¿Qué...? —empezó a decir Sol y concluyó—: ¡Esos condenados camiones que traquetean todo el barrio!

Mientras, Papi seguía oyendo la chillona voz de murciélago.

—Me cayó bien, Papi. —Y en seguida, con una inquietud halagadora—: ¿Qué hay para esta noche, Papi? ¿Dónde puede una chica divertirse? ¿Quién era el joven alto, moreno, bien parecido, que se ha ido hace un rato? ¿Le llamaban Martín?

Finalmente Sol, que ya estaba harto, se acercó a Papi a grandes zancadas.

—¿Quieres explicarme de una vez qué es lo...?

—¡Espera! —Papi extendió la mano y sus dedos se cerraron con fuerza en el brazo de Sol, que se estremeció por el fuerte apretón.

—Ahora se va —dijo Papi respirando con dificultad—. Va en su busca. ¡Tenemos que avisarle!

Una segunda mirada de Sol se dirigió rápidamente hacia donde estaba mirando Papi. Luego, acompañado de un gruñido, se sacudió del apretón de Papi y fue a éste a quien apretó Sol.

—Escúcheme Papi, ¿será verdad que fuma grifa?

El viejo se sacudió para soltarse del apretón de Sol.

—Debemos avisarle, se lo digo antes de que ella haya bebido demasiado para que él se dé cuenta de su presencia y empiece a meterle ideas descabelladas en la cabeza.

—¡Papi! —Aquel grito proferido a su oído hizo que el viejo se pusiera rígido y se quedara inmóvil, aunque atiesado, mientras Sol agregaba:

—Probablemente haya algunos bares de chalados por el este de la calle Madison que no tengan inconveniente en que atienda el mostrador un tipo aunque esté mochales. Probablemente. Lo ignoro. Pero deberá a empezar a buscar empleo en alguno de ellos si vuelve a la andadas con sus números estúpidos y su char-

la acerca de Bobby y de ideas descabelladas. —Empujó con el índice los biceps del viejo—. ¿Comprendió?

Los ojos de Papi estaban todavía extraviados. Pero por dos veces asintió, con rigidez.

El atardecer empezaba pesado e incómodo para Martín Bellows, pero al cabo de un tiempo empezó a flotar como las nubes de polvo diamantino que aureolaban las farolas de la calle. El rato pasado con Papi y Sol le habían dado un gracioso inicio y siguió con el mismo humor, saltando de bar en bar, ocasionalmente invitando a un tipo de apariencia decente y dejando a su vez que le invitaran algunas veces, compartiendo la cortesía silenciosamente, hablando brevemente, bromeando un poco con las muchachas de detrás del mostrador, mientras miraba discretamente las que como clientes estaban alrededor. Después de cerca de cinco bares y ocho copas se encontró con que había ligado una de ellas.

Era una chica pequeña, graciosa y delgada, sus cabellos parecían una salida de sol invernal. Su vestido negro era liso y la ceñía, de cuello alto, pero que ocasionalmente revelaba una buena zona de dulce piel. Sus ojos eran oscuros y amistosos y no precisamente inocentes, y su rostro era liso, de un tono parecido a gamuza pálida. Se dio cuenta que usaba un suave perfume de gardenia. La rodeó con el brazo y la besó ligeramente, bajo una farola, sin cerrar los ojos, dándose entonces cuenta que tenía una cicatriz. Una delgadísima línea de cutis más pálido, delgada como un solo hilo de telaraña, empezaba en su sien izquierda y seguía derechamente sobre el párpado del ojo del mismo lado hasta el puente de la nariz para llegar a su mejilla derecha que cruzaba. Realzaba su belleza, pensó.

—Dónde vamos? —preguntó Martín.

—¿Qué te parece si fuéramos al Tomtoms?

—Es muy tmeprano todavía. —Y en seguida—: ¡Oye! Tu

nombre es Bobby. Ése es el nombre que Papi... Juraría que eres...

—A Papi le gusta charlar —contestó encogiéndose.

—¡Seguro que eres tú! Papi estuvo hablando largamente de ti —la miró mimosamente—. Dice que eres una mala influencia.

—¿De verdad?

—Pero no te preocupes por eso. Papi está rematadamente chiflado. Precisamente esta misma tarde...

—Bueno, mejor vamos a otro lado —le interrumpió—; necesito tomarme una copa, amorcito.

Y siguieron su camino, Martín con el corazón henchido de alegría, porque aquello que siempre uno busca y nunca encuentra, ahora él lo tenía: una muchacha que inflamaba su imaginación y su sed. Cada minuto que transcurría hacía sentirle más orgulloso y con más deseo de ella. Decidió que Bobby era la chica perfecta. Ni gritaba, ni buscaba problemas, ni se quejaba, ni te desnudaba el alma, ni tenía, al parecer, lindos o deliberadamente exasperantes caprichos. En vez de eso, era divertida y suave y hermosa y su estado de humor se ajustaba al de él como un guante a una mano, aunque con ese asomo de peligro que nunca pueden disasociarse de los aturdidores vapores del alcohol y de las oscuras calles de la ciudad. Se dio cuenta que su locura por ella iba en aumento. Llegó hasta a enamorarse de su cicatriz que parecía un hilo de araña, como si fuera un trabajo de experto hecho en una costosa muñeca francesa.

Entraron a tres o cuatro bares deliciosos. Martín atravesó todas las primeras etapas de la intoxicación: la ansiosa, la penosa, la de los sueños bienaventurados y desembocó, salvo en ese mundo de cristal donde el tiempo permanece inmóvil, donde no hay nada seguro aparte de los movimientos de uno y nada más real que los propios sentimientos, donde la dura concha de la personalidad salta en pedazos y en el que incluso las oscuras paredes y el cielo lleno de humo y el cemento gris bajo los pies son sensibles parte de uno.

Luego volvió a besar a Bobby, en la calle, aguantándola más

cerca y con mayor duración esta vez, hundiendo sus labios en su cuello, zambulléndose en la dulzura de jardín otoñal de su perfume de gardenia y murmurante vacilantemente:

—¿Sabes de algún lugar por aquí cerca?

—Sí.

—Entonces...

—Ahora no, amorcito. —Suspiró—. Primero vamos al Tom-toms.

Asintió y se apartó un poco de ella, pero sin disgusto.

—¿Quién es Jeff? —le preguntó.

—¿Quieres saberlo? —preguntó a su vez mirándole.

—Sí.

—Oye, corazón —dijo suavemente—, no creo que nunca encuentres a Jeff. Pero si lo encontraras, quiero que me prometas una cosa... y nunca te pediré otra. —Hizo una pausa y toda la latente crueldad inflamó la pálida máscara de sus facciones—. Quiero que prometas que vas a romper una botella de cerveza y marcarle con ella su gorda cara.

—¿Qué es lo que te hizo?

La máscara se volvió enigmática.

—Algo mucho peor de lo que estás pensando —le respondió.

Bajando la mirada hacia el rostro rígido y expectante de Bobby, Martín sintió que un estremecimiento de excitación asesina recorría su cuerpo.

—¿Lo prometes? —preguntó ella.

—¡Te lo prometo! —respondió roncamente.

Sol y Papi habían tenido dos horas de mucho trabajo, pero ahora había un rato de calma entre dos sesiones de jazz y Sol podía sostener un rato de cháchara con un desconocido gordo y de interesante apariencia.

—Y hablando de cosas raras, amigo, aquí tiene una —dijo inclinándose por encima del mostrador con una sonrisa confi-

dencial—. ¿Ve ese taburete, el segundo de la izquierda? Todas las noches, en lo que va de semana, nadie se ha sentado en él después de la una de la noche.

—Ahora está vacío —dijo el gordo.

—Claro, como también lo están otros. Pero estoy hablando de a partir de la una, faltan un par de minutos aún, cuando tenemos nuestra hora punta. No importa lo grande que sea el gentío, a veces hay dos o tres de pie detrás de cada taburete; pues bien, nadie se sienta en aquel taburete. ¿Por qué? ¡Qué sé yo! Quizás es pura casualidad. Quizás es algo raro que todavía no he descubierto, algo que les ahuyenta.

—Pura casualidad —opinó tontamente el tipo corpulento, que tenía quijada de boxeador y mirada de gángster.

Sol sonrió. Al otro lado del bar los músicos subían de nuevo al estrado y se sentaban a su comodidad.

—Quizá sí, amigo. Pero tengo la impresión de que hay algo más. Quién sabe si no es algo muy simple, a lo mejor tiene una pata ligeramente floja. Pero estoy dispuesto a apostar que esta noche nadie se sentará en él. Obsérvelo. Seis noches seguidas son muchas para que se trate de casualidad. Y le juro sobre un montón de biblias que ha estado vacío seis noches seguidas.

—Yo no lo haría, Sol.

Éste se giró. Papi estaba en pie detrás, los ojos asustados y disgustados como lo estuvieron antes, los labios temblones.

—¿Qué quiere decir, Papi? —le preguntó Sol tratando de disimular su disgusto frente al nuevo cliente.

—Voy a ver cómo las muchachas se ocupan de las mesas —dijo Sol para excusarse con el cliente y siguió a Papi. Cuando le alcanzó le dijo en voz baja, sin mirarle:

—¡Que el diablo le lleve, Papi! ¿Está intentando hacerse insoportable? —Al otro lado del bar el director de la banda se levantó y dirigió una sonrisa circular a sus muchachos—. Si cree que voy a sacarle de la cabeza esas ideas suyas, está equivocado.

—Pero Sol —la voz de Papi temblaba, casi como si buscara protección—, durante toda esta semana nunca ha habido un lugar vacío en el mostrador después de la una. En cuanto a ese taburete en particular...

—¿Qué? —dijo Sol interrumpiéndole.

Pero Papi ya se había desentendido de él. Era la una y a través de la distancia de humo del Tomtoms observaba cómo iba viniendo, materializándose desde la oscuridad de la entrada; ya no era una entidad de humo sino concreta con la noche y los secretos poderes de la noche y a medida que iba avanzando bloqueaba alternada y sólidamente los reservados de la entrada y después la mesa verde del juego de dados.

Se dio cuenta sin sorpresa y sin lamentarlo que había pescado al simpático joven tras quien había seguido, del mismo modo que cogía cualquier cosa que ella se propusiera. Ahora cada vez estaba más y más cerca —a Papi le cayó la toalla que llevaba en las manos—; ya había pasado la tarima de la orquesta, había pasado el corto pasillo de rejas cromadas donde las camareras recibían las bebidas que iban a servir a las mesas, hasta que dando media vuelta se introdujo en el taburete del medio y sonriendo cruelmente le dijo:

—¡Hola, Papi!

El joven bien parecido se sentó a su lado y ordenó:

—Dos coñacs, Papi. Y dos vasos de agua con gas.

Sacó una cajetilla de cigarrillos y empezó a rebuscarse los bolsillos para dar con los fósforos.

Ella le detuvo el brazo y dirigiéndose al viejo dijo:

—¡Deme mi encendedor, Papi!

Papi estaba paralizado.

Ella se inclinó un poco hacia delante. La sonrisa abandonó su rostro.

—Dije que me diera mi encendedor, Papi.

Se escondió como un tipo a quien disparan. Sus torpes manos encontraron la cajetilla de cigarrillos debajo del mostrador.

En su interior había algo pequeño y negro. Lo tomó como si hubiera sido una araña y lo dejó caer, sin mirar, en el mostrador, retirando rápidamente la mano. Bobby lo tomó, dio un chasquido seco con el pulgar y brotó una pequeña llama amarilla que prendió el cigarrillo del joven, quien le sonrió cariñosamente y luego dijo a Papi:

—¿Qué pasa con nuestras copas?

Para Martín el mundo de cristal se estaba volviendo una tienda de porcelanas. Cada vez más y más fuerte, dirigiéndose lenta y placenteramente hacia un clímax como el del jazz, experimentaba un ansia hacia la acción salvaje y feliz. Acción de hombre, afilada, dramática, destructora o amando cuanto estaba alrededor. Esperando lo inevitable, cualquiera que fuera, se le hacía la boca agua.

En su prisa por servir las bebidas las derramó a medias. Papi parecía estar medio majareta, como había dicho Sol, y Martín se detuvo en el comentario que ya había iniciado acerca de que ya había encontrado a la chica. En vez de ello miraba a Bobby.

—Bébete mi copa, amor —inclinándose muy cerca para que la oyera por encima del estrépito de la música y él vio nuevamente la cicatriz—. Yo ya bebí bastante.

A Martín no le preocupaba. El doble coñac quemaba a lo largo de sus nervios, elevando la fría llama de salvajismo que era sopleteada por la mofa estridente de la banda a las cabezas altaneras y a las altas torres de la civilización.

Un tipo corpulento sentado al lado de Martín y que tomaba un poco más espacio del que le correspondía, se dirigió a Sol cuando pasaba al interior del bar.

—Hasta ahora usted está ganando. Sigue vacío.

Sol asintió, sonrió y susurró algo ingenioso. El tipo corpulento se rió y en correspondencia dijo alguna palabrota.

—Perdone que le moleste, pero le ruego que no use esas palabras delante de mi chica —le dijo Martín tocándole el hombro.

El gordo miró a Martín y más allá de él y le dijo:

—Oiga, fulano, usted está borracho —y le dio la espalda.

—Perdone que le moleste... —dijo nuevamente Martín tocándole otra vez.

—Sí que me va a molestar, fulano, si sigue así —le contestó el gordo, poniendo cara de pocos amigos—. ¿Dónde está esa muchacha de la que está hablando? ¿En el lavabo? Le digo, fulano de tal, que usted está borracho.

—Está sentada exactamente aquí, a mi lado —dijo Martín, pronunciando cuidadosamente cada palabra y mirando fijamente a los ojos del cara de malas pulgas.

El tipo corpulento sonrió. De repente parecía que estaba divirtiéndose. Y dijo al otro:

—De acuerdo, amigo; vamos a investigar a esa amiga suya. ¿Cómo es ella? Descríbamela...

—¿Qué se habrá...? —empezó a decir Martín encogiendo el brazo para propinarle al otro.

Bobby le aguantó y le dijo con una voz curiosamente intencionada:

—No, amor mío; así no. Haz lo que te pide.

—¡Diablos...!

—Por favor, amorcito —le dijo sonriendo y con los ojos centelleantes—. ¡Haz exactamente lo que te pide!

Martín se encogió de hombros. Su sonrisa era tirante al girarse de nuevo hacia el voluminoso sujeto.

—Tiene alrededor de veinte años. El cabello dorado claro.

Martín hizo una pausa. Algo había cambiado en la cara de póquer de su vecino. Quizás un poco menos colorado. Bobby le tiraba del brazo.

—No le dijiste nada de la cicatriz —dijo excitadamente.

—¡Oh, sí! —dijo Martín—. Tiene la más ligera de las cicatrices que va desde su sien izquierda, pasa por encima del párpado y por el puente de la nariz, para terminar cruzando su mejilla derecha, en el lóbulo de...

Calló en seco. El tipo de la cara de póquer tenía el semblante demudado. Sus labios temblorosos. Luego una oleada roja invadió su cara y sus ojos tenían unos destellos asesinos.

Martín notaba el cálido aliento de Bobby en su oreja, el movimiento de sus labios húmedos.

—¡Ahora, amor mío! ¡Cógelo ahora! ¡Es Jeff!

Rápidamente, aunque con deliberación, Martín golpeó el borde del vaso del agua contra el vaso del licor y apretó el resto cortante en la cara sonrojada del robusto tipo.

Un chillido que no estaba en la partitura salió del clarinete. Alguien en los reservados gritó histéricamente. Un taburete voló por el aire mientras alguien se agachaba para esquivarlo. Papi gritaba. Luego el conjunto se convirtió en movimientos rotatorios y gritos, manos que apretaban y agitación de espaldas, arrastrarse a cuatro patas y revolverse, choques y puñetazos, intermitencias de luz y de oscuridad, alientos cálidos y golpes hasta que Martín se dio cuenta de que corría, con Bobby a su lado, a través de zonas iluminadas de la calle, que daban vuelta a una esquina para entrar en una calleja oscura, vuelta a otra esquina y otra callejuela oscura...

Martín se detuvo e hizo detener también a Bobby agarrándola por la muñeca. Su vestido se había desabrochado. Pudo verle los pequeños senos. La apretó entre sus brazos y hundió la cara en su cálido cuello, chupando el dulce y fuerte olor de gardenia.

—¡Vámonos, amor! —le dijo empujándola convulsivamente y en una agonía de impaciencia agregó—: ¡Rápido, amor, rápido!

Y de nuevo corrieron otra manzana y le guió hacia unos peldaños y a través de una puerta de cristales y una hilera de varias deslustradas cajas de bronce para cartas, subieron por una escalera que tenía la alfombra raída. Empujó una puerta con una prisa frenética y la abrió de par en par. Él la siguió hacia el oscuro interior.

—¡Por favor, amor mío, rápido! —le gritó.

Martín cerró la puerta.

Luego percibió algo que le hizo detenerse en seco. El terrible hedor. Había un asomo de gardenia en el mismo, pero era una mínima parte. Era un exponente de cuanto puede haber de deteriorado y de podrido en la gardenia, aumentado hasta una insoportable putrefacción.

—¡Acércate, amor mío! —oyó que le gritaba—. ¡Rápido, amor, rápido, rápido! ¿Qué te pasa?

Se prendió la luz. El cuarto era pequeño y deslucido, con una mesa y unas sillas en el centro y oscuros objetos recargados contra las paredes. Bobby se dejó caer en el curvado sofá. Su cara tenía una gran palidez, estaba tirante, aprensiva.

—¿Qué dijiste? —le preguntó a Martín.

—Ese terrible hedor —respondió haciendo involuntariamente una mueca de disgusto—. Debe haber algo muerto por aquí.

De repente el rostro de ella se mudó en uno de odio.

—¡Vete!

—Bobby —suplicó sorprendido—. No te enfades. No es culpa tuya.

—¡Vete!

—Bobby, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal? Tienes la cara verdosa.

—¡VETE!

—Bobby, ¿qué le sucede a tu rostro? ¿Qué te pasa a ti? ¡BOBBY! ¡BOBBY!

Papi daba vueltas al vaso en la toalla con un práctico ritmo. Miraba a las dos chicas frente a él, al otro lado del mostrador, con un paternalismo de viejo y desdeñoso sátiro. Alargó el suspense tanto como pudo.

—Sí —dijo finalmente—, apenas hacía media hora que había aplastado el vaso roto contra la cara de ese tipo que la Policía

le detuvo en la calle, frente de la casa de apartamentos, chillando y hablando una jerigonza de mico. Al principio tenían la seguridad de que era quien la había matado y me imagino que le dieron sus golpecitos para hacerle confesar. Pero luego resultó que tenía una coartada indiscutible para cuando el crimen había sucedido.

—¿De verdad? —le preguntó la pelirroja.

—Absolutamente —asintió Papi—. ¿Saben quién había sido? Más tarde lo comprobaron.

—¿Quién? —preguntó la morenita impaciente.

—El tipo a quien cortó la cara con el vaso —anunció Papi orondo—. Ese Jeff Cooper. Parece que era una especie de gángster. Conoció a esa Bobby en Michigan. Tuvieran allí una pelea, quién sabe porqué razón, pienso que a lo mejor ella le ponía cuernos. De cualquier modo, ella pensó que estaba chalado y le dejó que pensara lo que quisiera. Luego la trajo a Chicago y la llevó a un apartamento que él tenía y la golpeó hasta matarla. Así como se lo digo —afirmó el viejo insistiendo cuando vio a la linda morenita estremecerse—, la golpeó hasta matarla. Lo hizo con una botella de cerveza.

—Papi, ¿vino ella alguna vez aquí? —preguntó la pelirroja con curiosidad—. ¿La vio alguna vez?

Por unos segundos el vaso que Papi hacía girar en la toalla quedó detenido. Papi arrugó los labios y dijo con énfasis:

—No. No habría podido verla. El caso es que la mató el mismo día que la trajo de Chicago. De haber transcurrido unos días más habrían sido los inspectores de sanidad que lo habrían descubierto... o los basureros.

Se inclinó hacia delante, esperando hasta que la linda morenita levantó su fascinante mirada.

—...incidentalmente, ése fue el motivo por el que quedó libre de culpa ese chico, Martín Bellows. Una semana antes, o sea en el momento del asesinato, estaba a muchos cientos de kilómetros lejos.

Dio vuelta al brillante vaso. Se dio cuenta de que la linda morenita estaba aún mirándole intensamente.

—Sí —dijo reflexionando—, vaya trabajito el que el otro tipo le hizo a la chica. Golpearla hasta matarla con una botella de cerveza. La rompió con los golpes. Uno de los últimos golpes le dejó la cara abierta desde la sien izquierda hasta la oreja derecha.

ÍNDICE

SALLY, por Isaac Asimov 7

NUNCA PODRÁN REGRESAR, por Clifford D. Simak 33

EL OJO DE TANDYLA, por L. Sprague de Camp . 59

MAÑANA Y EL DÍA SIGUIENTE, por Ray Bradbury 93

EL OJO HAMBRIENTO, por Robert Bloch . . . 119

EL CUARTO OSCURO, por Theodore Sturgeon . . 147

LA ETERNA VIDA, por John Wyndham 199

ESTOY BUSCANDO A JEFF, por Fritz Leiber . . 235

Otros libros A.T.E.

Otros mundos, otros tiempos
Recopilación:
Moskowitz y Elwood

La mejor ciencia ficción
Recopilación:
Forrest J. Ackerman

Maestros de ciencia ficción I
Recopilación:
A. van Hageland

Maestros de ciencia ficción II
Recopilación:
A. van Hageland

Maestros de ciencia ficción III
Recopilación:
A. van Hageland

PLANETAS HABITADOS POR EXTRAÑAS RAZAS

VIAJES A TRAVES DEL TIEMPO PARA ASESINAR

CEREBROS POSITRONICOS EN ANTIGUOS COCHES UTILIZADOS COMO ESCLAVOS

MUNDOS DE PESADILLA DOMINADOS POR EXTRAÑOS PODERES

SERES DESAPARECIDOS PERTENECIENTES A EXTRAÑAS SOCIEDADES

MAS ALLA DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO

ASIMOV, BRADBURY, STURGEON, BLOCH, SIMAK, y otros grandes maestros del género en esta antología.

OLIVE MILA
ESTUDIO GRAFICO